

JAVIER ROMERO

DUETO A LA LUZ DE LA LUNA

Cuando el amor y la música se encuentran...



DUETO A LA LUZ DE LA LUNA

JAVIER ROMERO

© Javier Romero

Enero de 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diseño de portada: Asesoría literaria Alfa

Uno

Silencio.

Se miraron unos a otros con la inquietud de quien sabe que se juega todo a una sola carta, pero con la impotencia de no tener el as ganador en su propia manga. El productor aguantó la respiración.

Bimba dagli occhi pieni di malia,

ora sei tutta mia...

Las primeras notas comenzaron a acariciar el aire al mismo tiempo que uno de los focos buscaba, con una mal fingida desesperación, la figura de la pequeña mujer, caracterizada como una gheisa, que se mantenía inmóvil arrodillada frente a ellos.

—Saldrá bien. Es la mejor.

Con los ojos fijos en el escenario, sacó un pañuelo del bolsillo de la

chaqueta y se secó el sudor de la frente con él. La joven que lo acompañaba se mostraba mucho más serena, aunque, como bien solía decir, la procesión la llevaba por dentro y se sentía igual de nerviosa.

—Nos jugamos mucho con esta representación —explicó él, con un marcado acento, pero con un hilo de voz que a duras penas podía elevarse por encima de la música de la gran orquesta—. Solo tenemos una oportunidad.

—Ya lo sé. Y te aseguro que tanto Jean Paul como Ariadna lo saben y no la van a fastidiar.

—Eso espero. Por su bien.

Ella se encogió al escuchar las palabras duras y frías de su jefe y clavó la vista en la persona de la que dependía su futuro laboral. Cuando esa mujer abrió la boca y el sonido que salió de su garganta copó todo el recinto y se hizo grande, supo que estaba en buenas manos.

Somiglio la Dea della luna,

la piccola Dea della luna

che scende la notte dal ponte del ciel.

Ariadna se puso en pie con cierta dificultad y se aproximó a Jean Paul, vestido de militar, que la esperaba a pocos metros sentado en una piedra de *atrezzo*. Él se puso en pie y la recibió con los brazos abiertos. Un instante después, replicó a la soprano y su fuerte y regia voz llenó todo el escenario con la misma determinación que había mostrado Ariadna. Cantaron como uno solo y los oídos de todos los presentes se vieron regados por las magníficas voces de las primeras figuras de la Compañía Lírica de Aleksei Ivanov. Ambos se movían por el escenario con una facilidad pasmosa y su canto se mostraba firme y seguro a la par que dulce y armonioso. Ariadna posó su suave mano en la boca del tenor francés y se separó de él con un ligero titubeo. Jean Paul no la dejó ir, la tomó por una de sus muñecas y tiró con

suavidad hasta llevarla de nuevo hasta su pecho.

—Son maravillosos —susurró una joven mezzo, vestida con una túnica japonesa y con el pelo oscuro recogido por dos palillos, con las manos juntas sobre su pecho—. ¡Qué envidia más sana!

—A mí solo me da envidia lo que cobran.

La cantante le dio un codazo en el pecho a su compañero y éste se encogió de hombros como si no fuera con él.

—Eres mezquino, Óscar. Ya te gustaría a ti cantar la mitad de lo que canta Jean Paul.

El joven barítono volvió a encogerse de hombros antes de fijar su vista en la mujer que se movía en el escenario.

—De ese tío solo me da envidia que se tira a todo lo que se mueve a su alrededor. Incluyendo a Ariadna, por supuesto.

Ajena a esa conversación, la soprano volvió a separarse de Jean Paul al tiempo que cantaba con la dulzura de quien ha sido tocado por la varita de un hada o por las alas suaves de un ángel. El francés recorrió la corta distancia que los separaba y la abrazó por la espalda. Ambos cantaron al unísono emparejando sus voces y jugando con ese don que los hacía diferentes. Cuando quedaban unos pocos compases para el momento álgido del dueto, Aleksei Ivanov aguantó la respiración y el resto de la compañía imitó ese mismo gesto. Alguien más, con la vista puesta en la pareja y parapetado tras las gruesas cortinas de uno de los palcos, tomó aire del mismo modo y esperó. Las voces de los dos cantantes se elevaron por encima de las notas de la orquesta y el *Duetto* de Pinkerton y Cio-Cio-San de la ópera *Madame Butterfly* cerró el primer acto con un beso fingido y con la tranquilidad recuperada en el productor y también en el hombre de ojos azules que abandonaba su escondite en el palco y regresaba a su lugar tras el escenario.

Un atronador aplauso llenó el Teatro Real de Madrid al tiempo que el telón separaba de nuevo el mundo actual del creado para la ocasión por los escenógrafos de la compañía que habían conseguido transformar el frío

escenario en los alrededores de una casa situada en una colina en Nagasaki. Ariadna volvió a aparecer en mitad del escenario después de abandonarlo en brazos de Jean Paul tras unos biombos típicos japoneses. El francés caminaba dando grandes zancadas, pero ella parecía ignorarlo. En cuanto logró alcanzarla, la soprano se volvió, lo abofeteó con todas sus fuerzas y, tras pasar por delante de sus compañeros y del productor, desapareció por la puerta que llevaba a los camerinos. Golpeó con fuerza el quicio y se miró la extremidad dolorida sin dejar de caminar hacia el único refugio que conocía en aquel lugar. Nada más entrar en su camerino, cerró la puerta a sus espaldas y se dejó caer en la butaca que unos minutos antes la había acogido mientras daba los últimos retoques a su maravilloso maquillaje. Sintió una oleada de calor recorrer todo su cuerpo y supo que volvía a encontrarse en una encrucijada. La fama de mujeriego del tenor francés lo había precedido y ahora, con la sensación de no haber vivido lo suficiente como para luchar contra ello, se sentía en el punto de mira de un hombre poderoso que podía dar al traste con su recién comenzada carrera. Le había costado muchos años de sudor y sinsabores llegar al lugar que ahora ocupaba como primera figura de la compañía de ópera de Aleksei Ivanov y no iba a permitir que nada ni nadie la apeara del lugar que creía suyo por derecho propio. Como si le hubiera leído la mente, tras escuchar un suave golpe, se abrió la puerta de su camerino. El productor soviético entró con cara de pocos amigos y se enfrentó a ella con los brazos en jarra.

—¿Quién te has creído que eres? —inquirió de malos modos.

—Jean Paul me ha besado en el escenario.

—¿Acaso no entraba dentro de la obra ese beso?

—Sí, pero no con lengua. Es un cerdo.

Aleksei Ivanov se aproximó a ella y se acuclilló delante de sus rodillas, pero sin la confianza necesaria como para posar sus manos en ellas. Hizo ademán de realizar ese movimiento, aunque se detuvo. Miró a la soprano a los ojos con fijeza antes de hablar midiendo cada una de sus palabras.

—Me da igual si te mete la lengua o lo que sea —espetó con dureza y la mandíbula apretada—. A mí solo me importa el dinero que la gente paga y que

no la fastidiéis. ¿Está claro?

—Pero...

—¿¡Esta claro?

Ariadna sopesó cuál podía ser la respuesta correcta o cuál podía ser la que acabara con su carrera y, al no hallar ninguna de ellas en su interior, prefirió guardar silencio y asentir. El productor ruso salió del camerino acompañando su reacción con un portazo y la soprano comenzó a sollozar de rabia e indignación. Respiró con fuerza con la idea de calmar sus ánimos al rojo vivo y, por encima de todo, con el miedo a echar a perder el maquillaje al que tantas horas habían dedicado las estilistas de la compañía. Tomó uno de los botes de perfume, regalo precisamente del productor soviético en las últimas navidades, y se quedó observando el tapón achaparrado de cristal y la sobria etiqueta en la que tan solo se podían leer las palabras «Shalini» y «Parfum». Ariadna sabía que se encontraba ante uno de los perfumes más caros del mundo y, quizá por ello, su rabia aumentó al sentir la hipocresía, que tanto detestaba, impregnada en aquel regalo. Apretó los dientes a la vez que cerraba los dedos alrededor del frasco de perfume y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia el espejo del tocador que estalló en mil pedazos.

Mientras ella se quedaba allí encogida con el corazón latiendo a mil por hora y la respiración entrecortada, la puerta del camerino se abrió y dejaba paso a dos de sus compañeros de representación.

—Óscar, busca a alguien que limpie este estropicio —pidió la mezzo soprano, que había vanagloriado las cualidades de Ariadna un rato antes, al ver los cristales sobre el tocador.

El barítono engreído, vestido con traje de chaqueta, que representaba en la obra el papel de notario refunfuñó, pero salió del camerino. Una vez a solas, la mezzo obligó a Ariadna a sentarse y se arrodilló frente a ella. A diferencia de lo que había hecho el productor, le puso las manos sobre las rodillas y las acarició con los pulgares.

—¿Qué ha pasado, Ari?

La soprano levantó la vista hacia su amiga y clavó sus ojos verdes en los de ella. Suspiró y tragó con fuerza para que el nudo que ahora sentía en la garganta le permitiera hablar.

—Ana, no quiero perder todo lo que he logrado por un tipo como Jean Paul. ¿Sabes que se comenta que nos acostamos juntos?

La joven mezzo soprano bajó la cabeza algo avergonzada al recordar el comentario del barítono junto al escenario. Ariadna interpretó a las mil maravillas ese gesto y supo quién podía ser el artífice de todos esos comentarios.

—Óscar —masculló con furia—. Déjame sola, por favor.

—Ari...

—Déjame sola.

La joven mezzo se levantó y, tras dedicarle a su amiga una última mirada condescendiente, salió del camerino y cerró la puerta que no tardó en abrirse de nuevo. Ariadna se volvió con furia hacia la entrada para repetirle a su amiga que necesitaba estar sola unos instantes antes de dar comienzo al segundo acto pero se encontró con los ojos azules de un hombre algo mayor que ella, de pelo ensortijado y oscuro como la noche y mandíbula que se presumía fuerte tras una barba necesitada de un buen recorte y que, muy a la moda, parecía más propia de un náufrago que de un hombre que viviera en la civilización. A pesar de ese detalle, la mirada del recién llegado era fuerte y Ariadna se sintió cohibida a la vez que protegida por esa determinación que mostraba.

—¿Han pedido a alguien de...? —El joven de ojos azules, al ver los cristales en el suelo y sobre el tocador, asintió—. Ya veo que sí. Recojo esto en un momento, pero no podré cambiar el espejo hasta mañana.

Ariadna se encogió de hombros y se mantuvo allí quieta observando los movimientos del hombre del mono de color negro. Para su propia sorpresa, intentó adivinar la forma de su cuerpo, pero los ropajes holgados le negaban esa posibilidad. El joven de mantenimiento se volvió hacia ella para

preguntarle por el causante de ese estropicio y se encontró con la mirada de ella que parecía devorarlo con los ojos. Carraspeó y Ariadna volvió a la realidad para encontrarse con una sonrisa de medio lado que adornaba el esculpido rostro del hombre, pero que intentaba esconder tras la tupida barba.

—Perdone, ¿me decía? —preguntó ella desconcertada.

Él se arrodilló frente a ella como si fuera a pedirle la mano, aunque, en lugar de contestar a la pregunta, comenzó a recoger los trozos de vidrio que iba dejando caer en un covedor. La soprano miró el reloj y confirmó que aún quedaban unos minutos para el comienzo del segundo acto por lo que, sin pensar, se lanzó a contarle a un desconocido lo que ni tan siquiera se había atrevido a confesarle a la que creía su mejor amiga.

—Mi padre abandonó a mi madre en cuanto se enteró de que estaba embarazada. Ella me crio sola, pero murió cuando yo tenía diez años. Eso es lo más duro que puede vivir un niño.

El encargado de mantenimiento tragó saliva al escuchar esas palabras y continuó recogiendo los cristales, aunque sin perderse ninguna de las palabras de la soprano que parecía querer purgar sus penas con un desconocido que no podría juzgarla.

—No tuve una adolescencia como la de cualquier chica de esa edad —continuó—. Con dieciséis años comencé a cantar y a formarme y no he dejado de hacerlo hasta ahora. No voy a permitir que nadie me arrebathe mi sueño. Ni tan siquiera un tenor engreído que se cree el amo del mundo.

Ariadna se levantó con lentitud de la butaca y miró al oyente anónimo con desconcierto y cierta tristeza. Debía enfrentarse a uno de los retos más complicados de su carrera y no se veía con fuerza. Una lágrima rebelde pugnó por recorrer su mejilla, pero no lo hizo. Un golpe en la puerta la despertó de su amarga ensoñación.

—Ari, tenemos cambio de vestuario.

Una joven encargada del atrezzo entró en el camerino y se quedó parada junto a la puerta al ver al hombre de mantenimiento de rodillas junto a la

soprano. Hizo ademán de volver a salir al pasillo, pero un gesto de Ariadna la invitó a entrar. Se aproximó a uno de los burros donde se tenía por costumbre colgar los vestidos para la función y tomó uno de ellos. La cantante dirigió una fugaz mirada al desconocido y se parapetó tras un biombo.

—Si lo prefiere —comentó el encargado del mantenimiento—, vuelvo dentro de un rato.

—No se preocupe —dijo ella al tiempo que, refugiada tras el panel de tela, dejaba caer al suelo el kimono que vestía.

Su ayudante recogió la prenda del suelo y la ayudó a vestirse con la túnica que debía llevar en el segundo acto que comenzaría en tan solo unos minutos. En cuanto le anudó la tira de seda alrededor de su estrecha cintura, salió de su refugio y volvió a dejarse caer en la butaca.

—Ahora viene Estrella a peinarle.

La encargada del vestuario salió del camerino y Ariadna tomó un espejo de mano y comenzó a retirar horquillas del cabello.

—Siento haber roto el espejo. No quería...

Movió ligeramente el espejito y su estómago se encogió al descubrir a su improvisado confidente mirándola con fijeza. No pudo saber si lo hacía por curiosidad o por lástima, pero sí percibió en su interior cierta incomodidad que la hizo enfadar.

—Usted no es nadie para juzgarme. Tan solo es un empleado del teatro.

Nada más soltar esa frase lapidaria, Ariadna se sintió fatal y mucho más al ver como los ojos del desconocido se entrecerraban y su cabeza se ladeaba de una forma casi imperceptible. Tentada se vio de pedirle disculpas, aunque un par de golpes volvieron a sonar en la puerta del camerino que se abrió para dejar paso a una mujer de mediana edad. Sin dirigirle ni una mirada al hombre de mantenimiento, se acercó a la soprano y, tras retirarle las pocas horquillas que ella no había podido quitar, le soltó el cabello oscuro sobre los hombros y se lo cepilló a conciencia. En cuanto se sintió satisfecha, volvió a abandonar

el camerino con la misma diligencia con la que había hecho acto de aparición. El joven de ojos azules, con el cogedor en la mano, dio un par de pasos y colocó su extremidad libre en el pomo de la puerta.

—Lo siento —soltó Ariadna sin poder permitir que ese hombre abandonará el camerino sin pedirle disculpas. Se volvió con lentitud y la miró con dureza—. Siento haberle hablado así.

Él bajó la vista hacia los vidrios rotos y, sin responder, se encogió de hombros y giró el pomo de la puerta.

—¿No piensa perdonarme? —preguntó avergonzada por su comportamiento déspota y altivo que no iba con ella. Volvió a agachar la cabeza luchando por no echarse a llorar como una niña pequeña—. Sé que no lo conozco de nada y le he hablado fatal, pero no tengo a nadie...

El hombre de ojos azules soltó el pomo de la puerta y fijó su vista en el rostro maquillado de blanco de Ariadna. Intentó averiguar sus rasgos tras esa capa nívea que la convertía en una perfecta geisha, pero no pudo ver más allá del maquillaje. A pesar de ello, sus ojos del color del mar lo habían hipnotizado.

—Diga algo, por favor —rogó ella sin poder comprender el silencio de aquel hombre.

—¡Cinco minutos y a escena!

La joven soprano miró a la puerta del camerino para, acto seguido, volverse de nuevo hacia el hombre que se había erigido, sin pedirlo, en su confidente y al que ella había ninguneado. Éste, sin cambiar su gesto impertérrito, desvió su mirada y se encogió de hombros. Ella creyó adivinar una mueca bajo la tupida barba del desconocido y se sintió aún más avergonzada de lo que ya lo estaba.

—Seguro que le parezco patética —dijo Ariadna al ver ese gesto que creyó irónico—. Una cría estúpida que se imagina el centro del universo. Pero no soy nada y seré mucho menos si caigo en las redes de ese hombre...

La joven soprano señaló con un movimiento de la barbilla al exterior del camerino y caminó hasta la puerta con parsimonia y con el miedo de quien debe enfrentarse a un reto y tiene todo en su contra.

—No quiero volver a cantar con él, pero no me queda otra. No sé qué hacer.

Abrió la puerta y salió al pasillo sintiendo la mirada del desconocido posada en ella. Sintió que las piernas le flojeaban y no se vio con fuerzas para continuar con la representación. Si cantaba, destrozaba de un plumazo todo lo que sus padres le habían transmitido antes de morir, pero, si no lo hacía, su sueño se esfumaría como una voluta de humo mecida por el viento.

—Haga lo que sabe hacer. Cante con el alma y olvídense del resto.

Al escuchar la dulce voz del encargado de mantenimiento, a Ariadna se le paró el corazón. Sopesó cada una de las palabras que habían salido de los labios de él y, con una fuerza inusitada renaciendo en su interior, se volvió y clavó su mirada en la de él que parecía sonreír con dulzura tras la espesa y tupida barba oscura.

La respiración de la cantante se aceleró y sintió que las palabras que pugnaban por salir de sus labios no podían luchar con esa sensación que le hacía sentir especial. Para su propia sorpresa, en lugar de regalarle al desconocido unas pocas palabras de gratitud, se acercó a él en un par de decididos pasos y le entregó un beso furtivo en los labios que él pareció recibir con la misma proporción de placer y sorpresa. Bajo el maquillaje blanco como la nieve de Ariadna, su rostro se tiñó de carmesí y, tras dirigirle a su confidente una fugaz sonrisa, se volvió y corrió hacia la puerta que conducía al escenario.

Luca se llevó la mano a los labios y se preguntó si aquello había sido real o tan solo un sueño del que no quería despertar. Miró de nuevo los restos de vidrio en el cogedor y, sin dejar de sonreír, abandonó las bambalinas para volver a su escondite tras las cortinas del palco a deleitarse con la voz deslumbrante y con fuerza de la soprano que acababa de conquistar su corazón al abrirle el suyo.

Mientras tanto, un hombre de mediana edad apretaba los puños de rabia muy cerca de donde él se encontraba y otro más joven se reía para sus adentros al haber descubierto un filón que alimentaría aún más los bulos sobre Ariadna que se había encargado de lanzar a los cuatro vientos con anterioridad.

Dos

—No hay quien te entienda.

Luca miró a su hermano con reprobación, pero éste se encogió de hombros y le dio un sorbo a su refresco.

—No hay nada que entender. Esa mujer me ha besado y ya está.

—Perdona, cuñado, pero eso no es de lo más normal.

Se volvió hacia la mujer rubia y escultural que acompañaba a su hermano e intentó mirarla de la misma forma sin demasiado éxito. Sofía era para él mucho más que la mujer de su hermano; era la persona que había estado a su lado tras el accidente de coche de Mateo, era la mujer que había dormido muchas noches apoyada en la cama de su marido al que adoraba como si acabaran de conocerse. Y, por encima de todo, era la persona que sufría, día tras día, la convivencia con un parapléjico que había creído perderlo todo al mismo tiempo que le había abandonado su capacidad de andar.

—Sofía, no te va mucho lo de casamentera —comentó Luca con cierta ironía en la voz.

La joven bailarina se echó a reír, aunque, acto y seguido, miró a su cuñado con el ceño fruncido y posó su mano sobre su brazo.

—Ya sé que lo de Celestina no es lo mío. Si no hubiera sido así, ya te hubiera cazado alguna de las decenas de mujeres que te he presentado.

—Es que no me van las bailarinas. Dicen que son un poco... ligeras de cascos.

Mateo se irguió todo lo que pudo en su silla de ruedas y levantó el puño cerrado hacia su hermano en un movimiento amenazador.

—Retira eso si no quieres que te parta la cara.

—¿Ya estáis otra vez igual?

Ambos hombres se volvieron al mismo tiempo al escuchar la voz de mujer a sus espaldas, se miraron y sonrieron a la recién llegada.

—Si no fuera por ti, Hae-Won, éstos ya estarían enganchados como todos los días —explicó Sofía mientras movía la cabeza de lado a lado.

La joven coreana, vestida con un traje de chaqueta que denotaba su formalidad, se sentó justo entre los dos hermanos y se erigió como la moderadora de una discusión medio en broma medio en serio. Luca miró a su hermano con infinito cariño y le tendió la mano.

—Siento haberte amenazado.

—Y yo siento haber dicho lo de las bailarinas ligeras de cascos. ¿En paz?

Los dos hombres estrecharon sus manos y dieron por finiquitado el tema de la discusión, aunque Sofía no se mostró tan conforme.

—Alucino con vosotros dos. A mí me llamáis putón...

—Ligera de cascos —apostilló Mateo.

—Me da igual —protestó la bailarina—. Siempre estáis igual. Discutís por tonterías para después hacer las paces como dos putos críos.

—Has dicho dos tacos seguidos —advirtió Luca con tono burlón.

—¿Y qué pasa porque diga dos tacos?

—Que quizá por eso las bailarinas tenéis fama de ser un poco ligeras de cascos.

Todos guardaron silencio y dirigieron sus miradas hacia Sofía que se mostraba muy seria pero la carcajada de Hae-Won, que resonó en la terraza del Café de Oriente, sirvió para templar los ánimos y calmar el ambiente que se había ido caldeando poco a poco.

—Sois la caña, chicos —dijo la coreana sin dejar de reír—. Necesitaba animarme y lo habéis conseguido.

—Pues cuando te enteres de que una mujer ha besado a Luca vas a flipar aún más.

—¡Sofía!

La bailarina levantó las manos en cuanto escuchó la increpación de su cuñado, pero continuó su explicación como si no fuera con ella.

—Oye, no pasa nada porque Hae-Won sepa que te ha besado la soprano principal de la compañía rusa.

—¿¡Te ha besado Ariadna!? —preguntó la coreana llevándose las

manos a la cabeza.

—¿La conoces? —inquirió Luca extrañado.

—Te recuerdo que toco el chelo en el Teatro Real. La he visto unas cuantas veces en los ensayos generales y te aseguro que no te va a gustar escuchar lo que dicen de ella.

Luca se removió inquieto en su silla y se acercó a la coreana con una pregunta en la lengua que le quemaba, pero de la que no deseaba conocer la respuesta.

—¿Qué... qué se dice de ella?

Mateo cogió a su hermano del brazo para reclamar su atención.

—Qué más da lo que digan, hermanito. Lo importante es que, por alguna extraña razón que se escapa a mi entendimiento, te ha besado.

Luca soltó el agarre de su hermano con un movimiento brusco y, sin hacer caso del comentario sarcástico de Mateo, volvió a mirar a la chelista coreana la cual había aprovechado la breve pausa para pedir un café con leche.

—¿Qué se dice de ella? —preguntó de nuevo.

—Que ella sí que es un poco ligera de cascos y que se acuesta con el dueño de la compañía, con el tenor francés ese de la barriga y con no sé quién más.

Un silencio sepulcral se elevó entre ellos cuatro, pero fue roto por el chirrido de las patas de una de las sillas al ser arrastrada hacia la mesa que ellos ocupaban. Un hombre de unos treinta años, de pelo largo, vestido en su totalidad de cuero negro y pertrechado con varias cadenas, piercing y similares se sentó junto a la coreana y le dio un codazo para llamar su atención.

—¿Qué tripa se os ha roto? Estáis muy callados.

—Es que a Luca le ha besado una soprano que parece que es un poco putón y se acuesta con media compañía.

—Ah, vale.

El recién llegado no añadió nada más y, sin tan siquiera mirar a los demás, cogió la carta de las tapas y comenzó a leer una tras otra hasta hallar el plato deseado.

—¿Os apetecen unas bravas?

Sus cuatro compañeros de mesa guardaron silencio y lo miraron como a un espécimen extraño. El recién llegado levantó la cabeza y frunció el ceño al observar las miradas reprobadoras de los demás.

—¿Qué pasa? ¿Acaso os debo pasta o qué?

Luca gruñó por lo bajo, pero fue Mateo el que elevó los brazos al cielo y, tras mover la cabeza de lado a lado en un gesto de desaprobación, señaló al tipo de los piercings y las cadenas.

—Fito, eres un insensible. Te acabamos de contar que Luca, alias el mustio, ha sido besado por una mujer y tú solo piensas en comer.

—Es que tengo hambre. No veas la *gusa* que me entra después de los conciertos.

—¿Habéis tocado hoy? —preguntó la chelista coreana que sentía curiosidad por esa música tan alejada a la que ella era capaz de arrancar del triste y melancólico violonchelo. Aquel hombre era un misterio y el hecho de que tocara el bajo en un grupo de heavy metal lo convertía en lo contrario a lo que ella conocía.

—Un concierto para unos críos en un chalé en La Moraleja. Tenías que ver que *casoplón* tenían los muy cabrones.

—¿Y qué tal ha ido? —inquirió Sofía entrando en la conversación como ya había hecho Hae-Won—. No me imagino a tu grupo en esa urbanización de pijos.

Fito se encogió de hombros y volvió a coger la carta de las tapas. Buscó de nuevo el precio de las patatas bravas y, tras llamar al camarero con un chasquido de los dedos, se volvió hacia la bailarina.

—Pues todo iba bien hasta que a Jony, el loco, le ha dado por hacer un calvo al público. —Tanto Sofía como Hae-Won pusieron cara de asco—. Tiene más pelo en el culo que en la cabeza. Y, por si eso fuera poco, cuando han llamado a los de seguridad ha echado a correr y se ha meado en la piscina de los ricachones esos. Para mí que no nos vuelven a contratar.

Sofía aguantó como pudo la carcajada, pero la coreana no tuvo la misma resistencia y soltó una risotada que, como había ocurrido con anterioridad, sonó en toda la terraza del café. Un par de abueletes, que tomaban un refresco, se volvieron y los miraron con aire reprobador. Fito ignoró el esfuerzo de Sofía y la carcajada de Hae-Won y se volvió hacia los dos hermanos que permanecían muy serios sin participar en la conversación.

—¿Y a vosotros qué os pasa?

—Qué han besado a mi hermano.

—Eres un pesado, Mateo.

—Y tú un sieso y un estrecho.

—Vete a la mierda.

—Vete tú.

Tanto Luca como Mateo, tras ese breve intercambio de lindezas, se cruzaron de brazos y giraron sus cuerpos ligeramente en sentido opuesto para demostrarse su enfado. Fito sonrió y mucho más al ver a un personaje que se acercaba por la espalda de Luca haciendo gestos extraños. Aquel joven, vestido en su totalidad de negro y con la cara pintada de blanco, se llevó las manos a la cabeza antes de cruzar los brazos por delante del pecho y curvar los labios en un rictus de enfado.

—Así que te han besado —comentó el rockero al tiempo que tamborileaba con los dedos en la mesa—. ¿Y de qué conoces a esa tía?

El hombre de la cara blanca se llevó las dos manos a la altura del pecho y allí formó un corazón con los dedos que movió como si estuviera latiendo.

—No es ninguna tía. Canta en el teatro...

—Es la soprano principal de la compañía —aclaró Hae-Won con cierta emoción—. Es muy buena y muy guapa. Tiene una voz espectacular, pero parece que se acuesta con varios a la vez.

Fito levantó las manos pidiendo tranquilidad porque le estaba costando asimilar lo que escuchaba y mucho más con el estómago vacío por lo que, cuando llegó la ración de patatas con abundante salsa de color rojo, se lanzó a por ellas y no frenó hasta devorar la mitad de la tapa. El mimo continuó su actuación a espaldas de Luca y Mateo y devoró a su vez otro plato imaginario de patatas bravas. En cuanto terminó, se dejó caer al suelo y comenzó a convulsionar su cuerpo como si lo hubieran envenenado. El rockero frunció el ceño y lo miró con cara de pocos amigos.

—Vale, ahora me siento mejor con la panza llena —explicó el bajista—. A ver si me aclaro. Una tía que suelta gorgoritos en el teatro te ha besado, pero resulta que es más puta que las gallinas.

—¡Fito! —exclamó Sofía escandalizada por la sinceridad de su amigo—. No seas bruto. A Luca le gusta esa chica y...

—Ya, pero canta ópera. —Fito se volvió hacia Luca y lo miró con fijeza y los ojos entrecerrados—. Pero si tú no querías volver a...

—Ya vale, Fito —le cortó Luca con aspereza.

—Pero desde que a ti te...

—¡Ya vale!

El mimo, nada más escuchar la exclamación lanzada por Luca, se llevó la mano al cuello y dobló sus piernas como si realmente se tratara de un ahorcado y las extremidades inferiores no tocaran el suelo. Fito miró para otro

lado nada más ver la lengua del joven colgar entre los labios y pudo aguantar la risa, pero la chelista coreana no tenía tanto aguante y, por tercera vez, lanzó una carcajada a los cuatro vientos. Al mismo tiempo que la pareja de ancianos abandonaban su mesa protestando, Luca se volvió hacia el lugar que señalaba Hae-Won. Nada más ver al mimo en esa pose, se levantó de malos modos, se aproximó al joven actor y, tras levantar su brazo, le lanzó un puñetazo que dirigió hacia su rostro. El mimo mostró un gesto de pavor y cayó al suelo cuan largo era para allí volver a convulsionarse como ya había hecho antes. Un instante después, yacía inerte a los pies de Luca que resoplaba por el esfuerzo del puñetazo lanzado.

—Como algún día te enganche de verdad, no lo cuentas.

El mimo se levantó de un salto, se acercó a Luca y pegó su oído al pecho del joven encargado de mantenimiento. Movi6 la cabeza de lado a lado negando hasta que elevó su vista hacia Luca y lo miró con un gesto triste. Volvió a negar con la cabeza.

—Mikel, una tontería más sobre que no tengo corazón y te ganas un puñetazo de verdad.

El actor cogió una de las sillas vacías y la situó junto a su amigo Fito al que conoció largos años atrás cuando ambos intentaban ganarse unos pocos euros actuando en el metro de Madrid. Un triste día de abril, ambos se encontraron en la calle, bajo la lluvia y sin nada con lo que llenar el est6mago. Fito comenzó a acariciar las cuerdas de una guitarra que ahora dormía en un rinc6n de su apartamento y Mikel aprovechó el lamento de ese instrumento para representar la más sobrecogedora de las actuaciones callejeras. Al compás de la música creció como una planta, se movió como si estuviera mecido por el viento y, con un ronco chirriar de la guitarra, se dejó caer al suelo y allí falleció. Nadie se había detenido para contemplar su actuación o para deleitarse con el genio de Fito. Tan solo un hombre, que caminaba bajo la lluvia a toda prisa, frenó su andar y dejó caer un billete de veinte euros en la funda de la guitarra. Los dos artistas acababan de conocer a uno de los mejores concertistas de piano de los últimos años y éste les había dado la oportunidad de comer caliente aquel aciago, pero esperanzador día de abril. A los pocos días de aquel suceso, el pianista sufría un accidente de coche y quedaba postrado para el resto de su vida en una silla de ruedas.

—Entonces, ¿es verdad que estás enamorado? —preguntó Mikel tras dar un sorbo a la cerveza que acababa de pedir su amigo Fito.

—No estoy enamorado —protestó Luca a la vez que se levantaba de la

silla para marcharse—. Sois unos plastas. Solo me ha besado una mujer. Nada más.

Hizo ademán de marcharse, pero, en ese preciso instante, recordó que había conseguido unas pocas entradas para la representación del siguiente domingo de la ópera *Madame Butterfly*. Sacó los tiques y los dejó caer en la mesa con cuidado para no mancharlos con las patatas bravas o con los cercos de agua dejados por las copas en la mesa de mármol.

—¿Qué es eso? —preguntó Mateo mientras cogía uno de los tiques y le echaba un rápido vistazo—. ¿Entradas para la ópera?

—Sí. Son para el domingo. Espero que podáis ir todos.

—Yo voy —explicó Hae-Won con mucha solemnidad—. Si no, no me pagan.

—Muy graciosa. —Luca se dio media vuelta y dejó a su hermano, su cuñada y sus amigos sentados en la terraza del café de Oriente mientras él se alejaba en pos de refugiarse en la tranquilidad y, en cierta manera, soledad de su céntrico apartamento en el que comenzara a vivir cuando su existencia era bien distinta; cuando los hados le habían deparado un futuro incierto y emocionante a partes iguales. Ahora, tan solo cambiaba alguna que otra bombilla fundida y recogía del suelo los cristales rotos. Nada más pensar en ello, a su mente llegó la imagen fugaz de la soprano debajo de la capa nívea de maquillaje. Un rostro que parecía angelical tras aquella máscara pero que resultaba un misterio que no se atrevía a desvelar para no romper la magia que acababa de descubrir. Para su sorpresa, el sollozo de la soprano que resonaba en su mente se entremezcló con otro muy real que parecía venir de uno de los setos que adornaban la plaza de Oriente y en la que, cada fin de semana, se sentaban centenares de personas para contemplar la belleza sobria y majestuosa del Palacio Real. Rodeó la muralla verde que lo separaba de aquel lugar y se encontró con la persona de la que emanaba el triste lamento y que no era otra que una mujer joven sentada en un banco de piedra y con la cara enterrada entre las manos.

Luca se vio tentado de marcharse porque tenía claro que la distancia que separaba el interés por una mujer dolida de un supuesto acoso era espantosamente fina, pero, aun así, permaneció allí sin atreverse a mover ni un músculo de su cuerpo. Era la segunda vez a lo largo del día que escuchaba el sollozo de una mujer y sintió que su corazón se encogía de una forma tal que el nudo en la garganta no tardó en aparecer. La joven levantó la cabeza al fin y, al encontrarse con la mirada azul de Luca clavada en ella, se echó hacia atrás e

hizo intento de levantarse del banco, aunque las piernas le fallaron y cayó de rodillas en el frío suelo de tierra aplastada. Luca reaccionó con rapidez y, tras tomarla por los brazos, la sentó de nuevo en el banco y se separó lo suficiente como para que ella no pudiera tomarlo, en ningún momento, por un acosador.

—¿Está bien? —preguntó desde donde se encontraba sin moverse ni un ápice—. ¿Le ha pasado algo?

La joven de pelo moreno y ojos que Luca no podía ver bien por la falta de luz dejó caer de nuevo la cara sobre sus manos y comenzó a sollozar. Él tragó saliva y, en contra del sentido de supervivencia que gritaba en su mente que se marchara de allí, se aproximó al lugar que ella ocupaba y se sentó a su lado. Sin añadir nada más, apoyó los codos en las rodillas y esperó a que la joven se calmara. Poco a poco, las convulsiones de la desconocida se fueron haciendo menores hasta desaparecer en su totalidad. Luca escuchó cómo ella tragaba saliva y respiraba con fuerza como si intentara espantar algunos fantasmas que la atenazaban y no la dejaban vivir en paz.

—Lo siento —se disculpó ella con un hilo de voz—. Lo siento mucho.

—No tiene nada que sentir. Yo soy el que se ha parado al escucharla llorar.

La joven levantó la cabeza y miró a Luca de medio lado. Él pudo comprobar lo que ya temía; era una joven muy bella con un rostro que parecía esculpido en el hielo más puro. Sus ojos, ahora iluminados por una de las farolas que daban algo de vida a la plaza, eran de un color verde intenso y brillaban con una fuerza y una determinación que Luca había visto hacia bien poco en otra mujer. Se encogió de hombros y luchó por no lanzar a los cuatro vientos una de esas carcajadas típicas de su amiga Hae-Won al pensar en las casualidades del destino que ahora parecía reírse de él al poner en su camino a dos jóvenes que, por extrañas circunstancias que no podía comprender, pretendían adueñarse de su indefenso y magullado corazón.

—Ya estoy mejor. Gracias por preocuparse por mí.

Luca, con el convencimiento de que aquella frase comprendía una cordial despedida, se levantó y se alejó del banco. Cuando llevaba andados unos pocos pasos, algo explotó en su interior y lo obligó a volver por el mismo camino. Se encontró a la joven en el mismo lugar donde la había dejado y con la mirada perdida. Él conocía muy bien la soledad que parecía acompañarla y sintió pena por la joven del rostro esculpido en hielo. Se acercó a ella e hincó la rodilla muy cerca de donde se encontraba para no sobresaltarla.

—Hace frío. ¿Le apetece un café?

La joven levantó la cabeza con lentitud y guiñó un par de veces para volver a la realidad. Por primera vez, se fijó en los ojos azules del desconocido y su cuerpo se estremeció. Pareció dudar.

—No quiero que pierda su tiempo conmigo.

—No se preocupe. No me espera nadie —comentó Luca sin tener muy claro si esa frase pretendía ser una simple explicación o, por el contrario, podía tacharse como una declaración de intenciones.

La joven mantuvo la mirada posada en Luca y se mostró reservada en sus emociones. Solo un leve entrecerrar de los ojos pudo mostrar que sopesaba todas las posibilidades. Él lo entendió y esperó con infinita paciencia a que ella tomará la simple, pero a la vez importante, decisión de compartir un café con un perfecto desconocido.

Para sorpresa de Luca, ella le tendió su temblorosa mano y él hizo lo único que podía hacer y lo que le pedía su corazón. Acogió la suave y pequeña extremidad de la joven en su mano fuerte y endurecida por el trabajo físico y, una vez en pie frente a él, la miró con infinita dulzura; la misma dulzura que dejó impregnada en su regia y elegante voz y que logró que ella se encogiera al escucharlo.

—Un café calentito te templará el cuerpo.

—No es el cuerpo lo que tengo destemplado.

Luca sonrió al escuchar el lamento de la joven.

—Para el alma afligida podemos pedir un par de cruasanes de mantequilla.

Ella logró, al fin, sonreír ante la ocurrencia del encargado de mantenimiento y su cuerpo se relajó, aunque su corazón todavía permaneciera alerta.

—Por cierto, mi nombre es Luca.

—Yo soy Ari... —La joven dudó un instante que aprovechó para carraspear—. Adriana. Me llamo Adriana.

—Podíamos ir al café de Oriente, pero allí está mi hermano con su mujer y unos amigos.

—Supongo que no les gustaría encontrarte con una desconocida —dijo ella acompañando la frase con un gruñido gutural que encantó a Luca—. Seguro que piensan que estás loco.

—No, no. Lo digo por ti. Empezarían a preocuparse por tu salud emocional y esas cosas. Son muy sentidos y siempre me dicen que no tengo

corazón y que no soy capaz de en...

Luca guardó silencio y, literalmente, se mordió la lengua por permitir a su corazón hablar a tal velocidad que su cerebro no había tenido la más mínima oportunidad de frenarlo. En un tris había estado a punto de confesarle a una joven que acababa de conocer que era incapaz de enamorarse y que todos en su entorno lo sabían. Muy lejos en el tiempo podía hallar el momento en el que su alma dejó de existir y dio paso a un atormentado corazón y a un torrente de lágrimas que acompañaron al crudo y vertiginoso adiós de la mujer que había copado su ser hasta el último rincón y que le había mostrado la frialdad de su carácter y el egoísmo e interés que había reinado en su relación. Luca se había sentido perdido durante los primeros meses, dolido durante los siguientes para dejar paso, un año después, a un proceso de sanación basado en la soledad y la supervivencia. Y ahora, cinco largos y tediosos años habían creado una coraza que no dejaba pasar ni un atisbo de esperanza.

Luca miró a su acompañante a los ojos mientras caminaban en pos de la plaza de la Ópera y se sintió confundido al ver que ambos habían pasado a tutearse sin pensarlo.

—¿Te apetece ir a algún sitio en especial?

—No soy de aquí —explicó ella con un hilo de voz—. No conozco nada.

—¿En serio? ¿Estás en Madrid por turismo o por trabajo?

—Por trabajo.

Ambos guardaron silencio hasta llegar a las inmediaciones de la plaza de Callao donde Luca la condujo hasta una de sus cafeterías preferidas de la capital. Siempre que podía se sentaba en la terraza de la cafetería Valor para deleitarse con un chocolate caliente mientras contemplaba a la gente pasar; personas que no tenían para él nombre ni apellido pero que, con el paso de los años, se volvían familiares y comenzaban a formar parte de su ser.

Se sentaron alrededor de una de las pocas mesitas vacías y Luca pidió para los dos chocolate caliente y unas rosquillas de anís.

—Te había prometido un café y cruasanes, pero esto es mucho mejor. Ya verás.

Cuando una camarera de rasgos latinos dejó las dos humeantes tazas y el plato con las rosquillas sobre la mesita, la joven se inclinó sobre una de ellas y aspiró con fuerza para, acto seguido, emitir un largo y satisfactorio suspiro. Se llevó la taza a los labios y no añadió nada más.

—Ya veo que te gusta.

—Mucho. —Ella bajó la cabeza algo avergonzada, aunque no tardó en volver a mirarlo a los ojos—. ¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Él asintió con un gesto de la cabeza y la taza de chocolate pegada a los labios.

—¿De dónde viene el nombre de Luca? ¿Tienes familia italiana?

—Verás, mi madre se ha dedicado toda la vida a la música. —La joven mostró un repentino interés, aunque Luca no se percató de ello—. Ella tocaba la flauta travesera, aunque ya está jubilada.

—¿Y tu nombre viene de algún músico que le gustaba?

—¡Qué va! Mi padre es argentino y cuando conoció a mi madre era un hippy porrero que seguía a todos lados a un rockero llamado Luca Prodan. Él eligió mi nombre y tuve suerte.

Ella guardó silencio un instante asimilando la historia.

—¿Por qué tuviste suerte?

—A mi madre le gustaba mucho el flautista Aurèle Nicolet. De haber ganado ella, ahora estaría bien jodido.

La joven sonrió y volvió a bajar la cabeza para centrarse en el líquido oscuro y humeante que comenzaba a espesarse dentro de la taza. Sopló un par de veces con delicadeza antes de volver a dar un trago.

—Me toca —dijo Luca de repente—. ¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Ella levantó los ojos y sonrió con cierta timidez.

—Supongo que es lo justo.

—¿Por qué llorabas?

La joven de ojos verdes tragó saliva, dejó la taza de chocolate sobre la mesa y se recostó en el respaldo de la silla con la vista puesta en una niña pequeña que, alrededor de su madre, corría de un lado a otro intentando llamar la atención.

—Me da mucha envidia —comentó ella al tiempo que señalaba a la cría con un leve movimiento de la cabeza—. No tiene preocupaciones y lo único que debe hacer es ser una niña y divertirse. Nosotros perdemos esa magia y todo se acabó.

—¿Qué quieres decir con que todo se acabó?

—Pues, eso. Que la magia desaparece y solo nos queda la cruda realidad. Lo das todo para convertirte en lo que quieres ser y, cuando llegas a la cima de ese sueño, te das cuenta de que estar allí no depende solo de ti.

Luca se llevó la mano a la barbilla y se mesó la descuidada barba como

hacía siempre que algo le preocupaba o cuando debía tomar una decisión. En este caso, tan solo necesitaba entender qué era lo que pasaba por la mente de esa joven que parecía atormentada.

—No acabo de comprenderte. Has llegado a cumplir tu sueño, pero ahora ves que no es como te lo habías imaginado —elucubró él.

—Más o menos. Luchas por lo que quieres, aunque es una realidad efímera que puede desaparecer en cualquier momento y, cuando te das cuenta de ello, ya es demasiado tarde. ¿Me entiendes?

Él clavó su mirada en la niña pequeña que ahora se esforzaba por alcanzar a un diminuto pequinés que corría delante de ella y daba saltos de alegría al verse el centro del universo de la cría.

—Mucho mejor de lo que te imaginas —comentó él con la mente volando hacia un pasado lejano en el que su sueño se había perdido en la nada y en el que el esfuerzo para alcanzar esa meta quedaba relegado al olvido más triste.

—Me siento sola.

Ante la revelación soltada por aquella triste joven que había caído entre ellos como una granada de mano en mitad del campo de batalla, Luca se vio tentado de levantarse de la silla y acunarla entre sus brazos. La joven mostraba una tristeza infinita en los ojos que a él le partía el alma, pero no podía hacer mucho más que estar allí con ella e intentar hacerle compañía, aunque solo fuera un instante. Luca pensó en su amigo Mikel y vio que allí podía encontrar una fuente de alegría para ella. Pagó los chocolates y las rosquillas, se levantó de un salto y le tendió la mano.

—¿Dónde vamos?

—Volvemos a la plaza de Oriente. Quiero que conozcas a alguien.

Aceptó la mano de Luca y, cogido a él, echó a correr calle abajo hasta llegar la plaza de la Ópera donde ella, de repente, se detuvo y reuló al encontrarse de bruces con un grupo de personas a las que no esperaba. Tiró de Luca y se refugió en la entrada de un vetusto hotel. Miró de reojo a las personas que parecían esperar la llegada de un autobús en una parada cercana y se parapetó tras un carro lleno hasta los topes de maletas.

—Ya es muy tarde —explicó ella con cierta urgencia—. Mañana tengo que levantarme prontito.

Luca dirigió su vista hacia la recepción del hotel y frunció el ceño.

—¿Te hospedas aquí?

—Sí.

La joven echo un fugaz vistazo hacia la parada del autobús, pero, al percatarse de que uno de los integrantes del grupo acababa de abandonarlo y se dirigía hacia el hotel, le puso la mano en el brazo a Luca y se lo acarició.

—Tengo que irme.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta giratoria. Luca reaccionó todo lo rápido que pudo y le tendió la mano, pero ella solo se detuvo y lo miró.

—¿Volveré a verte? —preguntó él con un hilo de voz.

Ella desandó lo andando y regresó a su lado con la cabeza gacha pero los ojos verdes clavados en él. Se puso de puntillas y le regaló un tierno beso con el que rozó la comisura de sus labios.

—Confía en el destino y no escuches a nadie excepto a tu corazón.

La joven le sonrió una vez más y echó a correr hacia el interior del edificio donde desapareció. Luca se quedó allí plantado sin poder reaccionar y sin la capacidad de discernir si aquello había sido un sueño o, por el contrario, la realidad más atractiva le había regalado una segunda oportunidad. En sus pensamientos se veía inmerso cuando un golpe en el hombro le hizo volver al mundo donde los sueños no se podían cumplir. Se volvió con lentitud y se encontró con un rostro conocido y ajado por la edad que había visto unas horas antes sobre el escenario del Teatro Real y que no era otro que el del tenor francés. Si se hubieran encontrado tras el telón nada más terminar el primer acto de *Madame Butterfly*, podría haber visto la bofetada recibida por parte de su *partener*, pero él se encontraba refugiado tras unos pesados cortinajes en uno de los palcos.

—Mira a quién tenemos aquí —comentó el tenor con tono burlón—. El chico de los recados.

Luca se sintió confundido. Su primera intención había sido la de felicitarlo por la representación, pero no había esperado esa frase de desprecio por un hombre al que no conocía y con el que ni tan siquiera había intercambiado una sola palabra.

—Perdone, pero yo no...

—*Merde*, los españoles pensáis que lo sabéis todo y no sois más que el culo de Europa. —El acento francés del cantante se fue recrudeciendo a medida que hablaba y Luca se estremeció. No entendía tal rabia y mucho menos hacia él—. Lo único que te digo es que te andes con ojo...

—No entiendo.

El francés se acercó a Luca y pegó su cara a la de él. Pudo notar un

aliento desagradable y adornado con el inconfundible aroma del whisky. Luca frunció los labios e intentó separarse, pero el tenor lo tomó del brazo y se lo impidió.

—Algún día, Ariadna será mía. Vuelve a acercarte a ella y conseguiré que te echen del teatro. Y aféitate, *cochon*.

El cantante escupió en el suelo lo suficientemente cerca de Luca como para que parte de sus fluidos acabaran en una de las zapatillas del joven que intentó limpiarla lo mejor que pudo en el felpudo del hotel.

—¡Qué tío más cerdo! —exclamó sin poder esconder su cara de asco y sin saber que el francés lo había llamado de la misma forma un instante antes.

Una vez limpia la zapatilla, se alejó de allí con las manos en los bolsillos y con un sinfín de imágenes en su cabeza que parecían querer volverlo loco. La soprano de rostro níveo que lo había besado en los labios había copado su corazón y su entendimiento hasta que los sollozos de la joven desconocida le habían obligado a posar sus pies de nuevo en el suelo y a dejarse encandilar por sus preciosos ojos verdes y por su suave piel. Aún sentía palpar la mano de aquella joven en la suya y podía notar el calor que ella le había transmitido en ese paseo hacia la Plaza de la Ópera donde ahora se encontraba. Al llegar a la Plaza de Oriente, dirigió su mirada en dirección al café que llevaba ese mismo nombre y se encontró con el grupo de sus amigos que aún permanecían allí. Miró a su hermano en la lejanía y vio cómo cogía la mano de Sofía entre las suyas y cómo la miraba plenamente enamorado y, por primera vez desde que se la presentara años atrás, sintió envidia; envidia por ese sentimiento de felicidad que parecía acompañarlo siempre a pesar de su minusvalía, envidia porque él ya se había olvidado de lo que era amar, pero su hermano emanaba ese sentimiento por todos y cada uno de los poros de su piel, envidia por no ser capaz de enamorarse de nuevo.

Levantó la vista hacia la luna y suspiró con fuerza antes de volver a meter las manos en los bolsillos. Se marchó de allí con un único pensamiento en la cabeza que ya sabía que le iba a retirar el sueño aquella noche de un viernes de abril; dos mujeres maravillosas lo habían besado y un hombre indeseable y ruin lo había amenazado.

Tres

—Comienza la representación en poco más de dos horas.

—Ya lo sé. No me agobies.

Eusebio resopló y dejó caer el destornillador en la caja de herramientas. Se acercó a Luca y le puso la mano en el hombro con familiaridad, pero él lo sacudió y dio un paso atrás.

—Ya sabes que, para mí, eres como el hijo que nunca tuve y no me gusta verte así.

—Use, si no recuerdo mal, tienes siete hijos así que no me jodas.

El máximo responsable del mantenimiento del Teatro Real de Madrid y jefe de Luca se sentó en una de las butacas y se repantingó cuan largo era. Ya rondaba los sesenta años y el cuerpo comenzaba a dolerle de tantos años trabajando bajo aquel mismo techo. Crujió los dedos de ambas manos y se estiró todo lo que pudo.

—Creo que he perdido a mis hijos. Entre consolas, novietas de turno y partidos de fútbol, ni los veo.

—¿Y por eso lo pagas conmigo? —preguntó Luca al tiempo que luchaba por apretar los tirafondos que sujetaban una de las butacas y que la anclaban al

duro suelo de la platea

—No lo pago contigo. Te recuerdo que soy tu jefe.

—Un jefe un poco coñazo.

Eusebio se levantó de la butaca con cierto esfuerzo, se aproximó a su empleado y, tras apretarle el hombro con cariño, caminó hasta el escenario. Luca levantó la cabeza y lo vio dar órdenes a diestro y siniestro. Los encargados de la escenografía aparecieron de repente y sus compañeros de mantenimiento se vieron obligados a marcharse de allí y a refugiarse en el patio de butacas donde Luca se encontraba. Miró de reojo al lugar que ocupaba la orquesta y vio que Hae-Won lo saludaba con el arco en la mano. Sujetaba el violonchelo entre las piernas y parecía manejar el instrumento con tal soltura que, a su lado, se mostraba más pequeño de lo que realmente era. Ambos se sonrieron, pero la mueca duró muy poco en el rostro de Luca que no había vuelto a ver a Ariadna, la soprano, desde el momento en el que se separaran con aquel beso que selló algo especial junto a los camerinos. La geisha avanzó con lentitud hacia unas rocas de cartón y se sentó en ellas con la mirada perdida en el vacío. Se levantó de nuevo y recorrió el escenario con los pasos cortos propios del papel que representaba y del que ya estaba caracterizada en espera del comienzo de la representación.

—¿Qué haces aquí, Ari?

La soprano se volvió al escuchar la voz de su amiga y compañera Ana y se encogió de hombros como si realmente no supiera el camino que había recorrido para llegar hasta allí. Su amiga hizo ademán de acercarse a ella con los brazos abiertos, pero Ariadna dio un paso atrás y levantó una mano en un gesto que no dejaba lugar a dudas. La tristeza parecía inundar cada rincón de su ser y ese sentimiento emanaba de su verde mirada y se reflejaba en todo lo que observaba. Aun así, su corazón intentaba lanzar a los cuatro vientos un grito de auxilio que no se hizo esperar.

La soprano separó los labios y un sonido majestuoso y elegante copó todo el teatro y llenó cada uno de los rincones del edificio.

Ah! non credea mirarti

Sì presto estinto, o fiore;

Passasti al par d'amore...

Todos los encargados de mantenimiento, músicos, responsables de la escenografía, técnicos de sonido y de iluminación y demás operarios se volvieron hacia el escenario simplemente para deleitarse con la preciosa interpretación de la soprano. Luca dejó la llave inglesa junto a los tirafondos, se sentó en otra butaca y clavó sus ojos en Ariadna que, como si hubiera presentido ese gesto, fijó su vista en él y continuó gorjeando las primeras notas del aria *Ah non credea mirarti* de la ópera *La sonnambula*. Todos los músicos de la orquesta se pusieron en pie. Luca contuvo la respiración y confirmó lo que esperaba y deseaba con todas sus fuerzas; Ariadna cantaba para él una de las arias más tristes de la historia de la ópera.

Hae-Won dejó su sitio en la orquesta y se acercó a su amigo sin hacer el más mínimo sonido. Se sentó a su lado en otra de las butacas, aunque él estaba tan anclado al mundo que acababa de crear la soprano en el teatro que no fue consciente de la presencia de la chelista hasta que ella se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Parece como si estuvieras enamorado.

Luca volvió al mundo real al escuchar el comentario cínico de su amiga justo en el momento en el que Ariadna cerraba los ojos y se dejaba llevar por cada uno de los sentimientos que inundaban su cuerpo en ese preciso instante.

—No digas tonterías. En una magnífica soprano...

—Que te ha besado.

—Pues, sí. Una magnífica soprano que me ha besado. —Luca guardó silencio un instante y a su mente llegó, como una saeta de fuego, la imagen de otra mujer sin ningún tipo de maquillaje en su rostro y que también lo había hechizado—. ¿Puedo contarte algo?

—Si es algo picante, no es que puedas; es que estás obligado a hacerlo.

Luca se removió en su asiento y se acercó a su amiga sin dejar de observar el rostro tranquilo y triste de Ariadna que se adivinaba bajo la capa de maquillaje blanco como la nieve que la convertía en una perfecta y entregada geisha.

—Ayer conocí a una mujer.

—Ya lo sé —confirmó Hae-Won con el ceño fruncido—. La tienes ahí delante.

—Otra mujer.

La chelista se incorporó en la butaca y giró su torso para poder enfrentar su mirada a la de su amigo Luca. Este sonrió de medio lado y se encogió de hombros.

—Estaba llorando sentada en un banco y la consolé.

—¿Con lo de que la consolaste quieres decir que le diste un pañuelo o que te la pasaste por la piedra?

—¡Hae! No seas bruta. Pasas demasiado tiempo con Fito.

—Me está enseñando el español de la calle. Es muy divertido. Ahora sé decir pene de diez formas distintas.

Luca se llevó la mano a la frente y volvió a centrarse en la imagen de la soprano que ahora dejaba caer su barbilla sobre el pecho y parecía abatida y triste. Levantó la cabeza hacia la platea y lanzó una fugaz mirada que se clavó en la del joven, el cual no pudo evitar estremecerse al percibir, desde donde se encontraba, el brillo de una furtiva lágrima. Hizo ademán de levantarse para acercarse a ella, pero la figura imponente de un militar que acababa de pisar el escenario lo hizo detenerse. Jean Paul, el tenor francés caracterizado como el teniente Pinkerton, hizo acto de aparición y se acercó a la soprano con grandes zancadas y rostro congestionado. Aproximó su boca al oído de ella y ambos, un instante después, miraron al mismo tiempo a Luca. Hae-Won fue

consciente de que algo ocurría al ver ese cruce de miradas y sintió que debía de tratarse de un asunto de gravedad.

—¿Qué pasa? —preguntó en un susurró ya que el silencio reinaba en el teatro—. ¿Por qué te miran así?

—Ese francés quiere acostarse con Ariadna.

—Por lo que me han dicho, ya lo ha conseguido.

—Te aseguro que no. Él mismo me lo dijo ayer cuando me lo encontré en la Plaza de la Ópera.

—¿Y qué hacías tú en Ópera?

Luca guardó silencio un instante sopesando qué podía contar y qué no. Optó por no ocultarle nada a su amiga que siempre se había mostrado algo distante con él, pero que ahora parecía interesarse por su vida amorosa.

—Había acompañado a su hotel a la mujer que acababa de conocer.

—¿A la pobrecita que lloraba sentada en un banco?

Luca asintió y Hae-Won meditó un momento la información que acababa de recibir. Miró de nuevo hacia el teniente Pinkerton y confirmó sus peores sospechas. Observaba a Luca con tal cara de odio que parecía querer despellejarlo allí mismo.

—Creo que te has ganado un mal enemigo —comentó al tiempo que le daba un codazo cómplice a su amigo y veía cómo Ariadna le lanzaba una última mirada antes de abandonar el escenario.

—Óscar Wilde decía que el que no tiene enemigos es porque no es genial.

—Óscar, un barítono muy cotilla de la compañía, dice que Ariadna se acuesta con todos.

Luca refunfuñó al escuchar el comentario de la chelista y se levantó de

la butaca a toda prisa. Volvió a arrodillarse en el suelo y a tomar la llave inglesa.

—Tengo que apretar estos tirafondos.

—No te enfades. Solo te digo lo que cuentan de ella. ¿Te merece la pena alguien que está siempre viajando?

Luca detuvo el movimiento de su brazo y dejó caer todo el peso de la cabeza como si llevara un pesado yunque sobre los hombros y no pudiera más.

—Lleváis años diciendo que debo encontrar a alguien y ahora que lo he hecho...

—¿Y por qué no la otra chica? ¿El alma atormentada?

El joven miró de reojo a Hae-Won y frunció los labios sin saber si lo que pasaba por su cabeza podía tener algún sentido o no.

—Ariadna es... el misterio y la tristeza más profunda. Adriana es dulce y cariñosa, pero se siente sola. No sé...

—Vaya cuadro... Esto es peor que un dolor de huevos.

La chelista coreana echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada que llenó todo el teatro. El director de la orquesta se volvió y le dirigió una mirada que no dejó lugar a ninguna duda. La joven le guiñó un ojo a Luca y regresó junto a su instrumento justo en el preciso instante en el que el director daba unos suaves golpes en el atril con la batuta y comenzaba el último de los ensayos a pocos minutos de la subida del telón. Luca dio un último repaso a los tirafondos y, una vez estuvo satisfecho de la firmeza de la butaca, se puso en pie y salió por una puerta lateral en dirección a uno de los almacenes del teatro donde él tenía por costumbre cambiarse de ropa. En su camino se encontró con su jefe Eusebio que lo detuvo.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Sabes que te juegas tu empleo.

—No voy a hacer nada malo.

—No, tan solo has robado unas entradas y una de ellas la vas a utilizar tú mismo.

—No seas agonías, Use. Tan solo necesito que me cubras durante la representación. ¿Lo harás?

—Sabes que sí.

—Muchas gracias. Voy a cambiarme.

El jefe de Luca se encogió de hombros y vio a su empleado y amigo marcharse con las manos en los bolsillos de su mono negro de trabajo. Le tenía mucho cariño a ese joven al que había encontrado en sus peores momentos en aquel teatro y que había acogido a su vera para enseñarle una profesión en la que podría haberse sentido fuera del agua, pero por la que lo dio todo. Tenía que reconocer que Luca era un magnífico trabajador y una muy buena persona. Solo cruzaba los dedos para que el azar no volviera a jugar con él.

Luca llegó al almacén y entró en él con la tranquilidad con la que lo hacía todos los días cada vez que acababa su jornada de trabajo y debía cambiarse de ropa y eso hizo que no se percatara de un par de ojos que lo observaban desde una de las entradas al escenario. De una funda, cubierta de una fina capa de polvo, extrajo un traje negro de chaqueta, una camisa blanca de cuello *Wing* y una pajarita para anudar. Se desvistió con parsimonia, pero sin perder de vista el reloj para, acto seguido, vestirse con la camisa y el traje de chaqueta. En último lugar, se anudó la pajarita con tal destreza que no parecía muy propio de un hombre encargado del mantenimiento de las instalaciones del Teatro Real de Madrid. Se mojó el pelo en un pequeño lavabo y se peinó hacia atrás, pero permitiéndose la licencia de una fina raya en un lateral de su cabello que lo convertía en un hombre muy al estilo de la última tendencia hípster que tanto estaba de moda. Se echó unas vaporizaciones de *Jaul Paul Gaultier Fleur* en las muñecas y en el cuello y, tras un último vistazo al espejo descascarillado que acompañaba al lavabo, salió del almacén y caminó por los intrincados pasillos del teatro hasta llegar a las postrimerías del vestíbulo de acceso. Parapetado tras una gran columna de mármol, esperó pacientemente hasta que vio la silla de ruedas de su hermano, entre la marea de personas que caminaban unos hacia las escaleras

que llevaban a los palcos y otros hacia las entradas a platea. Salió de su escondite y se acercó a ellos.

—Hombre, hermanito —saludó Mateo que, al igual que Luca, vestía con traje de chaqueta y camisa blanca, pero sin pajarita—. Qué elegante estás.

El hermano pequeño miró a su cuñada y le sonrió.

—Estás preciosa, Sofía.

—Tú que me miras con buenos ojos. Estás fantástico. Si no fuera por lo bueno que está tu hermano...

—¡Eh! Como sigáis así, me levanto y me piro.

Al escuchar el comentario de Mateo, se echaron a reír y Luca ya no pudo dejar de hacerlo durante un buen rato y mucho más al ver la vestimenta de Fito que se había presentado en el Teatro Real con un traje de chaqueta ajustado a más no poder, pero con pantalón de patas de elefante y solapas que parecían querer salir volando.

—La camisa color naranja butano queda genial con el traje verde pistacho —comentó Luca con cierto tono burlón que no pareció llegar a los oídos del rockero.

—¿A qué sí? Tu hermano me decía que era una horterada. Menos mal que tú entiendes.

—Joder, no había visto las botas rojas de chúpame la punta.

Fito se llevó las manos a las solapas de la chaqueta y se movió sobre las puntas de los pies un par de veces con gesto de satisfacción.

—¿A qué son la ostia? Me las he comprado para venir a ver a tu chica. Una ocasión especial. Qué pena que Mikel no haya podido venir.

Luca abrió la boca para aclarar el término «tu chica» pero prefirió no perder más tiempo en ello y mucho más al ver a uno de los responsables del teatro acercarse al lugar donde ellos estaban.

—¿Entramos? —preguntó a toda prisa.

Todos estuvieron de acuerdo y sobre todo Mateo que comenzaba a agobiarse al encontrarse rodeado de un sinfín de personas a las que, como él solía decir, no tenía intención de olerles el trasero. Tras enseñar sus entradas a una joven, que sonrió a Luca, pero al que no identificó como responsable de mantenimiento del teatro, se acercaron a los asientos que debían ocupar en mitad de la platea y allí Mateo se sentó en su lugar con algo de esfuerzo, pero sin permitir que lo ayudaran y Luca llevó la silla de ruedas a un lugar donde no estorbara. Él ocupó su asiento entre Sofía y Fito y se dejó caer en la butaca donde se acomodó para esperar el comienzo de la ópera *Madame Butterfly*. Nadie hablaba y, cuando las luces se atenuaron y comenzaron a sonar unas suaves notas de afinación que los músicos de la orquesta lanzaban al aire, Luca aguantó la respiración y esperó a que el telón se levantara para volver a respirar. La aparición de Ariadna en el escenario hizo que su corazón comenzara a latir a mil por hora y no dejó de golpear su pecho hasta que el telón cayó tras el primer acto.

—Ha sido precioso —comentó Sofía con el rostro azorado por la emoción—. Creo que me acabo de enamorar de la ópera.

Luca sonrió, pero no pudo contestar a su cuñada porque unos golpecitos en el brazo le hicieron volverse. Fito lo miraba sonriente.

—Oye, tu piba canta de puta madre.

—No es mi...

—Voy a salir a por unos nachos con queso y una coca cola —lo interrumpió—. ¿Queréis algo?

Los tres negaron con la cabeza y aguantaron la risa al imaginar la cara de Fito cuando se encontrara con que el teatro no era como el cine y no podría comprar los nachos que tanto anhelaba. Salió de la sala y no regresó hasta unos minutos después. Su rostro mostraba una mezcla de enfado y desconcierto con lo que consiguió que Luca volviera a sonreír.

—Vaya sitio al que me habéis traído. He conseguido una botella de agua

y una puta bolsa de Lacasitos y porque he amenazado con subirme al escenario y enseñarles el culo.

—Fito, estás en el Teatro Real —le explicó Mateo con tono paternal.

—¿Y qué pasa? ¿Qué los reyes no comen nachos?

Entre risas y bromas dejaron pasar el tiempo del descanso y, cuando la iluminación volvió a atenuarse, Luca contuvo la respiración de nuevo y esperó a que las luces del escenario se encendieran para deleitarse con la magnífica presencia de Cio Cio San y su criada Suzuki. La mezzo soprano estuvo sobria y elegante como era costumbre en ella, pero Ariadna ensombrecía a cualquiera que cantara a su lado y, en especial, al tenor francés que se esforzaba todo lo que podía para no quedar relegado a un indeseable segundo plano.

—Ese tío aprieta el cuello más que Carmen Sevilla —le susurró Fito al oído.

Luca llevaba toda la representación pensando en ese mismo detalle que ahora el rockero le había comentado medio en serio medio en broma. Pero la realidad era más que evidente y hasta una persona que no había escuchado una ópera en su vida sabía distinguir cuándo alguien cantaba con el alma y eso se convertía en un don natural o, por el contrario, se veía obligado a un supremo esfuerzo para llegar a algo medianamente decente.

El triste final de Madame Butterfly pilló a Luca con las defensas bajas y, sin poderlo remediar, una lágrima resbaló por su mejilla y se escondió en su tupida y oscura barba. Las luces se encendieron tras los consabidos aplausos que no parecían acabar nunca y Fito se puso en pie de un salto y estiró los brazos por encima de su cabeza todo lo que pudo.

—Oye, ha sido un poco coñazo, pero no ha estado mal.

—¿Coñazo? —preguntó Sofía con cara de indignación—. Ha sido precioso.

—Sin que sirva de precedente —añadió Mateo llevándose la mano a la boca—, yo estoy de acuerdo con Fito.

—Estás de broma, ¿no?

—Pues no, cariño. Además, no pasa nada por...

—Perdona, Luca.

Mateo se volvió indignado hacia el lugar que ocupaba la persona que lo había interrumpido y se encontró con un hombre mayor de pelo blanco que, vestido con vaqueros y una camiseta, llamaba a su hermano con gestos desesperados desde el final de la fila de butacas. Todos los allí sentados, se volvieron hacia él y después voltearon la cabeza hacia el propio Luca que, nada más ver allí a Eusebio y con el mono negro en la mano, supo que algo no iba bien.

—Os veo en el café dentro de un rato.

Se levantó y recorrió toda la fila de asientos algo agachado y protegido por la gente que comenzaba a levantarse tras ver caer el telón que avisaba del final de la representación. Nada más llegar al lugar donde el encargado de mantenimiento del teatro lo esperaba, Luca cogió el mono que él le mostraba y lo siguió hasta una puerta lateral.

—Vienen a por ti. Alguien se ha chivado.

—¿Cómo que vienen a por mí?

—He escuchado a don Rafael, el encargado de platea, comentar a las chicas de recepción que un empleado estaba entre el público.

Luca no terminó de creer lo que su jefe y amigo le contaba hasta que escuchó unas voces muy cerca de donde él se encontraba. Se asomó con mucho cuidado y confirmó que lo que Eusebio le había contado era verdad. Todas las chicas que normalmente se preocupaban de entregar los programas de mano y acompañar al público a sus localidades ahora parecían chequear a cada persona que abandonaba la platea buscando al empleado que se había saltado unas cuantas normas del teatro y que, de ser cazado, perdería su trabajo ipso facto.

—¿Qué hago? —preguntó Luca desconcertado.

—Ponte el mono encima del traje.

El joven obedeció a su jefe y, escondido tras unos cortinajes, se vistió de nuevo de color negro pero esta vez con una pieza de cuerpo entero que se cerraba por delante con una cremallera. Una vez comprobó que no se veía nada de la ropa que escondía, ambos abandonaron su escondrijo y se dirigieron con decisión hacia el escenario. La sala estaba casi vacía y, al escuchar unos pasos a sus espaldas, aguantaron la respiración.

—¡Eusebio! ¿Dónde vais?

Los dos hombres se dieron la vuelta y se encontraron de bruces con don Rafael que parecía enojado.

—¿Qué hacéis aquí? Todavía hay público.

—Perdone, don Rafael —se disculpó Eusebio con un leve movimiento de la cabeza—. Ha sido cosa mía. Teníamos que ayudar con los decorados y hemos atrochado por aquí. Ya me estoy haciendo mayor.

—Bueno, que no vuelva a pasar.

—No se preocupe, don Rafael.

El encargado volvió a hacer una reverencia en cuanto el responsable de sala se dio la vuelta, pero esta vez la acompañó con una sonrisa irónica.

—No se preocupe, don Rafael —comentó con tono burlón—. Lo que usted diga, don Rafael. A sus pies, don Rafael. Que le den por culo, don Rafael.

Luca sonrió al escuchar a su jefe, aunque todavía le temblaban las piernas por el momento tenso vivido. Tenía tanto que agradecerle a su amigo que no sabía ni por donde comenzar.

—No sé qué decir.

—Pues di que vas a irte ahora mismo y que vas a tener más cuidado. Tómate un par de días libres.

—Lo siento, Use.

—Luca, no sé con quién estás jugando, pero está claro que tienes un enemigo en el teatro. ¿No se te ocurre quién puede ser?

Al instante llegó a la mente de Luca la imagen del tenor francés que lo había amenazado en la puerta del hotel y que, por si eso fuera poco, lo había atravesado con su mirada unas horas antes desde el mismo escenario que ahora ellos pisaban. Se había granjeado la enemistad de un hombre muy peligroso que podía hundirlo con tan solo chasquear los dedos y él mismo se estaba metiendo en la boca del lobo.

—Tendré cuidado. Te lo prometo.

Luca se despidió de su amigo hasta un par de días después que volverían al trabajo y abandonó el escenario por las escaleras que llevaban hasta el almacén donde él se cambiaba y donde tenía por costumbre dejar su cartera con la documentación y el poco dinero que solía llevar encima, pero sin percatarse de que por aquel camino se veía obligado a pasar por delante de los camerinos. Al llegar a la altura del que ocupaba Ariadna, la puerta se abrió y ante él apareció el tenor francés que, sin percatarse de su presencia y con la mano en el pomo, se volvió hacia el interior con el rostro encendido por la ira.

—¡Connmigo no juega nadie! ¡O tú o él!

Se volvió y salió del camerino dando un portazo. Al percatarse de la presencia de Luca, soltó un grito histérico y se abalanzó sobre él con el puño en alto. Luca reaccionó todo lo rápido que pudo y, como si se tratara de una frágil damisela y no de un tenor hecho y derecho, lo abofeteó sin imprimir mucha fuerza en ese gesto. El francés se llevó la mano al rostro y, con los ojos inyectados en sangre, señaló a Luca con el dedo índice levantado.

—Estás acabado —masculló.

—Vete a la *merde* —soltó Luca sin pensar.

La puerta del camerino volvió a abrirse y ante ellos se plantó la soprano, aún caracterizada como una gheisa, pero con el pelo suelto y el rostro arrebatado por la rabia. Miró a uno y otro lado y sus ojos se abrieron como platos. Al ver la mano en el rostro de Jean Paul, no pudo evitarlo y se echó a reír.

—Ya veo de lo que va esto...

El francés se dio la vuelta y se marchó de allí con el rostro encendido por la ira y el puño cerrado blandido al aire. Luca miró a Ariadna a los ojos intentando ver algo más en ella que no fuera solo una capa de maquillaje blanco, pero la soprano, al sentirse observada, bajó la cabeza y escondió los verdes ojos bajo sus largas pestañas. Sin volver a levantar la vista, se dio la vuelta y se escondió en el camerino para sorpresa y desconcierto de Luca que no se esperaba esa reacción por parte de la soprano. Pensó en que quizá su amiga Hae-Won tuviera razón y debiera centrarse en Adriana, la mujer sensible que había conocido en la Plaza de Oriente la misma noche en la que la soprano lo había besado. Quizá ella no tuviera el don con el que había sido bendecida Ariadna, pero él, muy conocedor del terreno en el que se movía, valoraba mucho más un corazón grande y una mente en su sitio que una voz magistral que pudiera llegar a embelesarlo.

Abandonó el teatro con un sabor agridulce, aunque con el convencimiento de que su vida acababa de dejar de ser anodina y aburrida. Mientras caminaba hacia el café de Oriente, donde había quedado con su hermano, su cuñada y sus amigos, tan solo podía pensar en aquellos ojos verdes de la mujer que le había pedido que confiara en el destino.

Cuatro

Luca se acomodó en una de las sillas de la terraza del café y pidió un refresco. Sentía la boca seca por la emoción y por las sensaciones agridulces que acababa de experimentar. Por un lado, compartir con su hermano, su cuñada y Fito los dos primeros actos de Madame Butterfly no tenía precio, pero saber que tenía un enemigo poderoso en el teatro y, lo peor de todo, haber experimentado en sus propias carnes la frialdad de la soprano lo convertían en un desgraciado. Su trabajo lo era todo para él a pesar de no acercarse ni por asomo a lo que había sido su sueño. Aun así, los ojos verdes de Ariadna y su exquisita voz acariciando el aire no dejaban de atormentarlo.

Miró a uno y otro lado de la plaza antes de posar su vista en el reloj de pulsera que le habían regalado sus padres las últimas navidades. Quedaba poco más de un cuarto de hora para el final de la representación y no le quedaba otra que esperar. Se puso en pie un instante y miró por encima de los setos hacia el lugar donde se encontrara, unos días antes, con los lamentos de la joven atormentada, pero el banco se encontraba vacío. A lo lejos vio a su amigo Mikel que parecía encerrado en una caja de cristal mientras unos cuantos turistas japoneses se deleitaban con la conocida representación de un hombre enjaulado. Nada más ver que los asiáticos se marchaban, salió de aquel lugar que lo encerraba en su mente y, tras tomar su gorra y guardar unas pocas monedas en el bolsillo del pantalón, caminó con parsimonia hacia el café de Oriente. Entrecerró los ojos al ver a Luca a lo lejos y, en cuanto llegó a su lado, se sentó con pesadez en otra de las sillas y le dio un sorbo al

refresco de su amigo.

—Estoy seco. Lo de la caja de cristal es sencillo, pero hoy me ha tocado un desfile militar...

Luca sonrió al imaginar al mimo desfilando por la plaza como un auténtico soldado arma al hombro, aunque, un segundo después, su rostro se ensombreció.

—Ariadna me ha tomado el pelo.

Mikel apoyó los codos sobre la mesa y clavó sus ojos en los de Luca que se mostraba triste y abatido.

—¿Y quién es esa Ariadna que tanto te hace sufrir?

—Te hablé el otro día de ella.

—¡Ah! —exclamó Mikel al tiempo que se golpeaba la frente con la mano—. La cantante esa del teatro.

—Pues, sí.

—¿Sabes una cosa? —Luca elevó la vista para contemplar de nuevo a su amigo que no solía mostrarse demasiado dialogante. Él mismo se había definido en muchas ocasiones como un hombre que hablaba con su cuerpo y no con su boca—. No sé por qué te empeñas en buscar en una mujer lo que podrías tener en un hombre.

Luca sonrió de medio lado.

—¿Y te refieres a algún hombre en particular? —preguntó con cierto tono meloso.

—Ya lo sabes, bribón —respondió Mikel sin poder evitar aletear las pestañas como una mujer fatal en pos de conquistar al hombre de sus sueños.

—Es tentador, pero, de momento, intentaré no salir del armario.

—Ya lo harás.

Ambos amigos se echaron a reír y Luca recordó las extrañas circunstancias en las que había conocido al mimo. Ahora llegaba a su mente aquella tarde de diciembre en la que él había quedado con su hermano y habían acudido Fito y Mikel al mismo lugar. Mateo le presentó a sus dos amigos y Mikel se había mostrado especialmente locuaz con Luca. Este aprovechó que estaba a punto de marcharse para ir al baño donde se encontró con el propio Mikel que, ni corto ni perezoso, lo besó en los labios. Luca podría haber reaccionado como un hombre avergonzado o machito, pero lo único que pudo hacer fue echarse a reír. Tras aclarar su heterosexualidad y prometerle al mimo discreción sobre su condición sexual, regresaron a la mesa y allí se despidieron. Nadie sabía que Mikel era gay y Luca había guardado su secreto hasta entonces.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues, poca cosa. El tenor francés ha dicho en el teatro que yo estaba entre el público y he tenido que salir por patas.

—Bueno, tampoco es para tanto.

—Además, ha intentado pegarme y yo le he cruzado la cara de un bofetón.

—¡Qué masculino! Por favor.

—Y Ariadna ha cantado para mí, pero luego no ha querido ni hablar conmigo.

—Ya te digo que esa mujer no te conviene. Un hombre, amigo mío. Un hombre.

Luca bajó la cabeza apesadumbrado.

—No te digo yo que no tengas razón. No entiendo a las mujeres. Daphne parecía tan feliz y después...

—No es por nada, pero por lo que me ha contado tu hermano, estaba un

poco más *pa' llá* que *pa' cá*.

—Ya, pero tan solo tenía que confiar en mí.

—Mujeres...

Tanto Luca como Mikel cruzaron los brazos por delante del pecho e hicieron lo mismo con las piernas. Apretaron los labios y gruñeron casi al unísono. No pudieron evitar echarse a reír a carcajadas y así se los encontraron Mateo, Sofía y Fito cuando llegaron a la terraza tras terminar la representación de *Madame Butterfly*. La terraza estaba casi vacía y no tuvieron problema para juntar unas pocas sillas, aunque, poco a poco, personas que salían del teatro con cuenta gotas fueron llenando cada una de las mesas. A pesar del frío reinante en la ciudad en pleno mes de abril, las estufas con forma de farola cumplían a la perfección su función y caldeaban el ambiente.

—¿De qué os reís? —preguntó Mateo nada más ocupar su sitio entre Luca y Sofía.

Su hermano miró a Mikel y ambos se encogieron de hombros con cierta complicidad.

—De nada —aclaró Mikel sin darle demasiada importancia—. Cosas de hombres. Bueno, ¿qué os ha parecido la representación.

—Una maravilla —opinó Sofía con un brillo especial en la mirada.

—Un coñazo —apostilló Fito que no paraba de bostezar—. Eso sí. La piba de este canta mejor que Mick Jagger.

Luca ignoró el último comentario de Fito y se volvió hacia su hermano para escuchar su opinión, pero Mateo pareció ignorarlo y mucho más en cuanto sonó su móvil y vio el número en la pantalla.

—Es Jaime.

Todos guardaron silencio al escuchar el nombre del representante de Mateo porque sabían que estaban esperando la respuesta del Ayuntamiento de Madrid en relación con una serie de conciertos que el pianista había ofrecido

para la famosa noche en blanco madrileña. Mateo apretó el botón de recibir llamadas y se llevó el móvil al oído.

—Hola, Jaime.

—...

—¿Hoy? Pero si es domingo.

—...

—Ya. Eso es genial.

—...

—Mañana hablamos. Muchas gracias.

Mateo apretó el botón rojo de su móvil y volvió a guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta antes de acomodarse en la silla de ruedas y llamar al camarero para pedirle un gin tonic. En cuanto se volvió de nuevo hacia la mesa, vio las miradas de todos posadas en él y frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? —preguntó Luca sintiéndose cada vez más nervioso —. ¿Qué te ha dicho Jaime?

—¡Ah! Eso.

Sofía le dio un golpe cariñoso en el brazo a su marido y con ese gesto lo animó a hablar, pero, en cuanto una sonrisa enorme adornó el rostro de Mateo, Sofía lanzó un grito al aire y comenzó a palmear como una niña pequeña. Luca apretó el puño con alegría y Fito levantó la jarra de cerveza que acababan de llevarle sin tan siquiera pedirla y brindó.

—Por la pasta que te van a pagar.

—¡Qué romántico eres!

—El romanticismo lo dejo para los ricos —explicó Fito sin bajar su copa—. Yo tengo que comer todos los días.

Mateo levantó su copa y la chocó en el aire con la jarra de Fito. Los demás imitaron ese gesto y un suave *clink* sonó en la ahora concurrida terraza.

—Por los conciertos que vas a dar.

—Por la pasta que vas a ganar.

—Por el mejor pianista del mundo.

—Al que van a pagarle una pasta gansa.

—Por Tchaikovski.

Fito volvió a abrir la boca para lanzar un nuevo brindis al aire, pero la volvió a cerrar. Un instante después, levantó de nuevo su jarra y se la ofreció tan solo a Mateo.

—Oye, a ese tal *Chicoski* no le des ni un euro.

—Eres más bruto, Fito.

Todos se volvieron al escuchar la voz de Hae-Won que aparecía vestida con unos vaqueros muy ajustados y una camiseta con una inmensa lengua impresa a la altura del pecho e igual de ajustada que los pantalones. Fito abrió la boca de par en par nada más verla y no volvió a cerrarla en un buen rato. La chelista se sentó junto al rockero como solía hacer siempre y echó su cuerpo hacia atrás con lo que consiguió que sus senos se notaran voluptuosos bajo la camiseta.

—Estás muy distinta —comentó Sofía sin poder apartar la vista del logo de los Rolling Stone presente en la camiseta negra.

—Un poco —aclaró ella algo azorada al sentirse observada por todos.

—¿Un poco? Lo que estás es un rato buena.

—¡Fito!

El rockero volvió la cabeza hacia Mateo y levantó los brazos al tiempo que se encogía de hombros y ponía los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? ¿Está buena o no está buena?

Mateo comenzó a balbucear sin saber qué contestar y arrepintiéndose de haber abierto la boca. Luca se echó a reír porque llevaba mucho tiempo sin ver el rostro colorado de su hermano que había contemplado muchas veces durante su adolescencia.

—Yo no digo que no... Pero es que... No soy yo quien... Pero, vamos...

—Respira, hermanito. Hae-Won está muy guapa. No pasa nada por decirlo.

—¡Qué guapa ni que ostias! Lo que está es como un tren de mercancías.

—¡Fito!

—¿Queeeeeeeeé?

—Estooooo...

Todos se volvieron al escuchar la dulce voz de una mujer que provenía del exterior de la terraza. La recién llegada miró a Luca y éste no pudo evitar estremecerse. Ante ellos se presentaba la mujer que había encontrado llorando en la plaza unos días antes, vestida con unos vaqueros y un simple jersey de color violeta bajo una cazadora de cuero de color negro. Llevaba el pelo color de azabache suelto sobre los hombros y una suave raya enmarcaba cada uno de sus grandes ojos verdes. Mateo abrió la boca al ver a la joven y solo la cerró al intuir que Sofia estaba mirándolo. Su premonición se vio refrendada por un codazo en las costillas que fue de todo menos amistoso. Fito hizo un supremo esfuerzo para fijar su vista en la recién llegada, pero sus ojos no podían despegarse de la curva que se intuía bajo la camiseta de Hae –Won que tan solo había podido volverse para ver de reojo a la joven y saludar con la mano.

Mikel fue a levantarse como un caballero, pero Luca se le adelantó y se acercó a la joven de ojos verdes para recibirla en el grupo. Intercambiaron un casto beso en la mejilla, aunque con la licencia de permitir un suave roce de sus cuerpos que hizo que ambos se estremecieran. La recién llegada saludó con familiaridad a cada uno de los integrantes de aquel grupo. A Luca le gustó que ella no mostrara ningún tipo de extrañeza por la silla de ruedas de Mateo al que besó en la mejilla como a los demás. Cuando le llegó el turno a Hae-Won, la chelista levantó la vista hacia la joven de ojos verdes y los suyos, ligeramente rasgados, se abrieron como platos al tiempo que de su boca salía una exclamación.

—Anda, tú...

—Hola, Me llamo Adriana —explicó a la vez que remarcaba cada una de las sílabas de su nombre para que quedara claro.

Hae-Won se levantó de la silla y le dio dos besos a la joven amiga de Luca, pero sin dejar de mirarla con fijeza a los ojos. Fito, que no dejaba de observar la delantera de la chelista, se percató de que ella fruncía el ceño, aunque no comentó nada. Adriana, una vez hubo saludado a todos, se sentó junto a Luca en la silla que él había acercado y que había colocado junto a la suya lo más cerca que había podido.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó con diligencia.

—Un poleo menta.

—Estás de coña, ¿no? —preguntó Fito que ahora miraba a la amiga de Luca como si fuera un bicho raro—. Tómame una cerveza o un cubata.

—Es que no bebo.

—¿¡Nada!?

La sorpresa que reflejaba el rostro del rockero era tal que ella no pudo evitar sonreír justo antes de negar con la cabeza ante la pregunta del joven de pelo largo y desgreñado. Luca llamó al camarero que no tardó en presentarse y pidió la infusión para ella y un refresco para él. Sentía la garganta seca

después de la agitación vivida en el interior del teatro y ahora, al sentir tan cerca de él a la joven de ojos verdes y poder oler el aroma a lavanda que emanaba de su cuerpo, un nudo se había apoderado de sus cuerdas vocales y le costaba hasta hablar.

—Ahora en serio, ¿no bebes? —inquirió Fito volviendo a la carga.

—No —respondió taxativa—. No me gusta el alcohol y no me gusta lo que hace la gente cuando está borracha.

—¿Y qué es lo que hace que tan poco te gusta?

Fito parecía algo molesto ante el comentario de la recién llegada y fue Mateo el que salió en auxilio de la joven. Todos en el grupo sabían cómo se las gastaba el rockero cuando le daba por discutir y aquel podía ser un momento como otro cualquiera para dar comienzo a uno de esos instantes tirantes que tan poco les gustaba.

—Fito, yo tampoco bebo y no pasa nada. Además, ya sabes lo que le pasa a Jony, el loco, cuando bebe.

El rockero fue a responder, pero la imagen de su compañero de grupo enseñando el culo en la fiesta en La Moraleja llegó a su mente y se entremezcló con otra del mismo personaje orinando en la piscina. No tuvo más remedio que guardar silencio y tragarse las ganas que tenía de discutir. Para pasar el mal rato, giró su cabeza y se concentró en la enorme lengua de la camiseta de la chelista y en lo que se adivinaba debajo de la tela negra.

—Me voy al baño —anunció la coreana al tiempo que se ponía en pie—. A este paso, me vas a desgastar las tetas.

La joven chelista se puso en marcha y entró en la cafetería con varios pares de ojos masculinos posados en los pantalones vaqueros ajustados. Sofia le dio un codazo a Mateo para que apartara la vista de las posaderas de la chelista y Fito repitió ese gesto en el brazo de Mikel.

—¡Eh! ¿Qué haces, tío?

—Como vuelvas a mirarle el culo te saco los ojos. —Dicho esto, volvió la cabeza hacia Mateo y lo señaló con el dedo—. Y a ti te digo lo mismo. Como la mires, te rompo las piernas.

—Tampoco me iba a enterar mucho —replicó Mateo para sorpresa de la joven de ojos verdes que no se esperaba ese comentario de boca de alguien que iba en silla de ruedas. En cuanto el hermano de Luca estalló en una carcajada, se relajó y pensó en Hae-Won.

—Voy un momento al baño —dijo al tiempo que se ponía en pie.

Fito la cogió del brazo y la obligó a mirarlo.

—Espero que no te vayan las tijeretas...

—¿Perdón?

Luca le dio un manotazo al rockero en la mano e hizo que la soltara. Le dedicó una mirada dura con la que consiguió que su amigo se encogiera en su silla.

—No le hagas caso. Tiene muy mal beber.

—¿Qué es eso de la tijereta?

—No hagas caso.

Luca volvió a fulminar a Fito con la mirada mientras éste se entretenía jugueteando con los dedos a espaldas de la joven y representando dos tijeras con los dedos que se restregaban una con la otra al compás de la lengua que el rockero mostraba y movía con desenfreno. Por suerte para Luca, que no deseaba que su acompañante se fuera a las primeras de cambio, la joven se marchó al interior del café sin volver la vista atrás. Atravesó el establecimiento y buscó el cartel que mostraba la dirección de los baños. Rodeó la gran barra donde un camarero preparaba unas cuantas copas mientras otro esperaba al otro lado con la bandeja en la mano. Llegó al baño y entró en el que vio un dibujo de una mujer vestida de época en la puerta. Se apoyó en el lavabo y esperó a que la persona que se encontraba en el cuarto contiguo lo

abandonara. En cuanto la puerta se abrió y Hae-Won vio a la joven esperando, la coreana se plantó frente a ella y elevó las cejas solicitando una explicación.

—Solo te pido que no digas nada.

—Luca es mi amigo y me preocupo por él —explicó la chelista con las manos en la cintura y cara de pocos amigos—. Necesito algo más que eso.

—No puedo decirte mucho más. Solo que...

—¿Qué?

—Ariadna no me gusta. Ella es... está por encima de todo y yo no soy así. Quiero ser como Adriana.

—¿Y cómo es Adriana?

—Es... normal. Solo eso.

Hae-Won meditó un instante la respuesta de la joven y asintió para alegría de la soprano que había temido que la chelista le contara todo a Luca. Se había fijado en ella en uno de los ensayos porque parecía una joven muy alegre y, en cierta manera, descuidada, pero eso le daba envidia porque también había descubierto una mujer distinta en cuanto sentía el violonchelo entre las piernas. Y ella quería ser como ella. Una mujer sobre el escenario y otra bien distinta lejos de las bambalinas.

—Está bien. Pero como vea a Luca sufrir... Tú no sabes nada de él ni de su pasado.

—¿Y qué tengo que saber?

Hae-Won dudó un instante.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

La chelista coreana le tendió la mano y Ariadna se la estrechó con decisión y con la sensación de haber encontrado en aquella mujer a una amiga muy distinta a su compañera Ana, la mezzosoprano con la que compartía

profesión y de la que no acababa de fiarse. Era muy amiga de Óscar, el barítono que parecía tenerla tomada con Ariadna y al que no soportaba, y eso hacía que no pudiera fiarse de Ana como a ella le gustaría y como, en ocasiones, hubiera necesitado.

Ambas mujeres salieron del baño y recorrieron la cafetería sin volverse para mirarse la una a la otra. Una vez llegaron a la puerta de salida a la terraza, Ariadna le puso la mano en el brazo a la chelista y la detuvo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara —dijo la chelista al tiempo que imitaba una pistola con la mano y chasqueaba la lengua como le había enseñado Fito.

—¿Qué es una tijereta?

Hae-Won frunció los labios y elevó las cejas al mismo tiempo.

—¿Y eso a qué viene?

—Fito me ha dicho no sé qué de que no me gusten las tijeretas y no tengo ni idea de lo que quiere decir.

—Pues no te puedo ayudar porque yo tampoco tengo ni idea —explicó la chelista muy seria—. Pero vamos, no le hagas mucho caso a Fito porque está un poco para allá. Yo creo que fuma porros.

—Pero él te gusta.

La revelación de Ariadna estalló entre ellas dos como una bomba y Hae-Won puso cara de pocas amigas, pero la sonrisa que adornaba el rostro de la soprano desmontó todas las barreras que pudiera haber levantado entre ellas.

—Como le digas algo a Fito, hablaré con Luca y le diré la verdad.

—Me parece justo —comentó Ariadna sin perder la sonrisa.

Salieron a la terraza y regresaron a la mesa donde los demás charlaban

como lo que eran, buenos amigos.

—Y yo te digo que es mucho mejor Beethoven —explicó Mikel con el rostro muy serio—. No tiene nada que ver.

—No me fastidies que te gusta esa mariconada —protestó Fito mientras Ariadna se sentaba junto a Luca y se acercaba a él para preguntarle algo.

—No me lo puedo creer. ¿Les gusta la música clásica?

—¡Qué va! Creo que están hablando de su peli favorita de animales.

—Pues yo prefiero esa de las ardillas que parecen fumadas. Los teletubbies.

—Esa es la de Alvin y las ardillas.

—Eso he dicho.

Ariadna levantó las cejas al escuchar la conversación de los dos amigos de Luca e intentó prestar atención a la charla que él mantenía con su hermano y con su cuñada. El rostro de Sofía le resultaba conocido, pero no acababa de encajar en su cerebro el lugar o la situación donde la había visto antes.

—No puedes decir eso —dijo la bailarina a su marido—. Ha sido precioso.

—Pero que dices. Creo que no hemos visto lo mismo o te has dormido.

Sofía le dio un codazo a Mateo y él le lanzó un beso acompañado por un gesto de la mano y un soplo.

—¿De qué habláis? —preguntó Ariadna con el deseo de sentirse integrada en el grupo.

—De ópera. Acabamos de ver Madame Butterfly en el Teatro Real y mi hermano y mi cuñada están discutiendo un poco como es costumbre en ellos.

—No discutimos —protestó Sofía—. Tan solo tenemos un pequeño

cambió de impresiones antes de comenzar con la verdadera discusión.

—Pues no discutiríamos si me dieras la razón —explicó Mateo muy serio y con los brazos levantados a ambos lados del cuerpo.

—Es que no puedes pensar lo que has dicho.

—¿El qué? ¿Qué ese tenor francés canta como el culo o que la soprano es más fría que un témpano? Y eso que besó a...

—Hermanito, hablas mucho —le interrumpió Luca molesto por el comentario que Mateo había estado a punto de soltar delante de la soprano sin saber que hablaba sobre ella misma.

—Lo del tenor estoy de acuerdo, pero ella me ha gustado —comentó Sofía intentando templar los ánimos de su marido que parecía molesto con todo el elenco de la ópera Madame Butterfly

Mateo sopló con fuerza antes de poner cara de asco.

—Esa tía trasmite menos que un locutor mudo en un partido de fútbol.

La sonrisa de Ariadna desapareció de su rostro y se vio tentada de entrar en la conversación para decirle a Mateo que no tenía ni idea de ópera y que se podía meter su opinión en algún lugar desagradable, pero se mordió la lengua e intentó que de su boca no saliera ningún comentario ácido.

—¿Sois entendidos en ópera?

—Bueno, no somos expertos —explicó Sofía para satisfacción de Ariadna que no pudo ver un gesto que Luca le había dedicado a su cuñada para que no hablara más de la cuenta—. Pero yo soy bailarina clásica y Mateo es pianista así que... algo entendemos.

Ariadna entrecerró los ojos al escuchar la profesión del hermano de Luca y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no gritar de sorpresa al recordar a un pianista junto al que había cantado unos cuantos años atrás cuando ella empezaba, pero él ya se había convertido en uno de los mejores concertistas a nivel nacional. Pero aquel pianista que ella recordaba caminaba

y Mateo estaba en una silla de ruedas.

—Mateo, ¿te puedo hacer una pregunta indiscreta?

—Si me vas a preguntar si le he mirado el culo a Hae-Won, la respuesta es no.

Sofía le dio un nuevo codazo a su marido y Ariadna sonrió.

—No es eso. Es sobre lo de tocar el piano...

Mateo sonrió con cierto cinismo antes de mirar a su hermano de reojo.

—¿Quieres saber cómo me apaño para tocar el piano?

Ariadna asintió algo azorada y arrepentida de haberle hecho esa pregunta que sabía que podía llegar a molestarlo. A pesar de ello, el pianista sonrió y se encogió de hombros.

—Es sencillo. Las teclas las toco con las manos, como es obvio, pero los pedales... —Guardó silencio un instante para darle trascendencia a su respuesta—. Los pedales los pongo sobre el piano y los aprieto con la frente. Más que tocar, parece que estoy saludando al público todo el rato.

Ariadna abrió los ojos de par en par al imaginarse la escena, pero, en cuanto Luca se echó a reír a carcajadas, supo que su hermano le había tomado el pelo y refunfuñó.

—Un alemán inventó una placa que llevamos en la boca y funciona por presión —explicó Mateo algo más serio—. Si no hubiera sido por ese cacharro...

Sofía notó el brillo en la mirada de su marido y lo besó con todo el amor que pudo poner en aquel gesto. Ariadna se sintió avergonzada por haber sacado un tema tan delicado, pero, al recordar los comentarios de Mateo sobre ella como soprano, apretó los dientes y evaporó cualquiera rastro de lástima que pudiera percibir en su interior. Luca se sintió, de repente, algo incómodo y decidió que aquel podía ser un buen momento para despedirse del grupo y dar un paseo con la joven de ojos verdes que lo había conquistado.

—¿Te apetece dar una vuelta?

Ariadna asintió y se levantó con mucha parsimonia. Le dio dos besos a Mateo y a Sofía e intentó hacer lo mismo con Fito y Mikel, pero los dos amigos discutían sobre la mejor serie de dibujos animados que cada uno había visto y no se percataron de su presencia. Hae-Won, por el contrario, se levantó de su silla y le dio dos besos.

—No olvides que sé la verdad sobre Luca —le susurró al oído.

—Y tú no te olvides de que yo también sé la verdad sobre Fito.

Ambas se separaron y sonrieron sin mostrar ningún atisbo de maldad en ese gesto. Luca la invitó a salir de la terraza y, una vez en la plaza, le ofreció el brazo que ella agarró con placer.

—Ha sido una alegría volver a verte — le dijo sin dejar de mirar hacia la luna que parecía a punto de estallar y que brillaba como nunca.

—¿Has visto? —preguntó ella al ver hacia donde dirigía él la mirada—. Casi es luna llena. Me encanta pasear cuando es de noche y parece de día.

Luca se dirigió hacia un poyete de piedra y allí se sentó. La luna brillaba frente a ellos y le parecía romántico a más no poder. Ariadna se sentó junto a él y apoyó la cabeza en el hombro de Luca que contuvo la respiración al sentirla tan cerca. Pensó en rodearla con su brazo por la cintura, pero no se atrevió ni a mover un centímetro de su cuerpo para disfrutar de ese momento tan especial para él, que creía desintegrado su corazón, pero que ahora reaccionaba ante la joven de ojos verdes.

—Para mí también ha sido una alegría volver a verte.

Luca sonrió al escuchar a Ariadna y se sintió más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo. Cinco largos y oscuros años en los que la tristeza más profunda había ensombrecido su atormentada alma. Se inclinó hacia la joven y la besó en la frente. Ariadna elevó la cabeza al sentir el contacto de los labios de Luca en su piel y le sonrió con infinita dulzura.

—Te dije que confiaras en el destino.

Se miraron y, sin necesidad de añadir nada más, se besaron con pasión y dejaron volar su imaginación hacia el lugar donde los corazones bailan al son de la música más bella que uno pueda llegar a sentir.

Cinco

Apoyó los codos en la barandilla metálica y, tras dirigirle una breve mirada al vetusto edificio, suspiró con fuerza y dejó caer la cabeza.

—¿Qué ocurre? Pensaba que lo estabas pasando bien.

—Sí. No es eso. Es que...

Luca miró a Ariadna a los ojos y se incorporó de nuevo. Apoyó la espalda en la baranda metálica y cruzó los brazos por delante del pecho como si con ello intentara levantar una barrera ante la extrañada joven.

—Creía que... Yo no...

Ariadna se encogió debajo de la chaqueta y dio un paso hacia Luca que no supo cómo reaccionar y se mantuvo en la misma postura. Ella lo entendió como un rechazo y giró sobre sus talones dispuesta a marcharse. Luca, al fin, reaccionó y recorrió la breve distancia que los separaba para evitar la huida de la joven.

—No te vayas, por favor.

Ella se volvió hacia él con una lágrima pugnando por escapar y recorrer una de sus rojizas mejillas, pero Luca la detuvo a tiempo con una leve caricia con la punta de su índice. Ariadna se estremeció al sentir el contacto y apoyó

su rostro en la extremidad del hombre que luchaba en silencio por entrar en su corazón como un jinete desbocado. Sonrió con cierto esfuerzo y él respondió de la misma forma.

—No quiero... no puedo mentirte —añadió Luca como si cada palabra supusiese un clavo hiriendo su alma—. Existe otra persona.

Ariadna aguantó la respiración y esperó la resolución de aquel enigma, pero Luca parecía agobiado y exhausto al mismo tiempo. La joven, para animarlo a hablar, le puso la mano en el brazo y apretó con determinación. Él suspiró para después soltar todo el aire que retenía.

—Llevo cinco años solo —explicó Luca—. Una soledad insufrible pero que ya comenzaba a formar parte de mí, pero...

—¿Pero?

—He conocido a una mujer y mi cabeza está hecha un lío.

—¿Estás... estás enamorado de ella? —preguntó la joven con un balbuceo mezcla de emoción y temor a partes iguales.

—No... no tengo ni idea. Tan solo sé que me besó y después lo hiciste tú y yo no soy de esos hombres que juegan con las mujeres y que buscan vivir una y otra relación mientras su ego va creciendo y piensan que...

—Luca...

El joven detuvo su verborrea y dejó caer los brazos a ambos costados del cuerpo. Una carga enorme se había posado sobre sus hombros y había convertido una noche mágica en una lucha interna que no acostumbraba a vivir.

—Lo siento. Yo...

—No tienes nada que sentir. No hay forma de guiar al corazón. ¿Ella es... una amiga?

Ariadna necesitaba conocer algo más de esa mujer que parecía entrometerse entre ellos dos pero que ya ocupaba un lugar en el corazón de

Luca. De confirmar sus temores, daría media vuelta y regresaría, una vez más, a su vida en los escenarios y las bambalinas con el corazón roto y el alma herida y solitaria.

—No es una amiga. Podría decirse que es una compañera de trabajo.

—¿Y eso qué significa?

—Yo trabajo en el mantenimiento del Teatro Real. Ella tan solo está de paso. Es soprano.

El corazón de Ariadna comenzó a saltar en su pecho como un potrillo salvaje en un prado. No pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro y que sus ojos brillaran con fuerza y determinación. Por primera vez en su vida, se veía con fuerzas para luchar por un hombre y tenía claro que nada ni nadie podría arrebatarse esa ilusión.

—No te martirices. Has dicho que ella está de paso.

—Y tú también. No es justo. No quiero engañarte, pero ella está muy presente en mí.

Ariadna se acercó a Luca y, para sorpresa de él, lo besó en los labios y se mantuvo allí unos segundos para sentirlo y para guardar muy dentro de su ser la esencia de verse amada por partida doble.

—Luca, no quiero competir con nadie, pero hoy eres solo mío. Para mí el amor no es un juego y necesito sentir que soy para un hombre algo más que un trozo de carne.

—Para mí eres mucho más, Adriana.

Ambos se abrazaron y comenzaron a caminar muy juntos en dirección a la Plaza de España donde Luca quería mostrarle los puestecillos donde se vendían un millar de objetos pintorescos. La joven soprano deseaba conocer un poco mejor a Luca y, tras tomar aire, lanzó a la nada una pregunta de la que no sabía si obtendría respuesta.

—¿Qué pasó hace cinco años?

Luca detuvo su caminar, se separó de la joven y la miró sin tener claro qué pensar. Se encontró con una mirada limpia y una sonrisa dulce y encantadora que no presagiaba nada malo. Tan solo pudo ver delante de él a una joven sincera y sencilla que deseaba conocerlo algo mejor.

—Yo trabajaba... era... Bueno, fui denunciado por acoso sexual y, a pesar de que proclamé mi inocencia a los cuatro vientos, nadie me creyó. Solo tuve el apoyo de mi familia y me derrumbé.

—¿No tenías pareja?

—Eso fue lo peor. Vivía con una mujer y llevábamos cuatro años juntos. En cuanto se enteró de la acusación, se largó y me dejó solo. No he vuelto a verla. Lo único que sé es que se lio con uno de mis mejores amigos en cuanto lo dejamos.

Ariadna tragó saliva y pensó en callar, pero tenía un millón de preguntas dando vueltas por su cerebro y no quería perder la oportunidad de dar un pasito más dentro del corazón de Luca.

—¿Qué pasó después?

—No pude con la presión. Dejé el trabajo y me marché. Viajé durante meses con tan solo una mochila a la espalda y regresé más roto de lo que me sentía al marcharme. Encontré otro trabajo e intenté rehacer mi vida, pero el daño ya estaba hecho. No he vuelto a confiar en nadie.

Ariadna se aproximó a Luca, le puso la mano en el pecho y lo besó con suavidad y con cierta picardía.

—Hasta que aparecí yo en tu vida. Bueno, yo y esa soprano.

Luca relajó su rostro y sonrió de nuevo. Atrajo el cuerpo de la joven y la besó con ardor. Un ardor que había creído perdido pero que ahora encontraba cobijado en algún lugar recóndito de su ser. Levantó la vista y miró hacia los jardines de Sabatini donde la oscuridad intentaba ganarle la partida al refulgir de la gran ciudad.

—Nunca le he contado esto a nadie exceptuando a mis amigos y a mi familia. Aunque ellos lo vivieron en primera línea y lo sufrieron conmigo. Eres la primera en conocer mi secreto.

—Así que eres un acosador.

Luca se separó de Ariadna y puso su cuerpo en tensión al escuchar la frase, pero, al oír la carcajada de la joven sonar en la vía, se relajó y rio con ella. Aquel escabroso asunto que siempre lo había martirizado había sido relegado a un segundo plano en solo un instante por una joven a la que acababa de conocer y a la que sentía muy cercana.

—No te puedes ni imaginar lo que es que todo el mundo te mire como si fueras un apestado por algo que no has hecho.

Ariadna recordó al tenor francés y al acoso que ella estaba comenzando a sufrir y se sintió más cerca de Luca de lo que nunca había estado.

—¿Y por qué te denunciaron por acoso sexual?

—Muy sencillo. Aquella mujer quería una relación y yo me negué. Yo le era fiel a Daphne y no quería tirar por la borda lo que imaginaba más fuerte. Parece que ella no lo veía de la misma manera.

—¿Y no has vuelto a verla desde entonces?

—No.

—¿Ni tan siquiera una llamada?

—Creo que, cuando alguien se va de esa manera, no merece ni una palabra ni un simple gesto.

Continuaron caminando y, tras cruzar la cuesta de san Vicente por uno de los innumerables pasos de cebrá existentes bajo la calle Bailén, entraron en la zona arbolada de la Plaza de España. Unos pocos metros más allá se dieron de bruces con los puestecillos iluminados y Ariadna soltó un grito de emoción. Fue corriendo a uno de ellos donde vio unos cuantos sombreros de chico colgando de unos pocos ganchos. Tomó uno de color burdeos y se lo colocó en

la cabeza. Se volvió hacia Luca, ladeó el sombrero y posó para él con tal sensualidad que a Luca se le cortó la respiración. Parecía otra mujer muy distinta del pajarillo indefenso que se había encontrado llorando en un banco de piedra. Ahora se mostraba como una joven segura de sí misma y enormemente sensual. Su rostro angelical contrastaba con un cuerpo menudo pero firme y un cabello leonado y oscuro que remarcaba sus grandes ojos del color de la esmeralda. Luca intentó adivinar las formas curvilíneas del cuerpo de Ariadna, pero los ropajes holgados que ella vestía lo dejó con las ganas de saber qué podía encontrar debajo de ellos.

Hizo bien su papel y caminó con lentitud hacia la joven más como un modelo de pasarela que como una persona que se dedicaba a cambiar bombillas. Las clases de interpretación ya quedaban relegadas en el olvido, pero aún sabía cómo desfilarse o cómo mostrar la misma sensualidad que le había ofrecido su joven acompañante. Tomó de un gancho un sombrero gris que hubiera encantado al mismísimo Humphrey Bogart y se lo colocó sobre la cabeza ladeado hacia uno de sus ojos. Se apoyó en el borde de la caseta e hizo como si sostuviera un cigarro entre los labios. Bajo la atenta mirada de Ariadna, lo lanzó al suelo, lo pisó a conciencia y se aproximó a ella poco a poco. Una vez a su lado, le quitó el sombrero y, al sentir la respiración agitada de la joven soprano, la atrajo hacia sí y pegó sus caderas a las de ella que emitió un sordo gemido al sentirlo.

—Luca, ¿eres tú?

El encargado de mantenimiento se separó de Ariadna con lentitud y cerró los ojos con fuerza como si estuviera viviendo un sueño o, lo que más temía, una atroz pesadilla fruto de un destino que parecía jugar con él. Como si hubieran atraído a La Parca con un conjuro, apareció ante ellos la mujer que él no hubiera deseado ver nunca jamás. Tras cinco años sin recibir noticias de ella y ahora que la vida parecía querer darle una segunda oportunidad, delante de él se materializaba la persona que lo había abandonado y ninguneado a partes iguales hasta lograr anularlo como hombre. Rubia, de ojos azules como los suyos y, como bien se fijó Ariadna, muy atractiva, saludó la mujer con un gesto de la mano.

—Hola, Daphne.

—Hola, Luca.

Ambos se miraron y la única que pareció reparar en el niño que la acompañaba fue Ariadna que, ni corta ni perezosa, le tendió la mano a lo que el crío respondió de la misma forma. Era moreno como Luca y tenía los mismos ojos azules.

—Hola. Yo soy Adriana. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Jorge y tengo cuatro años, pero cumplo cinco en Navidad.

—Encantado, Jorge.

Ariadna quedó encantada del niño y de su desparpajo, pero no de la frialdad existente entre los dos adultos los cuales ni tan siquiera se hablaban. Ella se incorporó tras saludar al niño y le tendió la mano a la joven rubia.

—Hola, soy Adriana.

—Yo soy Daphne. ¿Eres la novia de Luca?

—Eso a ti no te importa —espetó Luca de malos modos—. Adiós, Daphne.

El joven hizo ademán de marcharse, pero su antigua pareja lo detuvo con un movimiento rápido de la mano. Él volvió junto a las dos mujeres y clavó su mirada dura y fría en la rubia.

—¿Qué quieres?

—Quería... pedirte perdón. Yo... no sé lo que me pasó hace cinco años. Fue... fue demasiado para mí.

—¿Algo más?

—No... no he podido olvidar aquella Semana Santa. ¿Te acuerdas? —preguntó como si Ariadna no se encontrara delante y mirara con gesto incómodo—. Yo no quería irme, pero.... ¿Qué nos pasó?

—Básicamente que creíste a todo el mundo menos a mí y decidiste largarte con mi mejor amigo. Creo que eso lo resume todo.

—Yo no... no te he olvidado.

Luca resopló y, tras mover la cabeza de lado a lado, tomó a Ariadna de la mano y la arrastró lejos de aquel lugar y, sobre todo, lejos de la mujer que había decidido huir en lugar de luchar por su amor. Atravesaron la gran plaza hasta llegar al nacimiento de la Gran Vía donde, tras cruzar el paso de cebra a toda prisa, comenzaron a caminar entre la gente. Un instante después, Ariadna se sacudió de Luca y se detuvo en mitad de la acera. Él volvió junto a ella y, al ver su rostro cariacontecido, entendió su desazón.

—Lo siento mucho. Ha tenido que ser muy desagradable para ti.

—Creo que no mucho más que para ti —añadió ella con una sonrisa en los labios—, pero no hace falta que recorramos Madrid corriendo.

—Ya. Es que... No sé. Ha sido muy raro. Cinco años sin saber nada de ella y justo aparece cuando estoy contigo y me siento feliz.

Ariadna sintió que el corazón comenzaba a dar saltos en su pecho al escuchar el último comentario de su acompañante. Él, al percatarse de la revelación, sintió cómo su rostro se teñía de carmesí.

—¿Eres feliz? —preguntó ella sin contemplaciones.

—Verás. No sé si esto es felicidad o no, pero es la primera vez en cinco años que siento que me apetece correr por la calle gritando a los cuatro vientos que todo está bien. Que ya no me siento solo. Que no me da miedo volver a mi apartamento.

Ariadna bajó la cabeza y sonrió con timidez al percatarse de que todos esos sentimientos tenían mucho que ver con ella y con lo que había levantado entre los dos. Al mismo tiempo, sintió miedo por la existencia de la soprano y de la relación efímera que parecía mantener con Luca y que algún día relacionaría a las dos mujeres.

—Sabes una cosa. Me gustaría ver tu apartamento.

Luca contuvo la respiración al escuchar a la joven y, al ver como ella se azoraba, su corazón comenzó a latir a toda prisa por lo que ello podía conllevar.

—¿Estás segura? ¿Quieres ir a mi apartamento?

—¿Por qué no voy a estar segura? Quiero que me enseñes donde vives. Nada más.

Luca asintió algo decepcionado, pero el rostro de Ariadna mutó a una máscara pícaro y sensual. Se agarró a su brazo y comenzó a recorrerlo una y otra vez con el dedo índice. Él sintió un escalofrío recorrer toda su espalda.

—Aunque... nunca se sabe.

El joven sonrió y ambos se pusieron en marcha caminando muy juntos y con el paso acompasado. Al llegar a la Plaza de Callao giraron en dirección a la Plaza del Carmen. Allí, Ariadna se detuvo y se quedó mirando a una joven apoyada en una farola.

—¿Es una... es una...?

—Sí. Es una prostituta. Ahí al lado está la calle Montera y es famosa por eso.

—¿Y tú vives cerca?

—En la misma calle Montera.

—Ya...

Luca se echó a reír al ver la aprensión en el rostro de la joven y, tras cogerla de la mano, se puso en marcha en pos de su apartamento. Al doblar la esquina, Ariadna apoyó la cabeza en su hombro y suspiró.

—Estaba pensando en el hijo de Daphne.

Luca se detuvo de repente, pero ella tiró de él para que no se sintiera agobiado y viera que no le daba importancia al asunto.

—¿A qué viene eso ahora?

—A nada. Tan solo que el niño cumple los cinco años en Navidad.

—¿Y?

—Daphne y tú lo dejasteis en Semana Santa de hace cinco años, ¿no?

—Pues, sí. ¿Y?

Luca miró de reojo a la joven y ella percibió ese movimiento. Al ver que él no se daba por enterado de lo que intentaba comentarle, decidió no echar más leña al fuego. Algún día tendría la confianza con él como para poder decirle que, teniendo en cuenta las fechas, sospechaba que ese niño podía ser su hijo. Decidió sobre la marcha que el futuro decidiría.

Llegaron a un portal pequeño y limpio muy cercano a la Puerta del Sol y Luca abrió con una llave que sacó de uno de los bolsillos de su zamarra. Una vez dentro, comenzó a subir peldaños con mucha tranquilidad.

—Espero que estés en buena forma.

—¿Y eso?

—Vivo en el ático y no hay ascensor. Son cinco pisos.

Ariadna asintió convencida de poder con la ascensión teniendo en cuenta que su profesión requería un entrenamiento constante y un aprendizaje de la gestión de la respiración, pero, en cuanto llegó a la tercera planta y notó que le faltaba el aire, supo que no le bastaba con ello. Luca parecía subir cada uno de los peldaños como si no existieran por lo que, al volverse y ver el rostro congestionado de la joven, se preocupó y se detuvo.

—Ya veo que no haces mucho deporte.

—Yo no... no... Yo...

—Para mí que lo que necesitas es la reanimación cardio-pulmonar.

Bajo los peldaños que la separaban de ella y la besó con pasión, pero ella lo empujó de malas maneras antes de apoyarse en la barandilla.

—Ahora... lo entiendo. Eres un... un psicópata que as... asfixia a las mujeres.

Luca se echó a reír y comprendió que el beso, más que un gesto de pasión, había sido lo que le había robado a la joven el poco aire que le quedaba en los pulmones.

—Lo siento. Ha sido el momento. Me he dejado llevar.

—Bueno, tú llama al Samur y después vemos.

El joven volvió a echarse a reír y no se lo pensó dos veces. Se acercó a Ariadna, la tomó en sus brazos sin aparente esfuerzo y subió los dos últimos pisos sin perder la sonrisa ni un instante. Una vez en el rellano de lo que parecía la buhardilla del edificio, el joven la dejó a sus pies y, tras extraer de nuevo el manajo de llaves, abrió la única puerta que allí se encontraba. Hizo un gesto con la mano e invitó a Ariadna a entrar. Ella dudó un instante y recordó una escena de una película en la que el protagonista intentaba que la chica entrara en su casa, pero ella se mantenía de pie, sin moverse y con un gorro de lana que la hacía parecer aún más indefensa. No recordaba la película, pero sí la escena y se sintió pequeña y desprotegida. Luca vio su mirada y, sin pensárselo dos veces, cerró la puerta de nuevo y se dirigió a las escaleras sin perder la sonrisa.

—¿A dónde vas?

—A dar un paseo contigo. No tienes por qué entrar en mi apartamento. No quiero que lo pases mal.

Ese gesto, acompañado de la mirada dulce y cómplice de Luca, terminaron por convencerla y por quitarle el miedo. Le arrebató las llaves al joven y, sin pensárselo dos veces, abrió la puerta y entró. Luca la atravesó tras ella y esperó su reacción. Más que un apartamento, se trataba de un loft en

toda regla en mitad de la capital. Un apartamento que Luca había encontrado cuando tenía un millón de contactos y cuando el dinero no era otra cosa para él más que un bien que le podía producir satisfacción. La cocina se confundía con el salón y solo se veían separadas por una pequeña barra. El único dormitorio existente estaba escondido tras un biombo y la única puerta en toda la vivienda Ariadna supuso que comunicaría con el baño. Como si Luca le leyera el pensamiento, se aproximó a esa puerta, la abrió y enseñó orgulloso un baño más propio de un hotel de cinco estrellas que de un ático en el centro del Madrid de los Austrias. Un majestuoso Jacuzzi mandaba sobre los demás elementos y Ariadna se vio tentada de pedirle a Luca que compartiera un baño con ella en aquella piscina en miniatura. Luca se volvió hacia la joven y, como si le leyera la mente una vez más, sonrió de medio lado y Ariadna se ruborizó y mucho más cuando vio cómo él se quitaba la zamarra y el jersey de lana con el que se abrigaba. Ante ella se mostró con una sencilla camiseta de color blanco ceñida al cuerpo que mostraba un sinfín de músculos en un torso bien esculpido por el deporte o por el trabajo duro. Ella tomó las solapas de su abrigo con ambas manos y las cruzó sobre el pecho como si con ello intentara protegerse de sus más bajos instintos. Luca fue tras ella y le retiró la prenda con delicadeza. La dejó sobre una butaca isabelina y encendió una chimenea de gas con tan solo apretar un botón.

—¿Quieres tomar algo?

—Un vasito de agua estaría bien. Tengo la garganta seca.

—¿No prefieres un vino blanco espumoso? Lo tengo en la nevera. Es muy suave.

Ariadna se encogió de hombros y él entendió ese movimiento como una afirmación por lo que tomó dos copas de cristal de una alacena de la cocina, las dejó sobre la encimera y, con un sacacorchos que extrajo de un cajón, descorchó la botella y sirvió dos raciones generosas. Entregó una de las copas a la joven y levantó la suya.

—Por nosotros.

Ariadna asintió y bebió un sorbo. El vino le pareció ligeramente dulce y espumoso y, por encima de todo, muy frío por lo que lo disfrutó nada más

sentirlo en su boca. Dos tragos más y lo que comenzó a sentir fue el deseo de lanzarse sobre Luca y arrancarle la camiseta de un tirón. No estaba acostumbrada a beber y aquel vino significaba para ella una bomba de relojería. Tras la segunda copa, se sentó en una banqueta alta junto a la encimera de la cocina, se desabotonó la camisa hasta el nacimiento de sus senos y comenzó a acariciarse el cuello sin dejar de mirar a Luca que se había quedado sin habla y con la garganta seca a pesar del refrescante vino.

—Es... estooooo... —balbuceó sin lograr articular casi ni una palabra.

Luca sintió un cosquilleo en el vientre y el deseo comenzó a crecer en su interior. A pesar de ello, intentó pensar en Ariadna como en la joven a la que había encontrado llorando en el banco y se percató de la situación en la que ella se hallaba. Estaba sola y necesitaba compañía, pero Luca no quería ir más allá. Supo que, de hacerlo, se arrepentiría toda su vida. Se aproximó a la joven con pasos estudiados y comedidos y, cuando tan solo se hallaba a unos pocos centímetros de su rostro, ella cerró los ojos y colocó los labios en posición de recibir el tan ansiado beso. Luca se acercó aún más, aunque, en el último instante, varió su dirección y la besó en la frente; un beso cálido y sincero que a él le supo a gloria y a ella a decepción.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ariadna con la vista distraída por el efecto del alcohol—. ¿Ya no te gusto?

Luca sonrió como se le sonríe a una niña pequeña que se siente ofendida y triste.

—Claro que me gustas, pero estás un poco bebida y yo soy un caballero.

—No eres un caballero. Eres un tonto.

Ella dejó caer la cabeza sobre el pecho de Luca e hipó con fuerza. Un segundo después, comenzó a ronronear como un gatito. Luca, que había pensado en acompañarla a su hotel y despedirse allí de ella, la tomó en sus fuertes brazos, la llevó hasta la cama de matrimonio y allí la depositó con extremo cuidado. La cubrió con una manta de lana que siempre descansaba sobre un arcón de madera pintado con vivos colores y regresó al saloncito. Se sirvió una nueva copa de vino y salió al pequeño balcón desde donde podía

contemplarse la Puerta del Sol y el famoso reloj de la torre. Suspiró con fuerza y elevó la vista hacia la luna que iluminaba la gran ciudad. Volvió la vista hacia el interior de la buhardilla y soltó todo el aire que retenía en los pulmones.

—Luca, más vale que sepas lo que estás haciendo.

Con una idea en la cabeza y con la sensación de reencontrarse con aquel hombre que desapareciera cinco años atrás, regresó al interior de la vivienda y, tras apurar de un sorbo la copa y asearse, se tumbó en el sofá, encendió el televisor y pulsó el mando a distancia. Una escena pintoresca se mostró en la gran pantalla.

Una plaza de toros, las cigarreras, los matadores, el pueblo llano y la mezzo Teresa Berganza lo acompañaron al mundo de Morfeo con las primeras notas de la Habanera de Carmen.

Seis

Abrió los ojos con esfuerzo y lo primero que vio fue la fotografía de dos niños pequeños junto a unos pinos. Desvió la vista hacia el despertador, comprobó la hora y saltó de la cama al ver que eran más de las doce de la mañana.

—No te asustes —dijo alguien tras el biombo decorado con motivos medievales—. El reloj está mal. Son casi las ocho.

Ariadna miró hacia sus pies y comprobó que sus ropajes no habían variado y que, a pesar de dormir en la cama de Luca, ella permanecía vestida. Tras una punzada en una de las sienes recordó las copas de vino espumoso sentada en un taburete y su escena en plan mujer fatal. El último y fugaz recuerdo era el de Luca aproximándose a ella muy lentamente. A partir de ahí todo era difuso y su mente parecía haber levantado un velo delante de esos recuerdos.

—Anoche...

Luca se acercó a ella y se arrodilló delante de sus piernas. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una camiseta negra con un Homer Simpson tumbado con una lata de cerveza en su prominente barriga. Ariadna pensó que hasta con esa camiseta cómica su cuerpo pedía a gritos ser desnudado. Tragó saliva e intentó concentrarse en su preciosa sonrisa y en los ojos azules que la habían

conquistado, pero casi fue peor el remedio que la enfermedad.

—Anoche estuviste fantástica —comentó Luca sin perder la sonrisa—. Todavía me duelen las piernas.

—Pero..., pero...

Ariadna se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la buhardilla sin saber qué pensar o qué decir. Por lo que Luca insinuaba, allí había pasado algo que ella no podía recordar, pero estaba convencida que, de haber hecho el amor, ella no podría olvidarlo por mucho alcohol que llevara en el cuerpo. También se percató de que ni tan siquiera recordaba el momento en el que él la había llevado a la cama por lo que sus peores temores se hicieron evidentes.

—¿Hicimos...? ¿Hicimos...?

Luca se puso en pie y cruzó los brazos por delante del pecho con evidente gesto de satisfacción y orgullo.

—Tres veces.

Ariadna soltó un grito, se llevó la mano a la boca y volvió a ponerse en marcha en su nervioso caminar. Comenzó a recitar frases inconexas que Luca intentó descifrar, aunque le resultó imposible. Entre frase y frase, la joven se frenó de repente y se dejó caer en una butaca. Resopló un par de veces y Luca se apiadó de ella. Se arrodilló de nuevo frente a sus piernas y le puso la mano en las rodillas.

—No pasó nada. Bebiste más de la cuenta y yo te acosté.

—¿Y tú...?

—He dormido en el sofá, aunque después de llamarme tonto no sé si te merecías algo así.

Ariadna agarró el cojín que tenía entre su costado y el apoyabrazos y golpeó con él a Luca que no pudo evitar echarse a reír al ver el gesto contrariado de la joven. Antes de que pudiera remediarlo, agarró a Ariadna

por la cintura y comenzó a hacerle cosquillas. Un rato después, ambos daban vueltas por el suelo intentando jugar y sin percatarse de que la temperatura en el apartamento iba subiendo a pesar de la hora matinal. Ariadna le subió la camiseta a Luca y comenzó a hacerle cosquillas, pero, al sentir los duros abdominales del joven, se detuvo y su rostro se tiñó del color de la arcilla. Luca no se dio cuenta, la abrazó con fuerza y rodó con ella hasta situarse encima de su cuerpo. Al fin, se detuvo y observó a la soprano que respiraba con cierta dificultad y se humedecía los labios con la lengua. Luca sintió cómo algo comenzaba a crecer bajo sus pantalones y se sintió azorado. Se sentó con la espalda apoyada en la pared y aprovechó la cercanía del cojín para colocarlo sobre su entrepierna y así poder disimular su excitación.

—He comprado churros —dijo, sin más, como si nada hubiera ocurrido.

—Creo que... creo que será mejor que me vaya.

Ariadna se levantó y tomó su abrigo, pero Luca, aprovechando el resguardo del cojín, se puso en pie y la detuvo.

—No te vayas. Había pensado una cosa.

Ariadna se detuvo, se volvió hacia él y lo miró con el deseo de permanecer junto a él todo el tiempo que le fuera posible.

—Dime.

—Tengo unos días libres y quería hacerle una visita a mis padres. ¿Quieres venir?

—Yo no...

Ariadna guardó silencio sorprendida ante su pronta negativa y meneó la cabeza de un lado a otro para intentar espantar esos fantasmas que siempre estaban ahí y que la obligaban a comportarse con una rectitud rayana en la obsesión. Por una vez en su vida, sintió la necesidad de hacer una locura.

—Hoy no trabajo, pero mañana sí.

—No hay problema. Tienen un chalé en la sierra. Podríamos ir ahora y

regresar mañana por la mañana.

—¿Quedarnos a dormir?

—Sí. Hay habitaciones de sobre. Me gustaría que conocieras a mis padres y a mi hermana.

—¿También estará tu hermana?

—Sí, pero es muy maja. No tienes de qué preocuparte.

Ariadna se acercó a la encimera de la cocina y cogió un churro de los que había comprado Luca. Llevaba años sin probarlos y le supo a gloria bendita como siempre decía su compañera Ana. Guardó silencio un instante sopesando el ofrecimiento de Luca y, como un fogonazo, la respuesta se plantó en su cabeza y se ancló de tal forma que supo que aquello era lo que debía hacer.

—Sí. Me apunto.

—¡Fenomenal! Me doy una ducha rápida y nos ponemos en marcha.

—Antes tenemos que pasar por mi hotel. Yo también tengo que ducharme y coger unas cosas.

—Dúchate aquí y así ganamos tiempo.

Ariadna vio la mirada pícaro de Luca y advirtió que aquello parecía ser una propuesta en toda regla para una escena de pasión bajo los chorros de agua o de la espuma del jacuzzi. La garganta se le secó y volvió a balbucear.

—Yo... es que... es muy...

—Anda, no te agobies que es broma. Me ducho en un par de minutos y después puedes hacerlo tú.

Ariadna se tranquilizó y se relajó al escuchar las palabras de Luca, pero todos sus temores y más bajos deseos volvieron a hacerse realidad cuando él, tras ducharse a toda velocidad, salió del baño con tan solo una toalla

alrededor de la cintura. La joven se quedó con la boca abierta y a punto estuvo de caerse de la banqueta.

—Tienes una toalla calentita sobre el radiador. ¿Necesitas algo más?

Ella logró negar con la cabeza y, tras lanzarle un último vistazo al torso escultural de Luca, se resguardo en el baño donde se desnudó con rapidez y se duchó recreándose tan solo en el aroma del gel de baño que impregnaba el cuerpo de Luca y que ahora emanaba de su propio cuerpo. Se frotó con las manos, pero el deseo de acariciarse era demasiado fuerte. Para evitar el momento calentón, cerró el agua caliente y apretó los dientes para no gritar. El agua fría hizo su cometido y se vio obligada a salir de la ducha con el cuerpo dolorido del líquido helado y con la sensación de haber superado una dura prueba. Mientras se secaba el cuerpo con la toalla caliente, se repitió a sí misma que debía coger el champú y el acondicionador para lavarse el cabello al llegar a la sierra. Aunque no era lo soñado, se vistió con las mismas prendas y regresó al salón donde Luca la esperaba completamente vestido y con un abrigo en el brazo y una bolsa de deporte a los pies.

—¿Nos vamos?

—Vale.

Ariadna agarró un par de churros al pasar junto a la barra y salió del apartamento de Luca mordisqueando uno de los dulces típicos madrileños. Bajaron los cinco pisos dando saltitos y, al llegar a la calle, Luca se puso el abrigo, cambió la bolsa de mano y agarró a Ariadna por la cintura. Ella se sorprendió, pero se dejó hacer. Caminar con Luca a su lado y poder oler el aroma a cereza del gel de baño era mucho más de lo que cualquier mujer, con el escaso pasado amoroso de ella, podía desear. Llegaron a un aparcamiento público y entraron en él. Al llegar a la altura de un gran todoterreno negro, Luca apretó el botón de una llave y los intermitentes del vehículo se encendieron.

—¿Es tuyo?

—Sí. ¿Te gusta?

—Mucho. Es... es...

—¿Grande?

La joven asintió y se subió al vehículo con cierto esfuerzo. Una vez en la calle, sintió como si viajara en un tanque. Tras recorrer varias callejuelas que Ariadna no conocía, salieron a la Gran Vía y descendieron hasta la Plaza de España donde unas horas antes se había producido el crudo encuentro con Daphne, la ex pareja de Luca. Él no pronunció palabra alguna, pero no pudo evitar gruñir al girar en dirección a la Cuesta de San Vicente. Llegaron a la entrada del hotel unos minutos después y Luca detuvo el vehículo junto a la puerta.

—Te espero aquí. No tardes.

—Cojo unas cosas y vuelvo en nada.

Ariadna descendió del todoterreno y entró en la recepción del hotel con el temor de encontrarse con alguien de la compañía, pero sus peores miedos se vieron refrendados por la presencia del tenor francés que parecía estar siempre en el lugar menos propicio.

—¡Vaya! La desaparecida —comentó el cantante con tono agrio—. ¿Dónde has pasado la noche?

Ariadna no contestó y pasó por su lado como si no existiera. El tenor intentó agarrarla del brazo, aunque ella fue más rápida y lo apartó de un manotazo como quien intenta espantar una mosca. El gruñó e hizo ademán de seguirla, pero ella se refugió en el ascensor y desapareció del vestíbulo. Al llegar a la planta tercera, corrió hacia la habitación trecientos dos y, una vez allí, echó unas pocas cosas en una maleta tipo *trolley*, metió en su neceser el champú, el acondicionador, el cepillo de dientes y unas pocas cremas y, con todo ello debajo del brazo, salió de la habitación y cerró a sus espaldas. Dio un par de pasos hacia el vestíbulo de ascensores y, al escuchar el tintineo del elevador, corrió en pos de la escalera de emergencia. Antes de esconderse allí pudo ver de refilón el rostro malhumorado del tenor francés. Dio un gritito de júbilo y bajó las tres plantas a toda velocidad. Atravesó el vestíbulo sin pararse a mirar a uno y otro lado y salió del vetusto edificio bajo la atenta

mirada de Óscar, el barítono, que no se perdió ni un movimiento de su joven compañera. Tuvo el tiempo justo para asomarse por la puerta giratoria en el preciso instante en el que el todoterreno se ponía en marcha.

—Vaya con el chico de los recados. Esto le va a gustar a Aleksei.

Al tiempo que el barítono se dirigía a los ascensores, el todoterreno abandonaba la Plaza de la Ópera con Luca al volante y una sonrisa de satisfacción en los labios y Ariadna junto a él con gesto preocupado. Él la miró de reojo y, al ver su mirada perdida, supo que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre? Estás muy seria.

—Como se entere mi jefe de esto...

—¿De qué? ¿Acaso no puedes pasar el día con alguien? Ya eres mayorcita.

—Ya, pero...

Ariadna se vio tentada de contarle toda la verdad a Luca, pero, en el último momento, decidió que lo sabría en el momento adecuado y aquel no lo era. No tenía claro que a él fuera a sentarle bien su pequeña mentira por lo que pensó en disfrutar de la oportunidad de conocerlo mejor; a él y a su familia.

—No te he preguntado en qué trabajas.

—Soy... Me dedico a... Es muy aburrido. Cosas de números.

Luca no quiso indagar mucho, aunque el titubeo de ella le indicó que algo no cuadraba. A él le parecía muy sencillo una explicación en plan soy administrativo o me dedico a invertir en bolsa, aunque lo que más le extrañó fue el hecho de que ella no le preguntara por su trabajo. Aun así, él se lo contó.

—Mi trabajo en el teatro es aburrido, pero a mí me gusta. Ya sabes, cambiar bombillas o espejos rotos o...

Al pensar en un espejo hecho añicos, a su memoria llegó la imagen de

una mujer, con el rostro maquillado, sollozando junto a unos cuantos cristales y a un beso furtivo recibido junto a la puerta de uno de los camerinos. Se sintió culpable y decidió hablar con ella con franqueza como ya había intentado hacerlo la noche anterior.

—La otra mujer...

—¿Quién? ¿La soprano?

—Sí. Ella..., ni tan siquiera he visto su rostro.

—Entonces, ¿cómo puedes saber que te gusta?

—Son sus maneras, su voz, la tristeza que muestra...

Ariadna se echó a reír y Luca se volvió con el ceño fruncido sin entender la reacción de su joven compañera de viaje. Ella levantó las manos en un gesto de disculpa y él se relajó.

—Perdona, es que... parece que lo tuyo son las mujeres tristes.

Luca sonrió al igual que ella y asintió conforme. Supo que tenía razón y que se había convertido en un hombre que no soportaba la tristeza a su alrededor. Él mismo se veía como un caballero andante en pos de erradicar todo lo negativo que parecía intentar apresararlo.

—No te preocupes, Luca. Entiendo que te guste otra mujer, pero yo necesito saber si te gusto más que ella.

Luca la contempló de reojo y vio su rostro angelical adornado por los rayos de un sol que ahora se mostraba digno y poderoso en el horizonte. Su mirada refulgía como el mismo astro rey y muy poco quedaba de la mujer cabizbaja y lánguida que había conocido en la Plaza de Oriente. Tenía que reconocer que le gustaba y mucho.

—Eres... eres una mujer muy atractiva y con una voz dulce y melodiosa que me tiene conquistado. Eres... especial.

—Vaya. —Ariadna se ruborizó—. Has conseguido que me ponga roja

como un tomate.

—Supongo que eso es bueno.

—Yo... ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Para ti es muy importante la voz. ¿Me equivoco?

Luca se encogió de hombros y dirigió su mirada a la carretera. No sabía qué contestar por lo que decidió guardar silencio. No quería hablar más de la cuenta y su pasado seguía relegado a algún rincón escondido de su corazón. Sabía que, de existir un futuro para ellos, tendría tiempo para hablarle de su vida y de sus miedos y frustraciones, pero quería un día especial junto a ella y todas esas historias tan solo ensombrecerían la ocasión.

—Tú también tienes una voz muy bonita —dijo, de repente, Ariadna sin volver la vista hacia él—. Me gusta mucho y me hace sentir bien.

Luca sonrió antes de mover la palanca del intermitente. Abandonó la carretera de A Coruña y, tras girar en una rotonda, entró en una zona de chalés. Pisó el freno con suavidad y comenzó a recorrer las calles de la urbanización a baja velocidad como claramente marcaban las señales.

—¿Aquí viven tus padres? —preguntó Ariadna sin dejar de mirar a uno y otro lado como un niño pequeño de excursión—. Qué cerca de Madrid.

—No. Esto es Pozuelo. Aquí vive mi hermano. Tengo que devolverle unos libros y quería aprovechar.

—¡Ah! Vale.

A Ariadna no le importó volver a encontrarse con el hermano de Luca porque le habían caído bien tanto él como su mujer. A pesar del comentario ácido que le había dirigido a su persona como soprano, supo que se encontraba ante un hombre sincero que adoraba a Luca y con un gran corazón y mucha fuerza de voluntad. Además, sabía que Mateo era un gran pianista y eso lo valoraba por encima de todo.

—Me cae muy bien tu hermano.

—Yo sé que tú también a él, aunque no lo haya dicho.

Ariadna sonrió y no perdió la sonrisa hasta que llegaron a las postrimerías de un enorme edificio cercado por una valla de piedra y un portón de grandes dimensiones. Ambos bajaron y Luca sacó una bolsa de plástico que llevaba dentro de la suya de deporte. Se acercó al telefonillo y apretó un botón. Se encendió una luz junto a la lente de una cámara de vídeo y, tras un sonido metálico, la puerta se abrió con lentitud. Entraron y se encaminaron hacia la puerta de la vivienda. Ariadna echó un fugaz vistazo a la parcela y se encontró con un jardín muy bien cuidado con infinidad de planta y flores y algún que otro árbol frutal. Nada más verlo, le gustó.

—¡Luca!

Ante ellos apareció Sofia y le dio dos sonoros besos a su cuñado. Al ver a Ariadna, su rostro mostró sorpresa, pero no perdió la sonrisa ni por un instante.

—Ya veo que este bribón te ha encandilado.

—Cuñada, ha sido ella la que me ha conquistado.

Sofía se acercó a Ariadna y también le dio dos besos que ella devolvió con gusto.

—Me alegró mucho de verte —le susurró al oído—. Entrad, por favor.

Luca le franqueó el paso a Ariadna con un leve movimiento de la cabeza y ella entró en un salón de grandes dimensiones con los techos a mucha altura y una chimenea en el centro de la estancia. Las alfombras en el suelo y el sofá inmenso situado frente a una televisión de plasma le daban un aspecto acogedor al centro neurálgico de la vivienda.

—Venid. Mateo está en su despacho.

Antes de salir de la estancia se vieron acariciados por las notas

melancólicas de un piano del que dos majestuosas manos arrancaban el elegante lamento de uno de los más famosos nocturnos de Chopin. Ariadna se detuvo frente a la puerta del despacho y contuvo la respiración. Tanto Sofía como Luca, al verla, también detuvieron la marcha y la miraron con extrañeza. Él se aproximó preocupado.

—¿Qué ocurre?

—¿No lo oyes? Es un sonido hermoso y triste.

Luca sonrió y se encogió de hombros.

—Mi hermano es así. En lugar de tocar algo como un vals o una mazurca de Chopin, siempre se lanza a por los nocturnos.

Ariadna se quedó con la boca abierta al descubrir en Luca una faceta que no esperaba. Ni por un instante se lo hubiera imaginado como un entendido de música clásica, sino más bien como alguien al margen de todo el mundo que a ella le rodeaba. Quiso preguntarle, pero él se escabulló en el interior del despacho de su hermano y, cuando Sofía entró tras Luca, se encontró sola en el vestíbulo. Atravesó la puerta de la estancia y se vio en un lugar que era una mezcla de despacho, biblioteca y sala de música, pero que nada tenía que ver con el resto de la vivienda mucho más ecléctica. En el lugar en el que ahora se hallaba se podía respirar el espíritu del clasicismo francés o el glamur londinense de finales del siglo XIX. Muebles de madera, lámparas de araña y un piano de cola junto a una chimenea de piedra donde un par de troncos ardían caldeando la estancia. Mateo, al ver a su hermano y a Ariadna, se alejó del piano y se aproximó a ellos con una gran sonrisa en los labios. Chocó el puño con su hermano como si de dos jugadores de baloncesto se trataran y le dio dos besos a la joven que ahora parecía acompañar a su hermano allá donde fuera.

—Así que ayer os fuisteis juntos y ahora seguís igual. Interesante.

Sofía le dio un cachete en el hombro a su marido.

—No seas casamentero. Ya son mayorcitos para hacer lo que quieran.

—Estoy de acuerdo contigo, cuñada —opinó Luca al tiempo que se agachaba y sacaba unos libros de la bolsa de deporte—. Solo hemos pasado a devolver estos libros. Nos vamos a Cercedilla.

—¿A casa de papá y mamá? —preguntó Mateo con los ojos muy abiertos.

—Sí. Hemos pensado pasar el día con ellos. A lo mejor nos quedamos a dormir.

—Sabes que está Lucía.

—Sí. Me gustaría que Adriana conociera a toda la familia.

Mateo se volvió hacia su mujer con un gesto nervioso y ella entendió sin necesidad de intercambiar ni una palabra con su marido. Sin decir nada, salió de la estancia y él empujó la silla de ruedas hasta la mesa de su despacho de donde tomó una cartera que guardó en el bolsillo de la camisa. Luca y Ariadna miraban la escena con extrañeza como si contemplaran una película hasta que regresó Sofia con una pequeña trolley y entonces comprendieron.

—Esto no me lo pierdo por nada del mundo —anunció Mateo al tiempo que guiaba su silla hacia el salón seguido muy de cerca por los demás—. Día familiar.

En fila india salieron de la vivienda y se plantaron delante del todoterreno de Luca. Mientras Sofia guardaba la maleta en la parte trasera del vehículo, Luca ayudaba a su hermano a sentarse en el asiento de atrás a pesar de la insistencia de Ariadna para que acompañara a su hermano en el lugar del copiloto. Una vez estuvieron los cuatro en el vehículo, Luca arrancó y, sonriente, abandonó la urbanización y tomó de nuevo la carretera de A Coruña. Una vez allí, Ariadna se volvió hacia el asiento de atrás y clavó sus ojos verdes en los de Mateo.

—Me da la sensación de que hay algo que no sé y eso me pone nerviosa —comentó con sinceridad.

—No te preocupes —aconsejó Mateo muy tranquilo—. Nuestra familia

es normal.

—Sí. Sobre todo, eso.

Ariadna se volvió hacia Sofía y ella sonrió de medio lado con cinismo, aunque parecía reacia a continuar hablando. Al ver el rostro ceniciento y preocupado de la joven, sonrió y le puso la mano en el hombro con familiaridad y confianza.

—No te preocupes —intentó serenarla—. No puede ser tan malo como la primera vez que fui a casa de sus padres.

—¿Qué ocurrió?

—Poca cosa. A la media hora ya me había largado, pero ha pasado mucho tiempo desde aquello. Seguro que les caes bien.

Ariadna se giró de nuevo y volvió su cabeza hacia la carretera. Fijó la vista en ella antes de mirar de reojo a Luca que se mostraba impasible. Él, como si estuvieran conectados, sintió su mirada y ladeó la cabeza. La cara de Ariadna era un poema y él se compadeció. Le puso la mano en la rodilla y apretó con delicadeza.

—No te preocupes. Son unos exagerados. No tienes que preocuparte de mis padres.

—No. Para eso ya está Lucía. Te va a encantar nuestra hermana.

Ariadna se volvió hacia Mateo y lo fulminó con la mirada. Tanto él como Sofía se echaron a reír y contagiaron a la acompañante de Luca que también comenzó a reír, aunque se sentía nerviosa como solo experimentaba encima del escenario. Y, lo peor de todo era que sentía que, con aquel encuentro, se jugaba mucho más que el simple beneplácito de los padres de Luca. Era una sensación extraña y un nudo en la garganta se apoderó de ella y le atenazó el habla.

Siete

Atravesaron el pueblo de Cercedilla cuando el sol ya se encontraba alto, aunque solo habían pasado tres cuartos de hora desde que recogieran a Mateo y a Sofía y se pusieran en marcha. Ariadna no conocía el pueblo serrano y le encantó nada más verlo con sus casas bajas de piedra y la gente de avanzada edad paseando por sus calles.

—Es bonito.

—Está lleno de cacas de vaca.

—Tú siempre tan romántico, hermanito —comentó Luca al escuchar la opinión de Mateo que llevaba repitiendo desde que, siendo críos, pasaran sus vacaciones en aquel lugar.

—No es cuestión de ser romántico. Te recuerdo que acabé con la cabeza clavada en un montón de estiércol.

—No me extraña. Solo a ti se te ocurre liarte con la novia del hijo del alcalde.

—Son cosas que pasan.

Los cuatro se echaron a reír y, entre anécdotas y chascarrillos, no dejaron de hacerlo hasta llegar a las postrimerías de una gran mansión,

cercada por una valla de piedra de musgo de gran altura y un portallón metálico. Luca tomó un mando a distancia de la guantera, apretó un pequeño botón de color rojo y el portón que los separaba de los jardines comenzó a resbalar sobre las guías con un sonoro chirrido.

—Suenan igual que cuando éramos críos —explicó Mateo al escuchar el sonido estridente y agudo.

—Sí. Seguro que papá sigue poniendo como excusa que se ha acabado el tres en uno.

—Por cierto, Luca, ¿has avisado de que venías?

—No. Hablé con mamá, pero no le dije nada. Es una sorpresa.

—Y que lo digas.

Los dos hermanos guardaron silencio y Ariadna volvió a preocuparse, aunque se le pasó al ver el rostro sonriente de Sofía. El vehículo recorrió los pocos metros que lo separaban de la gran mansión y se detuvo junto a una fuente de mármol donde una ninfa parecía jugar con el chorro de agua que, como un geiser, se elevaba en el centro de la avenida de piedra. Nada más detener el todoterreno, la puerta de la vivienda se abrió y apareció ante ellos un hombre mayor, con el pelo blanco y vestido de librea que, en cuanto llegó a la altura de donde ellos se encontraban, saludó con cariño a los dos hermanos antes de sacar las maletas del vehículo y desaparecer de nuevo en el interior de la casona.

—Es Héctor. Lleva trabajando para nuestros padres más de cuarenta años —explicó Mateo sentado en la silla de ruedas gracias a la ayuda de su hermano.

—Sí. Es el claro ejemplo de que la esclavitud aún no ha sido abolida —comentó Sofía con el ceño fruncido.

—Cómo te oiga mi madre...

—Ya no me da miedo y mucho menos hoy que venimos con refuerzos.

Sofía le guiñó el ojo a Ariadna y ella volvió a ponerse nerviosa de nuevo, aunque no tuvo tiempo para recrearse en esa sensación porque un hombre de unos sesenta años apareció por el lateral de la casa vestido con un mono de color azul.

—Hola, papá —saludó Luca al ver al hombre.

Ariadna se percató del parecido indudable entre los dos y sonrió. El padre de Luca vio ese gesto, se aproximó a ella sin tan siquiera saludar a Mateo y a Sofía y, tras tomarle la mano entre las suyas, se la besó acompañando el movimiento con una ligera inclinación de tronco.

—Es un placer conocerla, bella señorita.

—Papá, ella es Adriana y ha venido a pasar el día con nosotros —explicó Luca con un ligero titubeo en la voz.

El hombre se incorporó y miró a su hijo con los ojos muy abiertos. Después volvió la cabeza hacia Ariadna y de nuevo en dirección a su hijo.

—¿Es tú... estáis...? O sea, ¿tú y ella... ella y tú?

—Papá, tranquilo. Respira. Adriana es una buena amiga.

—Tu madre va a alucinar cuando se lo cuente. Ahora vengo.

Sin que Luca pudiera añadir nada más, el hombre desapareció a la carrera dentro de la gran mansión y los cuatro respiraron hondo y soltaron todo ese aire al unísono como si estuvieran perfectamente coordinados. Adriana elevó la cabeza y observó el aspecto regio de la vivienda con sus ventanas de madera blanca y las balaustradas de mármol que adornaban cada una de las terrazas. Le recordó a las viviendas de la época colonial norteamericana que había visto en las películas y se sintió muy a gusto en aquel lugar.

—¿Entramos? —preguntó Luca muy serio.

—*Alea jacta est* —bromeó Mateo.

Sofía empujó la silla de su marido a lo largo de una rampa que se veía que había sido construida con posterioridad a la mansión y entraron en el vestíbulo donde las maletas esperaban junto a una escalera curva de madera que conducía a la planta superior. La decoración era sobria y elegante y Ariadna se sintió pequeña y vulnerable y mucho más cuando escuchó una voz regia de mujer llegar desde una estancia aneja.

—El hijo pródigo ha vuelto.

—¿Lo dices por Luca o por mí? —preguntó Mateo al escuchar la voz de la mujer que ahora hacía acto de presencia en el vestíbulo seguido muy de cerca por el padre de los jóvenes.

—Mamá, ella es Adriana, una buena amiga.

La mujer, de mirada escrutadora y porte serio, se acercó a ella y le dio dos besos. Acto y seguido besó a Sofía y a sus dos hijos y giró su cabeza para contemplar a Ariadna que, al instante, se sintió escaneada de arriba a abajo. Ella aprovechó la situación para fijarse en el rostro duro de la madre de Luca, en sus ojos azules y fríos y en su ropa elegante a juego con un peinado impecable. Parecía el aceite del agua que representaba el padre de acento argentino, vivaracho y alegre.

—¿Y a qué se debe que te hayas decidido a visitarnos?

Luca se acercó a su madre con una sonrisa pícaro en los labios y, sin que ella hiciera el más mínimo gesto, la abrazó y la besó.

—¿Es que uno no puede volver al sitio que lo vio crecer?

—Eso no me lo creo, Luca.

—Mamá, voy a enseñarle a Adriana su habitación.

La mujer asintió con sobriedad, pero con una sonrisa en los labios que a Ariadna le pareció tierna dentro de la dureza que, de por sí, reflejaba el rostro de la mujer. Luca tomó su bolsa de deporte y la maleta de Ariadna y comenzaron a subir las escaleras seguidos bien de cerca por Sofía y por

Mateo, transportado por una plataforma hasta la planta superior.

—Bueno, no ha ido mal del todo —comentó el pianista una vez se hubieron encontrado en la planta superior—. Pensé que se iba a montar la marimorena.

—No entiendo nada —comentó Ariadna con el ceño fruncido—. Parece que le tenéis miedo a vuestra madre.

—Para nada —afirmó Luca acompañando sus palabras con un gesto de la mano—. Llevo cinco años sin aparecer por aquí y a mi madre no le ha hecho mucha gracia.

—Pero bueno, el hijo prodigo ha vuelto. —Mateo comenzó a reír nada más repetir las palabras de su madre y Luca, sin pensárselo dos veces, le dio un cachete.

—Ya están otra vez igual.

Sofía resopló y se marchó pasillo adelante. A Ariadna le pareció evidente el hecho de que la joven bailarina conocía la mansión y no necesitaba a su marido como guía, pero ella no sabía a dónde acudir por lo que detuvo la confrontación entre los dos hermanos para pedirle a Luca que le enseñara dónde estaba su habitación. Necesitaba lavarse el cabello con champú y echarse el acondicionador antes de continuar con el día familiar.

—Perdona, es por aquí.

Recorrieron el pasillo en dirección contraria al lugar por donde había desaparecido Sofía hasta encontrarse frente a una puerta donde la vivienda parecía terminar. Luca abrió la puerta y Ariadna se quedó con la boca abierta al encontrarse con una habitación digna del mejor de los hoteles y que le daba mil vueltas a la que ahora compartía con su compañera Ana. Una gran cama con dosel y cortinajes de color rosa hacía juego con el mobiliario de color hueso y adornado con ribetes morados y una cómoda de gran altura daba un aspecto elegante a la estancia.

—¿Te gusta?

—Es una pasada —comentó ella maravillada—. Nunca había estado en una habitación como está.

—Pues ya verás el baño.

Luca abrió una puerta y, en cuanto encendió la luz, Ariadna se vio transportada a otro mundo de ensueño donde las bañeras con forma de cisne tenían cabida o donde un lavabo con forma de corazón no se encontraba extraño. Tan solo una cabina de hidromasaje parecía contrastar con el resto del aseo, pero era de tal copete que parecía hecha exprefeso para no resultar discordante.

—La decoración es cosa de mi hermana. Siempre se ha encargado de esas cosas.

—¿Tu hermana? No me has hablado de ella.

—No hay mucho que contar. Es periodista y escribe para una revista. Viene por la tarde. Ya la conocerás.

Ariadna se percató de que Luca se había puesto serio al hablar de su hermana, pero no quiso darle demasiada importancia. Aún estaba intentando asimilar la frialdad de la madre del joven como para no dejar volar su imaginación y pensar cosas que podían no ser.

—¿Te apetece dar un paseo?

—¿Te importa si antes me doy una ducha? No me lavé la cabeza en tu casa y siento el pelo sucio.

—Se me ocurre otra cosa. ¿Por qué no sacas la ropa de tu maleta mientras yo... —Luca le guiñó un ojo—? Es una sorpresa.

—Pero...

Ariadna vio el gesto dulce de Luca y no quiso preguntar nada más. Asintió y, a la vez que ella agarraba su *trolley* y la ponía sobre la cama, él desaparecía en el baño cerrando tras de sí. La puerta era de madera maciza y las paredes parecían lo suficientemente gruesas como para no dejar pasar

ningún sonido. Sentía curiosidad, pero confiaba en Luca y sabía que no le iba a hacer nada malo. Abrió la maleta y extrajo de ella unas cuantas prendas que dejó sobre una balda en el vacío armario que acompañaba a la cómoda y a la cama de dosel. Unos minutos después la puerta del baño se abrió y apareció ante ella Luca sin chaqueta y con las manos húmedas.

—Su baño está preparado, milady —anunció al tiempo que acompañaba la frase con una leve reverencia.

—¿Mi... mi baño?

—Hoy eres mi invitada y me he permitido prepararte un baño calentito con espuma y sales.

Ariadna pasó junto a Luca y, antes de llegar a la puerta del baño, el inconfundible olor de las flores llegó hasta su nariz y la hizo detenerse en el umbral. Desde allí pudo observar la humeante bañera y las velas que Luca había dispuesto al azar sobre la encimera y en el suelo. Entró junto a Luca y suspiró.

—Esto es... yo no... no sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Tan solo tienes que desnudarte y meterte en la bañera. Me avisas cuando estés lista.

Luca salió del baño y se sentó en la cama, pero Ariadna, sin hacer caso de lo que él le había pedido, lo acompañó a la habitación y allí se cruzó de brazos.

—¿Qué es eso de que tengo que avisarte?

—Hoy yo soy tu ayuda de cámara. Confía en mí.

La voz de Luca era tan dulce y tranquilizadora que Ariadna no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza antes de regresar al baño y entornar la puerta a sus espaldas. Unos minutos después, llamó a Luca y este se presentó en el baño con el bote de champú en una mano y el de acondicionador en la otra.

—Espero que el agua esté a tu gusto.

Ariadna respondió con un suspiro de satisfacción y Luca sonrió al escucharla. Recorrió los pocos pasos que lo separaban de la bañera y allí contuvo la respiración al observar el rostro brillante de la joven y el nacimiento de sus senos que se vislumbraba entre la espuma que adornaba la bañera. En ese preciso instante pensó que aquella idea, que en un principio le había parecido adorable, ahora se tornaba peligrosa y tentadora. Aun así, sus ojos se cruzaron con los de la joven soprano y se alegró de haber decidido prepararle el baño.

—Cierra los ojos —pidió con voz dulce.

Ella obedeció y él tomó una vasija de porcelana, la llenó de agua caliente y la derramó sobre el cabello de Ariadna. Echó una buena cantidad de champú en sus manos y lo extendió lo mejor que pudo sobre la cabeza de la joven que suspiró al sentir el contacto. Acarició su cuero cabelludo, masajeó las sienes y se entretuvo en contemplar su maravilloso rostro. Tras casi diez minutos de lavado volvió a llenar la jarra y retiró el jabón del cabello de Ariadna con sumo cuidado. Repitió todo el proceso con el acondicionador e incluso se permitió la licencia de cepillar el cabello de Ariadna con un cepillo que ella misma había llevado en su bolsa de aseo. Una vez hubo terminado su labor, se puso en pie para marcharse, pero Ariadna lo retuvo.

—Yo... te dejo que te relajes —explicó Luca con cierto titubeo en la voz que no pasó desapercibido para Ariadna.

—Es que, después de lo que has hecho, lo que menos me apetece es relajarme —comentó ella con una picardía recién descubierta.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero que entres en la bañera conmigo.

Sin pensárselo dos veces, Ariadna se puso en pie y le tendió la mano a Luca. Él, sin aire en los pulmones y con la boca abierta, la contempló y se maravilló del cuerpo esbelto de la joven, adornado por la espuma que, por acá y por allá, se adhería a su tersa piel. Dirigió su mirada a los senos pequeños

pero firmes de la soprano coronados por sendos pezones sonrosados de buen tamaño. Llevaba el pubis rasurado y Luca sintió una punzada de deseo en el vientre al contemplarla como Dios la trajo al mundo.

—Por favor...

Ante la súplica de Ariadna y con el deseo como estandarte, Luca se desvistió con parsimonia y entró en la bañera junto a la joven que había conquistado su corazón. Ambos se sentaron uno frente del otro y se miraron con fijeza. Para Luca, muy lejos quedaba la imagen de la soprano de níveo maquillaje y cualquier mínimo recuerdo se veía empañado por el ardor de su acompañante. Ella, como si llevara años haciéndolo, tomó aire con fuerza, se arrodilló delante de él y, tras acariciar su torso con sus senos, lo besó con pasión. Él la abrazó con fuerza y sintió su virilidad crecer al tiempo que también crecía su amor propio. Volvió a sentir lo que llevaba más de cinco años sin experimentar y su alma gritó de júbilo. Ella, con el corazón a mil por hora, se sentó a horcajadas sobre él y tanteó con la mano en busca de la presa codiciada.

—No tengo protección.

—No te preocupes. Yo tomo la píldora.

Con una confianza recién hallada y la locura propia de los amantes se dejaron llevar y se fundieron en uno solo. Ariadna se abandonó sobre el miembro enhiesto de Luca y el gimió de placer al sentirse en su interior. Ella comenzó a moverse rítmicamente y él la levantó con cuidado para sentirla aún más. Besó sus pechos, lamió sus pezones y saboreó sus labios antes de dejarse llevar por el placer al escuchar los gemidos de la joven soprano. Ambos resoplaron a la vez y llegaron al clímax en el momento en el que unos golpes sonaban en la puerta del baño. Intentaron no gritar, pero era tal el placer que se abandonaron como dos muñecos de trapo al placer más ardiente y sus voces se elevaron como una sola.

—Yo... no... yo... ha sido...

—Para mí también —comentó Luca al comprobar que ella no podía casi articular palabra—. No hagas ruido que voy a mirar quién ha llamado a la

puerta. Seguro que es Mateo.

Luca se levantó con cierto esfuerzo tras el orgasmo experimentado y logró salir de la bañera con las piernas temblorosas. Se anudó una toalla alrededor de la cintura y abrió la puerta con una sonrisa en los labios que se esfumó en cuanto se encontró de frente con el rostro de su madre. La mujer, ni corta ni perezosa, echó un rápido vistazo por encima del hombro de Luca y sus ojos se cruzaron con los de Ariadna que la observaba horrorizada desde la bañera.

—Solo venía a decirles que vamos a tomar el aperitivo en el jardín trasero, pero ya veo que estáis ocupados.

—Ahora bajamos, mamá —replicó Luca con el rostro turbado—. Danos unos minutos.

La mujer echó un último vistazo a la bañera donde Ariadna se había resguardado y asintió con seriedad. Una vez hubo salido de la habitación, Ariadna se incorporó con el ceño fruncido y el rostro ceniciento.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Vestirnos para tomar el aperitivo.

Sin intercambiar palabra alguna se secaron y se vistieron como si nada de lo ocurrido en el baño hubiera pasado. Ariadna se sentía fuera de lugar y mucho más al recordar la mirada que la madre de Luca le había lanzado, pero, antes de salir de la habitación hacia el jardín trasero, Luca la agarró por la cintura y la besó con pasión. Ella correspondió al beso y se dejó llevar por el millón de sensaciones que recorrían cada rincón de su ser.

—Ha sido maravilloso —dijo él con un hilo de voz—. Tú eres maravillosa.

Ariadna pensó responder, aunque se había quedado sin habla ante las frases salidas de la boca de Luca. Lo único que pudo hacer fue resguardarse en la calidez de su pecho y suspirar al tiempo que sentía los latidos de su corazón y se veía más cerca de un hombre de lo que jamás había estado.

Abrazados como dos enamorados salieron de la habitación justo en el momento en el que Sofia y Mateo llegaban al nacimiento de la escalera.

—¿Sabéis si ha pasado algo? —preguntó el hermano mayor sonriendo al verlos abrazados—. Mamá ha venido a avisarnos de que iban a tomar el aperitivo y llevaba una cara...

—También nos ha avisado a nosotros y estábamos... algo ocupados.

Mateo miró a Luca y después desvió la mirada hacia Ariadna. Al ver cómo ella se sonrojaba, elevó la vista hacia su esposa y le guiñó un ojo con complicidad. Ella también sonreía al ver feliz a su cuñado tras cinco años de soledad y tan solo asintió antes de ponerse en marcha y ayudar a Mateo con la plataforma de descenso. Luca condujo a Ariadna por un pasillo que nacía en el vestíbulo principal hasta una cristalera que separaba la vivienda de un jardín cuidado en el que una pérgola se levantaba majestuosa junto a una fuente muy similar a la existente frente a la entrada principal. Bajo el chamizo formado por parras y enredaderas esperaban los padres de Luca y Mateo sentados alrededor de una mesa dispuesta con todo lo necesario para disfrutar del aperitivo. Al llegar los cuatro al lugar, el padre de los jóvenes se levantó y separó dos sillas para las mujeres. Tanto Sofia como Ariadna sonrieron antes de tomar asiento y, una vez estuvieron los seis acomodados, apareció una mujer de mediana edad con una bandeja repleta de platos en las manos. Vestía con uniforme de servicio al igual que Héctor y llevaba una cofia en la cabeza como si acabara de salir de una película que narrara una historia fechada un par de siglos atrás.

—Hola, Fermina —saludó Luca con una enorme sonrisa en los labios dirigida a la mujer que acababa de llegar.

—Me alegro de verte después de tanto tiempo —correspondió la mujer—. Te hemos echado de menos.

A Ariadna le extrañó la familiaridad con la que la mujer acababa de saludar a Luca, pero pensó que, al igual que pasaba con Héctor, llevaría trabajando para ellos media vida. Dejó los platos con las viandas sobre la mesa y desapareció de nuevo por el mismo lugar por donde había aparecido.

—Es la mujer de Héctor —le explicó Sofia al ver cómo ella la miraba de reojo.

El padre de los jóvenes se puso en pie con una copa de vino en la mano y le hizo un gesto a Luca para que llenara las de los recién llegados. Una vez hubo servido una buena ración de líquido ambarino en cada una de las copas, levantó la suya y miró a su progenitor.

—Por el regreso de Luca a la casa que lo vio nacer y por la joven y bella damisela que lo acompaña —recitó el hombre con su copa alzada y una enorme sonrisa en los labios que a Ariadna le recordó a la de su hijo pequeño.

Todos levantaron la copa e incluso la madre de los chicos elevó la suya unos centímetros. La dejó sobre el mantel de nuevo sin probar el vino, pero, unos segundos después, sus ojos azules y fríos se humedecieron y, tras tomar de nuevo la copa en su mano, la elevó hacia sus hijos.

—Por la felicidad de mis hijos y por la mujer que lo ha hecho sonreír otra vez.

Ariadna sintió cómo un nudo se apoderaba de su garganta y sus ojos se humedecieron al encontrar en la madre de Luca una mujer muy distinta de la que había imaginado. Levantó su copa y la tendió hacia la mujer que le correspondió con una franca sonrisa y un «gracias» que ella musitó y que Ariadna pudo leer en sus labios. Tras esa breve muestra de afecto, el padre de los jóvenes tomó un emparedado de salmón de uno de los platos y se lo tendió a su mujer dedicándole una mirada cargada de amor.

—Cómo me conoces, Juan.

—Si después de cuarenta años juntos no supiera que te mueres por un buen salmón, vaya marido sería.

Todos se echaron a reír y el ambiente pasó de gélido a caldeado en tan solo unos minutos. Ariadna se atrevió a coger un emparedado con yema de huevo hilada y, al probarlo, emitió un gemido de placer.

—Está riquísimo.

—Fermina lleva cocinando para nosotros toda la vida y no la cambio por nadie —explicó la madre de Luca con voz tierna que agradó a Ariadna—. No podríamos vivir sin ellos.

—Beatriz, ¿te acuerdas del primer verano que se fueron de vacaciones? —preguntó su marido conteniendo una sonrisa.

—Claro que me acuerdo —afirmo ella—. ¡Qué desastre! Mateo acababa de nacer y yo era una inútil en la cocina. Casi quemé la casa al intentar hacer un pastel.

Todos se echaron a reír y continuaron charlando y saboreando los aperitivos acompañados por un Pedro Ximénez recién rescatado de la bodega personal de los padres de Luca. Ariadna se relajó de tal manera que la pregunta de la madre de Luca le llegó de sopetón.

—¿Y a qué te dedicas?

Ariadna miró de reojo a Luca pidiendo su ayuda, pero él, que nunca había hablado con ella de su profesión, sintió la misma curiosidad que su madre y se la quedó mirando con fijeza.

—Pues... yo... cosas de inversiones.

—¿En serio? —preguntó Mateo—. Pues yo quería invertir en bolsa, pero no sé qué hacer. ¿Qué opinas?

Ariadna titubeó al tiempo que pensaba en la respuesta correcta, aunque, al no encontrarla en su cerebro, comenzó a agobiarse. Por suerte para ella, el padre de Luca llegó al rescate.

—Es nuestra invitada. No la agobies con cosas de trabajo.

—Es verdad. Perdona —se disculpó Mateo al percatarse de su metedura de pata—. Hemos venido a divertirnos.

—Anda, ¡mira quién está aquí!

La voz de mujer llegó desde la cristalera que separaba el jardín del

corredor y pertenecía a una joven rubia de ojos claros que miraba a Luca con evidente deseo y con las manos en las caderas como si se le ofreciera allí mismo delante de todos.

—¿Cómo estás, Lola? —preguntó Luca visiblemente incómodo ante la presencia de la mujer—. Me alegro de verte.

—Y más que te vas a alegrar.

La joven rubia giró sobre sus talones y desapareció de allí con un movimiento de caderas que no dejaba lugar a dudas.

—¿Quién es? —preguntó Ariadna con un hilo de voz.

—Es la hija de Héctor y Fermina —explicó Juan antes de que alguno de sus hijos pudiera contestar—. Ha estado estudiando en Londres, pero volvió ayer a pasar una temporada. Luca y ella fueron novios.

Ariadna se atragantó y tosió y Luca tomó la copa de vino y se la llevó a los labios. Sofía comenzó a mover los pies con nerviosismo y Mateo ni se percató de que había empezado a tararear la Sonata número 32 para piano de Beethoven. La única que se mantuvo firme y que sonrió a Ariadna fue la madre de los dos jóvenes. Con ese gesto intentaba decirle a Ariadna que estuviera tranquila, pero, por mucho que lo intentara, acababa de conocer a un rival peligroso y temía que nada volviera a ser igual entre ellos dos.

Ocho

—No tienes que contarme nada. No te he pedido ninguna explicación.

—Pero yo quiero dártela.

—No tienes por qué.

—Creía que habíamos empezado algo.

Ariadna se volvió hacia Luca al escuchar su última frase y lo miró con ternura. La mujer rubia de ojos azules acababa de entrar en su vida y ya la había trastocado como si de un elefante en una cacharrería se tratara. Había aguantado hasta el final de almuerzo con una sonrisa forzada en el rostro que no había pasado desapercibida para Luca, pero se encontraba agotada y no le apetecía luchar con otra mujer por el amor de un hombre por muy dulce que fuera. Aun así, Luca quería darle una explicación y ella no era nadie para negársela.

—A ver. Puedes contarme lo que quieras, aunque no sea necesario.

Luca respiró hondo antes de sentarse en el balancín junto a Ariadna. Habían cambiado el jardín trasero por uno situado junto a la piscina desde donde se podía contemplar toda la sierra de Navacerrada que, en esas fechas, todavía se mostraba blanca y regalaba a los paseantes un viento gélido que

hacía que ambos tuvieran que encogerse dentro de sus abrigos. El sol de abril calentaba lo suficiente como para disfrutar de las vistas y de la tarde en el campo y no querían desaprovecharlo, aunque cierta tensión se había levantado entre ellos dos. Luca miró a lo lejos allá donde el valle se perdía hacia la capital y las luces de la gran ciudad se veían reflejadas en una cúpula marrón de aire contaminado. A pesar de ello, la vista le resultaba hermosa y, sobre todo, le traía recuerdos de una infancia feliz en aquel lugar.

—Éramos muy jóvenes y sí, tuvimos una relación, pero no fue otra cosa que un amor de verano y poco más.

—Ya. ¿Y no queda nada de ese amor de verano?

Luca negó con la cabeza.

—Te aseguro que no siento nada por ella.

—¿Y ella por ti?

Él guardó silencio ante la pregunta de la soprano y pensó un instante en lo que había ocurrido en el jardín trasero durante el aperitivo cuando la hija de los guardeses había hecho acto de presencia y con ella la sensación de que su interés por Luca aún seguía ahí. Podía haber intentado negar lo evidente, pero ese no era su estilo y mucho menos con una mujer como Ariadna que se había ganado a pulso la confianza que él le había entregado en una bandeja de plata.

—No sé lo que siente ella por mí, pero te juro que no tengo ninguna intención de averiguarlo.

Ariadna soltó todo el aire que retenía en los pulmones antes de encogerse de hombros y hacer un mohín triste que enterneció a Luca y que le recordó a una niña solitaria con una bola de helado junto a sus pies y un cucurucho vacío en una de sus manos.

—No quiero que juegues conmigo. Solo te pido eso.

—Me parece justo. —Luca guardó silencio y se dejó caer en el respaldo

del balancín. Contempló la verde pradera con los restos de nieve caídos unos días antes y suspiró—. ¿Te apetece una copita de vino dulce?

—¿De ese que le gusta a tu padre? —Luca asintió—. Entonces sí.

El joven se levantó del balancín, se inclinó hacia Ariadna y le dio un beso tierno en los labios antes de desaparecer por el lateral de la gran mansión en pos del preciado líquido ambarino del que tanto hablaba su progenitor y que se había convertido, con el paso de los años, en un bien preciado para él y en un compañero de aperitivos y partidas de ajedrez compartidas con Héctor. Ariadna, tras lanzar una mirada fugaz a Luca, echó la cabeza hacia atrás, cruzó una pierna estirada sobre la otra, metió las manos en los bolsillos y cerró los ojos. Tan solo se podía escuchar el trinar de los pájaros y el ulular del viento y se sentía en paz consigo misma y con el mundo. Llevaba muchos años inmersa en la vorágine de los viajes, los ensayos y las representaciones y no había tenido tiempo para sí misma; para recrearse en un pájaro posado en una rama, para disfrutar del aroma de una rosa o, simplemente, para contemplar a un niño jugando en la calle. Se vio como alguien que ha perdido el sentido de la vida y que se ha convertido en un hámster dando vueltas en una rueda de la que ahora había logrado escapar. Y se sintió feliz y libre. Pensó que nada ni nadie podría turbarla en un momento como aquel, pero, una vez más, se equivocó de parte a parte. Por un camino de gravilla que comunicaba la casa de los padres de Luca con otra de menor tamaño pero similar aspecto caminaba la hija de los guardeses, con una sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos, en dirección hacia donde ella se encontraba. Se vio tentada de levantarse y resguardarse en el interior de la vivienda, pero decidió sobre la marcha que aquella joven no era nadie para ella y que no tenía el poder de desconcertarla como ya lo había hecho durante el aperitivo. Permaneció allí, en la misma posición, pero tensa y a la defensiva.

—¡Vaya! La mujer que ha conseguido cazar al soltero de oro de Cercedilla.

Como se había temido, la joven atacó nada más verla y notó cómo su cuerpo se tensaba bajo el abrigo que le había prestado Luca y que le quedaba enorme. Ariadna, a pesar de la rabia que sentía, hizo oídos sordos del comentario de la hija de los guardeses, aunque ella no parecía querer

marcharse de allí sin enfrentarse con la soprano.

—No sé cómo lo has hecho, pero te aseguro que Luca no es para ti. Me pertenece y voy a recuperarlo

—¿Te pertenece o vas a recuperarlo? —preguntó Ariadna intentando parecer mucho más mordaz de lo que había conseguido—. Para mí que él no quiere saber nada de ti.

Lola recorrió, en un par de pasos, la breve distancia que los separaba y, tras levantar la mano y señalarla con el dedo de forma amenazadora, sus ojos se encendieron como dos teas flameantes.

—Más te vale que te apartes de mi camino si no quieres arrepentirte.

Ariadna se levantó del balancín olvidando sus buenos propósitos y se encaró con la joven rubia que no pareció amilanarse. La soprano no estaba acostumbrada a enfrentarse a nadie y, en unos segundos, se desinfló. Lola aprovechó ese momento de debilidad y el hecho de que Luca acabara de doblar la esquina de la gran mansión para lanzar una última amenaza que hirió profundamente a Ariadna.

—Luca es muy bueno en la cama y volveré a tenerlo entre mis piernas.

Lola giró sobre sus talones y comenzó a caminar en dirección hacia Luca que se aproximaba a ellas dos con la vista puesta en la botella de vino dulce que portaba en una de sus manos y la bandeja con dos copas que llevaba en la otra como si de un funámbulo se tratara. La hija de los guardeses aprovechó que él se encontraba mirando hacia abajo y con las manos ocupadas para interponerse en su camino y besarle en los labios ante la mirada compungida de Ariadna que, una vez más, veía su corazón herido. Luca dejó caer la bandeja al suelo y se separó de Lola de malos modos, aunque ese gesto no pudo verlo Ariadna porque la joven soprano había echado a correr hacia el interior de la vivienda y había desaparecido.

—¿Qué haces? —preguntó Luca molesto sin percatarse de la huida de Ariadna—. ¿A qué viene esto?

—Viene a que tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Luca resopló antes de inclinarse para recoger las copas y dejarlas de nuevo sobre la bandeja. No se habían roto en la caída, pero, a pesar de ello, Luca estaba enojado con la joven por lo que él consideraba una reacción más propia de una niña que de una mujer de su edad.

—No tenemos que recuperar nada porque lo nuestro pasó hace mucho y ya está olvidado. Solo fue sexo y lo sabes.

La hija de los guardeses, a pesar de encontrarse en mitad de la finca y a la vista de cualquiera que se asomara a una de las múltiples ventanas abiertas en fachada, comenzó a desabotonarse la camisa con descaro, pero Luca le sujetó la mano y detuvo su pícaro y sensual movimiento. Ella, a pesar de la rudeza con la que Luca intentaba detenerla, se puso de puntillas para intentar besarle de nuevo. Él se echó hacia atrás y la dejó con un palmo de narices.

—No te niegues a lo evidente. Yo te gusto y lo puedes pasar genial. ¿Por qué no vienes conmigo a la casa de mis padres? Mi habitación sigue igual que siempre.

—Porque no quiero nada contigo. He venido con Adriana y es la única mujer que me interesa.

Luca le dio la espalda a Lola y comenzó a caminar hacia el balancín donde había dejado a la joven soprano cuando se percató de que ella había desaparecido. Se volvió hacia la hija de los guardeses y, al ver su mirada cruel y despiadada, supo que había hablado con Ariadna. Sin preocuparse del contenido o el cariz de esa conversación, entró en la mansión, se asomó al salón y a la biblioteca donde dejó la bandeja y la botella y, al no encontrarla allí, subió las escaleras a toda velocidad. Recorrió el pasillo hacia la habitación de la soprano con el corazón a punto de salirle por la boca y, al llegar allí, llamó a la puerta con los nudillos. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar y, al no escuchar nada en el interior, giró el pomo y entró en el cuarto donde se encontró a Ariadna sentada en la cama con la mirada perdida y las manos sobre el regazo. Dio un par de pasos hacia ella, se detuvo y carraspeó, pero ella no se movió. Luca se arrodilló frente a la joven soprano y, con mucho tiento, le tomó las manos y comenzó a acariciarlas con los pulgares.

—Lo siento mucho.

—¿El qué sientes? —preguntó ella con un hilo de voz—. ¿Qué esa mujer te desee o que te haya besado delante de mí?

—Siento que haya algo que pueda hacerte daño. No quiero que sufras y mucho menos por mí.

Ariadna no se esperaba una respuesta tan dulce y profunda por parte de Luca y no pudo evitar sonreír abiertamente. Él, al ver ese gesto, se relajó, arrastró una silla y se sentó frente a ella antes de volver a tomar sus manos.

—No sé qué me ha pasado. Cuando he visto cómo te ha besado y lo que me ha dicho...

—No quiero ni saberlo porque me lo imagino. Conozco a Lola desde hace mucho tiempo y sé que es una mujer con muy pocos escrúpulos.

—Pero estuviste con ella.

—Hace mucho de eso. Era joven y, como casi todos, tan solo pensaba en pasar un buen rato y poco más. No me enorgullezco de ello, pero es lo que había por aquel entonces.

—¿Y... y ahora? —preguntó Ariadna con un balbuceo.

—Ahora quiero mucho más y por eso estoy contigo. Lo único que no quiero es que me mientas. Si yo te hago daño me lo tienes que decir y si tienes que preguntar algo...

—¿Algo como qué?

—Lo que sea. No soporto las mentiras ni los secretos. Por eso te hablé de la soprano y por eso te he hablado de Lola.

Ariadna se echó a temblar al escuchar la petición de Luca y mucho más después de descubrir en él a una persona íntegra y sincera que no se merecía ninguna mentira y ningún secreto. Pero ella tenía de los dos y ahora no se veía capaz de decirle que aquella soprano que lo había besado y ella eran la misma

persona. Tomó aire y asintió.

—Muchas gracias, Adriana. Después de lo que pasé por una mentira hace cinco años, no podría vivir de la misma forma.

Ambos se levantaron y se abrazaron como si con ello sellaran un pacto de no agresión que Ariadna era incapaz de cumplir muy a su pesar. Lo único que esperaba era que su relación con Luca pudiera madurar y hacerse lo suficientemente fuerte como para poder contarle toda la verdad un tiempo después. Se tomaron de la mano y salieron al pasillo de nuevo como una pareja de enamorados. Allí se encontraron con Mateo y con Sofia que sonrieron nada más verlos de esa guisa.

—Oye, tenías que haber traído a Adriana hace mucho —comentó Mateo al tiempo que sujetaba la mano de su mujer entre las suyas—. Mamá se derretía como la cera de las velas.

—No sea malo, cariño. Tu madre siempre ha sido muy... maja.

—Ah, ¿sí? ¿Te refieres a cuando te conoció y dijo que no tenías dinero para comer porque estabas muy delgada o a cuando te comentó que la profesión de bailarina era parecida a la de una prostituta?

Los cuatro se echaron a reír y Ariadna se preguntó si Mateo exageraba o en verdad la madre de ellos dos podía ser tan dura y desagradable.

—Supongo que ya había perdido la esperanza de verme feliz al lado de una mujer y esto ha sido como una revelación para ella.

—¿Eres feliz a mi lado? —preguntó Ariadna sin importarle que el hermano y la cuñada de Luca se encontraran presente.

—¿Acaso lo dudas? —respondió él con otra pregunta que ella no vio necesario contestar.

No, no lo dudaba. Veía la diferencia entre el hombre que había entrado, vestido con un mono de color negro, al camerino y el que ahora le tomaba la mano y sonreía como si lo hubiera hecho todo la vida y no hubiera sufrido el

desamor de una mujer y el vacío provocado por todos sus compañeros y amigos. Sí, lo veía feliz y ella, por primera vez en mucho tiempo, se sintió acompañada y con el corazón henchido. Descubrió que una mujer como Lola no podría hacerla infeliz si ella apostaba por sí misma y por sus sentimientos. Apoyó la cabeza en el hombro de Luca y suspiró.

—¡Ya he llegado!

Al escuchar la voz en el vestíbulo, los cuatro miraron por encima de la barandilla y se encontraron con los ojos vivarachos y alegres de una joven morena de ojos verdes en los que Ariadna vio un reflejo de Mateo y de la madre de los chicos. Al instante supo que se encontraba delante de la hermana de Luca y sintió un nerviosismo que amenazaba con dejarla clavada donde se encontraba.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Luca al ver su rostro lívido.

—No lo sé. Supongo que no estoy muy acostumbrada a tanta gente a mi alrededor.

Aunque su vida se debía a su público, a sus compañeros de representación y a toda esa gente con la que se encontraba en las fiestas a las que le obligaban a acudir, sentía mucho más respeto por la familia de Luca y por lo que todos ellos representaban. Aun así, se agarró a la mano de Luca y comenzó a bajar las escaleras con mucho cuidado para no caer rodando. Por un lateral del vestíbulo aparecieron los padres de Luca y Mateo y abrazaron a su hija como si llevaran años sin verse.

—Vaya, mamá, qué feliz te veo —comentó la joven con gesto de asombro en el rostro.

—Es que Luca ha venido acompañado.

—¿De una mujer?

La madre de los chicos asintió y su hija sonrió como ella misma hacía. Ariadna observó el rostro feliz de la mujer, los ojos risueños de su padre y la sonrisa de su hermana y se sintió como un conejillo de indias al que todos

observan en un laboratorio tras inocularle una vacuna experimental. Sofia le guiñó el ojo como si intentara insuflarle ánimos y ella tomó aire y descendió los pocos escalones que la separaban del vestíbulo.

La hermana de Luca se volvió al escuchar los pasos tras ella y, en cuanto vio a Mateo y Sofia, se acercó a ellos para darles dos besos. Después hizo lo propio con Luca antes de posar su vivaracha mirada en Ariadna que se encogió al verla. Era una joven muy atractiva y con una fuerza en los ojos y en sus maneras que apabullaban a cualquiera y mucho más a una mujer tímida y apocada como ella.

—Lucía, te presento a Adriana —dijo Luca con mucha tranquilidad.

—Encantada.

—Igualmente.

Ambas mujeres se dieron un par de besos, pero, por suerte para Ariadna, Lucía tan solo tenía ojos para su hermano y ella pudo refugiarse ligeramente tras su fuerte espalda.

—Así que has vuelto al mercado, hermanito.

—No seas bruta, Lu. Esto no es un Carrefour. Tan solo he encontrado a la mujer adecuada.

—Pues me alegro mucho, De verdad. Por cierto, ha salido el número de este mes. Os he traído unos cuantos para que los repartáis en el pueblo.

La joven se inclinó y abrió una bolsa de deporte que había dejado en el suelo del vestíbulo. De ella extrajo unas pocas revistas que fue entregando a cada uno de los presentes. Cuando le llegó su ejemplar a Ariadna, la sangre se le heló en las venas.

—Lucía escribe para la revista «Ópera y más» —explicó Luca con evidente orgullo—. Es una de las mejores articulistas del país.

Ariadna clavó su vista en la portada de la revista donde pudo identificar al gran tenor Roberto Alagna, caracterizado en el papel del Pagliacci de

Leoncavallo, y no pudo evitar sentir cómo sus manos comenzaban a temblar. Elevó la cabeza y sus ojos se cruzaron con los de Lucía que, al observarla con detenimiento, frunció el ceño y la señaló.

—Yo a ti te conozco.

Nueve

—Está riquísimo.

—Muchas gracias, querida, pero el mérito es de Fermina. Creo que no podríamos vivir sin la carne al Jerez que nos prepara.

Beatriz hinchó el pecho orgullosa y se sintió dichosa al ver a sus hijos felices mirar a sus respectivas parejas con ojos enamorados. Ella ya había dado por perdida a Lucía que, año tras año, vivía sin mostrar el más mínimo interés por los hombres. Incluso Juan, su marido, ya le había dado a entender en alguna ocasión que su hija podría tener otro tipo de gustos. Ella, al principio, se había enfadado con él, pero, con el tiempo, rezó para que Lucía encontrara el amor bien fuera en brazos de un hombre o de una mujer. Ahora, Mateo había rehecho su vida tras el terrible accidente junto a una mujer maravillosa y Luca parecía feliz tras cinco años de soledad y desasosiego.

—Mamá, ¿qué hay de postre? —preguntó Mateo como si de un niño pequeño se tratara.

—Arroz con leche —contestó la mujer justo antes de la explosión de alegría de ambos hermanos.

Ariadna miró de reojo a Luca y vio que se relamía ante la idea de comer arroz con leche y no lo comprendió hasta que Fermina dejó delante de ella un

pequeño bol lleno hasta el borde de una masa informe de color blanco lechoso adornada con una oblea horneada por ella misma y puedo oler el postre añorado por Luca y su hermano. En cuanto se llevó una cucharada a la boca terminó de comprender. No pudo evitar emitir un gemido de satisfacción que hizo que Beatriz se atragantara con el postre y Juan comenzara a reír a carcajadas.

—Eso ha sonado a orgasmo culinario —soltó Mateo para regocijo de su hermano.

—¡Mateo, no seas bruto! —le regañó Sofia al tiempo que le daba un codazo para que recobrarla la compostura.

—No pasa nada, cuñada. Es lo que tiene el arroz con leche de Fermina.

Ariadna, que se había llevado otra cucharada de arroz a la boca para disimular, se atragantó al escuchar la palabra «cuñada» salir de los labios del hermano de Luca. Lucía, sentada a su lado y en silencio, se volvió hacia ella y le dio un par de golpes en la espalda. Ariadna logró recuperar el aliento gracias a la ayuda de la joven y se volvió para darle las gracias, pero se la encontró con la vista muy fija en su rostro. No pudo evitar ruborizarse.

—Sé que te conozco, aunque no puedo ubicarte y eso me pone de los nervios.

—¡Buf! —resopló Luca—. No conoces a mi hermanita. Como diga que te conoce, no parará hasta averiguar de qué.

—Sí. Lo mismo contrata a un detective para que te siga.

—¡Mateo!

—¿¡Qué!?! Esta vez no he dicho ninguna burrada.

Ariadna se sintió observada y el rubor de sus mejillas no dejaba de crecer por lo que decidió escabullirse unos minutos en el baño para refrescarse el rostro y dejar pasar el momento detectivesco de la hermana de Luca. Se puso en pie y se disculpó no sin antes preguntar por la ubicación del

aseo más próximo. Salió del comedor, atravesó el vestíbulo y comenzó a recorrer un pasillo en dirección a la cocina. Justo antes de llegar a la estancia donde se oía el ruido incuestionable de un microondas, abrió una puerta y se refugió en un aseo de enormes proporciones y que podía rivalizar con el salón de su apartamento. Se apoyó en la encimera y cruzó los brazos por delante del pecho con un millón de pensamientos en la cabeza. Le gustaba mucho Luca y estaba comenzando a sentir algo que nunca había experimentado y que, con toda seguridad, podía cambiar su vida, pero la presencia de la periodista podía echarlo todo a perder si la reconocía antes de que ella pudiera encontrar el momento oportuno para hablar con Luca y contarle toda la verdad. Él había dejado muy claro que odiaba las mentiras y el engaño y ella, desde el primer momento, le había mentado y engañado a partes iguales. Sabía que, de no poder explicarle el porqué de su comportamiento, Luca podría apartarla de su vida. Decidió hablar con él esa misma noche antes de dormir. Respiró hondo y, con renovadas energías, se inclinó sobre el lavabo y se echó agua fresca en la cara. Se secó con la toalla más suave que jamás había tenido en sus manos y salió al pasillo con decisión y una enorme sonrisa en la cara que desapareció en cuanto se encontró de frente con Lola, la hija de Fermina y Héctor, que parecía esperarla con cara de pocos amigos. Ella decidió sobre la marcha ignorarla e intentó pasar a su lado, pero la joven rubia la detuvo.

—No tan rápido, listilla.

Ariadna giró el tronco para desasirse del agarre de la joven y se plantó delante de ella con los brazos en jarra y el ceño fruncido.

—Cómo vuelvas a insultarme, te parto la cara.

—Vaya, la mosquita muerta tiene malas pulgas.

—Mosquita muerta lo será tu pu...

—¡Ah! Estás aquí.

El intercambio de insultos entre ambas jóvenes fue detenido por Fermina que, al escuchar la voz de su hija, se había asomado al pasillo. Ariadna hizo ademán de marcharse, pero se encontró con el cuerpo de Lola interponiéndose entre el lugar de la emboscada y el camino de escapada.

—Ahora voy, mamá. Estaba charlando con la novia de Luca.

—No tardes. Necesito que me eches una mano con los cacharros.

—Vale.

La mujer entró de nuevo en la cocina y, en cuanto la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, Lola levantó el dedo índice amenazador y señaló con él a Ariadna que, ni corta ni perezosa, lo apartó de un manotazo.

—Vuelve a señalarme y te comes el dedo.

—Y tú vuelve a acercarte a Luca y no vives para contarlo.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te digo una cosa. Luca me pertenece y no voy a dejar que una señoritinga de la ciudad me lo arrebaté. Ya lo conquisté una vez y lo volveré a hacer.

—Pues él no lo recuerda como una conquista, sino como un entretenimiento.

—Ahora sí que la has cagado.

Lola levantó el puño para golpear a Ariadna, pero una mano fuerte la sujetó por la muñeca y la hizo detenerse. La joven intentó soltarse y se volvió con furia. Al encontrarse de frente con su propio padre, resopló y se marchó a la cocina no sin antes dirigirle una mirada asesina a Ariadna.

—Lo siento mucho, señorita. Ella no es... mala. Tan solo...

—No se preocupe, Héctor. Gracias por aparecer en el momento oportuno.

El hombre agachó la cabeza y se mostró visiblemente apesadumbrado. Ariadna, al instante, sintió lástima por él y supo que se encontraba ante un buen hombre con una esposa con el mismo buen corazón, pero con una hija díscola y rebelde.

—Yo no... no... ¿Se lo va a decir a los señores?

—¿El qué? ¿Qué he charlado con usted al salir del aseo? No tengo nada más que contar.

Él sonrió aliviado y asintió con la cabeza como muestra de agradecimiento antes de pasar por su lado y entrar en la cocina donde las dos mujeres de su vida lo esperaban. Ariadna, por su parte, tomó aire de nuevo tras el encontronazo con Lola y logró sacar el valor necesario para regresar al comedor junto a la familia de Luca. Allí, se sentó en completo silencio y dio buena cuenta del arroz con leche ante la atenta mirada de Lucía y algún que otro vistazo de reojo por parte de Luca. Una vez hubo terminado, el padre de los chicos se puso en pie y todos lo siguieron hacia la biblioteca como si de un ritual familiar se tratara. Luca detuvo a Ariadna en el vestíbulo y aprovechó que todos habían dejado la estancia para hablar con la joven.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Lola me estaba esperando justo cuando salía del baño.

—¿Qué ha...? —balbuceó Luca con los puños apretados—. ¿Qué te ha dicho?

—Más de lo mismo. Que me olvide de ti porque le perteneces y esas tonterías.

—¿Nada más?

—Bueno, ha intentado pegarme, pero Héctor se lo ha impedido.

—Voy a hablar con ellos y le voy a pedir que se marche.

Luca hizo ademán de encaminarse hacia la cocina, aunque Ariadna lo detuvo con decisión y firmeza. Él se volvió hacia ella sin entender.

—Le he prometido a Héctor que no os diría nada.

—Pero...

—Por favor.

Luca resopló, volvió a mirar hacia la puerta del pasillo y asintió. Le tendió el brazo a Ariadna y ella se agarró solícita. Ambos entraron en la biblioteca y se sentaron en uno de los sofás frente a la chimenea donde crepitaban unos troncos que Héctor había prendido justo antes de encontrarse con Ariadna. Juan se sirvió una buena copa de Jerez dulce y le tendió otra a su mujer. Sofía vertió un dedo de whisky en una copa de fino cristal de Murano que compartió con su marido. Luca declinó el ofrecimiento de su padre y Ariadna actuó de la misma forma. Lucía se puso en pie de repente, pero, el lugar de encaminarse hacia el mueble bar, salió de la estancia sin decirle nada a nadie.

—¿Qué le pasa a esta chica? —preguntó Juan con el ceño fruncido—. No ha dicho ni «mu» en toda la comida.

—Ya sabéis que es más rara que un perro verde.

—¡Mateo! No te metas con tu hermana.

—No me meto con ella. Es la verdad. ¡Joder! Dice que conoce a Adriana y se pone de mala ostia porque no sabe de qué.

—Ella es así.

—Sí. Más rara que un perro verde.

—¡Mateo!

Luca se echó a reír al comprobar cómo su madre y su cuñada se confabulaban contra su hermano mayor. Pensó en salir en su defensa porque estaba de acuerdo con él en lo que a su hermana refería, pero decidió guardar silencio. Lucía siempre había sido muy peculiar y con un corazón enorme. Él sabía que sus padres pensaban que era lesbiana, aunque él era el único que conocía la verdadera historia de Lucía. Aquella que la había arrastrado a quedarse embarazada de un indeseable que la abandonó en cuanto lo supo. El disgusto la llevó a perder al bebé y a convertirse, como le había pasado a él tras su ruptura con Daphne, en una agnóstica emocional, como le gustaba

llamarse. Para sus progenitores, ella era la joven incapaz de enamorarse, pero para él su hermana siempre sería la joven que lloró lágrimas amargas en su apartamento mientras la veía marchitarse como una flor en pleno otoño. Sufrió por ella; sufrió con ella y se prometió a sí mismo estar siempre a su lado.

—Bueno, ¿qué planes tenéis?

La pregunta de Beatriz cayó en la biblioteca como una bomba en pleno campo de batalla y Ariadna tuvo suerte de no estar bebiendo nada porque, con toda seguridad, se habría atragantado.

—¿Planes? —preguntó Luca haciéndose el tonto—. No tenemos planes, mamá. Tan solo...

Se volvió hacia Ariadna sin encontrar en su interior palabras que pudieran continuar la frase. Ese «tan solo» podía significar para él que tan solo llevaban unas pocas horas juntos o que tan solo era algo pasajero y no una relación estable y duradera. Su cabeza quiso continuar la frase con una de esas dos opciones, pero su corazón no se lo permitió porque tenía claro que había más, mucho más.

—Mamá, Se conocieron hace un par de días como quien dice...

—¡Mateo!

—Yo pensaba que...

Beatriz intentó continuar la frase como antes había hecho su hijo, pero tampoco encontró palabras. Se llevó la copa a los labios y suspiró.

—Mujer, déjalos respirar. Necesitan tiempo para conocerse y ese tiempo dirá si hay planes o no.

Luca le dio las gracias a su padre con un leve movimiento de la cabeza y Ariadna lo miró con cariño. Desde el primer momento se había percatado de que era un hombre íntegro y muy cariñoso y ahora se confirmaba. A pesar de ello, aguantó la respiración y esperó la reacción de Beatriz. El miedo a que regresara la mujer que había conocido nada más llegar a la gran mansión

reapareció y se hizo palpable ante ella.

—Bueno, Juan tiene razón. Os veo felices y eso es lo importante.

Beatriz levantó la copa hacia la pareja y todos la imitaron, pero el gesto duró muy poco tiempo. La puerta de la biblioteca se abrió repentinamente y ante ellos apareció Lucía con una sonrisa enorme en el rostro emanando felicidad por todos los poros de su piel. Señaló a su hermano Luca, se acercó a él y le palmeó el hombro.

—Bribón, ¿cuándo pensabas decírmelo?

—¿Decirte qué? —preguntó Luca con el ceño fruncido de extrañeza.

Lucía se volvió hacia Mateo y Sofía y les dirigió una mirada escrutadora que no pasó desapercibida para Ariadna. El cambio de humor de la hermana de Luca la había desconcertado y no sabía qué pensar.

—Seguro que vosotros dos lo sabíais.

—¿Nosotros? —inquirió Mateo mostrando en su rostro el mismo gesto de sorpresa que su hermano—. ¿Saber el qué?

—¿Me estáis tomando el pelo?

Lucía levantó las dos manos y miró a su alrededor hasta que su vista se clavó en la de Ariadna que la observaba con atención y un cierto temor. Se acercó a ella y le sonrió.

—La novia de Luca es Ariadna Castro.

Su hermano se levantó de un salto de su asiento y se acercó a Lucía con la mandíbula apretada y los músculos en tensión.

—¿Qué tontería estás diciendo?

—¿Tontería? ¿Qué quieres decir?

—Ella no es... no es...

Luca se volvió hacia Ariadna y vio en sus ojos algo que no había podido o no había querido ver. El gesto de un cervatillo asustado que ya había contemplado en un lugar no muy lejano tras la rotura de un espejo. Unos ojos que adornaban un rostro escondido tras una máscara de maquillaje.

—¿Adriana? No puede ser.

—¿No puede ser qué? —preguntó Mateo confuso.

—Mira.

Lucía sacó su móvil del bolsillo del pantalón, pulsó un par de botones y les enseñó a todos una imagen en la que se podía ver a una mujer, ataviada con una túnica de color malva y una diadema de gran tamaño sobre la testa, que parecía cantar sobre un escenario.

—¡Anda! —exclamo Mateo con la inocencia que le caracterizaba y que, en ocasiones, salía a relucir—. Es Adriana. No sabía que cantara.

—Es Ariadna Castro representando el papel de Lucía de la ópera Lucia Di Lammermoor ni más ni menos que en la Scala de Milán.

Los cuatro que observaban la imagen se quedaron con la boca abierta y Luca, impactado y sin saber muy bien cómo reaccionar, le arrancó el móvil de la mano a su hermana, observó la fotografía un instante y le tendió el aparato a Ariadna. Ella, encogida en el sillón, supo que el momento que tanto había temido acababa de llegar.

—¿Qué significa esto?

Ella no contestó. Solo clavó sus grandes ojos azules en la fotografía y se encogió de hombros con inocencia. Él, en lugar de apiadarse de su indefensión, dio un paso hacia ella al tiempo que le devolvía el móvil a su hermana.

—Me has mentado. Tú eres... eres... esa soprano.

—¿Y si te lo hubiera dicho? —preguntó ella sacando fuerzas de dónde no creyó hallarlas—. ¿Cómo habrías reaccionado?

—Ya te dije que no me gusta que me mientan o me engañen y tú has hecho las dos cosas.

—No encontré el momento oportuno para contarte la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Mateo algo confuso.

—Cariño, Adriana es la soprano que besó a Luca en el Teatro Real —explicó Sofía con cierta condescendencia. Ya estaba acostumbrada a esos momentos en los que su marido parecía vivir en otro mundo.

—¡Ah! Ya. O sea que... Un momento. ¿Adriana es soprano?

—Y una de las mejores del mundo —añadió Lucía experta en música lírica—. Se habla de ella como de la nueva Callas.

Una vez más, todos los presentes se quedaron de piedra y con la boca abierta menos Luca que, tras la inocente interrupción de su hermano, volvió a la carga.

—¿Sabes cuándo tenías que haberme contado la verdad? En el momento en el que te vi en el parque. Tan sencillo como eso.

—No me atrevía. Me sentía sola y la fama de Ariadna...

—Esa es otra. Yo me he enamorado de la dulce y encantadora Adriana, pero ese tenor francés y todo lo que se cuenta de ti...

—Todo es mentira —sollozó Ariadna con el corazón encogido y el alma a punto de romperse en mil pedazos—. Debes creerme.

—No puedo —replicó él con dureza—. Confíe en ti y tú...

Ariadna se levantó de un salto del sillón y, para sorpresa de todos los presentes, se enfrentó a Luca y lo señaló con el dedo. La sensación de indefensión había desaparecido y su rostro se había tornado duro y frío.

—Te recuerdo que tú besaste a la soprano y después a mí. ¿Eso no es

jugar a dos bandas?

—Yo te lo conté todo. Fui sincero contigo y te dije que tenía dudas pero que te prefería a ti. Te dije la verdad y tú solo me has mentido.

—No te he mentido. Tan solo te escondí la verdad.

Luca se volvió hacia su cuñada, metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó de él las llaves del todoterreno y se las entregó.

—Llévala a la ciudad, por favor.

Sofía asintió con la necesidad de decirle a su cuñado que estaba cometiendo un error, pero, al mismo tiempo, con la certeza de que su intento de conciliación resultaría inútil. Luca se volvió hacia Ariadna y, sin añadir nada más, aunque con los ojos cargados de una infinita tristeza, salió de la biblioteca sin que nadie fuera capaz de detenerlo. Ariadna dio un paso hacia él con la mano extendida, pero Beatriz la detuvo y le hizo un gesto con la cabeza para que frenara y no fuera tras su hijo.

—Ahora no puedes hacer nada.

—Pero yo... Necesito hablar con él.

—Créeme. Lo conozco bien y, aunque lo quiero con locura, tengo que reconocer que es muy cabezota.

Ariadna se dejó caer en el mismo sillón que unos minutos antes había ocupado Luca y cruzó los brazos por delante del pecho angustiada. Lucía se acercó a ella y se arrodilló antes de ponerle las manos sobre las piernas con cierta complicidad.

—Lo siento mucho. Yo no sabía...

—No te preocupes. No es culpa tuya.

Los seis guardaron silencio durante unos minutos y la tensión se palpaba en el ambiente. Los padres de Luca jugueteaban con sus respectivas copas mientras Mateo y Sofía se cogían de la mano con evidente nerviosismo. Lucía,

por su parte, miraba su móvil, pero, de vez en cuando, echaba un rápido vistazo a Ariadna que no pasaba desapercibido para la joven soprano. Ella seguía sentada en el sillón con los brazos cruzados por delante del pecho y sin dejar de mirar a la puerta de la biblioteca. Cuando, un rato después, vio pasar a Luca por el vestíbulo en dirección a la entrada de la mansión, se puso en pie de un salto y, a pesar de las advertencias de Beatriz, salió de la estancia a toda prisa en pos del joven que, mochila al hombro, abrió la puerta que lo conducía al exterior.

—¡Luca!

Él se detuvo en seco, giró sobre los talones con parsimonia y le lanzó a Ariadna una mirada fría y gélida que no dejaba lugar a ninguna duda.

—Siento que todo acabe de esta manera. Mi hermano y mi cuñada te llevaron a tu hotel. Suerte con la representación.

Sin añadir nada más salió de la mansión y desapareció en la noche con la mochila al hombro y acompañado por la mirada, empañada por las lágrimas, de una joven destrozada y sola. Ariadna suspiró y, al escuchar pasos tras ella, se dio la vuelta y se encontró con los ojos igualmente entristecidos de Mateo.

—No puede irse. Es de noche.

—Mi hermano es así. No puedes retenerlo si él no quiere quedarse. Casi es mejor de esta manera.

—¿Qué quieres decir?

Mateo carraspeó y se movió inquieto sobre su silla. Comenzó a mover las manos sobre las ruedas con evidente nerviosismo al tiempo que intentaba encontrar las palabras justas y necesarias que no hicieran más mella en la herida abierta.

—Verás. No sé si lo sabes, pero Luca sufrió mucho hace cinco años.

—Él me lo contó. Me dijo lo del supuesto acoso sexual y lo de Daphne.

—No soporta la mentira y, por encima de todo, no soporta que lo engañen. Desde aquel día en el que su vida se desintegró, solo le pide al mundo que le diga la verdad.

Ariadna agachó la cabeza apesadumbrada y confundida. No sabía cómo reaccionar y ahora se encontraba en una casa desconocida con personas que no significaban nada para ella. Aunque se sentía sola antes de conocer a Luca, ahora se arrepentía de haberse dejado llevar. Aunque no quería reconocerlo, en unos pocos días se había enamorado de Luca y ahora se le había quebrado lo que tanto le había costado armar a su alrededor.

—¿Y ahora qué hago?

—Mañana te llevamos a Madrid.

—No quiero quedarme ni un minuto más. Voy a pedir un taxi.

Mateo meditó un instante antes de asomarse a la biblioteca y dirigirle unas palabras a su mujer que ella no fue capaz de entender. Esperó pacientemente a que el hermano de Luca dejara de hablar con Sofía.

—Te llevamos ahora.

—No quiero molestaros.

—No es molestia. Es lo menos que podemos hacer.

Ariadna subió a su habitación agotada como llevaba tiempo sin sentirse. Recogió las pocas cosas que había llevado, echó un rápido vistazo al baño donde ella y Luca se habían amado y, acompañada de un enorme y triste suspiro, salió de cuarto y bajó las escaleras con la maleta en la mano. Nada más llegar al último escalón notó una mirada clavada en su nuca por lo que se volvió para encontrarse con el rostro, adornado por una sonrisa cínica, de Lola, la hija de los guardeses.

—Me lo has puesto a huevo —dijo justo antes de desaparecer por el pasillo que conducía a las cocinas.

Ariadna sintió su sangre hervir, pero se apaciguó en cuanto los padres

de Luca salieron al vestíbulo acompañados de sus hijos y su nuera. Se despidió de Beatriz y de Juan con un par de besos y unas palabras de agradecimiento y de Lucía con un simple gesto con la mano. Mateo y Sofía ya la esperaban dentro del vehículo acompañados de Héctor que, sin intercambiar palabra con ella, guardó su maleta en el vehículo y la ayudó a subir al todoterreno. Vio cómo Mateo se despedía de sus padres con el movimiento inconfundible de un teléfono construido con sus dedos y con los que les daba a entender que los llamaría en breve. Ella echó un último vistazo a la mansión con el convencimiento de que jamás volvería a aquel lugar y se arrebujó en el asiento trasero acompañada solo por su tristeza y su soledad; compañeras inseparables que siempre la seguían allá donde fuera.

—¿A dónde te llevamos?

—A la Plaza de Oriente. Mi hotel está cerca.

El todoterreno abandonó la finca y los tres se sumieron en un incómodo silencio que fue roto por el sonido inconfundible de Mateo tarareando el conocido Concierto de Aranjuez del Maestro Rodrigo.

—Cariño...

—¿Qué?

—Deja de silbar.

—No estoy silbando.

—Lo estás haciendo.

Sofía se volvió hacia el asiento de atrás y clavó sus ojos en los de Ariadna. Para sorpresa de ésta, la bailarina sonrió y ladeó la cabeza con cariño.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Supongo que lo mismo que hasta ahora. Dentro de dos días terminamos en Madrid y viajamos a Barcelona.

—Me refería a Luca.

—Yo también. Seguiré con mi vida.

Ariadna soltó todo el aire que retenía en los pulmones y se hundió aún más en el asiento trasero del vehículo que pertenecía al único hombre que había logrado ocupar un lugar en su corazón. Sofía vio cómo ella guardaba silencio y se volvió hacia delante. Miró a su marido de reojo y él, al notar el gesto, le tomó la mano y se la besó. Un gesto de amor acompañado por la voz rota y vacía de una joven soprano.

—Seguiré con mi vida.

Diez

Mochila al hombro atravesó la pintoresca plazoleta con una sola idea en la cabeza, aunque le estaba resultando infructuosa. Borrar de su mente la imagen de Ariadna era más un deseo que una realidad. Necesitaba olvidarse de ella como cinco años atrás había logrado olvidarse de Daphne, pero la joven soprano se había enganchado a su corazón como una lapa sobrevive adherida a una roca. Se detuvo junto a una fuente labrada en una roca que parecía nacer del interior de una de las escasas viviendas de la aldea y llenó la cantimplora con agua fresca proveniente de uno de los incontables arroyos que nacían en los montes cercanos.

—A los *güenos* días.

Luca se volvió al escuchar la ruda voz a su espalda y se encontró con uno de los escasos lugareños que, boina en ristre y cayado en la mano, esperaba para saciar su sed. Luca se apartó y le señaló la fuente con un gesto de la cabeza.

—Buenos días —correspondió al saludo—. ¿Sabe dónde puedo encontrar una pastelería?

El hombre se volvió con la boca húmeda y la mano con forma de cuenco para beber y se encogió de hombros.

—Aquí no hay de eso. Si *quíe*, *pué* acercarse a casa de la Liceria que hace unas hogazas de pan de *cagalse*.

Luca reprimió una sonrisa al escuchar la expresión del hombre y miró hacia donde señalaba que no era otro lugar que una construcción que a él le recordó más a un establo que a una vivienda.

—¿Vive allí? —preguntó algo desconcertado—. ¿En aquella... casa?

—*Pos* sí. Es una de las más grandes del pueblo y *tié* hasta agua. Hace panes y rosquillas. ¿Son *pá* *usté*?

—No, vengo a ver a un amigo.

—Ahhhhh.

Luca guardó silencio y esperó a que el hombre dejara de beber para refrescarse el gaxate por última vez antes de recorrer la breve distancia que lo separaba de su destino; del hombre que lo había dado todo por él y al que llevaba sin ver cinco largos años.

—¿Y a quién viene a ver si *pué* *sabelse*?

—Un viejo amigo. Su nombre es Albert Sempere.

—¿El tenor?

Luca no supo qué contestar, pero el hombre se dio por respondido antes de explicarle cómo llegar a la vivienda de su viejo amigo. Le había hecho gracia el apodo con el que parecía ser conocido en la aldea donde había decidido recluirse largo tiempo atrás y mucho más conociendo el carácter del barítono al que no le habría hecho ilusión verse relegado a otro registro de canto como el de tenor. Una antigua rencilla que siempre había acompañado a la música lírica.

Sin más dilaciones, se despidió del lugareño y, mochila al hombro y con su sed saciada, recorrió un camino de tierra y gujarros bordeado de chopos que avanzaba en paralelo a un riachuelo el cual refrescaba la calurosa y soleada mañana de abril y daba un respiro al fatigado caminante. Casi media

hora después y siguiendo las indicaciones del hombre que había hallado junto a la fuente, abandonó el camino y ascendió una escarpada cuesta adornada por flores silvestres y algún que otro matorral de tomillo. Llegado a la cima, aspiró con fuerza y se deleitó con el bello paraje que ante él se ofrecía. Una casa de campo de aspecto rural se levantaba junto a una espesa arboleda donde unas sillas de mimbre acompañaban a una mesa de cristal y a lo que parecía ser un columpio infantil. Paso a paso se fue acercando a la vivienda y, a pocos metros de la puerta desvencijada de madera que servía como entrada, se detuvo y esperó sin respirar. Escuchó un caminar acelerado en el interior de la morada y supo que se dirigían hacia la puerta. Antes de que pudiera apartarse, un mozalbete rubio salió de la casa de campo a toda velocidad y se estrelló con sus piernas. Luca cayó sobre la hierba cuan largo era y el niño aterrizó sobre su tripa donde quedó sentado a horcajadas. Antes de que pudiera añadir nada, el chico lo miró a los ojos y frunció el ceño. Le recordó a un viejo barítono con el que había compartido media vida.

—¿Tú eres un caballo? —preguntó con el gracejo típico de los críos.

—No, soy una persona.

—Pues yo creo que eres un caballo tordo.

—Y yo te digo que soy una persona.

—Espera, que le voy a preguntar a mi abuelo.

El niño desmontó de un salto y se acercó a la puerta de la casa de campo. Allí puso las manos alrededor de la boca como si fuera una bocina antes de gritar.

—¡Yayooooooooo, ¿una persona es un caballo?!

—¡No, Luca! ¡Los caballos son más listos que las personas!

El niño, al escuchar la respuesta que llegó del interior de la casa, se volvió hacia el recién llegado y lo señaló con el dedo.

—¿Cuánto es esto? —preguntó al tiempo que levantaba su manita con

cuatro dedos alzados.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuántos dedos?

—Cuatro.

El chico se miró la mano con detenimiento, volvió de nuevo su vista hacia Luca y, una vez más, observó los cuatro dedos que aún permanecían extendidos. Parecía tomarse su tiempo antes de decidir.

—Eres mi caballo.

Luca, que ya se había puesto en pie, se vio sentado en una de las sillas de mimbre con un crío rubio de ojos azules saltando sobre sus rodillas. Solo se escuchaba el trinar de los pájaros y el rumor de las aguas acompañado por los gritos alegres del mozalbete cuando una voz potente y atronadora sonó desde el interior de la vivienda copando todo el valle.

Largo al factotum della citta, Largo.

La la la la la la LAAAAAAAA!

Presto a bottega che l'alba e gia, Presto.

La la la la la la LAAAAAAAA!

Luca aguantó la respiración y se deleitó con las primeras estrofas de la conocida aria para barítono y mucho más al recordar a un amigo y al sentir que su corazón comenzaba a latir al compás del Fígaro del Barbero de Sevilla. Tan absorto estaba en la voz de su maestro que no se percató de que un todoterreno ascendía la misma colina que él había recorrido unos minutos antes y se

detenía en un lateral de la casona. La puerta del vehículo se abrió con lentitud y del coche descendió una joven rubia que portaba un par de bolsas de supermercado en sus manos. El niño, al ver a la mujer, bajó de las rodillas de Luca de un salto y corrió en pos de la recién llegada.

—¡Mamaaaaaá!

La joven dejó las bolsas en el suelo y se arrodilló para recibir al crío entre sus brazos. Lo abrazó con fuerza y, en cuanto el chico se desasíó, tomó las bolsas de nuevo y caminó junto a él.

—¿Qué tal la mañana?

—Bien, mamá. Tengo un caballo que es muy listo y sabe contar hasta cuatro.

—¿Un caballo?

—Sí, está sentado en la silla del yayo.

La joven frunció el ceño al ver la figura encogida en el lugar que su hijo le había referido. Caminó hacia Luca con parsimonia, pero, al ver al joven allí sentado, dejó caer las bolsas al suelo, abrió la boca de par en par y corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Lucaaaaaa!

Él se levantó con una sonrisa plena en el rostro y la recibió también con el mismo gesto. Ambos se fundieron en un abrazo y ella comenzó a sollozar como una niña pequeña. Luca no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla.

—Hola, Lorena. Ha pasado mucho tiempo.

La joven se separó de él y lo miró de arriba a abajo como si se encontrara delante de un desconocido. Se fijó en su pelo corto y en su barba desmadejada y frunció el ceño al ver las ojeras bajo sus párpados. Llevaba cinco largos años sin verlo y lo notó demacrado y muy distinto del Luca que recordaba.

—¿Has visto a papá?

—Todavía no. Lo estaba escuchando.

Como si de una premonición se tratara, la voz del barítono comenzó a escucharse más cercana a cada segundo que pasaba y, cuando el hombre apareció ante ellos, un millón de emociones coparon el pecho de Luca.

Tutto mi chiedono, tutti mi vogliono,

tutti mi chiedono, tutti mi vogliono,

Qua la parruca, presto la barba, presto il biglietto,

hey!

Fiiiiigaro... Figaro... Figaro... Figaro...

El barítono, al ver a Luca junto a su hija, guardó silencio y se mantuvo en pie junto a la puerta con los brazos a los costados del cuerpo y el rictus con una emoción que desconcertó al joven. Ambos se miraron y Luca recorrió la breve distancia que los separaba ante la atenta mirada de Lorena. Se detuvo a un par de pasos de Albert y miró al barítono con dulzura.

—Maestro...

Lorena temió la reacción de su padre, conocido por su carácter agrío y, en ocasiones, frío y distante, pero, en cuanto se percató de que su labio inferior temblaba, supo que su corazón se alegraba de ver a su antiguo pupilo. Una lágrima rebelde asomó a sus párpados y, nada más levantar sus brazos, Luca corrió hacia él y se resguardó en su pecho al tiempo que aspiraba el dulce aroma a Old Spice del anciano que tan bien recordaba.

—El hijo pródigo ha vuelto —dijo con la voz entrecortada.

En cuanto se separaron, Luca puso su mano sobre el hombro del barítono y miró a Lorena que lloraba de la emoción.

—Siento lo que le pasó a Rubén y siento mucho más no haber estado a vuestro lado. Yo no...

Luca no pudo más y la emoción que sentía dejó paso al arrepentimiento y a lo que su mente torturada por la culpa había creado en su interior. Su mejor amigo había muerto cuatro años atrás tras sufrir una enfermedad que había podido con él y Luca no había sido capaz de aparcar su tristeza para acompañarlo en ese último viaje. Dejaba, a sus treinta y cuatro años, a una mujer embarazada y una vida cargada de ilusión y esperanza. Para él, Rubén y Lorena habían sido como dos hermanos y Albert como un padre. Sabía que los había fallado, pero no había encontrado el suficiente valor en su interior como para encontrarse con ellos y pedirles perdón. Ahora ese día había llegado y con él la opresión en el pecho que tan bien conocía.

—No pasa nada, Luca —dijo Lorena con un susurro—. Sabemos que sufriste lo indecible.

—Pero yo tenía que haber estado a vuestro lado. Ni tan siquiera pude conocer a vuestro hijo nada más nacer.

El barítono, al ver a su pupilo hundido, se acercó a él y le pasó el brazo por encima de los hombros con familiaridad. Luca suspiró con tristeza.

—Hijo, ya estás aquí y eso es lo que importa.

Lorena llamó al niño rubio con un gesto de la mano y el chaval bajó del columpio, desde donde contemplaba la escena del reencuentro, y se acercó a la carrera. Una vez junto a ellos, se acercó a su abuelo y le dio la mano.

—Luca, quiero presentarte a un buen amigo que conoció a tu padre. Se llama como tú.

El niño se acercó al joven y le tendió la mano con solemnidad y con

cierta tristeza al comprobar que no había encontrado un caballo con el que jugar.

—¿Se llama Luca? —le preguntó a Lorena que asintió con la cabeza.

—Fue el último deseo de Rubén antes de morir. Lo dejó muy claro. Hasta el último momento te consideró como su mejor amigo.

Luca agachó la cabeza apesadumbrado y la imagen alegre de su amigo regresó a su mente y a su corazón. Suspiró de nuevo con fuerza y tragó saliva antes de hablar.

—Lo siento. De verdad.

Lorena lo abrazó para demostrarle que no le guardaba ningún rencor y, como suele pasar, su hijo fue el que destrozó la cruel escena con el desparpajo que pierden con la llegada de la adolescencia.

—¿Me llevas a caballito?

Luca, ni corto ni perezoso, agarró al niño por la cintura y lo alzó sobre su cabeza. En cuanto lo sintió en sus hombros y comprobó que él se agarraba con fuerza a su pelo, dio un par de carreras por el prado antes de entrar en la casa de campo tras Albert y su hija. El anciano los condujo hasta la cocina por un tortuoso laberinto de pasillos adornados de incontables puertas cerradas.

—Ya ves —comentó Albert como si le leyera la mente a su antiguo pupilo—. Un millón de habitaciones para un hombre solo. Si no fuera por mi hija y mi nieto...

Lorena miró de reojo a Luca y le sonrió. Como si fuera lo más normal entre ellos dos, le cogió la mano y suspiró. Él correspondió al gesto con un ligero apretón. Ambos sabían que no había nada más. Tan solo un cariño inmenso que había perdurado en el tiempo y que había logrado superar las más altas e infranqueables barreras. Tanto Luca como Lorena sabían que Rubén hubiera sonreído al verlos cogidos de la mano. Llegaron a la cocina y el joven se maravilló al encontrarse con una estancia en la que el tiempo parecía haberse detenido. Un lugar adornado por una inmensa chimenea de leña y

donde los fogones seguían siendo agujeros en una estufa de hierro. Una gran mesa de madera parecía la reina de la cocina y Luca se extrañó al encontrarse con un montón de harina en mitad de ella y un sinfín de ingredientes a su alrededor. Albert nunca había sido un cocinillas, aunque él mismo sabía que cinco años daban para mucho. Cuando el anciano se arremangó, cascó un par de huevos y metió las manos en la mezcla, supo que se encontraba ante un hombre renovado que había aprendido a vivir con lo más básico y disfrutando del quehacer cotidiano.

—Bizcocho de leche condensada con cobertura de chocolate —explicó al ver la mirada de interés de Luca—. Es una receta fácil y al niño le encanta.

Lorena se sentó en un taburete alto junto a la mesa e invitó a su amigo a acomodarse junto a ella. El crío, mientras tanto, arrastró una silla y la colocó al lado de su abuelo para, acto seguido, subirse en ella y comenzar a rallar la cáscara de una naranja.

—Es un gran chico. Se parece mucho a su padre.

Luca, al escuchar el comentario de Lorena, fijó más su atención en el niño y sonrió al verlo con la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios como siempre había hecho su padre cada vez que se encontraba enfrascado en una ardua tarea.

—¿Cuántos años tiene?

—Mañana cumple cuatro añitos —le explicó Lorena al tiempo que miraba a su hijo con infinito amor—. Vamos a hacerle una fiesta. Te quedarás unos días, ¿no?

Luca miró de reojo a Albert, pero el anciano parecía enfrascado en la tarea de ligar bien los ingredientes del bizcocho.

—No lo sé. Yo... quería hablar con tu padre y... yo...

Lorena conocía demasiado bien a Luca como para entender que algo grave lo atormentaba por lo que tomó a su hijo en brazos y, sin añadir nada más, salió de la cocina dejando a los dos hombres solos. Un silencio sepulcral

se levantó entre ellos y Luca temió que lo que los había unido años atrás hubiera desaparecido, pero, en cuanto el anciano abrió la boca, supo que no era así.

—Cuando tenías un problema, íbamos a la cafetería más cercana, pedíamos un par de cafés y charlábamos hasta que el problema dejaba de existir o, por lo menos, perdía importancia.

—Es verdad. Ya no me acordaba.

Albert se sacudió las manos, las lavó en el fregadero y sacó dos tazas de una alacena. En cada una de ellas vertió una cucharadita de café soluble antes de añadir leche caliente de un recipiente que descansaba sobre la estufa. Le acercó un azucarero a Luca y él, como siempre había hecho, echó un chorreón de coñac en el suyo. Luca lo miró con cierto recelo.

—Este es todo el alcohol que tomo.

Luca asintió conforme, echó en su taza un par de cucharadas de azúcar, lo movió con parsimonia y dio un sorbo.

—Estoy hecho un lío.

Albert, ante la súbita revelación de su pupilo, gruñó por lo bajo, volvió a meter las manos en la masa del bizcocho y esperó como siempre había hecho.

—Llevo cinco años solo y he conocido a una mujer.

Durante casi media hora, Luca le contó a Albert lo que le había ocurrido en esos últimos días, pero el anciano se mostró más interesado en saber lo que había sido de su vida tras lo ocurrido cinco años atrás. Saber que no había vuelto a cantar desde aquel aciago día en el que lo acusaron de abusar de una compañera fue un duro golpe para él que lo había visto llegar a lo más alto del mundo de la lírica y que también lo había visto hundirse en el pozo más profundo.

—Creo que nunca más volveré a cantar —explicó Luca como colofón a

la historia narrada.

—Eso es una gilipollez —dijo Albert sin andarse por las ramas—. Un cantante no se hace, sino que nace. Nunca dejarás de ser lo que eres.

Luca guardó silencio y sopesó lo que su maestro le decía. Siempre se había sentido como aquel joven recién llegado a la compañía que tenía que luchar por demostrarle al mundo que tenía un don. Pero ahora, aquellos días quedaban relegados al olvido y la ópera no existía en su vida.

—No lo he pasado bien en estos cinco años.

—¿Y tú crees que esto ha sido para nosotros como un juego?

—No sé. Te viniste aquí. Es un sitio precioso y muy tranquilo. Unas vacaciones.

El anciano dio un golpe en la mesa y la harina se elevó entre ellos dos como una barrera de niebla que los separara.

—¡Una mierda unas vacaciones! No seas un engreído porque no te va, chico. ¿Cuántos años crees que llevo aquí?

—Ni idea.

—Cinco años —explicó el anciano con los dientes apretados y el puño temblando sobre la mesa de madera—. Cinco largos años en los que no he sabido nada de ti. Te largaste sin decir nada. Desapareciste con el rabo entre las piernas y me dejaste solo. ¡No me jodas! Como vuelvas a decir que me he tomado unas vacaciones, te echo de mi casa de una patada en el culo.

Luca se sintió avergonzado no tanto por su comentario desafortunado como por el hecho de descubrir que le había fallado a la persona que lo había dejado todo por él no solo una vez sino durante cinco largos años. Se levantó con decisión e infinita tristeza y se encaminó hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó el anciano sin tan siquiera mirarlo.

—Me marchó. No merezco tu amistad y yo...

—Eres más tonto de lo que imaginaba —le cortó Albert. El anciano volvió a limpiarse las manos bajo el grifo del fregadero antes de acercarse a él—. Ven conmigo.

El barítono salió de la cocina seguido muy de cerca por su pupilo. Recorrieron los pasillos una vez más hasta que el anciano se detuvo junto a una puerta que no parecía distinta de las demás.

—Vas a entrar en otro mundo y debes dejar el pasado atrás. ¿Me prometes que lo vas a intentar?

Luca, sin saber de lo que hablaba su viejo maestro, asintió conforme y aguantó la respiración mientras Albert abría la puerta de la estancia. Ambos entraron y Luca se quedó sin respiración al hallarse en una habitación decorada como una verdadera sala de música, con frescos en las paredes y en los techos, una lámpara de araña con cientos de cristales sobre dos sofás que parecían sacados de la misma corte del Rey Sol y, lo que más llamó su atención, un piano de cola junto a una chimenea de mármol rosa en la que descansaban unos pocos troncos primorosamente colocados.

—Este es mi refugio. A pesar de lo ocurrido, yo sigo cantando y escuchando ópera. Es mi vida y también es la tuya. Te espero en la cocina y recuerda, debes dejar el pasado atrás.

Albert salió del salón de música y cerró la puerta a sus espaldas. Luca recorrió la estancia con parsimonia, se acercó al gran ventanal y se maravilló al observar la alta montaña cubierta de nieve donde, con toda seguridad, infinidad de esquiadores estarían disfrutando de un precioso y soleado día primaveral. Suspiró, se dio la vuelta con la idea de regresar a la cocina junto al anciano, pero sus pies lo guiaron hasta el piano. Sin pensar en nada más, como si una fuerza sobrehumana lo guiara, abrió la tapa del teclado, colocó un pie sobre uno de los pedales y, tras pisarlo con suavidad, pulsó una tecla y el SI Bemol se expandió por la estancia regando sus oídos tal si de una flor se tratara. Dejó caer la cabeza y sus ojos se humedecieron al recordar. A pesar de la petición de Albert, no había podido dejar el pasado atrás, sino que había regresado con más fuerza que nunca. Una lágrima cayó sobre una tecla de color marfil y sus dedos comenzaron a moverse al compás de su llanto. Unas notas que, sin saber cómo ni por qué, habían comenzado a formar una preciosa

y triste melodía. Se dejó llevar sin saber si sus cuerdas vocales responderían tras esos años de inactividad, pero ni se planteó la posibilidad de calentar la voz o, simplemente, hacer algún ejercicio respiratorio. Necesitaba cantar y lo hizo. Abrió los labios imperceptiblemente y un sonido, en un principio ligeramente ronco, acarició sus oídos y fue tomando cuerpo acompañado por el movimiento de sus manos sobre el teclado del piano.

Pourquoi me réveiller,

Ô souffle du printemps?

Pourquoi me réveiller

Se detuvo para tomar aire y sonrió a pesar de las lágrimas. Era tal la emoción que había olvidado algo tan obvio como tomar aire. Estiró su cuerpo y continuó cantando.

Sur mon front je sens tes caresses,

Et pourtant bien proche est le temps

Des orages et des tristesses!

Pourquoi me...

En el preciso instante en el que una joven rubia cruzaba tras la puerta que lo separaba del pasillo, guardó silencio. Se encontraba ante uno de los momentos álgidos del aria de Werther y sintió que el temor más profundo lo atenazaba. Sollozó de rabia e impotencia y Lorena aprovechó para abrir la puerta, recorrer la breve distancia que lo separaba de él y besarlo en la mejilla con infinito cariño.

—Rubén estaría orgulloso de ti.

Sin añadir nada más salió del salón de música y Luca se quedó allí sentado, frente al piano, con las manos temblando y la respiración entrecortada. Tomó aire profundamente un par de veces antes de volver a posar los dedos en las teclas. Acarició una de ella con el índice y se dejó llevar.

Sur mon front je sens tes caresses,

Et pourtant bien proche est le temps

Des orages et des tristesses!

Pourquoi me réveilleeeeeeeer

La última sílaba la alargó lo increíble acariciando con ella su alma y sintiendo, de nuevo, que el sol brillaba en su interior. Cerró los ojos y su voz voló por la estancia y copó toda la casa de campo. Con una de las últimas frases, Albert vio caer una lágrima sobre la mesa de madera de la cocina y se sintió feliz como no se había sentido en los últimos años. Cuando, casi un cuarto de hora después, vio entrar a Luca en la sala con una sonrisa esplendorosa en el rostro, supo que había recuperado a su viejo pupilo y, sobre todo, a un gran amigo. La imagen de Rubén parecía acompañar a Luca y, cuando su nieto entró corriendo en la cocina, lo abrazó con fuerza y comenzó a llorar por el hijo perdido y por el recién encontrado.

Once

Caminaba despacio bajo la lluvia con la mirada perdida en la fachada del vetusto edificio donde había pasado la mayor parte del tiempo en las dos últimas semanas y en cuyo interior su corazón había encontrado al hombre por el que ahora palpitaba. Deseaba gritarle a los cuatro vientos que no estaba enamorada y que aquello no había sido nada más que una aventura, pero no podía; no quería. Tenía que regresar entre bambalinas para recoger todos sus enseres, maquillaje y demás y no le apetecía. Ese momento siempre había sido para ella un motivo de celebración, pero ahora el final de la temporada lírica en Madrid no le reportaba ni la más mínima alegría.

A pocos metros de la puerta trasera del teatro se detuvo y decidió, sobre la marcha, tomarse unos minutos para despedirse de aquella plaza donde, de alguna forma, Adriana había conocido a Luca una noche estrellada de abril. Recorrió los senderos que conducían del teatro al Palacio real y, con las manos en los bolsillos, llegó a las postrimerías de la Catedral de la Almudena donde se vio tentada de entrar. Un par de pasos vacilantes hacia el imponente edificio fue todo lo que pudo aproximarse antes de tomar la decisión de alejarse de allí en pos del lugar donde Luca pasaba tardes enteras acompañado de sus amigos y de parte de su familia. En un par de minutos se plantó en el café de Oriente donde, para su sorpresa, se encontró con Fito sentado en la misma silla que siempre ocupaba. Se acercó a él y, a pocos pasos, lo saludó con la mano. Él pareció hacer un supremo esfuerzo para reconocerla hasta que su mente se iluminó como una bombilla y sonrió. Le hizo un gesto con la mano para que se sentara con él y Ariadna tomó asiento a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Hoy canturreas?

Ariadna sonrió ante el desparpajo del rockero y ella misma se sintió extrañada de encontrarse tan a gusto con un hombre diametralmente opuesto a ella. Supo que Luca la había ayudado a madurar y le dio gracias por ello.

—No, ya hemos terminado en Madrid. Ahora tengo que recoger mis cosas y esta tarde salimos.

—¿A dónde vais?

—A Barcelona. Al Liceo.

—Es un buen colegio. Es francés, ¿no?

Ariadna se puso la mano en la boca para aguantar la carcajada, aunque no se sorprendió por el hecho de que Fito confundiera el Gran Teatro del Liceo con el colegio internacional. Se encogió de hombros sin saber qué contestar, pero tuvo suerte al ver aparecer a Mikel, con su inconfundible disfraz de mimo. Se aproximó a ellos imitando a un soldado en formación y, a pocos pasos de donde se encontraban, saludó con marcialidad justo antes de caer herido de muerte por un balazo enemigo. Las convulsiones eran tan reales que Ariadna no pudo evitar soltar un grito al ver aparecer un líquido espeso rojizo por la comisura de los labios del mimo. Fito, al escuchar a la soprano, se giró hacia donde ella señalaba y se dio una palmetada en la frente.

—Ya estamos otra vez con lo del soldado. Hay que ser cansino.

—Pe... pero, ¿está bien? —preguntó Ariadna asustada.

—Claro que está bien. —Fito se dio la vuelta de nuevo y le tiró una patata frita a Mikel que permanecía postrado en el frío adoquinado de la plaza de Oriente—. Anda, ven a tomar algo.

El soldado muerto se puso en pie de un saltó, se sacudió sus mallas de color negro y se sentó junto a Ariadna al tiempo que se limpiaba la sangre falsa con una servilleta de papel mientras se metía en la boca un par de patatas fritas.

—¿Estás bien? —preguntó Ariadna con una ceja levantada.

—Perfectamente. ¿Y tú?

—Se va a Barcelona a cantar a un colegio —explicó Fito con un dedo levantado para llamar al camarero.

—¿En un colegio? —inquirió alguien a sus espaldas—. ¿Ya te han despedido?

Ariadna se dio la vuelta al escuchar la voz de Mateo y se levantó con una sonrisa enorme en los labios y lo abrazó con fuerza.

—¿Tengo que ponerme celosa?

La joven soprano se separó de Mateo y se encontró de frente con el rostro alegre y atractivo de Sofía que los miraba sin mostrar ningún tipo de enfado.

—Lo siento mucho, pero me gusta más el hermano pequeño —aclaró Ariadna siguiendo la broma de la bailarina—, aunque haya huido.

Tanto Mateo como Sofía mutaron su gesto alegre por otro contrariado que no pasó desapercibido para Ariadna que, resignada, se encogió de hombros y se sentó de nuevo junto a Fito y Mikel. Sofía empujó la silla de Mateo hasta aproximarla a la mesa y ella acercó una silla y se acomodó junto a su marido.

—No sabemos nada de él —aclaró el pianista sin necesidad de ser preguntado—. No es la primera vez que lo hace.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ariadna con el ceño fruncido.

—Hace cinco años, después de lo ocurrido, metió unas pocas cosas en una mochila y desapareció casi un año.

—¿¡Un año!?

—Sí. Lo dejó todo y recorrió medio mundo trabajando por aquí y por allá para ganar lo justo para comer. Cuando regresó, era un hombre distinto al que se había marchado. La alegría que siempre mostraba había desaparecido y se volvió taciturno y reservado. Nunca volvió a ser el mismo hasta que...

Mateo guardó silencio y miró a su mujer de reojo. Ambos sonrieron como si ya hubieran hablado de eso con anterioridad y pensarán igual.

—¿Hasta que...? —inquirió Ariadna que anhelaba conocer el final de la frase.

—Hasta que te conoció. Volvió a ser el mismo.

La soprano agachó la cabeza y pensó en el momento en el que se había encontrado con Luca por primera vez. Se arrepintió de no haberle contado la verdad y de no haberse mostrado tal y como era. Ahora lo había perdido para siempre y tan solo el precioso recuerdo del breve tiempo compartido con él lograba que sonriera imperceptiblemente cuando nadie la observaba.

—La verdad es que sí —añadió el rockero con la boca llena de pan—. El tío estaba que no cagaba por ti.

—¡Fito! —protestó Sofía escandalizada.

—Es verdad. No te pongas ahora en plan monjita. Con lo aburrido que era y los últimos días parecía que llevaba las bolas chinas.

—¡Fito!

—Yo estoy de acuerdo con él —añadió Mikel en un tono más comedido

que el de su amigo—. Luca había cambiado y yo voto porque lo busquemos y le demos un par de ostias para que madure de una vez.

—¡Mikel!

Mateo se volvió hacia su mujer y le puso la mano en el brazo llamando su atención.

—Yo también estoy de acuerdo con los chicos. Mi hermano estaba enamorado de Ariadna y tenemos que hacer algo para que vuelva.

—Te recuerdo que mi cuñado, cuando no quiere que lo encuentren, se pinta solo.

—Ya, pero...

Mateo se quedó pensativo e intentó discurrir una forma de encontrar a su hermano, pero no la encontró. Su mujer tenía razón y debía reconocerlo. Cuando Luca desaparecía no había forma de encontrarlo. Por lo que él sabía, su hermano no tenía amigos fuera de Madrid ni tampoco algún lugar al que acudir. Agachó la cabeza y rumió un «tienes razón» que le dolió en el alma.

—No os preocupéis. —Ariadna se puso en pie con decisión, pero con tristeza—. Me voy de Madrid y no voy a volver en mucho tiempo.

—Pero...

—No hay nada que hacer. Luca ha desaparecido porque le fallé y lo peor de todo es que tenía razón. Ahora lo he perdido y ya está.

—Quizá podamos...

—Mateo, no te preocupes. Ha sido un placer conoceros. De verdad. Por primera vez he sentido que pertenecía a un lugar y nunca os lo podré agradecer lo suficiente pero ya es hora de que me marche.

—¿No podemos hacer nada?

—Ya habéis hecho mucho.

Mandó besos con las manos a los cuatro y se marchó de allí con lágrimas en los ojos y con un nudo en la garganta que no le habría permitido añadir nada más de no haber huido. Se refugió tras un seto recortado con pulcritud y se dejó caer en un banco de piedra con un peso inmenso sobre los hombros y un lazo que le ceñía el alma y no le permitía respirar. Apoyó la cara en las manos y lloró con amargura por el amor recién hallado y que la había abandonado sin tan siquiera permitirle disfrutar de él. Dejó que su corazón gritara y compartiera con quien quisiera escucharlo su desesperanza y su soledad hasta que no pudo más; hasta que se encontró tan vacía como se hallaba antes de conocer a Luca. Suspiró hondo, se enjugó las lágrimas con un pañuelo de papel y se puso en pie de nuevo con la intención de recuperar su

vida y su carrera. Caminó despacio, midiendo cada uno de sus pasos, hasta las postrimerías del teatro donde sus compañeros se afanaban en meter sus pertenencias en el gran maletero de un autocar. Ella pasó junto a una de las maquilladoras y, sin pararse a saludar, entró en el teatro y se encaminó al que había sido su camerino las últimas semanas y donde su maquillaje y vestidos permanecían en el lugar donde ella los había dejado la noche anterior. Tomó un maletín metálico y, con un cuidado exquisito, guardó el maquillaje y todos sus perfumes. En un gran baúl colgó los vestidos y lo cerró con esfuerzo. Tardó poco más de diez minutos en guardar todos sus utensilios de trabajo. Miró de nuevo a su espalda y observó el espejo que ella misma había roto y que Luca había cambiado cuando, para ella, tan solo era un empleado de mantenimiento poco hablador que no significaba nada en su vida. Sonrió con tristeza y amargura antes de pasar los dedos por el espejo.

—Todos los hombres son iguales.

Ariadna suspiró al escuchar las palabras de su compañera Ana y se dejó caer en la butaca junto al tocador.

—Él no era como los demás.

—Discrepo. Si no fuera así, ahora estaría a tu lado.

—Yo le mentí. No puedo reprocharle nada.

La joven *mezzo* se acercó y se arrodilló frente a ella. Le puso las manos sobre las piernas y apretó con cariño.

—El amor está por encima de todo eso. Es la única verdad.

—La única verdad es que yo sigo aquí y *ce connard* [ese gilipollas] se ha marchado.

Ariadna miró de reojo hacia la puerta del camerino y se vio tentada de mostrarle el dedo medio extendido al tenor francés, pero no tenía el más mínimo interés en entrar en su juego. Se levantó de un salto y pasó por su lado sin tan siquiera mirarlo. Él la detuvo de malos modos agarrándola del brazo.

—Si quieres seguir en la compañía, ya sabes lo que tienes que hacer.

Ariadna se soltó del agarre y a punto estuvo de cruzarle la cara de un bofetón, pero prefirió apretar los puños y contenerse.

—Eres un cerdo y no voy a permitir que te acerques a mí.

—No hace falta. Ya he hablado con Aleksei. Le he comentado la posibilidad de cambiar de soprano y no le parece del todo mal.

—No... tú no... No serás capaz.

—Ni te lo imaginas. Ya he hablado con mi *nièce*... mi sobrina. Tiene menos talento que tú, aunque valdría.

—Pero...

—En tu mano está. Ya sabes lo que tienes que hacer.

El tenor francés desapareció pasillo adelante y Ariadna se quedó plantada junto a la puerta del camerino sin saber muy bien qué hacer y con ganas de llorar de rabia. Ana se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

—¡Qué cabrón!

—Ya, pero un cabrón influyente y con muchos contactos.

—¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni idea.

Ana se encogió de hombros al tiempo que fruncía los labios sin saber qué decir para consolar a su amiga y compañera. Ariadna, sin mirar atrás, atravesó el vestíbulo que conducía al escenario. Una vez allí, contempló las butacas vacías y dejó salir todo el aire que retenía en los pulmones. Se sentía sola y vulnerable. El mundo en el que ella se movía era un lugar de padrinos e influencias y ella, por suerte o por desgracia, había llegado a la cima tan solo por sus méritos y, por encima de todo, por su talento. Un don que ella había creído un regalo de sus progenitores, pero que ahora se volvía en su contra. Se acercó al borde del escenario y se sentó con las piernas colgando. Tarareó unas pocas notas del dúo de las flores de Lakme, pero no se vio con ganas de cantar y mucho menos al ver a un hombre entrar en la sala con un mono negro y un maletín de herramientas en una de sus manos. Al verla, se llevó la mano a la frente y saludó como si se retirara un sombrero. Se trataba de un hombre de avanzada edad al que ya había visto con anterioridad en el teatro.

—Siento mucho importunarla —comentó con voz ronca—. Tengo que arreglar unas cosillas. Si quiere, puedo volver luego.

—No se preocupe. Tan solo estaba... pensando.

—Eso es una de las pocas cosas que podemos hacer gratis. Intentaré no molestarla.

Ariadna asintió con la cabeza y siguió contemplando los movimientos del hombre durante un buen rato. El encargado de mantenimiento se movía por la sala como pez en el agua y a ella le resultó evidente que le encantaba su trabajo. El hombre se acercó a una de las filas de butacas, se arrodilló con dificultad y, tras extraer una llave de tubo de su maletín de herramientas, comenzó a revisar el anclaje de alguna de ellas al suelo. A la memoria de Ariadna llegó como un fogonazo la imagen de otro hombre con mono negro, arrodillado en aquel mismo lugar y para el que había cantado el aria *Ah non credea mirarti* unos días antes. Un joven acompañado casi siempre por un

hombre de más edad que parecía erigirse en su maestro o mentor como si de un pupilo de la lírica se tratara. Y ahora, delante de ella, se encontraba el hombre que tan bien parecía conocer a Luca. Carraspeó para llamar su atención.

—¡Perdone!

El encargado de mantenimiento sacó la cabeza de debajo de una de las butacas y se incorporó con el codo apoyado en el asiento más cercano. Dejó la llave en el suelo y miró a la joven soprano.

—Usted dirá.

—Yo... Usted es amigo de Luca. ¿No?

El hombre lanzó una mirada desconfiada a la joven, pero, al ver los ojos límpidos de ella y al escuchar el suspiro que acababa de abandonar su pecho, se apiadó de ella y la vio como lo que era: un pajarillo indefenso.

—Eusebio para servirla, señorita.

—Soy... soy Ariadna.

—Ya lo sé. Entre las veces que la he oído cantar y todo lo que me ha contado Luca... es como si la conociera.

Se le encendieron los ojos al escuchar las palabras del responsable de mantenimiento del Teatro Real y supo que de él podía conseguir algo de información.

—Supongo que no será bueno todo lo que le haya contado.

—Hay de todo como en botica. Luca es... un chico frágil, aunque no lo parezca.

A Ariadna le gustó cómo hablaba Eusebio de su ayudante con infinito y evidente cariño y cómo se refería a él como «un chico» dando a entender que significaba para él mucho más de lo que quería aparentar.

—Yo no he querido hacerle daño. Tan solo... no sé... es todo tan complicado.

Eusebio se puso en pie de nuevo con dificultad y, tras masajearse una de las rodillas, dio un paso hacia la joven soprano.

—Que malo es hacerse viejo —comentó sin venir a cuento—. Por lo que Luca me contó antes de irse, usted es una mujer muy especial, pero le ha fallado.

—Ya lo sé. Me gustaría poder hablar con él y pedirle perdón.

—Algún día tendrá su oportunidad, aunque ahora, no le queda otra que esperar. Luca es así y no va a cambiar por usted ni por nadie.

—Y no cree que...

—Perdone que la corte y que sea tan... borde, pero es que no va a conseguir nada insistiendo. Luca ha desaparecido y solo conoce su paradero la mochila que siempre lleva al hombro.

Ariadna agachó la cabeza con tristeza al ver esfumarse ante ella la última oportunidad de conocer el lugar dónde hallar a Luca y dónde poder pedirle perdón.

—No quería importunarlo.

—Y no lo hace, jovencita —aclaró Eusebio al tiempo que intentaba endulzar su ya de por sí áspera voz—. ¿Puedo darle un consejo?

—Por favor...

—No busque a Luca. Siga con su vida y céntrese en su trabajo. Si algún día el destino quiere que su vida se cruce con la de Luca, tendrá su oportunidad. Hasta entonces, intente olvidarlo.

El encargado de mantenimiento recogió sus herramientas y abandonó el patio de butacas cojeando ligeramente por la artrosis que lo martirizaba algo más los últimos meses de frío primaveral. Una vez fuera de la sala, se volvió y lanzó una última mirada a la joven soprano que lo correspondió con un gesto de la mano. Gesto que a él le llegó al corazón y que lo hizo resoplar.

—Maldito muchacho —rezongó por lo bajo—. Es una mujer fantástica y tú eres un puto orgulloso.

Sacudió la cabeza para espantar la imagen de la joven sentada en el borde del escenario con la mirada triste y el rostro compungido. De nada le sirvió porque a sus oídos llegaron unas frases cargadas de emoción, pero lanzadas al aire por un ángel.

Sola, perduta, abbandonata...

in landa desolata!

Orror! Intorno a me s'oscura il ciel...

El aria *Sola, perduta, abbandonata* de la ópera *Manon Lescaut* de Puccini rasgó el aire y penetró en la cabeza de Eusebio como un martillo que levantara los adoquines de una acera. Resopló, dio media vuelta y regresó al patio de butacas. Ariadna lo vio entrar y guardó silencio con el corazón encogido y el aire, que debería haber servido para emitir un esplendoroso agudo, retenido en sus pulmones.

—Cuando vuelva le hablaré de usted y le diré que quiere pedirle perdón. Más no puedo hacer.

—Estaré representando en el Liceo de Barcelona.

Eusebio asintió, le hizo un gesto de despedida con la cabeza y se

marchó. Ariadna le dio las gracias con el corazón en la mano y sintió que una pequeña esperanza nacía en su pecho y crecía hasta límites insospechados para ella. Con el ánimo recién recuperado se puso en pie y abandonó el escenario con la decisión de quien encuentra una ínfima luz al fondo del oscuro túnel. Llegó al vestíbulo, pasó junto a los camerinos y abandonó el vetusto edificio con la idea en la cabeza de luchar por el amor de Luca, por el único hombre que había logrado que su alma anhelara ser feliz.

—¿Qué te pasa? ¿Te has comprado un consolador recuerdo de Madrid?

—Eres un animal, Óscar —lo regañó Ana al escuchar las ácidas preguntas del barítono—. No me extraña que no te aguante ninguna mujer.

—Eso es porque soy un tigre en la cama y les da miedo repetir —el joven cantante imitó a un gran felino y Ariadna no pudo evitar sonreír—. Cuando quieras te lo demuestro.

—Antes me hago monja.

La mezzo, compañera y amiga de Ariadna, le dio un suave empujón en el pecho y lo animó a subirse al autocar que los llevaría hasta su siguiente destino. Se trataba de un vehículo moderno y cómodo, propiedad de la compañía, y en el que recorrían gran parte de la geografía nacional. Solo viajaban en avión cuando la distancia lo requería y a Ariadna no le molestaba porque le encantaba refugiarse en la última fila de asientos donde había encontrado un lugar en el que sentirse como en casa. Le recordaba a la infancia perdida y a las excursiones escolares, siempre sentada en la última fila de asientos, junto a su hermana gemela. Cada vez que se dejaba caer en ese refugio, pensaba en ella y le mandaba un beso imaginario allá donde las almas infantiles descansaran tras abandonar este mundo.

—¡Vaya! La mujer de mis sueños.

Ana se volvió al escuchar la voz del tenor francés y, pensando más en ella misma que en su amiga, giró sobre sus talones y subió al autocar. Ariadna se encontró de nuevo sola frente al hombre que la había amenazado unos minutos antes y sintió repulsión. Repulsión por él y repulsión por ella misma y por dejarse arrastrar a un mundo en el que no quería vivir y donde el talento tan solo se demostraba entre las sábanas.

—Eres un cerdo. Jean Paul.

—Un cerdo del que depende tu futuro.

El tenor se dio la vuelta, escupió en el suelo y subió al autocar sin tan siquiera mirar atrás. Ariadna se vio tentada de dejarlo todo y de marcharse en busca de su nuevo grupo de amigos donde solo sería una más pero donde, con

toda seguridad, se sentiría feliz. Pensó en sus padres, que lo habían dado todo por verla convertida en una de las mejores sopranos del país y pensó en Victoria, su hermana, con la que había cantado en infinidad de ocasiones y que siempre había maravillado a todos con su preciosa voz. Supo que no le quedaba otra si no quería decepcionar a aquellos que, sin estar ya a su lado, aún lo eran todo para ella. Dedicó una última mirada a la plaza donde había conocido a Luca en su papel de Adriana y, tras lanzar un desesperado suspiro al viento, subió al autocar y recorrió el pasillo en pos de su refugio. Al llegar a la última fila de asientos, dejó su bolso en uno de ellos y se dejó caer en el más cercano a la ventanilla. Unos minutos después, el vehículo se ponía en marcha acompañado por el sonido ronco del motor. Ariadna se incorporó en el asiento y buscó la terraza donde los amigos y parte de la familia de Luca tomaban algo ajenos al sufrimiento y la desesperación de la joven soprano. Los vio a lo lejos. Fito, como siempre, comiendo a dos carrillos sin engordar un gramo. Mikel haciendo gracias con las manos mientras un par de niños se deleitaban con su imitación de un mono. Mateo con la vista fija en Sofía y ella con los ojos clavados en los de su marido. Dos personas que se amaban por encima de todo y que podían significar un ejemplo para cualquiera que buscara un espejo en el que mirarse. Ariadna suspiró una vez más como si necesitara quedarse sin aire para acabar con todo y saludó con la mano a los cuatro amigos recién hallados. No la vieron y el autocar abandonó la plaza y con ello se alejó de lo poco que la unía a Luca. Lanzó un beso a los edificios y jardines de Madrid y, con la imagen de un joven de pelo corto y barba poblada en su mente, cerró los ojos y se dejó llevar al mundo de los sueños donde él, con toda seguridad, correspondería a su amor.

Doce

Luca abrió los ojos y se desperezó como si llevara durmiendo buena parte del invierno. Sentía el cuerpo ligero y el corazón henchido por lo que saltó de la cama y corrió en pos de la ventana que miraba al valle, al precioso valle donde los ruiseñores gorjeaban de buena mañana y los perros aullaban al viento. Abrió las dos hojas y aspiró con fuerza al sentir en su rostro el dulce aroma del tomillo y el embriagador perfume del pan recién horneado. Se vistió a toda prisa, se lavó el rostro en una palangana típica de sus ancestros y que daba un aspecto bucólico a la estancia y salió al pasillo donde se encontró con Luca, el hijo de Lorena, jugando con un tren de madera tallado a mano.

—Buenos días —le dijo al tiempo que se ponía en cuclillas junto a él.

—Buenos días —respondió el niño sin separar la vista de su juguete.

—Bonito tren.

—Me lo ha hecho mi abuelo. Mi mamá dice que tú eras el mejor amigo de mi papá y mi mejor amigo es Héctor, pero vive en el granero y mi mamá no lo ve, pero el yayo le llevó el otro día un vaso de leche y unas galletas y Héctor se las comió, aunque no quiso darme ninguna y ahora estoy enfadado con él, pero yo...

El niño se calló de repente y volvió a bajar la cabeza como si su

soliloquio no hubiera existido. Luca no supo cómo reaccionar. Tan solo se atrevió a acariciar la cabeza del chico antes de ponerse en pie.

—Tiene mucha imaginación.

Luca se volvió como un relámpago al escuchar la voz de mujer a sus espaldas y se encontró con los ojos vivarachos de Lorena que observaban a su hijo con profundo amor. Se acercó a Luca y se agarró de su brazo con familiaridad.

—Aún no lo hemos escolarizado. Es... un poco lento.

—¿Qué le pasa?

—A los psicólogos les gusta llamarlo discapacidad cognitiva. Aún no sabemos de qué grado.

Luca guardó silencio y volvió su vista hacia el chico que parecía feliz con su tren y viviendo con su madre y su abuelo. No pudo evitar que sus ojos mostraran cierta tristeza.

—No lo mires así —comentó Lorena al percatarse de ese gesto—. Tiene tantas virtudes que compensan con creces lo que le ocurre.

—Perdona. No era mi intención.

—No te preocupes. Además, Luca tiene un don.

—¿Un don?

Lorena sonrió y sus ojos brillaron como los de una niña pequeña y traviesa que estuviera a punto de realizar una trastada, aunque, para sorpresa de Luca, no fue así.

—Silba el comienzo del aria que quieras.

Luca frunció el ceño, pero obedeció con cierta curiosidad y comenzó a silbar las primeras notas de una de las arias más conocidas de la ópera. El niño ni tan siquiera se inmutó y continuó empujando su trenecito de juguete. Un

instante después empezó a tararear *Nessun Dorma* como si de un tenor en miniatura se tratara.

—Esa ha sido muy fácil —comentó Lorena dándole un codazo en las costillas a Luca—. Prueba con otra.

Luca no lo pensó dos veces y comenzó a silbar el aria, famosa por sus nueve does, «*Ah! Mes amis*» de la ópera *La fille du régiment*. Pasados unos segundos, una segunda voz se unió a la que él emitía como si de otro silbido se tratara. Luca guardó silencio y abrió la boca de par en par. El hijo de su mejor amigo volcaba un tren de madera mientras tarareaba una de las arias de tenor más complicadas de la ópera.

—Pero... esto es... yo...

—Como decía mi abuela, Dios nos da lo que más necesitamos.

—No sabía que te habías vuelto religiosa.

—Desde la muerte de Rubén me he vuelto muchas cosas. No te puedes ni imaginar lo que es quedarse viuda cuando esperas un bebé.

—Lo siento. No quería decir...

Lorena acarició el brazo de Luca con la mano que le quedaba libre y le hizo un gesto para que no continuara con la disculpa. Volvió a mirar hacia su hijo y le lanzó un beso.

—Rubén era un gran tenor al igual que tú. Luca ha sacado lo mejor de los dos hombres de mi vida. Tiene un don. Lo sé.

Luca asintió y aguzó el oído para escuchar con más detenimiento al niño de tan solo cinco años. Cada una de las notas las daba con un aplomo digno de elogio y, tras unos segundos de máxima atención, Luca pudo confirmar lo que ya sospechaba.

—No falla ni una nota. Es impresionante.

—Ya te lo he dicho. No es solo que afine como el que más, sino que se

aprende cualquier aria en cuanto la escucha por primera vez.

—¿Qué dice Albert?

Lorena soltó una carcajada llena de vida que refrescó el ambiente y transportó a Luca a una época lejana en la que él se hallaba perdidamente enamorado de una pianista que destacaba en el Conservatorio pero que, para su mayor decepción, cayó rendida en los brazos de su mejor amigo.

—Creo que papá ya está planeando el viaje para llevarlo directamente a cantar a la Scala.

Luca rio a su vez y ambos dejaron al chico jugando en el pasillo. Antes de llegar a la cocina, Luca pudo escuchar otro tarareo, pero mucho más grave que provenía de la estancia donde Albert pasaba la mayor parte de su tiempo. Luca no se lo pensó dos veces, carraspeó antes de abrir la puerta y, en cuanto entró en la estancia, abrió la boca y se dejó llevar.

Nooooo, no me importa que con otroooo

de mi lado te alejes

pues, te aseguro que muy pronto

de ese amor te arrepieeeeentes...

Luca sonrió y esperó la réplica de su antiguo maestro, pero ésta no llegó. El barítono le dirigió una mirada perezosa y continuó removiendo la masa que tenía como destino llevar junto a la estufa de leña.

—A los tenores siempre os pasa lo mismo —protestó el anciano—. Os creéis el ombligo del mundo.

—Tan solo era una zarzuela de buenos días.

—Ya veo que no te acuerdas de lo que piensa papá de los tenores que cantan romanzas de barítono.

Albert gruñó por lo bajo al escuchar a su hija e intentó fruncir el ceño un poco más, pero no pudo. Tardó en sonreír el mismo tiempo que Luca se demoró en comenzar a cantar el dúo de Felipe y Maripepa, pero con el registro de la soprano. Los tres se echaron a reír al mismo tiempo y acabaron con las manos perdidas de harina y huevo. Luca aprovechó que se encontraba junto a la gran tabla de madera de la cocina para tomar unos pocos ingredientes y preparar la masa de un bizcocho con la receta que siempre había utilizado Fermina. Unos minutos después, el molde descansaba en una de las rejillas del horno de leña y la cocina comenzaba a llenarse del inconfundible y apetitoso aroma del bizcocho de naranja que acariciaba los sentidos y abría el apetito. Luca devoró de un par de bocados un cruasán recién horneado y bebió un gran vaso de leche. Llevaba años sin desayunar de aquella manera y se sentía feliz y con tal cantidad de energía que se veía capaz de mover el mundo con un solo dedo.

La mañana transcurrió entre risas, bromas, trabajo duro en el pequeño huerto que Albert había organizado en la parte trasera de la vivienda y las clases del hijo de Lorena. A petición de la madre, Luca participó en ellas y se divirtió de lo lindo. Pudo confirmar que el hijo de su mejor amigo no era el chico más avisado del mundo, pero también se convenció de que una gran imaginación rebosaba a raudales del cerebro del niño. En aquellas horas se sintió más cerca de Rubén de lo que jamás había estado y, cuando llegó la tarde y el sol comenzó a declinar, dio gracias por haber conocido a Ariadna que, de alguna forma, lo había encaminado hacia allí; hacia el lugar donde él mismo parecía llevar esperándose cinco largos años. Se dejó caer en una de las sillas de mimbre con un libro en la mano y cerró los ojos para disfrutar del silencio vespertino, solo roto por el motor de un vehículo que parecía acercarse poco a poco. Luca se incorporó en la silla y dirigió su vista hacia el sendero que unía la colina con el camino principal. Un par de minutos después, un viejo Jeep apareció en la loma y se detuvo junto al caserón. Albert salió nada más escuchar el motor del vehículo y se dio de bruces con dos hombres de su misma quinta que acababan de descender del coche y que se abrazaron a él como buenos amigos. Sin mediar palabra volvieron al vehículo y uno de ellos abrió el portón del maletero con cierto esfuerzo. Luca se acercó

al lugar para presentarse y para ofrecer su ayuda en caso de necesitar descargar algo del todoterreno.

—Éste es Luca —anunció Albert nada más sentir a su pupilo a su lado—. Son mis amigos. Alfonso y Mario.

Ambos hombres estrecharon su mano con la de Luca de forma efusiva y lo miraron como si lo conocieran de algo. Pudo observar cierto brillo en los ojos de los amigos de Albert al saludarlo, pero no pudo identificar el porqué. Se ofreció para ayudarlos, aunque ellos rehusaron y, con esfuerzo, sacaron unos bultos de color oscuro del maletero, bultos que Luca no tardó en identificar. Los cuatro entraron en la vivienda y, sin intercambiar palabra alguna, caminaron en procesión hasta el saloncito de música donde Alfonso no tardó en desembalar un violonchelo y Mario un pequeño y cuidado violín que depositó con mimo sobre una tela que había extendido encima del piano.

—Ya veo que hoy tenemos refuerzos para nuestra velada musical —comentó el violonchelista con una sonrisa sincera en los labios al tiempo que pasaba su dedo índice por el arco que acompañaba el instrumento.

—Siempre es un placer tocar con tan impresionante tenor —añadió el violinista para sorpresa de Luca que no se esperaba el comentario—. Ya veo que no nos recuerdas.

—Lo siento. Yo no...

Luca guardó silencio e hizo un esfuerzo para trasladar la imagen de los dos músicos a su cerebro e intentar procesarla. Su mente y sus recuerdos volaron a una preciosa noche, seis años atrás, en la que un tenor triunfaba en el Teatro de la Zarzuela de Madrid representando doña Francisquita y se encumbraba en lo más alto de la lírica española. La visita de su maestro a los camerinos acompañado de dos amigos; dos músicos que lo alabaron hasta la saciedad y que ahora se mostraban frente a él vestidos como dos labriegos, pero con sus instrumentos como una segunda piel.

—Ahora los recuerdo. El Teatro de la Zarzuela...

—Hace seis años... —aclaró Mario.

—Una representación sublime —añadió Alfonso—. Una romanza que me emocionó como nadie había hecho. «*Por el humo*» fue... fue...

El violonchelista no encontró palabras para describir sus sentimientos, pero los transformó en un gesto que desmontó cualquier defensa que Luca hubiera podido levantar delante de ellos. Sin pensarlo dos veces, el músico se acercó a él y lo abrazó. Mario, por su parte, le palmeó el hombro con familiaridad mientras Albert no dejaba de sonreír.

—Buenas tar...

Lorena acababa de entrar al saloncito de música y, al ver la emotiva escena, se detuvo y aguardó a que los dos hombres se separaran. Luca la miró por encima del hombro de Alfonso y se encogió de hombros sin entender. Pasados unos segundos, el violonchelista se apartó y se secó una lágrima con el dorso de la mano.

—Es un honor poder acompañar al gran tenor Luca Ricciardi.

—¿Cómo que acompañarme?

Albert se aproximó a su pupilo, le puso la mano en el hombro con solemnidad y sonrió antes de mirar a su hija de reojo.

—Creo que esto es lo que necesitas. Hoy tenemos recital.

—Pero...

—Nada de peros. Comienzo yo y quiero que me sigas con algo tranquilo para timbrar un poco la voz.

—Maestro... yo...

Albert no quiso escuchar a su pupilo. Acercó un atril al piano y de una estantería extrajo un fajo de partituras que dejó sobre una de las butacas. Luca, el hijo de Lorena, entró en ese momento con el trencito de madera en una de sus manos y se acomodó en el sillón que le acababa de dejar su madre. Ella, por su parte, le dio un cariñoso beso en la mejilla a Luca antes de sentarse en el taburete del piano. Levantó la tapa con extremo cuidado y recorrió las

teclas en ambos sentidos utilizando las escalas como calentamiento. Alfonso no tardo ni dos minutos en dejarse caer en un taburete plegable y en atrapar su violonchelo con las piernas y Mario gruñó de satisfacción en cuanto sintió al violín acariciar su cuello. Los cuatro se lanzaron una mirada cómplice y, al mismo tiempo que Luca levantaba a su tocayo, ocupaba su lugar y lo sentaba sobre sus rodillas, comenzaron a tocar al unísono y con una musicalidad que a Luca dejó con la boca abierta. Le pareció evidente que llevaban mucho tiempo tocando juntos y que habían logrado una compenetración digna de cualquier concierto. Una única nota de entrada y Albert se arrancó con «Non più andrai» de Las Bodas de Fígaro.

Non più andrai, farfallone amoroso,

Notte e giorno d'intorno girando,

Delle belle turbando il riposo,

Narcisetto, Adoncino d'amor.

Bajo la atenta mirada de su pupilo, Albert se dejó llevar por las notas de la ópera de Mozart y se transportó a sus años mozos y a un taller donde Fígaro le describe a Cherubino la dureza de la vida militar en un aria fuerte y con cierta alegría. Albert parecía disfrutar como si se encontrara en la mismísima Fenice de Venecia cantando para Víctor Manuel II. Nada más terminar el aria, Luca adulto y Luca niño aplaudieron a rabiar. El primero se había percatado de que el crío no había movido los labios a lo largo de la representación como si pudiera llegar a identificar las diferencias existentes entre la voz de tenor y la de barítono. Decidió esperar a ver la reacción del niño con el cambio de registro y la ocasión no se hizo esperar al ser requerido por su maestro. Luca se levantó del sofá con cierto recelo, pero, una vez parapetado tras el atril, los nervios que habían logrado florecer un instante antes, desaparecieron y dejaron paso a una seguridad pasmosa que le resultó familiar.

—Son partituras de barítono —le explicó Albert al observar que su pupilo las miraba de soslayo—. Si quieres, tengo las tuyas guardadas.

—Gracias, maestro, pero no creo que haga falta.

Luca no supo si se sentía más agradecido por el hecho de que Albert se preocupara de esa manera por él o porque hubiera guardado sus partituras todos esos años. Sonrió antes de tomar aire y, tras mirar de reojo a sus tres acompañantes, abrió los ojos de par en par al ver a su maestro con un clarinete en las manos.

—¿Y eso? —preguntó extrañado y divertido a la vez.

—Ya ves. Mucho tiempo libre y una buena maestra en casa.

Albert le guiñó el ojo a su hija y Luca recordó en ese preciso instante que el piano no era el único instrumento que la mujer de su mejor amigo tocaba. Asintió satisfecho y, tras tomar aire de nuevo, lo soltó y dijo una palabra que los demás identificaron al momento.

—Furtiva.

El piano arrancó con las primeras notas para ser acompañado un par de compases después por el clarinete que, para sorpresa de Luca, se acopló al primer instrumento con tal seguridad que no supo identificar si el que tocaba era su maestro o una grabación. Tras el ligero pizzicato del violín se sumó a ellos tres el violonchelo y Luca, con el ánimo renovado y sintiendo la sangre recorrer su cuerpo con fuerza y decisión, tomó aire una última vez antes de comenzar a cantar.

Una furtiva lagrima

negli occhi suoooooi spuntò,

quelle festooooose giovani

invidiiaaar sembrò.

Luca continuó desgranando cada una de las notas musicales con una maestría y seguridad que sintió como suya desde el primer compás. Cantó con tranquilidad y serenidad y se recreó en las coloraturas que conducían al final del aria de la ópera *L'elisir d'amore* de Donizetti. Una vez terminada, dejó caer la cabeza contra el pecho y sintió la respiración ligeramente entrecortada. A pesar de ello, se notó mucho más feliz de lo que se había sentido en los últimos cinco años y supo que todo ello se lo debía a Ariadna que lo había empujado a reencontrarse consigo mismo.

—Precioso.

—Muy bonito.

—Se me ha puesto el vello de punta.

—Ya no te acuerdas ni de dónde respirar.

Luca levantó la vista y la clavó en su maestro esperando encontrar en sus ojos el mismo reproche que en su voz, pero lo único que halló fue orgullo y satisfacción. Orgullo por el pupilo que volvía cantar como los ángeles y satisfacción por el amigo al que veía feliz y sonriente. Luca, sin pensarlo, se acercó a él y lo abrazó con fuerza.

—Te lo debo a ti —le susurró.

—Yo creo que se lo debes a esa chica que te ha hecho volver a brillar.

Ambos hombres se separaron y el silencio se cernió entre ellos, pero fue roto por el alegre canto de un violín y por una voz quebrada por la edad. Mario tocaba una canción popular asturiana y Alfonso cantaba el Asturias Patria Querida con un ligero brillo en los ojos. Albert, para sorpresa de Luca que siempre lo había considerado un hombre recto y serio, se arrancó a cantar, se abrazó a Alfonso y ambos hombres comenzaron a mover sus cuerpos al compás de la tonadilla. Luca, ni corto ni perezoso, se unió a ellos y la velada se convirtió en algo mágico. Las canciones populares fueron dejando paso a las arias más o menos conocidas y éstas a las romanzas populares y alegres de barítono o tenor. Incluso Lorena se permitió el lujo de cantar *La Tarántula* todo lo mejor que pudo. La velada continuó hasta la madrugada y finalizó

cuando Albert y Luca, como dos profesionales, cantaron *Au fond du Temple Saint* de la ópera *Los pescadores de perlas*, acompañados por el piano de Lorena, el violonchelo de Alfonso y el violín de Mario.

Se despidieron junto al todoterreno con abrazos, promesas y buenos deseos. Los ojos de Alfonso brillaban de felicidad y Mario no paraba de sonreír y no dejó de hacerlo ni en el momento en el que descubrió que se había dejado las luces encendidas y la batería de su coche se había consumido. Entre risas y bromas acercaron el automóvil de Lorena y, con ayuda de unas pinzas, pusieron en marcha el vehículo de los músicos que se alejaron al tiempo que cantaban a dúo *El relicario*.

Los tres regresaron al salón de música y Luca, sin pensárselo, tomó al hijo de Lorena en sus brazos y lo llevó hasta su habitación. El niño se había dormido unas horas antes acurrucado en uno de los sofás y el propio Luca, aprovechando uno de sus descansos como tenor, le había colocado un cojín debajo de su cabecita y lo había tapado con una manta que ya había visto con anterioridad en un sofá orejero del salón. En cuanto dejó al crío en su cama, éste se arrebujó debajo de las sábanas y suspiró. Lorena le acarició la cabeza y lo besó con infinito amor.

—Es un chico fantástico —dijo Luca, desde la puerta, apoyado en el quicio—. Me recuerda mucho a Rubén, pero así, dormido, se parece a su madre.

Lorena se volvió hacia el tenor y le sonrió con dulzura. Suspiró al igual que había hecho su retoño y sus ojos se tornaron tristes y melancólicos.

—Echo mucho de menos a Rubén. No te lo puedes ni imaginar.

—Tienes razón. No puedo.

Luca se acercó a la cama del pequeño y se sentó junto a Lorena. Le cogió la mano y la apretó con confianza. Ella se volvió e intentó sonreír, pero solo consiguió que una furtiva lágrima, triste como el aria cantada por Luca, diera paso a un sollozo inconsolable. Se inclinó hacia el tenor y apoyó la cabeza en su hombro. Él buscó en su interior palabras que pudieran servir como consuelo y, al no hallarlas, se limitó a abrazarla como un buen amigo.

Unos minutos después, Lorena dejó de llorar y se incorporó para secarse las lágrimas con un pañuelo de papel que, como buena madre, llevaba escondido en la manga de su jersey.

—Qué tonta soy.

—No digas eso. Todos necesitamos tener un hombro en el que llorar de vez en cuando.

—Y eso lo dice el hombre que se ha pasado los últimos cinco años huyendo de sus amigos. —Lorena guardó el pañuelo de nuevo en la manga—. Lo siento, no quería decir eso.

—No te preocupes. Tienes toda la razón del mundo.

Ambos se vieron rodeados por un incómodo silencio que fue roto por la poderosa voz de barítono de Albert.

—¿Qué hacéis? —preguntó desde la puerta de la habitación.

—Charlando, papá.

—Bueno, es lo mejor que se puede hacer en estos días sin que te cobren. —El anciano se acercó a la pareja, miró a su nieto con infinito amor y después volteó la cabeza hacia ellos—. A mí edad ya no me chupo el dedo. ¿De qué hablabais?

Luca se levantó e hizo ademán de irse de la habitación, pero su maestro lo detuvo junto a la puerta. El tenor se desembarazó del agarre con suavidad y salió al pasillo. Albert lo siguió.

—No eres el único que ha sufrido, chico. Ahora no te hagas la víctima. Tienes una segunda oportunidad que otros no tuvimos. No la dejes escapar.

Luca se volvió como un resorte.

—¿Quieres decir que debería volver a cantar? O estás loco o te has hecho mayor.

—O un poco de las dos cosas. No me refiero a una ópera ni nada por el estilo, pero siempre hay opciones para empezar.

—¿A qué te refieres?

—Tú déjame a mí. Yo me encargo de todo.

Luca elevó una ceja y sonrió de medio lado al ver a Albert ponerse en marcha con cierto nerviosismo.

—¿Vuelves a ser mi maestro?

El barítono se volvió hacia su pupilo con una gran sonrisa en los labios y un brillo especial en los ojos que no dejaba lugar a ninguna duda.

—Nunca he dejado de serlo.

Luca suspiró con fuerza y dio gracias en silencio por la oportunidad de reencontrarse con la persona que lo había ayudado a lograr su sueño y también dio gracias a la persona que le había entregado esta segunda oportunidad en bandeja de plata. Con una mirada fugaz a la oscuridad y a las estrellas que brillaban en la noche, le dio las gracias a Ariadna.

Trece

Ariadna llegó a Barcelona una lluviosa tarde de abril y se encerró en su hotel hasta el primer ensayo. Fueron dos días, largos, tediosos y tristes en los que pudo pensar en el tiempo compartido con Luca y que había resultado lo más bonito y especial de los últimos años. Años en los que la soledad más acuciante se había convertido en una peligrosa compañera de travesía y, lo peor de todo, en parte importante de su ser. Cada instante de dolorosa soledad lo disfrutaba y lo paladeaba como si no hubiera opción, como si su única salida fuera vivir por y para levantarse cada día y respirar; tan solo respirar. Pero Luca había aparecido en su vida como el caballo de Atila para desaparecer luego de la misma forma, dejando tras de sí un sendero de destrucción en el que Ariadna se había abandonado.

—¿En qué piensas?

La soprano, sentada sobre la cama y con la vista puesta en la ventana y en los últimos rayos de sol que refulgían sobre los barcos varados en el puerto, volvió la cabeza hacia su compañera Ana y se encogió de hombros. Intentaba quitarle las arrugas a un vestido de noche con una pequeña plancha de vapor mientras cuatro grandes rulos hacían su efecto en las puntas de su largo cabello.

—En nada.

—Ya. Y yo voy y me lo creo. Seguro que estás pensando en él. Tu maravilloso príncipe azul de barba espesa y ojos claros.

Ariadna frunció el ceño al escuchar las palabras con tono burlón de Ana, pero, al no ver ningún atisbo de maldad en sus ojos, se relajó y sonrió al igual que hacía ella.

—No es mi príncipe azul. Mi príncipe azul se hubiera quedado a mi lado y no se hubiera marchado en su corcel de color blanco.

—Fíjate. Estoy convencida de que va a volver con el rabo entre las piernas.

Ariadna musitó un «ojalá» que su compañera y amiga no escuchó y volvía a sumirse en sus pensamientos cuando unos golpes en la puerta de la habitación la sacaron de su ensimismamiento. Ana, en ropa interior, se acercó a la puerta y la abrió de par en par sin preocuparle lo más mínimo quién estuviera al otro lado. Óscar, el barítono que ya se había mostrado como la persona más cotilla de la compañía, la miró de arriba abajo y resopló.

—¡Buf! Qué pena no haber llegado un par de minutos más tarde. Lo mismo os pillo en plan rollo bollo y podemos hacer un trío.

—Eso no te lo crees ni tú —replicó Ana sin hacer el más mínimo amago de cubrir su desnudez—. Esto lo verás, pero no lo catarás.

Con descaro, se volvió y le mostró las posaderas al barítono tan solo cubiertas por el escaso trozo de tela que formaba el pequeño tanga. Cogió una bata de color negro de una percha del baño y, para alivio de Ariadna y desesperación de Óscar, se cubrió el cuerpo con ella.

—¿Qué quieres?

—Yo... —El barítono tragó saliva, pero le costó más de lo que pensaba. La visión de Ana en ropa interior le había dejado la boca seca—. Tan solo quería saber si os quedaba mucho. Aleksei y Jean Paul ya están en la recepción con los demás. Solo faltáis vosotras.

—A mí me quedan diez minutos —replicó Ana al tiempo que volvía al baño de la habitación para terminar de prepararse.

—Yo no voy a ir.

Óscar abrió los ojos de par en par al escuchar a Ariadna y frunció el ceño casi al mismo tiempo. No solía empatizar con sus compañeros de trabajo y mucho menos con una mujer con la fama de la soprano. Odiaba a las personas que conseguían ascender utilizando su cuerpo y no su talento y Ariadna, por lo que había llegado a sus oídos, era una de esas personas. Se había prometido a sí mismo no allanarle el camino y en ello estaba, pero algo en su mirada le había llegado muy hondo.

—¿Por qué no vas a ir? —preguntó sin tener muy claro si debía hacerlo o no.

—Porque no se me ha perdido nada con esa gente.

—Jean Paul está deseando verte.

—Jean Paul es un cerdo que tan solo busca acostarse conmigo.

Óscar frunció el ceño de nuevo al escuchar la sorprendente revelación que echaba por tierra todo lo que había escuchado sobre ella. Debía aclararlo. Quería aclararlo.

—Pero... en la compañía se dice que... que tú y él...

—Ya lo sé. Ya he escuchado la fama que tengo. Y todo porque ese tenor engreído se ha empeñado en que le pertenezco y en que puede hacer lo que quiera conmigo.

—Yo no...

—No te preocupes. Por si te quedas más contento, me ha dicho que si no me acuesto con él va a lograr que me reemplacen por su sobrina.

Óscar, con la boca abierta de la misma forma que nada más ver a Ana en ropa interior, se acercó a Ariadna y se sentó junto a ella. Pudo comprobar que

los ojos le brillaban a punto de echarse a llorar como una niña pequeña, pero un frío glacial se había instalado en ellos como si siempre hubiera estado allí. Con cuidado e intentando no hacer astillas del árbol caído, Óscar posó su mano sobre la de Ariadna y la apretó con cuidado. Ella volvió la cabeza hacia él y lo miró con los ojos vacíos.

—¿Por qué haces esto? ¿Le vas a contar a todo el mundo que soy una zorra y que me voy a acostar con Jean Paul?

—No. No le voy a contar nada a nadie y, de hacerlo, les diría que eres una mujer que va a lograr su sueño sin acostarse con nadie.

—¿Y eso... por qué?

Óscar sonrió con cariño y complicidad como nunca lo había visto Ariadna y le guiñó un ojo.

—Quizá porque los dos tenemos nuestra fama y quizá porque ninguno de los dos nos la merecemos. No lo sé. Llámame «el último romántico» como la zarzuela, pero no puedo ver a una «bella enamorada» y no ayudarla.

Ariadna sonrió al escuchar a Óscar referirse en la misma frase a una de sus zarzuelas preferidas y a la preciosa romanza de tenor que tan bien había interpretado Alfredo Kraus en sus años mozos y una de las que más habían brillado en su repertorio. El barítono se puso en pie y le tendió la mano a su compañera. Ariadna dudó un instante, pero, al notar la insistencia de él y al encontrarse frente a ella a un hombre bien distinto, se levantó y asintió.

—Me cambio y ahora bajamos.

—Si quieres, me quedo y te ayudo con la cremallera.

Ariadna chasqueó la lengua.

—No lo estropees ahora.

—Ya sabes..., mi fama.

—Conmigo no, por favor.

Óscar asintió y, sin esperar a que Ana saliera del baño, abandonó la habitación tras despedirse con un simple gesto de la mano. La mezzo salió justo en ese instante con el vestido de noche de color negro enfundado y los rulos en sus manos. Se acercó a la mesita de noche, sacó un espejo de la maleta y lo colocó junto a la pequeña lamparita. Dejó su maletín de maquillaje encima de la cama y, ayudándose de la luz que emanaba del mismo espejo, comenzó a transformar su aspecto. De reojo vio que Ariadna se quitaba el chándal y se metía por la cabeza un vestido de color rojo.

—Pensaba en las personas y en lo mucho que nos pueden llegar a sorprender.

—Si lo dices por Óscar, no me extraña. No se puede ser más envidioso y cotilla.

Ariadna se vio tentada de contarle a su compañera la conversación mantenida con el barítono, pero decidió sobre la marcha guardársela y no romper esa fama que Óscar se había ganado a pulso. Solo sonrió con cinismo y aprovechó que se encontraba atándose la hebilla de los zapatos para no mostrar ese gesto. Una vez vestida, entró en el baño, se recogió su melena y la atravesó de parte a parte con dos palillos de estilo asiático. Volvió junto a Ana y esperó. Su amiga levantó la vista y, al verla, curvó los labios en una mueca de asco.

—¿No vas a maquillarte?

—Teniendo en cuenta las horas que paso con la cara cubierta de crema blanca, no es lo que más me apetece —comentó haciendo referencia a su disfraz de geisha.

—Eso no tiene nada que ver. Anda, siéntate en la cama y dame dos minutos.

Ariadna obedeció y se dejó hacer. Cuando su compañera le anunció que había finalizado, se levantó con parsimonia y se miró al espejo para no reconocerse. Supo admirar la destreza de su amiga con el maquillaje y mucho más al ver la sombra de tres tonos y la línea del ojo que le daba el aspecto de una mujer sofisticada y moderna. A pesar de la idea preconcebida de protestar,

guardó silencio y asintió conforme. Ambas salieron al pasillo y lo recorrieron en silencio admirando la decoración azul celeste y blanca que recordaba al mar que hacía honor al nombre del hotel muy cercano a la famosa Catedral de Santa María de la Mar que en el pasado había logrado enamorar a Ariadna y que, con el paso de los años, se había convertido en un lugar especial para ella y que pensaba visitar en cuanto pudiera disfrutar de una mañana de tranquilidad. Llegaron a los elevadores y descendieron hasta la planta baja donde los esperaban los demás integrantes de la compañía. Ariadna pudo comprobar que Jean Paul volvía la cabeza con gesto adusto, pero la devoraba con la mirada. Se sintió desnuda ante él y el malestar que ya había experimentado en la habitación regresó aún con más fuerza. Óscar vio su rostro pálido y demudado y se acercó a ella con el brazo extendido. Para sorpresa de todos los presentes, incluyendo a Ana, y para desagrado del tenor francés, Ariadna se agarró a él y comenzó a caminar con paso tembloroso.

—Cómo te caigas ahora de bruces, me voy detrás de ti —susurró el barítono con su voz poderosa, pero comedida.

—Intentaré no hacerlo —comentó Ariadna al tiempo que reprimía una sonrisa.

Salieron del hotel y la humedad y el calor impropio del mes de abril los abofeteó con fuerza, aunque la belleza de la noche barcelonesa los compensó con creces. Ariadna hizo ademán de encaminarse hacia uno de los escasos taxis detenido frente a la puerta del hotel, pero, al ver que todos se ponían en marcha acera adelante por debajo de la gran arcada que formaba un soportal alrededor del edificio, acompasó su paso al de Óscar e ignoró la mirada de odio de Jean Paul.

—¿A dónde vamos? —preguntó en voz baja.

—A la Casa Llotja de Mar —explicó el barítono—. Ni idea. Mi catalán no es muy bueno.

Ariadna recordó su infancia en Barcelona y se entristeció al pensar en sus padres y en su hermana. Aspiró el aroma del mar y se dejó transportar a una infancia feliz donde la ciudad condal se había convertido en su mejor amiga; en su única amiga. Conocía la Casa Llotja de Mar y supo que se

hallaba a tan solo unos pasos de tan magnífico edificio que los iba a recibir con la luz propia de la noche barcelonesa.

—Es la casa de la lonja de Barcelona. Es el lugar donde la Cámara de Comercio discute los precios de los cereales y las legumbres.

Óscar, al escuchar la explicación de Ariadna, frenó un poco su paso y la miró con el ceño fruncido y el labio torcido. La soprano se echó a reír a carcajadas.

—Pareces una guía turística.

—Es lo que nos enseñaron en el colegio. Por si ya no te acuerdas, soy de aquí.

—Ya. Y yo nací en Cuenca y no tengo ni puta idea de qué hacen allí las casas colgantes.

Ariadna volvió a reírse ante la ocurrencia del barítono y continuaron hablando sobre la Casa de Llotja hasta que llegaron a la avenida donde un edificio vetusto los recibió en pleno apogeo. Ariadna se soltó del brazo de Óscar y se acercó a su amiga Ana bajo la atenta mirada de Jean Paul que no dejaba de observarla con descaro.

—¿Sabes si viene algún cantante importante? —preguntó la mezzo sin dejar de mirar a un lado y a otro de la acera.

—No tengo ni idea. Hasta ayer no sabía que la asociación del Liceo había organizado esta fiesta como colofón de temporada.

—Vives en otro mundo. Óscar lleva varios días comentando lo de la cantidad de tías buenas que iban a acudir a esta fiesta.

—Óscar dice demasiadas tonterías —replicó Ariadna en voz alta al ver al barítono acercarse.

—¿Ya estáis hablando de mí?

Justo en ese instante, las puertas de cristal del edificio se abrieron y a

los oídos de todos los presentes llegaron las notas inconfundibles de un violín. Se miraron unos a otros y Aleksei tomó las riendas de la situación y buscó en la recepción de la Casa de Llotja a alguien que pudiera atenderlo. Unos minutos después regresaba con unas acreditaciones personalizadas que repartió a todos los integrantes de la compañía. Ariadna pasó la suya alrededor de su cuello y la dejó descansando sobre su pecho que florecía bajo el escote de su precioso vestido de color sangre. Las puertas de cristal con sensor se abrieron de nuevo en cuanto ellos se acercaron y, caminando con parsimonia, entraron en el patio del edificio decorado con profusión, pero sin dejar de mantener su personalidad. Cuatro estatuas, que representaban a los continentes y a sus culturas, vigilaban desde las cuatro esquinas y una escalera de tipo victoriano arrancaba desde un lateral y se perdía en la oscuridad de la planta superior. Unas cuantas personas rodeaban unas mesitas altas y vestidas con manteles blancos mientras otros pocos se maravillaban al escuchar al cuarteto de cuerda que tocaba con emoción sobre un pequeño escenario situado frente a la puerta de entrada y al otro lado del patio. Ariadna se acercó a una de las mesitas acompañada de Ana y de Óscar y admiró la iluminación sobria y elegante del patio que le confería un aspecto encantador y de otra época. A ello ayudaban las velas en forma de globo de cristal situadas en cada una de las mesitas. Un camarero se acercó a ellos tres con una bandeja en la mano y pudieron tomar unas copas de champán.

—¿Dónde es la cena? —preguntó Óscar con una mano a la altura del estómago—. Tengo tanta hambre que me comería a uno de los camareros.

—Yo también me comería a ese morenito. —Ana señaló hacia uno de los camareros más jovencitos y, sin pensar, se relamió los labios en un gesto—. Está como un queso y a mí me encanta el queso tierno.

—Ana, no debe de tener ni veinte años —advirtió Ariadna con el ceño fruncido.

—Perfecto. Me gustan jovencitos así que...

Para sorpresa de la soprano, su amiga apuró la copa de champán de un solo trago y los dejó solos para acercarse, con pasos medidos y estudiados, hacia el lugar que el camarero ocupaba detrás de una mesa repleta de copas y botellas.

—Hola.

El chico, al escuchar el saludo de la mezzo, levantó la cabeza y la contempló sin disimulo de arriba a abajo. Una vez la hubo recorrido con la mirada, sonrió de oreja a oreja, tomó una copa de champán, rodeó la mesa de las bebidas y se acercó a la joven como un león en la sabana. Le entregó la copa y aspiró el aire que emanaba de su cuello.

—Qué bien hueles. ¿Dior, Carolina Herrera, Issey Miyake?

—Nenuco.

Ariadna, desde donde se encontraba a pocos pasos de la pareja, aguantó una carcajada, pero Óscar, como solía ser típico en él, fue menos disimulado. Ana comenzó a coquetear con el camarero sin ningún tipo de pudor a pesar de encontrarse en un lugar demasiado visible.

—Ya veo que me equivoqué de soprano.

Ariadna se volvió al escuchar la voz timbrada de Jean Paul tras ella y lo miró con repulsión. Óscar hizo ademán de marcharse, pero un gesto de la joven lo retuvo a su lado.

—¿Qué quieres, Jean Paul?

—De momento, poca cosa. He conseguido que nos sienten juntos en la cena.

—Ni lo sueñes. Nunca me sentaría a tu lado.

—Tú harás lo que yo te mande si quieres seguir en la compañía. No lo olvides.

El tenor francés se alejó y regresó de nuevo junto a Aleksei que charlaba animosamente con una mujer de avanzada edad vestida de alto copete y que portaba infinidad de joyas tanto alrededor del cuello como en las manos y muñecas.

—Eso sí que es un partidazo —comentó Óscar al tiempo que señalaba

hacia donde se encontraba su jefe.

—¿A qué te refieres?

—¿No la conoces? Es la condesa de Puigmayor. La viuda más solicitada de España. Para mí que Aleksei está buscando una mecenas para la compañía.

—O a lo mejor es que le gusta o tan solo están charlando como dos amigos.

El barítono se encogió de hombro antes de volver a mirar a la soprano. Señaló con la cabeza hacia Jean Paul.

—¿Qué vas a hacer con este tío?

—¿Qué quieres que haga? O me acuesto con él o pierdo mi trabajo y quizá se vaya al traste mi carrera.

—Es que tiene un trago pensar en acostarse con alguien así. ¿Te lo imaginas en pelotas?

Ariadna puso cara de asco antes de llevarse la copa de champán a los labios. En ese preciso instante regresó a su lado la mezzo soprano con una sonrisa de satisfacción que no dejaba lugar a ninguna duda sobre el resultado de su acercamiento al camarero de la sonrisa perfecta.

—Sale a las cuatro de la mañana. No me esperes despierta.

Ariadna abrió la boca para replicar, pero una llamada de un hombre vestido de librea les confirmó que la cena estaba servida y que podían entrar al Salón de Contrataciones. Los tres avanzaron hacia el gran portalón rodeados de unas cuantas personas y fueron entrando poco a poco. En cuanto se vio dentro del salón, Ariadna miró hacia arriba y hacia los laterales y se maravilló del precioso recinto donde iba a tener lugar la mayor parte de la velada. Se encontraba decorado con cortinajes de color rojo y dorado que adornaban cada una de las paredes de piedra y una veintena de mesas se encontraban dispersas por el gran salón. En la cabecera de la estancia, otro cuarteto de cuerda acompañado por dos clarinetes y una flauta travesera

amenizaban la entrada de los comensales con el famoso Minueto de Boccherini.

—¡Anda! —exclamó el barítono con una sonrisa irónica en los labios —. El anuncio de la miel de la Granja San Francisco.

—¡Qué bruto eres, Óscar!

Ariadna abrió la boca para hacer un comentario del mismo estilo que el de su amiga, pero, al sentir un brazo rodear su cintura, se apartó a toda prisa y se encontró con la mirada lobuna del tenor francés.

—Por aquí, querida. No quiero que te despistes.

La soprano miró a Óscar como si le pidiera ayuda, pero su amigo no sabía qué podía hacer. Al ver la impotencia en los ojos de la soprano, apretó los puños y se acercó a donde ellos se encontraban junto a la puerta de la entrada.

—No te metas en esto si no quieres quedarte también sin trabajo — amenazó el tenor francés.

Ariadna le hizo un gesto a Óscar para que se tranquilizara, agachó la cabeza y acompañó a Jean Paul a otra mesa donde ya se encontraba sentado Aleksei junto a la condesa de Puigmayor y a otros comensales. La soprano hizo un gesto de saludo con la cabeza y se acomodó en la silla que Jean Paul había separado para ella. En cuanto todos estuvieron sentados, los camareros aparecieron por una de las puertas con bandejas repletas de fuentes que fueron dejando en cada una de las mesas. Ariadna se encontró frente a ella con una buena cantidad de ostras, gambones y demás marisco, pero el estómago se le había cerrado y no le apetecía comer.

—¿No quieres una ostra, querida? Si quieres, te la preparo.

Ariadna negó con la cabeza ante el ofrecimiento de su compañero de cena y se centró en la contemplación de la llama titilante de una de las velas que adornaban un candelabro de cinco brazos con una profusa decoración. Un instante después, una lágrima comenzó a recorrer su mejilla. Jean Paul se giró

hacia ella con una cigala en la mano y, al ver el rastro brillante dejado por la pequeña gota salada, chasqueó la lengua y dejó caer el crustáceo sobre su plato.

—¿Tan malo es cenar conmigo?

Ariadna se volvió hacia él con el rostro contraído por la rabia y la mirada encendida. No podía más y su paciencia acababa de rebosar el borde del vaso y se había derramado encima del mantel de lino de la repujada mesa.

—Me obligas a acostarte contigo.

—Baja la voz, querida —advirtió el francés al tiempo que sonreía a una mujer joven que había escuchado el comentario de la soprano—. A nadie le interesan nuestras cosas.

—Es que no hay «cosas nuestras». No lo voy a hacer.

—¿El qué no vas a hacer?

—No voy a acostarme contigo.

—¿Estás segura?

Ariadna vio la mirada fría del tenor clavada en sus propios ojos y se estremeció. Acababa de tomar una decisión sobre la marcha y sabía que con ella se jugaba su futuro como cantante de ópera. Estaba convencida de que su dignidad como mujer estaba por encima de cualquier cosa y asumiría las consecuencias de esa decisión.

—Muy segura.

—Pues ya sabes lo que hay.

La voz melosa del tenor se vio acompañada de un acercamiento de su cuerpo que terminó por descomponer a Ariadna que, en cuanto sintió la mano del francés en su pierna, se levantó de un salto y salió del salón bajo la atenta mirada de su amiga Ana que, sentada junto a Óscar, observaba de reojo como éste luchaba con una nécora e intentaba buscar el rojizo manjar en su interior.

Jean Paul se levantó a toda prisa y abandonó el salón en pos de Ariadna a la que encontró junto a la base de la escalera de piedra, con una mano apoyada en la basa de una estatua y la otra en el vientre como si intentara reprimir una arcada. El tenor miró al patio y sonrió con cierto cinismo como si su mente acabara de maquinarse el peor de los planes.

—Podemos pasar la noche en tu habitación o en la mía, querida — comentó el tenor con voz melosa—. Mañana podemos decirle a todo el mundo que estamos juntos.

Ariadna, sin comprender nada de lo que escuchaba como en sueños, se incorporó con esfuerzo e intentó enfrentarse al cantante, pero la sangre había abandonado su rostro y se sentía mareada. Lo último que percibió fueron los brazos del francés rodeando su cuerpo y unos labios ásperos y fríos rozando los suyos como si le pertenecieran. Cerró los ojos y se dejó ir.

Catorce

—¿Te vas?

—Sí, creo que ha llegado la hora de regresar.

Luca metió el jersey en la mochila y se la colocó sobre el hombro antes de salir de la habitación de invitados. Albert lo acompañó con el rostro triste.

—Sabes que te puedes quedar todo el tiempo que quieras.

—Ya lo sé, maestro.

Se dio la vuelta y se encontró con el rostro ajado del hombre que había sido para él como un padre y que, una vez más, le había dado algo más que simples consejos. Gracias a él había vuelto a cantar y gracias a él tenía muy claro lo que debía hacer.

—¿Volverás algún día a vernos?

—Por supuesto.

—¿Otros cinco años?

Luca sonrió, se acercó al barítono y lo abrazó con fuerza y cariño a partes iguales.

—Tan solo hasta que logre recuperarla. Además, tenemos planes.

Estrecharon sus manos por última vez y Luca, sin mirar atrás, subió en el todoterreno de Lorena y acomodó la mochila entre sus pies. Ella pisó el acelerador y abandonaron el viejo caserío por el mismo sendero que había recorrido Luca unos días antes, cuando llegara en pos de recuperar al amigo perdido y a sí mismo. La visita había sido un completo éxito y ahora se sentía con más fuerza que nunca.

—Sonríes. Eso es bueno.

Luca se volvió hacia Lorena antes de llevarse la mano a la boca instintivamente. Pudo comprobar que, como bien había indicado ella, sonreía y supo que todo se lo debía a su maestro.

—No sé qué hubiera hecho sin tu padre.

—Lo mismo que él sin ti. Sois un par de cabezotas engreídos.

—¿Y eso a qué viene?

—A que el orgullo es el que os pierde y, por si no lo sabes, el orgullo es el consuelo de los tontos.

Luca sonrió aún más.

—¿Y esa frase?

—Rubén la decía mucho. Cada vez que yo me mostraba orgullosa o cabezota, él se acercaba, me abrazaba por la espalda y me la susurraba al oído.

—¿Y funcionaba? —preguntó Luca sintiendo como suya la tristeza de Lorena.

—Funcionaba. No podía enfadarme con él y permanecer así mucho tiempo. Él sabía hacerme sonreír.

El joven volvió su cabeza y se fijó en el chico de pelo rubio que miraba

por la ventanilla del asiento de atrás con avidez. Encontró en él la fortaleza y determinación del que había sido su mejor amigo y del que no había podido despedirse.

—Tienes a Luca.

—Lo sé. Es el único que me hace reír como su padre.

—Es un gran chico como lo fue Rubén.

Lorena asintió y, unos metros más allá, dio un suave volantazo y el todoterreno abandonó la carretera asfaltada para adentrarse en un camino polvoriento. Luca intentó ver más allá de la siguiente curva, pero no pudo discernir hacia donde se dirigían.

—¿A dónde vamos?

—No querrás irte sin hablar con Rubén.

Luca frunció el ceño y creyó, por un instante, que Lorena había perdido el norte cuando, al llegar a la curva, se encontró de frente con un pequeño y florido cementerio. Ambos se apearon del vehículo, aunque ella se apoyó en el lateral del todoterreno con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Junto al tronco del ciprés.

Luca asintió y comenzó a caminar en dirección al camposanto. Al llegar a la abierta cancela, se volvió y le hizo un gesto con la mano a Lorena para que lo acompañara, pero ella negó con la cabeza y se mantuvo en el mismo lugar. Él suspiró y cruzó la puerta del cementerio con el alma encogida, no tanto por la visión de las lápidas sino por la sensación de volver a encontrarse con su amigo. No se sentía especialmente religioso, aunque allí, junto al riachuelo que refrescaba el páramo y acariciaba los oídos con el leve rumor de sus aguas, se notó en consonancia con el lugar y con su propio yo interior. Sonrió de medio lado y pensó en Fito y en lo que diría si supiera del momento místico vivido. Caminó con lentitud hacia los pies del único ciprés que adornaba el cementerio donde se dio de bruces con el lugar de descanso eterno de su amigo. Allí, para su sorpresa, se santiguó y rezó un padre nuestro

a la antigua usanza.

—Hola, Rubén. Soy yo, Luca...

Aguantó la respiración y se vio tentado de marcharse, pero supo que ese era el momento perfecto para pedirle perdón a su amigo y para sentirse perdonado. Tragó saliva y comenzó a hablar.

—Ya sé que no estuve a tu lado cuando más lo necesitabas y lo siento en el alma. Siempre has sido mi mejor amigo y yo te he fallado... pero ahora estoy aquí, contigo. Tienes un hijo precioso y Lorena es la misma mujer fuerte y decidida de la que te enamoraste. ¿Te acuerdas? Los dos enamorados de la misma mujer, pero ella fue lista y te eligió. Ahora he conocido a una mujer que es perfecta, aunque, como siempre hago, la he fastidiado y puede ser que la haya perdido para siempre. —Una ligera brisa acarició el rostro de Luca y sintió que su amigo lo escuchaba allá donde estuviera—. Vuelvo a Madrid para recuperarla. Te prometo que haré todo lo posible para volver aquí con ella y si no... volveré yo solo.

Luca posó su mano sobre la tumba de su amigo y dejó caer un par de lágrimas sobre el frío mármol. Le lanzó un beso antes de incorporarse de nuevo.

—Te echo de menos, hermano.

Giró sobre sus talones y, con un nudo en la garganta, abandonó el camposanto en dirección hacia el todoterreno. Sin decir nada se subió al vehículo y se dejó caer en el asiento del acompañante con el rostro triste y los ojos llorosos. Lorena lo vio compungido y se enterneció, pero solo giró la llave en el contacto y arrancó. Una hora más tarde entraban en la estación de autobuses de Oviedo. Luca le dio un beso en la frente a su tocayo que se había quedado dormido en el asiento de atrás del vehículo y lo contempló con infinito amor. El retoño de su mejor amigo dormía junto a él y parecía feliz y despreocupado como tienen que ser los niños. Lorena se acercó a ellos, abrazó a Luca por detrás y apoyó su cabeza en la espalda de él. Suspiró antes de separarse. Luca se giró y la abrazó como si de su propia mujer se tratara. Sonrió al pensar en lo enamorado que había estado de Lorena y ella pareció vislumbrar su pensamiento. Se puso de puntillas, le dio un ligero beso en los

labios y corrió al interior de su todoterreno. Unos segundos después, el vehículo era una imagen en el cerebro de Luca, solo y confundido, quieto como una estatua junto a una de las dársenas. Extrajo el billete de uno de los bolsillos de la mochila y se lo entregó a un revisor que parecía revisar un listado junto a uno de los autocares. El hombre señaló hacia otro vehículo y Luca, a pesar de la media hora que quedaba para el viaje, subió al autocar de línea y se sentó en el asiento que le correspondía. Allí cerró los ojos y, agotado por la noche en vela junto a su maestro, descendió hasta un profundo sueño que lo acompañó hasta Madrid donde volvió a abrir los ojos con mucho esfuerzo cuando tan solo quedaban unos cientos de metros para llegar a la estación de autobuses. Una mujer mayor de pelo blanco y toquilla sobre los hombros lo miraba con preocupación.

—Creía que estaba muerto, joven.

—¿Y eso por qué? —preguntó Luca con esfuerzo y carraspera.

—No se ha movido desde que salimos.

—Bueno, hemos hecho el viaje del tirón y estaba cansado.

—¿Del tirón? Paramos en Mieres, Pola de Lena, Villalpando, Tordesillas y hemos comido en Medina del Campo.

Luca escuchó el rugido de sus tripas y supo que la mujer decía la verdad. Miró su reloj de pulsera y marcaba las cinco de la tarde. Abrió los ojos de par en par y sonrió al descubrir que había dormido siete horas seguidas sin importarle el trasiego de las personas que lo acompañaban en el viaje o el traqueteo del autocar en la carretera. Se despidió de su acompañante justo antes de entrar en la estación sur de autobuses y descendió del vehículo a toda prisa. Sin esperar a saciar su apetito, recorrió los pasillos que lo llevaban hacia el metro casi a la carrera. Media hora más tarde bajaba en la estación de Ópera en pos de encontrarse con la mujer que se había convertido en la dueña de sus sueños. Subió las escaleras de dos en dos y corrió hacia el Teatro Real, pero halló la puerta cerrada. Dobló la esquina, aunque la entrada a los camerinos también permanecía cerrada a cal y canto. Recordó que había dejado a la supuesta Adriana unos días antes en un hotel cercano y se lanzó a la carrera hacia allí. Llegó al hotel extenuado y con la respiración

entrecortada. Tuvo que detenerse a tomar aire antes de acercarse al mostrador para preguntar por la soprano. Un joven vestido de librea lo esperaba con una sonrisa artificial en los labios.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué desea?

—Estoy buscando a Ariadna Castro. ¿Me puede decir en qué habitación está?

Luca aguantó la respiración y espero con paciencia. El joven recepcionista parecía meditar su respuesta. Le hizo un gesto con el dedo para que se acercara.

—No puedo decirle en qué habitación está.

Luca frunció el ceño y, sin pensar, sacó su cartera de la mochila y puso sobre el mostrador un billete de veinte euros que el chico guardó con rapidez y decisión. Volvió a hacer el mismo gesto con la mano y Luca se aproximó de nuevo a él.

—Sigo sin poder decirle en qué habitación está.

Luca chasqueó la lengua y volvió a sacar la cartera de la mochila. Miró en su interior y extrajo el único billete que le quedaba. Dejó sobre el mostrador los cincuenta euros y al joven recepcionista le brillaron los ojos justo antes de hacer desaparecer el billete con un movimiento de manos más propio de un prestidigitador que del puesto que ocupaba en el hotel.

—No puedo decirle en que habitación está la señorita Castro.

—No tengo más dinero —explicó Luca enfadado.

—No, lo que pasa es que ya no está en el hotel. Por eso no puedo decírselo.

—¿Qué quiere decir?

—Que la compañía del señor Ivanov nos ha dejado esta mañana.

Luca se dio la vuelta irritado por los setenta euros perdidos y cariacontecido por la noticia recibida. Ariadna había abandonado Madrid y con ella la posibilidad de reconquistarla. Regresó a la Plaza de Oriente con la cabeza gacha y el corazón herido. A lo lejos vio a su hermano y a su cuñada sentados en el café donde solían comer muy a menudo. Se acercó con lentitud y no fue hasta que se sentó junto a ellos que lo vieron. Sofía dio un grito de alegría, pero Mateo no tardó ni un segundo en propinarle un fuerte puñetazo en el hombro.

—¿Qué haces? Me has hecho daño.

—Te lo tienes bien merecido por gilipollas —replicó su hermano enfadado de veras—. Como vuelvas a desaparecer de esta manera te prometo que ocuparás una silla de ruedas como la mía.

—Ya están los gallitos.

Sofía se acercó a su cuñado y lo abrazó con fuerza. Mateo, como solía hacer cada vez que se saludaban, los apartó con decisión y soltó la frase que solía decir en esos casos.

—Venga, ya está bien. Que corra el aire.

Luca se echó a reír al sentirse como en casa y al descubrir que, pasara lo que pasase, en nada cambiaría la relación con su hermano y con su cuñada. Se sentó en una de las sillas y pidió una coca cola bien fría y un sándwich mixto.

—¿Nos vas a contar donde has estado todo este tiempo? —preguntó Mateo aún muy serio y enfadado con su hermano.

—En Asturias con Albert.

—¿Albert? ¿Qué Albert?

—Albert Sempere.

Mateo apoyó las manos en los reposabrazos y se aupó en la silla como si intentará levantarse. Miraba a su hermano con los ojos muy abiertos y, para sorpresa de su mujer que lo veía excitado, sonrió al fin.

—¿Vas a volver a cantar? —preguntó pasados unos segundos.

—Lo estamos pensando. Puede ser.

Sofía carraspeó con fuerza.

—Perdonad. ¿Quién es Albert Sempere?

—Uno de los mejores barítonos españoles de todos los tiempos y el maestro de Luca.

—Ah, vale. —Sofía, en ese momento, asumió lo que ello significaba para su cuñado y repitió el gesto de asombro de su marido—. ¿Vas a volver a cantar?

Luca sonrió al observar cómo su hermano y su cuñada se ilusionaban al vislumbrar ante ellos esa posibilidad, pero, antes de pensar en su futuro profesional, tenía un asunto que solucionar.

—He venido a por Ariadna. ¿Sabéis algo de ella?

Tanto Sofía como Mateo volvieron sus cabezas el uno hacia la otra con complicidad y cierta incomodidad que no pasó inadvertida para el tenor.

—¿Qué pasa? ¿Qué me ocultáis?

—Yo... verás...

—Suéltalo ya, hermanito.

—Ariadna se despidió de nosotros. Han acabado temporada en Madrid y se ha marchado a Barcelona.

Luca guardó silencio e intentó asimilar la noticia bomba que le acababa de lanzar su hermano y que alejaba a la soprano de él. Se vio con las alas cortadas al pensar en Ariadna huyendo de él y vislumbró el orgullo que siempre lo precedía aparecer frente a sus ojos. Recordó la frase de Lorena respecto a que el orgullo era el consuelo de los tontos y sonrió.

—¿De qué te ríes? —preguntó Sofía al ver el gesto de su cuñado.

—De mí mismo. Por primera vez en cinco años me doy cuenta de lo tonto que he sido todo este tiempo.

—Pues, sí —apostilló Mateo—. Has sido tonto, egoísta, maleducado, gruñón y...

—Vale, ya lo he pillado.

—... gilipollas integral.

Luca frunció el ceño y miró a su hermano con los labios torcidos hacia abajo para mostrar aún más enfado, pero ese semblante le duró lo mismo que dura un caramelo en la puerta de un colegio. Sonrió pocos segundos después y se alegró sobremanera ante la llegada de su buen amigo Fito que lo abrazó como si llevar un lustro sin verlo.

—¿Qué haces por aquí? ¿Has venido a por tu piba?

Luca pensó en negarlo y en recriminar al rockero por su pregunta, pero se sentía un hombre nuevo que sabía distinguir entre los comentarios soeces fuera de lugar y la preocupación de sus verdaderos amigos. Sonrió antes de contestar porque se sentía bien consigo mismo y con los que lo rodeaban.

—Sí. He venido a por mi piba, aunque todavía no lo sea.

—Pues ya puedes correr porque se ha pirado a Barcelona.

—Ya me lo han dicho Mateo y Sofía. Lo difícil va a ser encontrarla.

—No lo creas. Tan solo tienes que buscar el colegio ese en internet y plantarte en la puerta hasta que la veas aparecer.

Luca elevó una ceja, se encogió de hombros y miró a su hermano antes de volver su vista de nuevo hacia el rockero.

—¿Qué colegio?

—Ni puta. Me dijo que se iba a cantar a un colegio. Ahora me acuerdo de que era uno de esos franceses para pijos, pero no recuerdo el nombre.

Mateo miró a su hermano, Luca hizo lo propio con Sofía y ella, quizá la más despierta de los tres, abrió la aplicación de internet en su móvil y buscó los colegios franceses existentes en Barcelona. La primera opción que vio en el móvil la hizo sonreír.

—Fito, ¿no sería el Liceo?

El joven rockero se dio un golpe en la frente y levantó los brazos.

—¡Eso es! —exclamó—. Me dijo que se iba a Barcelona al Liceo.

Luca miró a su cuñada y le dio las gracias por su operatividad y, sobre todo, por su inteligencia. Sin pensar demasiado en lo que hacía, sacó el móvil de su bolsillo, marcó un número y esperó unos segundos. En cuanto escuchó la dulce voz al otro lado de la línea, sonrió.

—Hola, hermanita. Necesito un favor.

Lucía necesitó poco más de media hora para conseguir dos billetes de Ave, una habitación de hotel para los dos y una sorpresa que le desveló en la misma estación cuando tan solo les quedaban cinco minutos para tomar el tren.

—La asociación del Liceo ha organizado una cena en la Casa de Llotja para unas doscientas personas —comentó Lucía muy ilusionada—. Tengo invitaciones para los dos.

—¿Y qué pinto yo allí?

—La compañía de Aleksei Ivanov está en la lista de invitados.

Luca, al escuchar la gran noticia, abrazó a su hermana y la alzó en alto

como hacía cuando eran pequeños. Unas cuantas personas que caminaban junto a ellos por el andén, se separaron como si estuvieran locos, como si no fueran dos hermanos que comparten alegría sino un par de dementes sin raciocinio alguno. A ellos les dio igual y, felices de poder viajar de nuevo juntos, subieron al tren y se sentaron en sus asientos. Lucía no tardó en dormirse, pero Luca, emocionado por la posibilidad de reencontrarse con Ariadna y tras la cabezada de siete horas en el autocar que lo condujo de Asturias a Madrid, se vio despierto como una lechuza, sin saber qué hacer y sin tan siquiera un libro con el que entretenerse. Por suerte para él, una azafata le entregó unos cascos y pudo ver una película de acción que lo entretuvo casi todo el viaje de dos horas y media. A las nueve de la noche llegaban a la estación de Sants en Barcelona donde pidieron un taxi que los llevó al hotel situado muy cerca de la sagrada Familia. Se registraron y subieron a la habitación donde Luca se dio cuenta de su grave error. Solo llevaba al hombro una mochila con un par de camisetas y alguna muda mientras su hermana llevaba una maleta de buen tamaño con infinidad de prendas femeninas que él no podría llevar en una cena de gala.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó al darse cuenta de su error.

—Pues lo que has hecho siempre. Confiar en tu hermana y que ella se encargue de sacarte del apuro.

Lucía colocó la maleta encima de la cama con la ayuda de su hermano y la abrió al tiempo que miraba a Luca de reojo para ver su expresión. En cuanto ella extrajo un traje negro de hombre y una camisa blanca pulcramente doblada, él sonrió de oreja a oreja antes de abrazar a su hermana.

—No sé qué haría yo sin ti.

—Pues lo mismo, pero bastante peor.

Mientras Luca se vestía con el traje que su hermana había rescatado del armario de su habitación en la casa de sus padres, ella entraba en el baño para cambiarse y ponerse un traje de noche de color celeste con la espalda abierta y cuello cerrado. Lo acompañó con unos zapatos de tacón medio que dejaban los dedos al aire. Cubrió su espalda desnuda con una pasmina de un color similar al del vestido, pero algo más oscuro. Sin maquillaje y sin peinar de

forma especial acorde a su condición de mujer bohemia y elegante a la par. En cuanto salió del baño, se mostró delante de su hermano esperando su conformidad.

—Estás preciosa, hermanita. Seguro que hoy te llevas a todos los hombres de calle.

—O a las mujeres.

Luca frunció el ceño sin saber qué pensar.

—¿A qué te refieres?

—¿A ti no te lo han dicho papá y mamá?

—¿Decirme qué?

—Ellos creen que soy lesbiana.

—No es que me importe demasiado, pero, ¿lo eres?

Lucía se acercó a su hermano con movimientos sensuales y le dio un beso tierno en la mejilla que él recibió con agrado.

—Tú lo has dicho. No es algo que importe demasiado.

Luca se encogió de hombros y ambos hermanos salieron de la habitación y descendieron a la vía pública donde pararon el primer taxi que vieron.

—A la Casa de Llotja, por favor.

En el vehículo apenas hablaron. Lucía con el móvil en la mano y Luca contemplando los magníficos edificios que adornaban el Barrio Gótico de la capital catalana y que le conferían un aspecto casi mágico a esas horas vespertinas en las que la noche comenzaba a pedir paso para regarlo todo con la tenue luz de la luna. Llegaron a su destino veinte minutos después y Luca, al observar su reloj, se percató de algo que ya temía.

—Llegamos tarde.

—No pasa nada. Es elegante llegar tarde.

—Pero no una hora.

—No te preocupes, Luca. Lo importante es que estamos aquí y que Ariadna está dentro. Es mucho más de lo que tenías después de comer.

El tenor se detuvo en mitad de la acera justo delante de la entrada al edificio de la recepción y miró a su hermana con cariño y admiración. Llevaban mucho tiempo sin hacer nada juntos y, en cuanto él había demandado su ayuda, ella había hecho todo lo posible para reunirlos con Ariadna. Era algo que nunca podría agradecerle lo suficiente y lo sabía. Le tendió el brazo con elegancia.

—¿Entramos?

—Por supuesto. Esto no me lo pierdo.

Ambos se acercaron a la ventanilla de recepción donde una mujer muy amable los atendió y les entregó las acreditaciones que se colocaron alrededor del cuello como una hora antes habían hecho el resto de invitados. Atravesaron la puerta de cristal que se abrió a su paso y un camarero diligente, con una bandeja en la mano, se acercó a ellos.

—La cena ha empezado hace unos minutos. Si desean tomar algo antes de entrar...

Luca pensó unos instantes antes de coger dos copas de champán y entregarle una a su hermana que, casi al instante, se la llevó a los labios, pero sin beber.

—¿Brindamos? —preguntó con solemnidad al tiempo que bajaba su copa y se la acercaba a su hermano.

—Por supuesto. Por ti y por tu ayuda.

—Por ti y porque logres tu sueño.

Chocaron sus copas con delicadeza antes de saborear el líquido

ambarino que refrescó sus gaznates y templó los nervios de Luca que intentaba disimular con poco éxito. Un instante después, un ruido llamó su atención y ambos volvieron la cabeza hacia la escalera de piedra que parecía invitarlos a visitar la planta superior. Por el hueco existente entre la zanca de la escalera y el muro que la sustentaba apareció Ariadna, vestida con tal elegancia que Luca perdió el habla y su respiración se entrecortó. La joven se apoyó en la basa de una estatua y bajó la cabeza por lo que no vio a las dos personas que la observaban, una con evidente curiosidad y el otro con los nervios a flor de piel y el corazón latiendo a mil por hora.

Escucharon unos pasos que se aproximaban por el mismo lugar por el que había aparecido unos segundos antes la soprano y ante ellos se mostró el tenor francés, con el rostro congestionado y la respiración fatigada. En dos zancadas se plantó delante de Ariadna como si la persiguiera, pero, al sentir unos ojos clavados en él, levantó la vista y se fijó en Luca al que miró con desprecio y cinismo a partes iguales. Volvió a posar sus ávidos ojos en la soprano antes de pronunciar dos frases que rompieron el corazón de Luca.

—Podemos pasar la noche en tu habitación o en la mía, querida. Mañana podemos decirle a todo el mundo que estamos juntos.

En cuanto Luca vio cómo el tenor francés abrazaba a Ariadna y la besaba en los labios, dio media vuelta y salió de la Casa de Llotja seguido muy de cerca por su hermana que no intentó detenerlo. Sin añadir nada más, esperaron la llegada del primer taxi que pudieron ver en la vía y lo tomaron para escapar de allí y para rumiarse el desengaño amoroso que había tenido lugar entre aquellas paredes de piedra que habían sido testigos mudos de lo ocurrido entre el tenor francés y la soprano.

Una joven subió en un taxi unos segundos después...

Quince

—¿Qué... qué ha pasado?

Ariadna abrió los ojos e intentó mantener la vista en un punto fijo. La luz que entraba por la ventana, abierta de par en par y con la persiana levantada en su totalidad, hacía que le costara mucho enfocar la mirada. Le dolía la cabeza una barbaridad y no recordaba mucho de la noche anterior. Asustada, miró a uno y otro lado y vio que se encontraba en su habitación. Junto a ella, sentado en una butaca y con los ojos cerrados, parecía dormitar Óscar.

Ariadna recordó de repente algunos de los acontecimientos ocurridos la noche anterior y a la mente le llegó, como un foganazo, la imagen de Jean Paul abalanzándose sobre ella. Abrió la boca horrorizada y mucho más al descubrir que se encontraba en su propia cama, cubierta con una sábana y una colcha, pero con tan solo el tanga y nada más.

—Eso fue lo más duro de la noche —comentó Óscar con voz rasposa y los ojos entornados—. Desnudarte y meterte en la cama.

Ariadna abrió los ojos de par en par y balbuceó.

—Pe...pero... tú... ¿tú me desnudaste?

Óscar abrió los ojos al fin, se incorporó en la butaca y apoyó los codos en las rodillas. Aún vestía de gala y parecía haber pasado la noche en aquel mismo lugar.

—Por desgracia para mí, Ana insistió en acostarte ella. Le pedí que me dejara mirar, pero me echó de la habitación. Una pena.

Ariadna respiró aliviada al comprender que el barítono se había comportado como un auténtico caballero y que solo estaba bromeando. Miró a la cama de Ana y vio que ni tan siquiera estaba deshecha.

—¿Dónde está Ana?

—Pues, si no me equivoco, seguro que está...

En ese preciso instante se abrió la puerta de la habitación y antes ellos apareció la mezzo soprano, con el vestido de noche desgarrado por el hombro, completamente despeinada y con el maquillaje corrido. Óscar se puso en pie de un salto y Ariadna hizo ademán de hacer lo mismo, pero, al ver que estaba casi desnuda, apretó la sabana contra sus pechos y esperó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el barítono escandalizado y preocupado—. ¿Te ha sucedido algo? Tienes una pinta horrible.

—Me ha sucedido que me he enamorado de un crío de diecinueve años.

Óscar y Ariadna respiraron aliviados antes de comenzar el interrogatorio.

—¿Y esas pintas que traes?

—Es lo que tiene estar con un casi adolescente. Ni tan siquiera se le ocurrió bajarme la cremallera del vestido. Tenía tantas prisas que me lo arrancó de un tirón.

—¿Y el pelo y el maquillaje corrido? —preguntó Ariadna con una ceja elevada.

—¿De verdad que quieres que te explique por qué tengo esta pinta? ¿No

te lo puedes imaginar?

Ariadna y Óscar asintieron con conformidad y, al ver como Ana daba un respingo al intentar sentarse en una de las sillas de la habitación, ambos se miraron y sonrieron con complicidad.

—Este crío me ha dejado para el arrastre. Tengo el chirri como un...

—Da igual. No seas bruta.

Ariadna aprovechó la marcha de Óscar al baño para ponerse en pie y vestirse con la primera camiseta que encontró y el mismo chándal gris que llevaba la noche anterior cuando había decidido no ir a la cena de la asociación. Todo eso le trajo recuerdos y se vio a sí misma levantándose de la mesa donde estaba sentada junto a Jean Paul y huyendo de éste. Lo recordó junto a ella a los pies de la escalera de la Casa de Llotja, pero, a partir de ahí, se levantaba una nube en su mente que no era capaz de disipar. Vio cómo Ana la miraba con preocupación y se percató de que su amiga sabía mucho más de lo que ella se imaginaba.

—¿Qué ocurrió anoche?

Ana comenzó a silbar y, en cuanto vio a Óscar salir del baño al tiempo que se subía la cremallera del pantalón, la mezzo levantó las manos y le pasó el testigo al barítono.

—Óscar lo vio todo mejor que yo. Él te lo puede contar.

—¿Qué es lo que viste? —preguntó Ariadna con los brazos en jarra.

El barítono comenzó a tartamudear y se quedó parado en la puerta del baño. Antes de que Ariadna pudiera reaccionar, entró de nuevo en el aseo y cerró la puerta a sus espaldas.

—¡Me ha dado un apretón! ¡Qué te lo cuente Ana!

La joven mezzo soprano volvió a silbar de nuevo, tomó el mando a distancia de la televisión y puso el canal Divinity donde una pareja intentaba decidir con qué casa debían quedarse de las tres que les ofrecían unos

hermanos gemelos muy populares en Canadá. Ariadna comenzó a enfadarse, le arrancó el mando a Ana de las manos, apagó la televisión y golpeó con fuerza la puerta del baño.

—¡Como no salgas ahora mismo, tiro la puerta abajo!

—¡Estoy en el trono! —gritó Óscar desde el interior del baño.

—Me da igual. No seas cobarde y sal ahora mismo.

Silencio absoluto tan solo roto por la respiración entrecortada de Ariadna. La puerta del baño se abrió con lentitud y ante ella apareció el barítono con cara de aprensión. Regresó a la habitación y se colocó junto a Ana como si entre los dos tuvieran que compartir las malas noticias que iban a transmitir a su amiga.

—Verás —comenzó Óscar—, después de sentarte con Jean Paul en la cena, Ana vio cómo salías del salón. Yo estaba... entretenido y no lo vi.

—Tú estabas poniéndote ciego a marisco.

—Bueno, pues eso. Vimos cómo Jean Paul salía detrás de ti y no nos gustó. Me levanté y corrí hacia donde habíais desaparecido. Tú estaba sin conocimiento y ese cerdo te tenía en brazos y te besaba. Lo aparté como pude, te levanté y te traje hasta aquí. Lo peor de todo...

Óscar guardó silencio, metió las manos en los bolsillos y bajó la cabeza apesadumbrado. Ariadna, nerviosa a más no poder, instó a su amiga a continuar al ver que el barítono había perdido fuelle.

—¿Lo peor de todo...?

—Yo salí detrás de Óscar y vi a alguien marcharse corriendo de allí. Yo no... Verás...

—¡No puedo más! —exclamó la soprano con el rostro desencajado—. ¡Queréis contarme qué pasó! ¿¡Quién se marchó corriendo!?

—Era Luca. Vio cómo Jean Paul te abrazaba y te besaba y se marchó

corriendo.

Ariadna ahogó un grito. Bajó la cabeza y sintió una lágrima correr por su mejilla.

—Luca vino a Barcelona buscándome y lo único que vio fue cómo ese... ese cabrón me besaba.

—Puedes buscarlo y contarle lo ocurrido —aconsejó Óscar.

—Nunca me creería con la fama que tengo.

—Tienes que intentarlo. No pierdes nada.

—Ni tan siquiera sé dónde está.

—Pero yo sí.

Ariadna levantó la cabeza con los ojos llorosos y miró a su amiga. Sentía un hálito de esperanza en su pecho y no quería perder la única oportunidad que se le brindaba para estar con el hombre que amaba.

—¿Dónde está?

—Cuando vi que cogía un taxi, hice lo mismo y lo seguí. Bueno, los seguí, porque iba acompañado de una mujer.

—¿Una mujer? —preguntó Ariadna sorprendida.

—Sí. Era alta, con el pelo liso y muy atractiva. La verdad es que me recordaba un poco a Luca.

La soprano sonrió al identificar a la mujer que acompañaba a Luca como a la hermana de este y comprendió cómo habían conseguido las invitaciones para la cena de la asociación del Liceo.

—Tengo que ir a verlo.

—Espera que te apunto el nombre del hotel y la dirección.

Ana se acercó al aparador, tomó una hoja de papel y un bolígrafo y anotó los datos que su amiga necesitaba para acudir en pos de su amado. Ella agarró el papel, besó a Ana y a Óscar con infinita gratitud y salió del hotel con la idea de tomar un taxi que, curiosamente, logró encontrar frente a la puerta de la Casa de Llotja donde todo se había precipitado la noche anterior.

Debido al tráfico de la mañana, tardó casi cuarenta minutos en llegar al hotel donde se hospedaba Luca junto con su hermana. En cuanto pagó al taxista, descendió del vehículo y entró en el hotel a toda velocidad. La recepción estaba vacía y se acercó a la carrera a la cafetería donde se encontró con uno de los botones tomando un café.

—Perdón, ¿alguien podría atenderme en recepción?

—Espere un momento, por favor.

El botones tomó un walkie-talkie de pequeño tamaño que llevaba enganchado al cinturón y apretó uno de los botones. Un par de minutos después, Ariadna pudo, al fin, dirigirse al recepcionista que acababa de regresar a su puesto de trabajo.

—Disculpe, señorita. Estaba haciendo... unas gestiones.

—No importa. Estoy buscando a alguien que se hospeda aquí pero no sé la habitación.

—Al menos, ¿sabrá su nombre?

—Luca.

—Luca, ¿qué más?

Ariadna sintió cómo las lágrimas se asomaban a sus pupilas ante la impotencia que sentía, pero no podía añadir nada más. Se encogió de hombros, giró sobre sus talones y se dispuso a marcharse.

—Si me da alguna pista más... quizá pueda buscar en el registro.

Ariadna sonrió con cierto esfuerzo, regresó frente al mostrador de

recepción e hizo memoria. Solo necesitaba algún dato que pudiera dar a entender que conocía a Luca. Un solo dato. Su rostro se iluminó.

—Se hospeda con su hermana Lucía.

El recepcionista sonrió satisfecho.

—El señor y la señorita Ricciardi abandonaron el hotel hace poco más de una hora. Lo siento mucho.

El hombre no pudo evitar disculparse al sentir el rostro congestionado y cariacontecido de la joven que tenía frente a él. No supo qué podía añadir para consolarla, pero no hizo falta porque Ariadna ya se había marchado. La soprano salió a la calle y comenzó a caminar en dirección hacia el Passeig Sant Joan que tomó con cierta apatía. Recorrió la ancha y arbolada avenida con paso cansino y con el alma herida. Al llegar al Arco del Triunfo, se sentó en uno de los bancos de madera que adornaban el Passeig de Lluís Companys y se entretuvo mirando a los patinadores que pasaban delante de ella sin percatarse de su dolor o a los viandantes que tan solo se preocupaban de mantener una charla afable o de pasear a sus mascotas. Sentía un nudo en la garganta y le costaba respirar. El aire era húmedo y, en cierta manera, pesado, pero no supo si el aire no quería entrar en sus pulmones por ese hecho o porque, sencillamente, un sentimiento más hondo se lo impedía. Se puso en pie con cierto esfuerzo y se fue acercando al mar hasta doblar en Carrer de la Princesa en pos del lugar que tan bien conocía y donde había pasado infinidad de horas muertas, bien tomando un café en una terracita o bien sentada en el suelo con la vista puesta en la preciosa fachada de la Catedral. Recorrió el barrio gótico hasta que la Plaça de Santa María apareció ante sus ojos y, con ella, la Catedral de Santa María de la Mar.

—He vuelto —susurró.

Se dejó caer en el suelo con la espalda apoyada en el muro de piedra de un edificio colindante y allí estuvo durante más de media hora con la vista fija en la fachada del imponente edificio famoso por la novela de Ildefonso Falcones, pero que, ya antes de mostrarse en dicho libro, era un icono en la vida barcelonesa. Suspiró con fuerza unas cuantas veces sin percatarse de ello y dejó que su imaginación volara a una de aquellas preciosas tardes en las que

se escapaba con su hermana al salir del colegio y corrían hacia la pequeña plaza donde se sentaban en los escalones y pedían limosna como dos mendigos más. Ariadna sonrió y mucho más al recordar a su padre, avergonzado, intentando devolver las pocas monedas que habían logrado recaudar en unos cuantos minutos.

Casi media hora después, se puso en pie con cierto esfuerzo, se despidió de su gran amiga de piedra y vidrios tintados con un «hasta luego» y regresó al hotel con un peso sobre los hombros que no lograba abandonar. Entró en la recepción y subió a su habitación donde se encontró con Ana que, nada más verla llegar, la miró con tristeza.

—¿Qué ocurre?

—Acaban de subir una carta que alguien ha dejado en recepción. Es para ti.

Ariadna tomó el sobre cerrado de manos de su amiga y lo miró con detenimiento, El corazón se detuvo en el pecho al ver el membrete con los pináculos de la Basílica de la Sagrada Familia que ya había visto un par de horas antes en el mismo hotel donde Luca y Lucía se había hospedado.

—Es de Luca.

—¿Qué pone? —preguntó Ana con nerviosismo.

—Luego te lo cuento. Necesito estar sola.

Ariadna, sin esperar respuesta de la mezzo soprano, salió de la habitación, abandonó de nuevo el hotel, cruzó la calle y se sentó en uno de los bancos de madera de la Pla del Palau donde, con pulso tembloroso, abrió el sobre y extrajo de él una carta manuscrita. La letra le resultó preciosa y, antes de comenzar a leer, sintió las primeras lágrimas recorrer sus mejillas.

Ariadna, lo siento mucho. No puedo más. Después de un tiempo de reflexión donde he intentado encontrarme a mí mismo, lo que descubrí, para mi sorpresa, es que te necesitaba a mi lado. Fui cruel al echarte de mi vida

de esa manera y vuelvo a pedirte perdón por ello, pero estoy agotado y necesito volver a la vida aburrida e insulsa que tenía.

Verte en los brazos de ese tenor y ver cómo él te besaba y tú le correspondías, me rompió el corazón. ¡Y pensar que yo creía que ya lo tenía roto! Lo que no sabía es que tú me lo habías sanado en tan solo unos días para, poco después, volverlo a romper en mil pedazos. No te reprocho nada. Yo te eché de mi vida y tú eras libre para estar con quien quisieras. Sí es cierto que me ha decepcionado que tú elección fuera ese hombre engreído y desagradable, pero, como se suele decir, el corazón tiene razones que la razón no entiende.

A pesar de ello, solo puedo darte las gracias porque me ayudaste a darme cuenta de que estaba tirando mi vida a la basura. Después de cinco años, he vuelto encontrar mi camino y al fondo de él, muy a lo lejos, vislumbro el sueño que algún día acaricié con la punta de los dedos. Vuelve a estar ahí y ese hecho me da fuerzas para seguir hacia delante, aunque no sea a tu lado.

Ariadna, tan solo puedo desearte toda la felicidad del mundo y que demuestres, allá donde vayas, que tienes un don y que nadie es capaz de arrebatártelo. Ya te lo dije en el Teatro Real aquel día en el que rompiste el espejo y yo me arrodillé a tu lado para recoger los cristales rotos cuando, en verdad, lo que hacía era contemplar tu bello rostro y aspirar el aroma a rosas que emanaba de tu cuerpo. Me quedo con las caricias que me diste, con el amor que, durante un breve espacio de tiempo, sentí que podía entregar y recibir. Me quedo con todos esos recuerdos y, con esta carta, me despido de ti para siempre. Quizá algún día nos volvamos a encontrar entre bambalinas. Luca.

Ariadna lloraba a moco tendido y no encontraba consuelo en su interior. El corazón, como había escrito Luca, también se le había roto en añicos como un jarrón de cristal que hubiera caído al frío suelo de piedra del parque. Levantó la vista nublada y se encontró con la mirada cariñosa de Óscar, un hombre que un par de días antes tan solo significaba para ella lo mismo que cualquier peatón que atravesara la plaza. El barítono se sentó a su lado y, con

mucho cuidado, tomó la carta que descansaba sobre el regazo de la soprano y la leyó antes de devolvérsela.

—Lo siento mucho.

—Gracias, Óscar. Supongo que me lo he merecido.

—No entiendo por qué. Tú no hiciste nada. Jean Paul te besó.

—Si no le hubiera mentado.

Óscar se encogió de hombros sin poder entender el porqué de la última frase de la soprano y ella, al ver el ceño fruncido que mostraba el barítono, procedió a relatarle lo ocurrido desde que se conocieran en los camerinos del Teatro Real de Madrid hasta que él se marchara de la casa de sus padres al descubrir que Ariadna y Adriana eran la misma persona.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Algo tendrás que hacer.

Ariadna resopló y se enjugó una de las últimas lágrimas con un pañuelo de papel que le había tendido el barítono. Ella dobló la carta con mucho cuidado y la guardó en uno de los bolsillos de su pantalón antes de ponerse en pie.

—¿Dónde vas?

—Voy a la Playa de la Barceloneta. Necesito sentarme en la arena y ver el mar.

—¿Te importa si te acompaño?

Ariadna necesitaba paz y tranquilidad y Óscar era la última persona que ella querría a su lado en un momento como aquel, pero tenía que reconocer que o bien había cambiado o la fachada que siempre mostraba era tan alta y poderosa que parecía mentira encontrar algo más detrás de ella. Lo meditó

unos instantes antes de aceptar. Se pusieron en marcha en completo silencio hasta que el barítono soltó la pregunta que pugnaba por salir de sus labios desde que se sentara en el banco de la Pla del Pau.

—¿No vas a ir a por él?

Ariadna se detuvo y miró a Óscar con cierta hosquedad y con los brazos en jarra.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¡Oye! No me mires así. Él te gusta y, es evidente, que tú también le gustas. La cagaste, él la cagó después, luego la volviste a cagar tú... ¡Qué más da!

—¿Cómo que qué más da?

—Pues, sí. Algunos pasamos una vida entera sin encontrar el amor y no nos quejamos. Tan solo vivimos cada día y ya está. Vosotros tenéis la oportunidad de estar juntos y la mandáis a la mierda.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Ariadna sorprendida por el discurso de su amigo, banal en palabras, pero profundo en sentimientos.

—No lo sé. Por lo pronto, dejar de lloriquear por las esquinas y luchar por él.

—No quiere verme. Me lo ha dejado claro y yo tampoco quiero verlo. Casi estoy empezando a enfadarme con él.

—No te entiendo.

Ariadna resopló antes de ponerse en marcha de nuevo hacia la Playa de la Barceloneta. Óscar aceleró el paso y la detuvo con un gesto de su mano. Ella se revolvió, pero él se mantuvo firme.

—¿Qué te pasa? Parecías jodida por la huida de Luca y ahora estás cabreada.

—Pues, sí. Estoy cabreada porque soy tonta. Si Luca no quiere estar conmigo yo no tengo por qué obligarlo. Se ha marchado y ya está. Seguiré con mi vida y me olvidaré de él. No hay que darle más vueltas.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo. Yo lo he perdido y él me ha perdido. Ya está. Ni aunque regresara de rodillas volvería con él.

Óscar resopló sin disimular y se volvió para marcharse al hotel. Ahora que había encontrado en Ariadna una buena amiga, ella no se dejaba ayudar y él necesitaba creer en el amor para, después de tantos años, ver un rayo de esperanza salir por el horizonte; un rayo que únicamente lo rozara y que le diera la fuerza necesaria para buscar ese amor que le resultaba esquivo. Ariadna vio a su amigo marcharse y ni siquiera se estremeció. Dio unos pasos hacia la playa, pero, irremediablemente, se sintió sola y abandonada. Tantos años luchando contra esa malsana soledad y ahora la rodeaba como un cúmulo de niebla y amenazaba con asfixiarla. Se puso en cuclillas e intentó que el aire volviera a llenar sus pulmones. Allí, frente al Museo de Cataluña y con decenas de personas rodeándola sin reparar en su inapreciable presencia, vomitó en una papelera y dejó que gran parte de su dolor se escapara junto a sus fluidos. Se limpió la boca con el pañuelo que le había entregado unos minutos antes el barítono y se puso en pie con cierta dificultad. Recorrió el Passeig de Joan de Borbó con pasos temblorosos hasta que, pasados unos minutos, se dio de bruces con la impresionante masa de agua que, tras una explanada de hormigón adornada con unas pocas palmeras, parecía llamarla con el rumor de sus olas. Ariadna atravesó el terreno arenoso y, sin preocuparse en descalzarse, atravesó la playa y llegó hasta el mar donde la espuma se mezclaba con la arena y dejaba un rastro oscuro en su huida. Allí se descalzó, se subió las perneras de los pantalones y metió los pies en el agua. En cuanto sintió el frío en sus extremidades, el corazón volvió a latir en su pecho como si el mar se hubiera convertido, por arte de magia, en la energía que ella necesitaba para seguir viviendo.

Miró a lo lejos allá donde el mar de color verdoso se juntaba con el azul del cielo y soltó todo el aire que retenía en sus pulmones. Dobló la cintura y rozó la superficie del agua con la punta de los dedos. Se llevó el índice a la boca y lo tocó con la punta de la lengua. Una explosión salada

inundó todo su ser y la trasportó a la playa de La Fosca donde veraneaba todos los años con su familia y donde infinidad de castillos construidos por ella y por su hermana eran tragados por el mar en un ritual que se repetía un día tras otro y que las llenaba de gozo y de alegría. Esos días en los que su única preocupación era jugar con su hermana y descubrir un millón de misterios que, como si se tratara de una novela de Los Cinco, siempre estaban ahí para ellas dos.

Sintió cómo una lágrima rebelde volvía a hacer acto de presencia, pero, antes de que pudiera lograr su objetivo, apretó los dientes con fuerza, tomó un buen puñado de tierra y lo lanzó al mar con todas sus fuerzas. A ese puñado le siguió otro y, después, muchos más cargados de rabia y de frustración. Gritó y se rebeló contra el mundo bajo la estupefacta mirada de las pocas personas que aquella mañana de abril se sentían acariciadas por el sol. Los miró de reojo y deseó contarles su historia con Luca y también deseo explicarles por qué lanzaba aquellos puñados de tierra y por qué necesitaba que toda esa rabia que sentía en su interior se esfumara.

Se lo hubiera explicado de mil amores, pero solo necesitaba que una persona lo supiera...

Dieciséis

Luca miró al cielo antes de entrar en el teatro y confirmó que estaba a punto de llover como ya le indicaba el olor a humedad que impregnaba cada rincón de la ciudad. La plaza, con el trinar de los gorriones y el color de las violetas y los pensamientos, parecía saludarlo como si realmente lo echara de menos, pero él no pudiera disfrutarlo. El corazón lo sentía roto en mil pedazos y el cuerpo se había convertido, con el paso de los días, en una pesada losa que no tenía más remedio que mover como si cada paso que daba se convirtiera en la peor de las torturas. No deseaba volver a la rutina que ya lo había absorbido cinco años atrás, aunque no tenía muchas más opciones. Una parte importante de su ser esperaba una llamada de Albert que no llegaba. Tan solo una esperanza; una ilusión que no le resultara vaga ni difusa.

Pero allí estaba, frente al Teatro Real de Madrid con el mono negro en la mochila y el alma destrozada por el desengaño sufrido en Barcelona unos días antes. Regresar a la que había sido su vida los últimos años había sido la decisión más difícil que había tenido que tomar en mucho tiempo. Ni siquiera la de abandonar a Ariadna había sido tan dura porque se había dejado llevar por sus emociones sin la necesidad de sentarse a meditar. Volvía al lugar donde la breve historia de amor con la soprano había comenzado y tenía miedo; un miedo atroz a los recuerdos y a la pesadumbre que podría llevarse todo a su paso sin contemplaciones. Empujó la puerta lateral del teatro, tomó aire con fuerza y entró con una decisión mal fingida no dirigida a nadie en particular; quizá solo a sí mismo. Una vez dentro, se encaminó al almacén

donde se había cambiado desde que comenzara a trabajar en el teatro, dejó la camiseta y los pantalones en una bolsa y, tras vestirse con otra camiseta algo más vieja, se colocó el mono de color negro que lo distinguía como personal de mantenimiento de aquel vetusto edificio. Salió del almacén con energía, pero, en cuanto se encontró en el pasillo que conducía a los camerinos, un aluvión de recuerdos cayó sobre él. El pasillo donde había abofeteado al tenor francés que, al final, había salido vencedor de la disputa, el camerino donde Ariadna había roto el espejo en un arrebato que ahora no encontraba cabida en el entendimiento de Luca y, por encima de cualquier otro lugar, donde Ariadna lo había besado por primera vez cuando él tan solo la veía como una magnífica soprano que lo había atrapado con su voz y su apostura. Suspiró con tristeza y huyó de allí como alma que lleva el diablo, pero sin saber a dónde dirigirse para escapar de sus propios fantasmas. Tras de sí dejó las bambalinas y se encontró en el escenario que la propia Ariadna había pisado con fuerza unos cuantos días antes.

—Hola, chico.

Luca se dio la vuelta al escuchar la voz de Eusebio y lo miró con infinito cariño. Bajó las escaleras que unían el escenario con la platea, recorrió la corta distancia que lo separaba de su jefe y lo abrazó sin pensar en nada más. El encargado se mantuvo de pie con los brazos en los costados hasta que, al sentir el corazón de su joven pupilo latir junto al suyo, se dejó llevar y lo abrazó a su vez.

—Eusebio, te he echado de menos.

Ambos hombres se separaron y se miraron unos instantes como si intentaran, con ese gesto, dirimir cuál era la posición de cada uno. Luca no tardó en bajar la vista.

—No he sabido nada de ti en todo este tiempo —le reprochó Eusebio con voz dura y áspera.

—Yo... lo siento. No puedo decirte otra cosa. Tenía que buscarme.

—¿Buscarte? ¿Qué gilipollez es esa?

—No sé, Use. Aquí estaba perdido y necesitaba algo de paz y tranquilidad.

Eusebio rumió cada una de las palabras de Luca y, unos segundos después, se dejó caer en una de las butacas y lo apremió con la mano.

—Cuéntame que has hecho para... buscarte.

—Me fui a Asturias.

—¡Ah! Bonita tierra. Supongo que te hartarías de comer queso de Cabrales y de beber sidra.

—Estuve con Albert.

El anciano se quedó callado y la sonrisa desapareció de su rostro al escuchar el nombre del barítono salir de los labios de Luca. Sin añadir nada más, se puso en pie, dio media vuelta y comenzó a recorrer uno de los pasillos de la platea en dirección contraria al lugar que ocupaba el tenor.

—¡Use! No te vayas, por favor. —El encargado se dio la vuelta con lentitud—. ¿Qué te ocurre?

—¿Y todavía me lo preguntas? Ese hombre es un borracho y un embustero. No puedes fiarte de él. Ya sabes cómo acabó.

—¿Y cómo acabé yo? Te recuerdo que lo tenía todo y por mentirosos como Albert acabé en el arroyo. Él, a pesar de todo, estuvo a mi lado cuando pasó lo que pasó.

—No me gusta ese hombre.

—Me ha prometido buscarme algo relacionado con... lo mío.

—¿Y tú le crees?

—No tengo nada que perder.

—Entonces, está todo dicho.

Eusebio le hizo un gesto de despedida con la mano antes de abandonar la platea. Un instante después, volvía a asomar la cabeza.

—Ponte a currar. Ya sabes lo que hay que hacer.

Volvió a desaparecer y Luca se quedó allí plantado como una estatua de sal que hubiera mirado a su espalda y el castigo esperado se hubiera adueñado de él. No quería trabajar en el teatro, pero no le quedaba otra. Cambiar bombillas, ajustar tornillos, arreglar enchufes y poco más. Ni tan siquiera podía colaborar en el montaje de la escenografía de la ópera *Bomarzo* porque el trabajo lo llevaba a cabo una empresa externa. Se dio la vuelta desde la platea y se quedó contemplando la figura esperpéntica de uno de los monstruos del jardín de Bomarzo que mostraba su boca abierta y los ojos desencajados. Suspiró con tristeza y movió la cabeza al imaginarse a sí mismo sobre el escenario dando vida a Pier Francesco Orsini, el protagonista de la ópera que ya había representado años atrás en una gira por Sudamérica.

Pasó el resto de la mañana revisando las instalaciones del teatro, cambiando cada una de las bombillas que encontraba fundidas en los palcos y reparando algún que otro enchufe marcado con una cruz con cinta aislante. La hora de la comida llegó para él en un suspiro y se sorprendió de haberse dejado llevar por la rutina que, de nuevo, lo había absorbido hasta el punto de olvidarse hasta de almorzar a media mañana. A las dos menos cinco regresó al almacén, cambió el mono de trabajo y la camiseta vieja por su ropa habitual y abandonó el teatro con la idea de reunirse con su hermano en el Café de Oriente. Tardó un par de minutos en llegar y se lo encontró sentado en su silla en el mismo lugar que siempre ocupaba, pero sin ningún tipo de compañía.

—¿Y Sofia?

—En un ensayo.

Ambos hermanos se besaron como siempre hacían cuando se encontraban a solas y Luca se sentó junto a Mateo antes de resoplar. El pianista se volvió hacia su hermano y frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—Porque acabas de resoplar como un miura antes de salir a la plaza.

—Qué exagerado eres.

—Lo que tú digas.

Guardaron silencio durante algunos minutos hasta que el camarero salió por la puerta del café y se acercó a ellos.

—Buenas tardes. ¿Les traigo algo?

—A mí una hamburguesa completa con huevo, patatas fritas, una porción de tarta selva negra y una coca cola light.

El camarero asintió antes de girar su cabeza hacia Luca que observaba a su hermano con los ojos muy abiertos.

—¿Y usted?

—Yo quería un sándwich mixto y un Aquarius de naranja.

—¿Algo de postre?

—Nada. Gracias.

El joven se marchó con la bandeja en una mano y una libreta en la otra donde no había escrito nada y dejó a los dos hermanos solos en la terraza en la que parecía que había caído una bomba.

—¿Hamburguesa, patatas y tarta?

—Pues, sí. No tengo mucha hambre.

—Por lo menos, has pedido una coca light.

—Si quieres, hablamos de la mierda de sándwich que has pedido o de la bebida isotónica para comer. No me toques los huevos, hermano.

Luca miró a Mateo de reojo y confirmó lo que ya sospechaba. Estaba enojado por algo y él no tenía ni idea de lo que le ocurría. Con Sofía delante, ya hubiera preguntado, pero, sin ella presente, su hermano podía resultar explosivo. Aun así, se lanzó.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Y yo voy y me lo creo. Tienes cara de culo.

—Tú sí que tienes cara de culo.

—Venga, en serio. ¿Qué te pasa?

—Me pasa que eres gilipollas.

—¿Y eso a qué viene?

Mateo, que hasta ese momento miraba hacia el Palacio Real, giró la cabeza hacia su hermano, se recolocó en la silla y lo atravesó con la mirada.

—¿De verdad que quieres saber lo que me pasa?

—Pues claro. Somos hermanos.

—Vale, pues por el hecho de que somos hermanos, voy a ser muy sincero. —Luca repitió el gesto de su hermano y se sentó en la silla en mejor posición para intentar soportar lo que parecía un buen rapapolvos—. Lo que te he dicho antes no era broma. Eres gilipollas y lo peor de todo es que no lo sabes.

—¿Y eso a qué viene?

—Viene a que conoces a una mujer maravillosa y la dejas escapar. Viene a que desapareces sin decir nada a nadie y nosotros tenemos que esperar que regreses cuando te dé la gana sin saber nada de ti. Y viene, sobre todo, a que regresas a esa mierda de trabajo que odias como si fueras incapaz de hacer nada más.

Mateo guardó silencio e intentó tranquilizar su respiración que se había agitado con el subidón de adrenalina unido a la bronca que acababa de echarle a su hermano. Luca apretó los dientes, pero decidió hablar con toda la calma que era capaz de encontrar en su interior.

—Uno. Yo no dejé escapar a Ariadna. Ella prefirió al francés. Dos. Desaparecí porque necesitaba estar solo sin que nadie me bombardeara la cabeza con chorradas. —Luca levantó los brazos para dar a entender que se refería a esa misma conversación. Mateo lo ignoró—. Y tres. Esta mierda de trabajo es lo único que puedo hacer porque nadie quiere contratar a un tenor retirado que se ha especializado en cambiar bombillas. No lo tengo tan sencillo como tú.

—¿Sencillo? Por si no te has dado cuenta, estoy en una silla de ruedas.

—Lo sé, pero puedes trabajar como pianista.

—Tú no tienes ni puta idea de lo que supone tocar el piano con un artilugio metido en la boca ni lo que supone que alguien te tenga que sentar en una banqueta especial delante de todo el público. Eres un privilegiado, pero no quieres admitirlo.

—¿Privilegiado? ¡No tengo nada y tú tienes una mujer preciosa que te adora!

Luca se puso en pie y Mateo apretó los puños y los dientes a la vez. Un instante después, su gesto se suavizó.

—Pues tienes razón. Comparado contigo, mi vida es la caña.

Luca resopló y se dejó caer de nuevo en la silla de la cafetería. Guardaron silencio hasta que llegaron los platos con la comida. El camarero dejó delante de Luca un pequeño plato con un sándwich mixto y delante del pianista una bandeja de porcelana con una gran hamburguesa y un buen montón de patatas fritas. Por si todo ello fuera poco, la porción de tarta era mucho más grande de lo que Luca se había imaginado.

—Eso engorda que no veas —comentó Luca al tiempo que daba un

bocado a su sándwich.

—Pues mañana salgo a correr. —Mateo cogió la hamburguesa y se peleó con ella para darle el primer bocado—. No te jode.

Luca sonrió y, aunque se veía incapaz de reconocerlo, disfrutó al ver a su hermano feliz. En cierta manera, le daba envidia esa felicidad y se preguntaba por qué no podía él tener la misma suerte que Mateo.

—¡Eh, panda! ¿Qué hacéis?

Fito llegó a la cafetería cuando Luca acababa de terminar su sándwich y Mateo continuaba su pelea con la hamburguesa de la que chorreaba kétchup y mostaza a partes iguales.

—*Afi. Fomiendo un foco.*

—*¿Ein?*

—Creo que mi hermano, el zampabollos, quiere decirte que estamos comiendo.

—Ah, vale. Eso está bien.

Fito se llevó los dedos a la boca y silbó con todas sus fuerzas al camarero. Éste dio un bote junto a la puerta de la cafetería y corrió hacia donde el rockero se encontraba con el brazo en alto.

—A ver, *garsón*. Una pizza individual con doble de queso, chorizo y anchoas.

—No tenemos pizzas.

—Bueno, pues un bocadillo de calamares con mahonesa.

—No tenemos calamares.

—Entonces, paella con un buen trozo de limón para estrujarle.

—La paella la damos los jueves. Hoy hay sopa de picadillo y chuleta de Sajonia con patatas.

—¡Genial! Felicidades. A mí me haces unos huevos fritos con patatas. ¿Okey, mackey?

El camarero miró a Fito muy serio para, acto seguido, volver la cabeza hacia los dos hermanos que se encogieron de hombros al unísono. Giró sobre sus talones y se marchó, pero Fito volvió a silbar.

—Dile al cocinero que los huevos con puntillita.

El camarero asintió, aunque en su mirada se pudo ver algo más que un simple conformismo. Luca estaba convencido de que los huevos podían traer por encima algo más que sal.

—¡Vaya juventud! —exclamó Fito con un pitillo en los labios que no tardó en encender.

Luca tosió adrede al ver cómo su amigo encendía el cigarrillo.

—Eso te va a matar —le dijo sin contemplaciones.

—Y a ti tu cara de capullo y no digo nada.

—¿Y eso a qué viene?

—A nada. ¿Por?

—Me acabas de llamar capullo.

Fito levantó los brazos en son de paz.

—No, no. Solo he dicho que tienes cara de capullo, no que lo seas. Aunque ahora que sacas el tema, lo eres.

—¿Me has llamado capullo?

Fito se incorporó en su silla, se aproximó a Luca y le palmeó en el

hombro con complicidad.

—Pero no te piques. Tan solo eres un capullo por perder a una chica fantástica, por hacer que tu hermano se preocupe por ti y por regresar con el rabo entre las piernas. Nada más que por eso.

Luca hizo ademán de levantarse de la silla para marcharse, pero su hermano lo retuvo. El tenor tomó aire un par de veces y se abandonó en la silla como un muñeco desmadejado y roto que nadie quisiera. Intentó mirar a Fito con odio, aunque el rockero tenía toda la razón y tan solo había repetido las palabras que su hermano ya le había transmitido unos minutos antes. La idea de que él lo había perdido todo y, lo peor de todo, había perdido la oportunidad de recobrar su vida y su felicidad, llegaba a su cabeza como una bomba con una mecha encendida a punto de llegar a su destino.

—Quizá tengáis razón en algunas cosas, pero en otras...

—¿Te refieres a lo de Ariadna?

—Pues sí. Me la encontré en brazos del francés. ¿No sé qué más podía hacer?

—A mí se me ocurre que podías haberle partido la cara a ese gabacho picha floja.

Luca sonrió al escuchar la descripción de Jean Paul dada por su amigo. Mateo se mantuvo serio.

—Por lo que me ha contado Lucía, tampoco estaba tan claro.

—La tenía en brazos y la besaba.

—¿Pero ella correspondía a ese beso?

Luca abrió la boca para responder con rapidez, pero no encontró nada que decir en su interior. Solo la imagen del tenor francés con Ariadna en brazos ocupaba su mente. Una joven que parecía yacer inerte mientras él se aprovechaba de ella. No lo había pensado. Ni tan siquiera se había permitido el lujo de recrearse en esa escena que tanto dolor le había provocado, pero

ahora se daba cuenta que, de haberlo hecho, habría intentado hablar con Ariadna para pedirle disculpas.

—Soy un capullo.

—Ya te lo había dicho yo —añadió Fito orgulloso de sí mismo.

—Tenía que haber hablado con ella.

—Hubiera sido razonable —explicó Mateo con seriedad—. Por lo poco que la conozco, no veo a esa chica como una mujer capaz de lanzarse a por el primero que pasa y mucho menos si es un tipo como ese francés.

—Ya. No sé. Me dejé llevar. ¿Ahora qué puedo hacer?

—Tendrías que hablar con ella.

Luca agachó la cabeza.

—Ni tan siquiera tengo su teléfono.

—Pues más te vale que vuelvas a plantarte en Barcelona y que hables con ella.

—No creo que quiera escucharme. Le dejé una nota en la recepción de su hotel y me despedía de ella para siempre. No la conozco mucho, pero me da a mí que no va a perdonarme con tanta facilidad.

Mateo se mesó el mentón meditabundo antes de opinar.

—¿Y si le cuentas la verdad? De alguna manera, sois compañeros de profesión.

—Ni siquiera sabe que soy cantante.

Mateo abrió la boca para replicar, pero la cerró al instante sin saber qué más añadir. La revelación de que su hermano no le había contado toda la verdad a Ariadna había sido para él una revelación que lo había dejado fuera de juego. Un hombre que tan solo pedía sinceridad en su vida no parecía

predicar con el ejemplo. Una idea comenzó a brillar en su cabeza como un faro en mitad de la tormenta, pero fue incapaz de transmitírsela a su hermano del que ya conocía su carácter pesimista.

—Hola, Luca.

Ambos hermanos se dieron la vuelta al escuchar la voz de mujer muy cerca de donde se encontraban, pero el único que se mantuvo impertérrito fue Fito que daba buena cuenta de los huevos fritos con patatas. Mateo, por instinto, puso su mano sobre el brazo de su hermano al que notó tenso a más no poder. Antes de eso, se fijó en el rostro del tierno infante y le llamó la atención el lunar de buen tamaño que tenía en el cuello muy cerca de una de las orejas.

—Hola, Daphne.

—Hola, Mateo. Cuánto tiempo sin verte.

—Cinco años, si no recuerdo mal.

La joven rubia, con un niño muy cerca de su cadera, asintió con cierto rubor en las mejillas e hizo ademán de sentarse junto a ellos, pero Luca la detuvo con un gesto de la mano.

—¿Qué haces aquí, Daphne?

—Yo... Verás... Pregunté en el teatro y me dijeron que era la hora en la que comías. Supuse que estarías aquí.

—¿Qué quieres?

—Yo... no sé. Quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Daphne miró de reojo a Mateo y después hizo lo mismo con Fito que ni siquiera parecía haberse percatado de su presencia.

—¿Podemos hablar a solas?

Luca desvió la mirada un instante hacia su hermano y este negó con la cabeza como si con ese gesto quisiera recordarle lo mal que esa mujer se había portado con él en el pasado. Luca pareció ignorarlo y, sin añadir nada más, se puso en pie y se alejó de la terraza de la cafetería con la joven rubia pisándole los talones. Mateo resopló antes de agachar la cabeza.

—¿Quién es esa tía? —preguntó Fito con la boca llena.

—Es Daphne.

—¡Ah, vale! ¿Y quién coño es Daphne?

—La ex de mi hermano.

—¿Esa es la piba que lo dejó tirado cuando lo echaron de la compañía?

—Sí.

Fito se quedó pensativo y Mateo valoró el hecho de que su amigo se percatara de lo escabroso del encuentro. Lo imaginaba mucho más superficial, pero parecía compartir su preocupación.

—¿Sabes lo peor de todo? —preguntó el rockero con la vista puesta en la pareja que se dirigía hacia la Catedral de la Almudena con paso tranquilo.

—No sé. Dime.

—Que se ha ido sin pagar su sándwich. Te va a *tocar a ti apoquinar*.

Mateo meneó la cabeza de lado a lado y, a pesar de todo, no pudo evitar sonreír y pensar en la famosa frase de «genio y figura hasta la sepultura». Fito volvía a demostrarle que estaba muy por encima de los problemas que, con toda seguridad, él consideraría como mundanos. Pero en cuanto regresó a su mente la imagen de su hermano caminando junto a Daphne, supo que el futuro emocional de Luca estaba en grave peligro. La idea que unos instantes antes había aparecido en su mente retornó con más fuerza todavía. Sin pensárselo dos veces, sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta y marcó un número.

—Lucía, tenemos que hablar.

Diecisiete

Ana llamó a la puerta, pero no recibió respuesta. Aguzó el oído para ver si escuchaba algo en el interior de la habitación y confirmó que solo podía oír el ruido del agua correr en la ducha. Volvió a llamar con el mismo resultado. Colocó la mano en el pomo de la puerta y, cuando estaba a punto de girarlo, la voz sonó atronadora en el interior de la habitación del hotel.

En una dehesa de la Extremadura,

tengo una casina blanquina y chicuca.

Parece un palacio mi pobre casina,

pues guarda una moza como una infantina.

Ana tuvo que reprimir una carcajada al verse sobresalta por el impresionante registro del barítono y, ni corta ni perezosa, giró el pomo de la puerta y entró en la habitación de su compañero de profesión. El agua continuaba corriendo en la ducha y Ana empujó la puerta del baño con cierto descaro justo para deleitarse con el conocido estribillo de Los Vareadores.

Ay mi morena, morena clara!

¡Ay mi morena, que gusto da mirarla!

Toda la vida mi compañera,

toda la vida será la mi morena.

Tras la cortina pudo ver el contorno del cuerpo del barítono y sintió una punzada de deseo en el vientre. A pesar de ello, se mantuvo junto a la puerta de la entrada.

—¿Ahora te has pasado a la zarzuela?

—¡Joder, Ana! ¡Qué susto me has dado!

—¿Eso es todo lo que me dices? ¿Joder, Ana?

Óscar asomó la cabeza enjabonada por el hueco que había formado con la cortina y fijó su vista en la mezzo soprano que, sin poder disimularlo, se pasaba los labios por la lengua.

—Ya sé lo que estás pensando, pero la respuesta es «no».

—A ver, listo. ¿Qué estoy pensando?

Ana puso los brazos en jarra y miró al barítono como si acabara de lanzarle un desafío imposible de llevar a cabo.

—Pues que estaría muy bien echar un polvo mañanero con un compañero de trabajo.

—Bueno, vale, sí. Eso era lo que estaba pensando. ¿Qué me dices?

El barítono agarró una de las toallas y se la enrolló alrededor de la cintura dentro de la bañera. Una vez se vio cubierto por la tela blanca, recorrió la cortina y se plantó frente a Ana que no sabía a dónde mirar sin

ruborizarse.

—Te digo que no.

—¿Y eso por qué?

—Porque tengo cosas mejores y más importantes que hacer.

Ana cruzó los brazos por delante del pecho y frunció el ceño al tiempo que refunfuñaba como una niña pequeña. Óscar terminó de secarse con otra toalla y, al ver el gesto contrariado de su compañera, soltó una carcajada que terminó por enfadar a la mezzo soprano.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que hacer?

—Me voy a Madrid.

—¿Para qué?

—Voy a intentar hablar con Luca.

Óscar pasó junto a Ana y regresó a la habitación donde, parapetado tras una de las puertas del armario, logró vestirse sin ser observado por la joven mientras ella daba vueltas de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado.

—No lo entiendo —comentó Ana en voz alta más para ella que para el barítono.

—No hay nada que entender.

Óscar metió un par de prendas de ropa en una mochila y se la echó al hombro. Ana se interpuso entre él y la puerta de la habitación y lo detuvo con un gesto imperativo de la mano.

—¿Por qué haces esto?

—Tú no lo entenderías, Ana.

—Pues prueba a explicármelo.

El barítono meneó la cabeza de un lado a otro y se sentó en la cama con la vista perdida en algún punto de la pared color crema. Ana arrastró una pesada butaca y se sentó frente a él.

—No sé. Estoy cansado de mostrar a los demás una imagen de mí mismo que no me gusta. Lo de cotilla y egoísta es agotador hasta para mí. — Ana abrió la boca de par en par como un pececillo fuera del agua—. No me mires así.

—¿Cómo quieres que te mire? Llevamos dos años trabajando juntos y te soporto porque tenemos una edad parecida y eso hace que podamos hablar de algunas cosas, pero siempre he pensado en ti como en un estúpido envidioso.

—Bueno, en el baño no pensabas eso.

Ana gruñó y le dio un golpe en la rodilla a Óscar que no pudo evitar sonreír al ver el gesto pizpireto de la joven. Óscar volvió a agarrar su mochila y se la colocó sobre las rodillas.

—Tengo que hacerlo. Necesito pensar que el amor puede llegar a unir a Ariadna y a Luca. Quizá porque con ello me reafirmo en mi teoría.

—¿Y qué teoría es esa?

—La de mi media naranja. Sé que está en algún sitio esperándome para hacer nuestro zumo particular.

—¿Y yo no te valgo?

Ana lanzó al aire un vuelo de pestañas digno de una película romántica de los años cuarenta y Óscar, en lugar de caer en sus redes, la vio más como una hermana pequeña a la que podía llegar a querer como tal.

—Verás, tú para mí eres...

—Como digas que soy para ti como una hermana pequeña, no tienes hotel para correr.

Óscar frunció el ceño y Ana hizo lo mismo. La joven mezzo soprano se puso en pie al recibir con el gesto del barítono la respuesta que no quería escuchar.

—Bueno, me voy a Madrid.

—Recuerda que tenemos ensayo mañana por la mañana.

—Estaré de vuelta.

—Creo que no es una buena idea que te vayas así.

—Ana...

—Necesitamos más información. Espera. Vuelvo en un instante.

La joven echó a correr pasillo adelante hasta llegar a la altura de la habitación que ocupaba Ariadna y llamó a la puerta con los nudillos. La joven soprano abrió a su compañera y la invitó a entrar, pero ella rehusó con un gesto de la mano.

—Estaba hablando con Óscar de putas y esas cosas y me he acordado que me contaste lo de la calle esa donde vive Luca y que está llena de pilinguis. ¿Cómo se llama ese sitio?

Ariadna agachó la cabeza al escuchar el nombre de la persona a la que continuaba amando pero que le había destrozado el corazón y Ana aprovechó ese momento para morderse el labio. Sabía que con esa pregunta absurda había abierto la herida de su amiga, pero Óscar necesitaba saber a dónde acudir en Madrid, aunque aquello fuera como buscar una aguja en un pajar.

—Se llama la calle Montera.

—Vale. Gracias.

Ana se dio media vuelta y dejó a Ariadna sumida en una profunda tristeza. Regresó junto al barítono y le entregó la información que acababa de recibir de su compañera y amiga.

—Va a ser complicado —comentó Óscar cuando vio el tamaño de la calle en el móvil—. Yo creo que lo mejor es que vaya primero al Teatro Real por si lo veo por allí.

—¿Y lo de la calle de las putis?

—Eso lo dejo como plan B. Allí, lo único que podría hacer es caminar calle arriba y abajo y cruzar los dedos para encontrarme con Luca.

—¿Y si te acompaño? Dos ojos ven más que uno.

—No. Tú tienes que quedarte aquí para cubrirme. Supongo que, en algún momento, preguntarán por mí.

—¿Y qué les digo?

—No sé. Que estoy de turismo por Barcelona. Lo que quieras.

Ana asintió con la cabeza, se acercó a su compañero y le dio un tierno y cariñoso beso en la mejilla que él recibió con verdadero placer.

—Como algún día digas que soy para ti como una hermana pequeña te la corto. No lo olvides.

El barítono sonrió de oreja a oreja y acarició el rostro de su amiga con cariño y respeto a partes iguales. Con su comportamiento en las últimas horas le había demostrado que no se hallaba ante la mujer frívola que él había creído ver en ella. Sonrió de medio lado al pensar en lo mucho que podía llegar a cambiar uno ante los demás como a él mismo le había ocurrido con Ariadna. Se despidió de la joven y abandonó el hotel, mochila al hombro, con cuidado para no cruzarse con Aleksei o con Jean Paul. Tomó el metro más cercano y no tardó más de media hora en encontrarse en la estación de Sants. Un cuarto de hora más y las ruedas del AVE comenzaron a moverse en dirección hacia Madrid donde podía lograr el éxito de su misión o el fracaso más absoluto.

El viaje lo realizó en el más absoluto silencio mientras contemplaba el paisaje o dormitaba en su asiento. Solo vio su tranquilidad interrumpida

cuando, en Zaragoza, el tren se detuvo y a él subieron una madre con una niña de unos cuatro años que comenzó a saltar junto a él en cuanto el tren empezó a moverse de nuevo.

—Perdone, ¿le molesta la niña? —preguntó la mujer, codo con codo con el barítono, mientras la cría luchaba con la bandeja del asiento y amenazaba la integridad de los pocos objetos que Óscar tenía en la suya.

—No se preocupe. Son niños.

Esa frase quedó en el más absoluto de los olvidos cuando la niña pequeña logró abrir la bandeja de su propio asiento con tanta fuerza que cayó sobre Óscar el cual no tuvo más remedio que sujetarla para que no se golpeará con la ventanilla.

—Yo no... Lo siento mucho. Esta niña...

El barítono se encogió de hombros cuando la mujer rescató a su hija y logró sentarla sobre sus rodillas. Óscar se puso los cascos de nuevo, conectó el teléfono móvil y la música volvió a sonar en sus oídos. Canciones de diferentes estilos que nada tenían que ver con la lírica y que lo ayudaban a desconectar de su profesión. Le encantaba cantar ópera, pero no le gustaba demasiado escucharla y eso siempre había extrañado a su amiga Ana que vivía por y para la lírica. El barítono, al escuchar una canción melódica de Alejandro Sanz, no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a la mujer que se había sentado a su lado con su hija sobre las rodillas. Pensó en ella como en una mujer atractiva con un pequeño hándicap de cuatro años, pero que podía llegar a ser la media naranja que tanto añoraba. A pesar de ese pensamiento alocado, cerró los ojos y no los volvió a abrir hasta llegar a la estación de Atocha en Madrid donde el absurdo sueño de una vida junto a la mujer del tren se vio truncado por un hombre de buen ver que la esperaba en el andén y que la besó con pasión mientras con la mano acariciaba la cabeza de la niña que no dejaba de llamarlo «papá». Sacudió la cabeza para espantar cualquier pensamiento insano que pudiera llegar a su cabeza y sonrió a la niña cuando, a lo lejos, le dijo adiós con la mano. La mujer, su media naranja imaginaria, no dejaba de besar a su esposo lo que, en lugar de entristecerlo, le dio alguna escueta esperanza de encontrar el amor.

En la caseta de información de la estación preguntó a un joven con la cara repleta de granos la forma de llegar a la Plaza de Oriente y él se lo explicó con tal lujo de detalles que más parecía un guía turístico que un simple encargado de informar a los pasajeros de Renfe. Subió al metro y se vio, casi al instante, rodeado de decenas de personas que lograron agobiarlo. Después de un alocado transbordo en la estación de Sol, que parecía más un mercadillo en cualquier pueblo de la sierra que una estación de metro, llegó a la de Ópera. Nada más descender en la estación de destino, abandonó corriendo del vagón, subió las escaleras de dos en dos y salió a la superficie donde tomó aire con fuerza. Él mismo se sorprendió por la claustrofobia que había sentido en el metropolitano de la capital. Por suerte, la plaza de la Ópera era un lugar abierto que podía disfrutar como si se encontrara en mitad del campo. Miró con cariño la puerta del hotel donde se habían alojado varias semanas y, sin concederle más cancha a la añoranza, caminó con tranquilidad hacia la puerta lateral del Teatro Real por donde habían entrado para cada una de las representaciones de Madame Butterfly. Cruzó los dedos para encontrarse con la puerta abierta y tuvo suerte por lo que, tras empujar la superficie metálica con una de sus manos, se encontró en un pasillo lateral que conducía a los camerinos. En uno de ellos se encontró con Eusebio que, arrodillado y con un martillo en la mano, se sobresaltó al verlo.

—¡Aquí no se puede estar! —exclamó el encargado de mantenimiento al tiempo que se ponía en pie y lo amenazaba con la herramienta que portaba.

—Perdone si lo he asustado. Estaba buscando a Luca.

—¿Para qué lo busca, si puede saberse?

—Tengo que hablar con él sobre un tema muy importante.

Eusebio se caló las gafas sobre el puente de la nariz y se aproximó a Óscar con mucha parsimonia. Se detuvo a pocos centímetros del barítono y frunció el ceño al reconocerlo. Conocía la fama del cantante y no le hizo gracia encontrárselo allí y mucho menos que preguntara por Luca.

—¿Sabe quién soy? —preguntó Óscar al ver el gesto de desconfianza del encargado de mantenimiento.

—Lo sé. No puedo decirle donde está Luca.

Eusebio apartó al barítono con un gesto imperativo y salió del camerino con la cabeza alta y sin mirar atrás.

—Necesito hablarle de Ariadna.

El anciano frenó en seco y giró sobre sus talones al tiempo que clavaba su mirada en el barítono. Dio dos pasos hacia él con el puño apretando el mango del martillo.

—¿De qué quiere hablarle?

—Ariadna está mal y yo sé que están hechos el uno para el otro. Tiene que regresar a Barcelona e intentar conquistarla.

—¿Y eso por qué?

Óscar agachó la cabeza y meditó un instante la respuesta. Sabía que de ello dependía que el encargado de mantenimiento del teatro lo ayudara o no. Tomó aire antes de contestar.

—Yo sé que están enamorados. No pueden perder la oportunidad que otros no tenemos.

Eusebio asintió casi sin pararse a asimilar la respuesta del barítono y sacó su móvil del bolsillo.

—Le voy a dar su número de teléfono, pero yo no quiero saber nada de todo esto. ¿Estamos?

—Estamos.

Óscar sonrió y apuntó el número en la agenda. Se despidió de Eusebio y, sin pararse a nada más, marcó el número de teléfono del tenor. Estaba apagado. El barítono salió del Teatro Real y recorrió la Plaza de Oriente en busca de Luca. Se acercó a la terraza del Café de Oriente, pero allí solo vio a un tipo en silla de ruedas acompañado de otro con pinta de yonqui. Volvió a marcar el número de Luca, aunque no tuvo suerte. Resopló un par de veces y

regreso a la Plaza de la Ópera donde, muy a su pesar, entró de nuevo en el metro. En información de la estación preguntó por la calle Montera y le indicaron dónde debía apearse. Solo eran dos paradas y no le dio tiempo a agobiarse demasiado. Aun así, al llegar a la estación de la Gran Vía, salió a toda prisa y volvió a subir las escaleras de dos en dos en pos de una buena bocanada de aire no tan puro como el de su anterior destino.

Algo más tranquilo, miró hacia uno y otro lado y al instante supo que se encontraba en la famosa calle Montera donde unas pocas mujeres, vestidas con faldas muy cortas y tops de vértigo, charlaban con algún señor de edad avanzada que se aproximaba a ellas para pasar el rato en compañía de mujeres jóvenes. Mochila al hombro comenzó a recorrer la vía arriba y abajo sin saber si iba a coincidir con Luca en algún momento o si su plan fracasaría estrepitosamente. Miró su reloj de pulsera y comprobó que eran más de las tres de la tarde. A las cuatro, tras varias idas y venidas en la calle, sintió el estómago rugir y no tuvo más remedio que interrumpir su caminata para avituallarse en una hamburguesería, pero, sobre todo, para acudir al baño. Tras una rápida comida basura regresó a la calle donde, mochila al hombro, descendió de nuevo en dirección hacia la Puerta del Sol y rezando para que Luca no hubiera recorrido la calle justo cuando él se encontraba en la hamburguesería. Una de las prostitutas se interpuso en su camino con los brazos en jara y lo obligó a detenerse.

—¿No serás «poli»?

—¿Perdón?

Otras dos mujeres se situaron muy cerca de donde se encontraba con el bolso en ristre por si tenían que soltar algún golpe. Óscar se estremeció al verse rodeado de mujeres de vida alegre e intentó continuar su marcha, pero no hubo manera.

—A lo mejor es periodista —comentó una chica de color al tiempo que lo señalaba con el dedo—. Yo creo que lleva una cámara en la mochila.

Otra de las prostitutas intentó arrebatárle el hatillo, pero Óscar se revolvió y lo abrazó con fuerza para que no se lo quitaran. Otra fulana salió de uno de los portales y se acercó con cara de pocos amigos. Las demás

prostitutas se apartaron y dejaron paso a la recién llegada que parecía estar al mando de la red de prostitución de la calle. Óscar miró por encima del hombro de una de las chicas y vio un coche de la policía municipal aparcado al final de la calle, aunque demasiado lejos como para que los agentes se percataran de que tenía problemas. Cuando lo creía todo perdido, un joven apareció por un callejón, se acercó a él con decisión y, tras apartar a las prostitutas, le echó el brazo por encima del hombro, le plantó un beso en la mejilla y lo arrastró lejos de allí.

—Cariño, llegas tarde —dijo en voz alta y con voz melosa para que las prostitutas lo oyeran—. Tengo la comida preparada y tú hablando con estas chicas.

Las mujeres, conformes al ver que el supuesto policía periodista tan solo era un gay camino de casa, regresaron a sus respectivas esquinas y continuaron trabajando. Unos metros más allá, Óscar se separó del hombre que lo había rescatado del ataque de las prostitutas y se detuvo en mitad de la calle. Luca se detuvo frente a él y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó con la voz melosa perdida en algún lugar y sin olvidar la fama del barítono.

—He venido para hablarte de Ariadna, pero primero quiero darte las gracias por... lo que has hecho.

Luca se mantuvo serio y metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasa con Ariadna?

—Está muy mal y yo sé que te echa mucho de menos.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? Pues, muchas gracias. Ya puedes volver a Barcelona y decirle que todo eso me lo puede comentar ella.

—Ariadna no sabe que estoy en Madrid.

Luca meditó un instante lo que Óscar intentaba transmitirle, pero no lograba traspasar la coraza que había levantado unos minutos antes cuando ya

se veía camino de Barcelona en pos de la mujer que amaba. La visita de Daphne lo había destrozado por completo y no estaba para juegos.

—¿Ella está bien?

—No. Está triste y apagada. Ya te lo he dicho. Te echa mucho de menos.

—Y yo a ella. No todo es tan sencillo. Ese francés. Los vi besarse...

—No te equivoques. Lo que viste fue a ese cerdo besar a Ariadna cuando ella estaba inconsciente. Jean Paul la ha amenazado. O se acuesta con él o consigue que la echen de la compañía.

Luca, al escuchar la revelación del barítono y al recordar lo que a él mismo le había sucedido cinco años atrás, apretó los dientes y la mandíbula y comenzó a sentir cómo la ira inundaba todo su cuerpo.

—¿Y tú por qué estás aquí? O has cambiado mucho en estos días o no lo entiendo.

—Digamos que he cambiado mucho.

—Cuesta creerlo.

—Me da igual. Entonces, ¿vas a venir a Barcelona conmigo?

Luca abrió los puños y logró relajar todo su cuerpo. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y una lágrima rebelde apareció en su pupila y cayó en el frío adoquinado de la acera.

—No se me ha perdido nada en Barcelona —susurró.

—¿Y Ariadna?

Luca meneó la cabeza de lado a lado, palmeó el hombro del barítono como agradecimiento por lo que había hecho, giró sobre sus talones y comenzó a caminar calle abajo. Óscar se quedó plantado en la acera con la boca abierta y una ceja levantada. Tenía claro que no había llevado a cabo todo lo que había hecho para que Luca se marchara sin darle ninguna explicación por lo

que apretó el paso y se puso a su lado de nuevo. Luca, al escuchar sus zapatos resonar en la acera, levantó la cabeza y lo miró con tristeza.

—Ya no puedo hacer nada.

—No lo entiendo, de verdad.

Luca detuvo su marcha y miró al barítono con el cariño que no había sentido cuando lo había conocido en el Teatro Real. Ambos habían cambiado en tan solo unos días y poco quedaba del hombre egoísta y manipulador que había lanzado a los cuatro vientos el rumor de la relación entre Ariadna y Jean Paul. Para Luca, el cambio había sido menor. Cuando ya se creía recuperado tras cinco años largos y tristes, todo había vuelto a embrollarse a su alrededor y, por desgracia para él, la figura de Ariadna había pasado a segundo plano tras la noticia recibida unos minutos antes en plena Plaza de Oriente.

—No hay nada que entender. No puedo ir a Barcelona y ya está.

—Pero, Ariadna...

—Ariadna... ya no... No puedo. Tengo un hijo de cinco años y mi sitio está aquí.

Óscar se mantuvo en el mismo lugar mientras Luca volvía a caminar calle abajo con la cabeza gacha y los hombros caídos como si hubiera recibido la más pesada de las cargas. Suspiró y se marchó con pena por Ariadna, por Luca y por él mismo con la creencia perdida de su media naranja; aquella a la que ahora sabía que nunca encontraría.

Dieciocho

—No sé lo que pretendes.

—Aún no lo tengo claro. Tan solo sé que tu hermano es gilipollas.

—Te recuerdo que también es tu hermano.

Lucía se cruzó de brazos y refunfuñó.

—Tendría que haberte acompañado Sofia. Ya estoy cansada de estos viajes relámpago a Barcelona. Me estáis volviendo loca entre unos y otros.

—Ya será para menos. Además, Sofia tiene ensayos toda la semana. Estrenan el sábado así que no tienes más remedio que acompañarme. Con lo que a ti te gusta viajar y con lo que te gustan los cotilleos...

Lucía frunció el ceño, intentó mostrar un enfado que no sentía, pero, al escuchar lo que su hermano le había dicho, sonrió al fin y se frotó las manos.

—Es verdad que me gustan. ¿Tienes algún plan?

—Tan solo hablar con Ariadna e intentar convencerla para que le dé otra oportunidad al cabezota de tu hermano.

—Que también es el tuyo...

—Si tú lo dices. Lo malo de todo esto es que me da a mí que esa chica es muy digna y que no va a querer ni escucharnos. Si conociéramos a alguien en la compañía que nos ayudara a llegar hasta ella.

En ese preciso instante, un joven se dejó caer en el asiento al otro lado del pasillo y los miró de reojo. Mateo se sintió observado y volteó su cabeza hacia donde el recién llegado se encontraba. Un simple cruce de miradas y poco más.

—¿Qué miras? —preguntó Lucía al ver a su hermano comportarse de forma extraña.

—Nada, nada.

Mateo volvió a observar al joven recién llegado y tuvo la certeza de conocerlo de algo. Intentó hacer un esfuerzo para recordar, pero no lo logró.

—¿Y qué tal con Sofía? —preguntó Lucía con la idea de conversar de cualquier tema intrascendente que hiciera el viaje, de más de dos hora y media, algo más llevadero.

—Pues, bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Era solo por conversar.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comentado algo?

—¿Qué quieres que me comente? Solo era por charlar. No seas paranoico.

Lucía resopló contrariada y Mateo gruñó por lo bajo. Cruzó los brazos por delante del pecho y refunfuñó como un niño pequeño. Su hermana no pudo evitar sonreír.

—¿Y tú qué tal con tu novia? —inquirió el pianista con tono burlón—. ¿Ya has encontrado una mujer que te soporte?

Lucía le dio un puñetazo cariñoso en el hombro.

—Qué manía tenéis todos con lo de ser lesbiana o dejar de serlo. Qué cansinos.

—Pero lo eres, ¿no?

—¡Y si me gustan las mujeres, ¿qué?!

Mateo se encogió en el asiento y el joven, sentado junto a ellos dos al otro lado del pasillo, se giró como si tuviera un resorte al escuchar la exclamación de Lucía. Ella, sin poder evitarlo, se puso colorada al ver la mirada contrariada del desconocido. Ambos hermanos se callaron, se cruzaron de brazos y refunfuñaron a la vez al tiempo que se dejaban caer sobre el respaldo de sus asientos. El tren se puso en marcha y el ambiente pareció distenderse. Una chica jovencita con un bebé en brazos comenzó a amamantarlo en el asiento anterior al del joven desconocido y Mateo se enterneció al verlo.

—¡Qué bonita estampa!

—O te mola verle una teta a una cría o te estás enterneciendo.

—No sé. Llevamos tiempo intentando tener un bebé.

—¿En serio? —preguntó Lucía con una ceja levantada—. ¿Y qué tal?

—Mal. No hay manera. Supongo que es culpa mía.

—¿Y por qué va a ser culpa tuya?

Mateo se encogió de hombros y sonrió de nuevo al ver a la joven madre limpiar la boca del bebé con infinito amor.

—Pues... Da igual. Lo importante es que consigamos que Luca viaje a Barcelona y lo arregle con esa chica.

En ese preciso instante escucharon un carraspeo a su lado y se volvieron hacia el joven que se había sentado a su lado unos minutos antes de que arrancara el tren. Este los miraba con el ceño fruncido como si intentara recordar, pero no fuera capaz.

—Perdonad que os moleste —se disculpó antes de explicarse—. ¿Ese Luca del que habláis no tendrá algo que ver con una tal Ariadna?

Mateo miró de reojo a su hermana y ella le devolvió el gesto con la misma sensación de desconfianza hacia el desconocido que tenía enfrente.

—Pudiera ser, pero no nos gusta hablar con desconocidos.

El joven tendió su mano hacia Mateo y esperó a que el pianista correspondiera al saludo para presentarse.

—Buenos días. Mi nombre es Óscar y soy compañero de trabajo de Ariadna.

Mateo enarcó una ceja y entrecerró los ojos mientras una imagen llegaba a su cerebro. La imagen de un joven con voz profunda en el escenario del Teatro Real.

—Tú eres el barítono compañero de Ariadna —afirmó al recordar.

—Me alegro de que te acuerdes. Me quedo más tranquilo al ver que no paso desapercibido en el escenario.

Mateo se volvió hacia su hermana para presentarle al cantante, pero ella se mantenía junto a él con la vista fija en el barítono y con la boca abierta. El pianista le dio un codazo y ella pareció despertar de un sueño y regresó al lugar que ocupaba junto a su hermano.

—Éste es Óscar, compañero de Ariadna en la compañía.

Lucía le tendió la mano, pero, antes de darle oportunidad al barítono para corresponder al gesto, metió la mano en su mochila y extrajo de ella una revista que colocó en la bandeja delante de su hermano. La abrió por una de las páginas con cierto nerviosismo y señaló la fotografía de un joven que sonreía con seguridad a la cámara.

—«Una nueva hornada de barítonos» —leyó Mateo en voz alta—. ¡Anda! Si lo has escrito tú.

Lucía asintió con la cabeza, pero sin ser capaz de saludar a Óscar que aún permanecía con la mano extendida. Él se encogió de hombros y retiró su mano con una gran sonrisa en los labios.

—Es un gran artículo y me alegró de encontrarme de frente con la persona que fue capaz de hablar tan bien de los barítonos españoles —explicó Óscar con una seguridad pasmosa que sorprendió a Mateo y sobrepasó a Lucía.

—Mi hermana es una gran periodista. Lo que pasa es que, de vez en cuando, se comporta como una pirada —aclaró Mateo sin saber qué hacer con ella.

La joven pareció recobrar la compostura lo justo para gruñir una vez más.

—Ni estoy pirada ni soy lesbiana.

Mateo abrió la boca para replicar, pero la cerró casi al instante. Óscar, por su parte, sonrió divertido ante la frase lapidaria de la joven periodista.

—Me alegro de saberlo. Sobre todo, lo segundo. No me importaría salir con una pirada, aunque con una lesbiana...

Lucía se puso colorada casi al instante y Mateo no dejaba de mirar a ambos lados como si observara un partido de tenis entre el barítono y la periodista. Protestó por lo bajo como si necesitara proteger a su hermana pequeña, pero ella ya había caído en las redes del cantante y él lo único que necesitaba era la colaboración de ese joven para lograr hablar con Ariadna.

—Tenemos que pedirte un favor.

—Vosotros diréis.

—Es que... —titubeó Mateo—. Es largo de contar. Verás, nuestro hermano Luca trabajaba en el Teatro Real en mantenimiento, pero un día conoció a Ariadna y...

—Se enamoraron.

—Eso es. Ellos discutieron y ella, claro, al ver que él se había largado...

—Se marchó a Barcelona.

—Exacto. Además, él se fue a buscarla, pero la pilló besándose...

—Con el tenor francés.

—Precisamente eso. Pues el caso es que...

Mateo guardó silencio al percatarse de que el barítono remataba cada una de sus frases como si supiera de antemano lo que iba a decir. Frunció el ceño confundido y Óscar, al ver ese gesto, se echó a reír para desconcierto de ambos hermanos.

—No hay nada raro —aclaró—. Vengo de hablar con Luca.

—¿Con Luca? ¿Y eso?

—Quería comentarle que Ariadna lo estaba pasando muy mal y que lo echaba mucho de menos. Quería reconciliarlos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Lucía sin poder evitar mostrar una voz melosa y dulzona a más no poder.

—Porque quiero verlos juntos y porque tengo una cuenta pendiente con el amor.

—¿Y eso por qué? —volvió a preguntar con cierto retintín en la voz.

—Verás, yo...

Mateo carraspeó algo incómodo y Óscar detuvo su explicación.

—Verás, no es que no me importe tu vida amorosa es que... casi no nos conocemos y creo que es demasiada información. Espero que no te moleste.

—No, no. Para nada. Lo entiendo.

Óscar guardó silencio y se recostó en su asiento con la vista fija en la pequeña televisión donde se proyectaba la película española Palmeras en la nieve.

—Pues a mí sí me interesa —comentó Lucía de repente.

—¿El qué te interesa?

—Su vida amorosa.

Lucía se puso en pie ante la estupefacción de Mateo, pasó por delante de él, cruzó el pasillo y, sin dejar que el barítono se apartara, saltó por encima de sus piernas y se acomodó junto a él.

—Me comentabas que tenías una cuenta pendiente con el amor.

—Pues, sí —afirmó Óscar aún perplejo por la maniobra de la joven—. No he tenido demasiada suerte en el amor. ¿Tú crees en lo de la media naranja?

—No lo sé. Yo tampoco he tenido demasiada suerte con los hombres, aunque no lo creas.

—Claro que lo creo. Si tu familia piensa que eres lesbiana será por algo. Si nunca te han visto con un hombre...

—Tampoco me han visto con una mujer y eso no quiere decir que sea una monja de clausura de esas que se pasan el día haciendo magdalenas.

—No. Ya. Perdona, es que...

—Da igual. No pasa nada.

Mateo, que no podía ni quería dejar de escuchar la conversación mantenida entre su hermana y el barítono, sonrió al ver que no avanzaba mucho más allá de una simple charla entre dos desconocidos que acabaran de presentarse y no tuvieran nada en común. Su sonrisa desapareció a la misma

velocidad a la que su hermana decidió pasar a la acción. Sin que Mateo ni Óscar se lo pudieran esperar, se incorporó en su asiento y se lanzó a por el barítono sin contemplaciones. De no haber sido porque la silla de ruedas se encontraba al fondo del pasillo, se hubiera ido de allí para no observar el intercambio de saliva entre su hermana y el barítono al que ahora creía un buscavidas o, como poco, un busca amores. Se puso los cascos y se entretuvo viendo la película mientras intentaba no contemplar de reojo lo que Lucía y Óscar hacían. Un buen rato después, sintió un golpe suave en su antebrazo por lo que se volvió hacia su vecino de asiento que lo miraba sonriente con la cabeza de su hermana apoyada en su hombro.

—¿Qué quieres? —preguntó de malos modos.

—Ssssssss —chistó al tiempo que se llevaba el dedo índice a los labios—. Está dormida.

Mateo se encogió de hombros y bajó la voz.

—¿Qué quieres?

—Saber lo que tenéis en mente para lograr unir a Ariadna y a Luca.

—No hay mucho que podamos hacer, pero lo vamos a intentar. Solo puedo hablar con ella sobre mi hermano y que sepa quién es en realidad.

—¿Y cómo tenías pensado encontrarla? Ni tan siquiera sabéis dónde nos alojamos.

Mateo sonrió con la boca torcida como un niño travieso.

—Para eso he traído a mi hermana. Lo que no sepa ella no lo sabe nadie. Tiene muchos contactos en el mundo de la lírica.

Óscar se quedó meditabundo y sopesó una cuestión que quería comentarle al pianista.

—¿Y qué pasa con el niño?

Mateo frunció el ceño al escuchar la pregunta.

—¿Qué niño?

—Su hijo. Tu sobrino.

—¿Eso te ha dicho? ¿Qué tenía un hijo?

—Sí. De cinco años.

El pianista se llevó la mano al mentón como hacía siempre que tenía que pensar en algo en particular y guardó silencio durante unos cuantos minutos que Óscar respetó. Ambos sabían que aquel era un momento delicado y que la sobreprotección que existía sobre Lucía podía dar lugar a un enfrentamiento entre los dos.

—Tu hermana me gusta —comentó de repente y casi sin pensar.

—Ya lo he visto. —Mateo puso cara de asco—. No hace falta que lo jures.

—Yo... verás... Voy en serio.

—¿En serio con mi hermana? El que estás pirado eres tú y no ella. Si os acabáis de conocer.

El barítono perdió su sonrisa y se mostró muy serio.

—¿Crees en el amor a primera vista?

—Sí. Y en los zombis y los platillos volantes. No te jode.

—No estoy bromeando.

Mateo dejó los cascos sobre el asiento, cruzó los brazos por delante del pecho e intentó enfadarse. Miró de reojo hacia donde su hermana se encontraba y vio que sonreía en sueños como si hubiera hallado una felicidad imposible de encontrar. Ahora veía, después de muchos años, que su hermana había luchado contra lo que todos creían sin tan siquiera molestarse por tantas habladurías y charlatanerías. La admiró más que nunca y casi se alegró por ella, aunque la parte sobreprotectora que llevaba en su interior pensara en

sublevarse.

—Es una cría. Como le hagas daño...

—¿Una cría? ¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho.

Óscar abrió los ojos de par en par y se vio tentado de discutir con Mateo el concepto que él tenía sobre lo que era ser una cría o no, pero vio que lo único que el pianista quería era que su hermana no sufriera y lo entendió. Asintió con decisión antes de replicar.

—No le haré daño. Te lo prometo.

Ambos hombres se miraron a los ojos y sellaron un pacto silencioso sin que hiciera falta añadir nada más. El tren se detuvo en Barcelona un buen rato después y Lucía, al sentir un leve roce en el hombro, se despertó y se puso colorada al verse con la cabeza apoyada ya no en el hombro del barítono sino en su regazo.

—Buenas tardes, dormilona.

Lucía se incorporó en el asiento y se desperezó sin importarle que tanto Óscar como su hermano la estuvieran observando. A pesar de su azoramiento nada más despertar, se inclinó sobre el barítono y lo besó en los labios. Él miró de reojo a Mateo y se puso colorado a su vez.

—Bueno, ¿qué? ¿Algún tortolito va a acercarme la silla de ruedas?

Salieron de la estación de Sants y tomaron un taxi que los llevara a las postrimerías del hotel. Una vez en la Plaza del Palau, los tres se miraron con complicidad y, como si se hubieran puesto de acuerdo, resoplaron.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Óscar con cierta inseguridad en la voz.

—Lo único que se me ocurre es subir a la habitación de Ariadna — explicó Mateo al tiempo que se erigía en jefe de la expedición—. Puedes

hablar tú con ella primero e intentar convencerla de que le dé una oportunidad a mi hermano.

—¿Y sí no lo hace?

—Ahí entramos nosotros.

Lucía se volvió hacia su hermano y le puso la mano en el hombro.

—¿Ese plan B está estudiado o vas a improvisar?

—Ya veremos.

La periodista resopló y se encogió de hombros. Antes de que pudieran cambiar de opinión, se colocó tras la silla de ruedas de su hermano y empujó el vehículo hasta la entrada del hotel. Allí atravesaron la recepción sin que nadie se preocupara por ellos y tomaron el ascensor hasta la planta donde se alojaban los integrantes de la compañía de Aleksei Ivanov. Óscar le indicó cuál era la habitación de Ariadna y tanto Mateo como Lucía se acercaron al vestíbulo más cercano donde se pusieron cómodos. Ella le lanzó un beso al barítono y él se encogió al pensar en la dura batalla que se le mostraba al otro lado de la puerta. Llamó con cierto nerviosismo y, en cuanto escuchó la voz de Ariadna dentro del cuarto, giró el pomo y entró.

—No te he visto en todo el día —comentó la soprano, sentada en la cama con una revista sobre las rodillas—. ¿Has visto este artículo sobre los barítonos españoles?

Óscar acercó una silla y la colocó frente a Ariadna. Se sentó en ella y observó el artículo que le había mostrado esa misma tarde la mujer que ahora ocupaba gran parte de sus pensamientos.

—Sí. Es un gran artículo. No me puedo quejar.

—¿Sabes quién lo ha escrito? Lucía Ricciardi.

—Ya.

—Es la hermana de Luca.

Óscar guardó silencio y esperó a ver la reacción de la soprano, pero ella se mantuvo seria y reflexiva sin dejar de contemplar la revista y el nombre de Lucía acompañado del apellido que compartía con su hermano.

—Ariadna, tenemos que hablar.

La joven levantó la cabeza y Óscar pudo comprobar que tenía la mirada vidriosa como si hubiera estado llorando o, como poco, las lágrimas estuvieran a punto de aflorar en sus pupilas. Meneó la cabeza de lado a lado y le puso la mano en la rodilla con mucho cariño.

—Es sobre Luca. He estado hablando con él.

La mirada de la soprano se iluminó por un instante y Óscar vislumbró un atisbo de esperanza en su plan cubierto de negros nubarrones.

—¿Está en Barcelona?

—No. He viajado a Madrid.

—¿Por qué has hecho eso?

Óscar sonrió.

—Cosas mías. Lo importante es que él no puede dejar de pensar en ti.

—Ya está todo hablado con él. Me dejó una nota en la que me expresaba con toda claridad que no quería saber nada de mí. Me da igual lo que ahora pueda pensar.

—No seas cabezota. Él te gusta y tú a él.

—Me da igual.

Ariadna, con una dignidad sacada de lo más hondo de su ser, se levantó de la cama, dejó la revista sobre la cómoda y se encerró en el baño.

—Ariadna...

—Déjame sola. No quiero hablar más sobre Luca.

Óscar volvió a menear la cabeza y se percató de que la batalla estaba perdida mucho antes de comenzarla. Se acercó a la puerta de la habitación y la abrió de par en par para acudir en busca de su plan B. Las únicas personas que podían hacer cambiar de opinión a la soprano. Salió al pasillo y le hizo un gesto de la mano a Lucía y a Mateo para que se acercaran.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la periodista en voz baja.

—Muy mal. Se ha encerrado en el baño. No quiere saber nada de Luca. Al parecer, lo que más le duele es que le dejó una nota de despedida.

—Muy típico de Luca —añadió Mateo tras un resoplido—. Voy a hablar con ella.

—¿Y qué le vas a decir?

Mateo se encogió de hombros y empujó su silla al interior de la habitación.

—La verdad. Tan solo la verdad.

Se aproximó a la puerta del cuarto de baño y llamó con los nudillos, pero nadie respondió desde el interior. Mateo se giró sobre la silla y miró a su hermana con gesto preocupado. Volvió a golpear.

—¡Ariadna, soy Mateo! ¡El hermano de Luca!

Silencio absoluto en el interior del cuarto de baño que tan solo duró unos pocos segundos. El tiempo que tardó la soprano en asumir que el pianista estaba allí y que había viajado desde Madrid para hablar con ella. Abrió la puerta y salió del baño con la cabeza gacha.

—Mi hermano es gilipollas y todos lo sabemos —explicó sin dejar que la soprano comentara nada—, pero te quiere con locura y ahora está confundido.

—Me echó de su vida con una simple nota.

—Él es así de impulsivo, pero luego se arrepiente de las tonterías que hace. Tendrías que darle una oportunidad.

Ariadna levantó la cabeza y endureció su rostro ante la petición del pianista que ella consideraba injusta. Luca había sido muy dura con ella y ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse. No sabía por qué tenía que actuar ella de otra forma.

—¿Por qué tendría que darle otra oportunidad?

—Porque su vida no ha sido fácil. Hace cinco años...

—Ya sé lo que pasó hace cinco años. Me contó lo del supuesto acoso a una compañera de trabajo y que lo dejó todo. No hace falta que me repitas de nuevo la historia porque ya la sé, pero eso no le da...

—No sabes la historia completa —le cortó Mateo.

Ariadna resopló antes de dejarse caer en la cama y cruzar los brazos por delante del pecho enfurruñada como una niña pequeña.

—No hay nada que pudiera hacerme cambiar de opinión.

—No sabes a qué se dedicaba mi hermano.

—No sé qué tiene eso de importante.

—Quizá entenderías mejor a Luca.

Ariadna soltó todo el aire que retenía en los pulmones antes de hacerle un gesto con la mano a Mateo para que se explicara.

—Mi hermano era...es tenor.

La joven soprano se incorporó y se sentó en la cama con las manos unidas entre las piernas y la mirada al frente intentando asimilar la información recibida. Óscar pasó junto a Lucía y se acercó a Mateo con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿tu hermano es Luca Ricciardi? —Mateo asintió—. Yo lo he escuchado cantar. Era impresionante. Uno de los mejores. Llegaron a compararlo con el mismísimo Alfredo Kraus.

Mateo se volvió hacia Ariadna y se encogió de hombros como si la situación estuviera empezando a sobrepasarlo.

—¿Lo entiendes ahora? Todo esto es muy duro para él. No es solo lo del abuso es... algo más. La profesión, cantar... Era su vida.

Ariadna fijó su vista en la ventana desde donde se podía contemplar el azulado mar. Sentía un nudo en la garganta, pero el corazón latía muy despacio, como si empezara a congelarse en su pecho. Ya no deseaba llorar más. No podía hacerlo. Habría dado cualquier cosa porque todo hubiera sucedido de manera distinta con Luca. Cualquier cosa menos cantar. Podía comprenderlo. Sabía lo que el hermano de Mateo sentía porque ella compartía esa sensación. Aun así, todo había terminado entre ellos y, en lo más profundo de su ser, lo único que quería era pasar página y regresar a su insulsa y anodina vida tan solo adornada por esos momentos en el escenario donde realmente era feliz. Miró a Mateo con los ojos secos y el rostro pétreo.

—Dejadme sola, por favor.

—Pero...

—Por favor.

Mateo empujó su silla de ruedas hacia la puerta de la habitación y desde allí se volvió una vez hubieron salido Lucía y Óscar. Carraspeó para hacerse notar y Ariadna se movió lo justo como para dar a entender que prestaba atención.

—Una escritora francesa dijo que nos equivocamos en el amor, a menudo herido, a menudo infeliz; pero somos nosotros los que vivimos y no un ser ficticio creado por nuestro orgullo.

Sin saber si esa célebre frase podía sembrar la semilla que germinara en el corazón de Ariadna, salió de la habitación del hotel y la dejó con sus

pensamientos, los cuales viajaban a un parque donde un hombre y una mujer, sin más pretensión que la de conocerse, forjaron algo más allá de las simples palabras; quizá una historia de amor.

Diecinueve

Mateo se despertó aquella mañana con una idea en la cabeza que lo atormentaba. Tenía que hablar con su hermano Luca y contarle lo que había sucedido en Barcelona con Ariadna. Debía ser sincero con él y no darle más esperanzas de las que él mismo se había dejado en la Ciudad Condal. Luca podía ser un hombre imprevisible, pero Mateo lo conocía muy bien y sabía que, si se le metía algo entre ceja y ceja, podía ser muy resolutivo. Con ayuda de Sofía, se acicaló y salió a la calle donde esperó al taxi que acababan de llamar.

—Voy contigo.

—No hace falta, cariño. Tengo que hablar con Luca y ya sabes cómo es.

—Sí. Es cabezota, imprevisible, obstinado y algunas cosas más.

Mateo sonrió al ver que su mujer comprendía lo que quería transmitir.

—Qué bien lo conoces.

—Y tanto. Sois clavaditos y por eso me voy contigo.

El pianista refunfuñó, aunque no pudo hacer nada. En cuanto llegó el taxi, lo ayudó a subir y se acomodó junto a él en el asiento de atrás del vehículo. Una vez en marcha, Mateo se volvió hacia ella y le tomó la mano

con infinito cariño.

—Por lo menos, me dejarás hablar.

—Sí, claro. Hasta que comiences a fastidiarla.

Mateo volvió a gruñir, pero no añadió nada más porque era evidente que su mujer lo conocía mejor que él mismo. Sabía que, en cuanto los dos hermanos comenzaran a hablar, las posibilidades de discutir crecían exponencialmente según pasara el tiempo y la conversación se recrudeciera. Habían quedado a desayunar en la Plaza de Santa Ana a las diez de la mañana y Luca quería aprovechar su día libre para escapar del bullicio madrileño y regresar junto a sus padres a la sierra donde podría pensar en todo lo que le estaba pasando. En cuanto se vieron, se saludaron con todos los besos de rigor y se sentaron alrededor de una mesa frente a la entrada al Hotel de Los Toreros donde no tardaron mucho tiempo en deleitarse con un desayuno típico de la capital. Los churros comenzaron a bajar de la fuente como si fuera una competición entre los dos hermanos. Sofía los miraba engullir los dulces y sonreía al comprobar que eran más parecidos que dos gotas de agua.

—¿Y qué tienes pensado hacer? —preguntó Mateo entre bocado y bocado.

—Necesito pensar en muchas cosas —respondió Luca al tiempo que cogía un churro más y lo mojaba en el Cola Cao—. Creo que voy a subir a la sierra a pasar el fin de semana con papá y mamá.

—Tú estás pirado.

Luca frunció el ceño al escuchar el insulto dicho por su hermano y Sofía confirmó su teoría: las posibilidades de que los dos hermanos discutieran eran infinitas.

—¿Por qué dices eso? Tengo que pensar y la montaña es un buen lugar para hacerlo. La tranquilidad, los animales, el sol, el campo...

—La hija de los guardeses...

Luca abrió la boca para replicar, pero, al escuchar el razonamiento de su hermano expresado en tan pocas palabras, guardó silencio y meditó un instante.

—No había caído en ello. Seguro que Lola sigue allí.

—Pues, claro. Para mí que te está esperando para ver si consigues engancharte.

Luca resopló y se encogió en la silla no sin antes tomar un nuevo churro de la fuente donde tan solo quedaban dos. Ambos hermanos contemplaron la mesa y, acto y seguido, intercambiaron una mirada cómplice.

—Tenemos que tomar una difícil decisión —advirtió Mateo con mucha seriedad—. Es algo de vida o muerte.

Sofía guardó silencio y observó a su marido y a su cuñado con la misma solemnidad que ellos mismos mostraban. Aguantó la respiración sin saber a qué podía estar refiriéndose Mateo con lo de «a vida o muerte».

—Estoy de acuerdo contigo, hermanito —comentó Luca con la misma seriedad que mostraba el pianista—. Ya sabes que te apoyo.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Mateo asintió conforme, apoyó las manos en los reposabrazos y se aupó al tiempo que miraba a uno y otro lado de la plaza. Cuando vio lo que buscaba, se dejó caer de nuevo en la silla y levantó la mano con seriedad.

—¡Camarero, otra de churros!

Tanto Luca como él se echaron a reír y Sofía protestó como una niña pequeña. A pesar de los años que había pasado con los dos hermanos, todavía la pillaban en sus bromas y no tenía más remedio que agachar la cabeza y asumirlo. Una vez llegaron los suministros, Mateo cogió un churro más, tomó aire y se lanzó a la piscina.

—Estuvimos hablando con Ariadna.

Luca se atragantó con el dulce que devoraba y comenzó a toser. En cuanto logró tranquilizarse, se acercó a la mesa, apoyó los codos en ella y clavó la mirada en su hermano.

—¿Qué es eso de que estuvisteis hablando con Ariadna?

—Pues, eso, que fuimos a Barcelona a hablar con ella sobre lo vuestro.

Luca meneó la cabeza, bufó como un toro bravo al salir a la plaza y se abandonó de nuevo en la silla. Cruzó los brazos por delante del pecho e intentó mostrarse ofendido.

—¿Con quién fuiste?

—Con Lucía. En el tren nos encontramos con Óscar y nos acompañó.

—¿Óscar, el barítono?

—El mismo que viste y calza. —Mateo sonrió al recordar al cantante—. Por cierto, ahora es tu cuñado.

Luca volvió a acercarse a la mesa y tanto él como Sofía elevaron el grito al cielo al escuchar la noticia.

—No me lo habías dicho —comentó la bailarina enfadada.

—Pues, ya lo sabéis. Lucía no es lesbiana.

—¿Estás seguro? —inquirió Luca con el ceño fruncido.

—Si hubieras visto el traje de saliva que se hicieron mutuamente en el tren nada más conocerse, estarías de acuerdo conmigo en que nuestra hermana es mucho más de carne que de pescado.

Los tres guardaron silencio y, mientras Mateo daba cuenta de un nuevo churro, Sofía y Luca intentaron hacerse a la idea de que a la pequeña de la familia no le gustaban las mujeres y de que, por fin, podía presumir de tener

novio. Luca sonrió al pensar en ella junto al barítono y a su mente regresó la imagen nítida de Ariadna.

—Por cierto, ¿qué hablaste con Ariadna?

—Poca cosa. Intenté convencerla para que te diera otra oportunidad, pero ella es tan cabezota como tú. No quería saber nada de ti porque la dejaste con una carta. Ya te vale.

Luca agachó la cabeza.

—No podía enfrentarme a ella y mirarla a los ojos después de ver cómo la besaba el *tenorucho* ese francés.

—Ya sabes que ella no tuvo culpa de nada y que tú la cagaste, ¿no?

—Lo sé.

Levantó la mirada al cielo y se dejó caer sobre el asiento al tiempo que apoyaba la espalda en el respaldo y suspiraba.

—Por cierto, le dije que, antes que pasar lo que pasó, tú cantabas ópera.

Luca se incorporó como si tuviera un resorte en la cintura y acabaran de conectarlo,

—¿En serio que se lo dijiste? ¿Qué te contestó?

—Nada de nada. Se quedó muy seria y nos pidió que nos marcháramos.

—¿Y ya está?

—Pues, sí.

Ambos hermanos guardaron silencio y comenzaron a frotar una mano con otra en un movimiento compartido que los dos llevaban a cabo cuando tenían que pensar en algo, pero no hallaban solución a sus problemas. El movimiento se iba acelerando poco a poco y la bailarina sabía que debía romper ese instante de reflexión antes de que alguno de ellos le echara en cara

algo al otro.

—Tienes que decidir qué quieres hacer, Luca —comentó con tono firme y decidido.

—No hay nada que decidir, cuñada. —Luca miró por encima del hombro de Mateo y vio a una mujer que se acercaba al lugar que ellos ocupaban con un niño rubio de la mano—. Hay algo que tengo que deciros.

—Hola —saludó Daphne nada más llegar junto a ellos—. ¿Cómo estáis?

Sin pedir permiso y sin esperar ninguna contestación por parte de Mateo o de Sofia, acercó una silla para su hijo, tomó asiento ella también y agarró la mano de Luca con decisión. Él hizo ademán de soltarse, pero ella apretó con más fuerza como si temiera que fuera a echar a volar.

—Hola, Daphne —saludó Luca sin demasiado énfasis en la voz.

—¿Ya se lo has contado?

—No, todavía no.

—¿Y a qué esperas?

La cabeza de Mateo era como la de un espectador de un partido de tenis e iba de su hermano a la recién llegada y viceversa, aunque mantenía una tranquilidad que extrañaba a su mujer que no dejaba de observarlo de reojo. En otras circunstancias, tenía claro que Mateo se hubiera marchado de allí sin esperar ni un segundo más, pero ahora parecía aguardar algo que a ella se le escapaba. Luca se incorporó de nuevo en la silla, soltó la mano de Daphne y atusó el pelo de chaval que se entretenía mordisqueando un churro.

—Tengo algo que deciros —anunció Luca—. Bueno, tenemos algo que deciros.

—¿Y qué es? —preguntó Mateo con cierto tono burlón en la voz que no pasó desapercibido para su hermano—. Supongo que alguna noticia trascendental.

—Pues, sí. Daphne me ha confirmado lo que yo ya pensaba. Jorge es hijo mío.

Sofía se llevó las manos a la boca y Mateo se movió inquieto en la silla de ruedas. Ambos guardaron silencio y esperaron algo más de información que llegó de la mano de la ex pareja de Luca.

—No me atreví a decírselo antes, pero ahora he conseguido hallar el valor necesario para hacerlo.

Ante el silencio reinante en el que parecía ser el bando contrario compuesto por el pianista y la bailarina, Luca fijó la vista en su hermano y lo instó a dar su opinión o, como poco, a felicitarlo.

—¿No tienes nada que decir?

—¿En serio que quieres saber lo que pienso?

—Pues, claro.

—Es que hay niños pequeños...

Luca refunfuñó y miró de reojo a Jorge, pero éste veía unos dibujos animados en el móvil de su madre y parecía tan absorto en ellos que se podía hablar sin problemas.

—Di lo que tengas que decir.

—De acuerdo, hermanito. Tú eres gilipollas.

Sofía se tensó y vio cómo a Luca le pasaba lo mismo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tienes a una mujer especial por la que luchar en Barcelona y te contentas con las migajas que Daphne te puede ofrecer.

—¿Llamas migajas a mi hijo? —preguntó Luca con los dientes

aprestados.

—De ahí viene lo de que eres gilipollas. Este niño no es tuyo, pero eres tan estúpido que eres capaz de tragar con la mentira de esta... mujer.

—¿Cómo que no es mío? Daphne me ha garantizado...

—Perdona que te corte, pero Daphne es la misma mujer que te engañó con un buen amigo tuyo y te dejó tirado en la mierda. —Mateo se volvió hacia la mujer y levantó las manos en son de paz—. Perdona, querida, no es nada personal.

La joven abrió la boca para protestar, aunque Luca no se lo permitió. Necesitaba aclarar esa situación y no necesitaba más información por parte de la mujer que, según su hermano, intentaba engañarlo de nuevo.

—¿Y por qué dices que Jorge no es hijo mío?

—No hay peor ciego que el que no quiere ver. ¿Te acuerdas bien de aquel amigo con el que se lio Daphne?

Luca cerró los ojos para recordar y a su mente regresó la imagen de un joven moreno con el que compartía infinidad de charlas amistosas y que, con el paso del tiempo, llegó a rivalizar con Mateo en lo que a su amistad se refería. Recordó el día que lo felicitó por una de sus representaciones y el abrazo que le entregó. La imagen era tan nítida que un detalle apareció en su mente y lo golpeó como un cañonazo. Algo que había pasado desapercibido durante mucho tiempo, pero que ahora significaba todo.

—El lunar... —comentó Luca al tiempo que volvía la cabeza hacia el pequeño y observaba su cuello.

—Exacto —apostilló Mateo con una sonrisa triunfal en el rostro—. En cuanto lo vi en la Plaza de Oriente, supe que el niño no era tuyo. Ya había visto ese lunar en otro sitio.

Luca se volvió hacia Daphne y la atravesó con la mirada. Ella se encogió en su asiento y bajó la cabeza avergonzada. Esa fue su declaración.

Acusada y culpable en tan solo unos segundos.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Luca con la mandíbula apretada.

—Yo... Él se marchó. Estoy sola.

Sin añadir nada más, se levantó, agarró la mano de su hijo y tiró de él. Luca sintió pena al instante por ese crío que iba a crecer sin su padre y con una madre manipuladora y mentirosa. Mateo vio el rostro de su hermano y supo lo que pensaba.

—No es cosa tuya, Luca. No puedes siempre ser el justiciero de las causas perdidas.

—Ya lo sé. —Luca se volvió hacia su hermano y lo observó con infinito cariño—. Si no hubiera sido por ti...

—Ahora serías padre.

Luca agachó la cabeza de nuevo y se mostró triste y alicaído una vez más. Llevaba varios días intentando hacerse a la idea de su reciente adquirida paternidad y ahora se le escapaba de entre los dedos como un pájaro que intentara volar hacia el sol. Se sentía vacío y solo.

—No sé qué hacer.

—Pues yo lo tengo muy claro —explicó Mateo—. No hay muchas opciones.

—¿Y cuál es la mejor?

—Eso tienes que decidirlo tú.

Luca guardó silencio unos instantes antes de ponerse en pie como un resorte. Miró hacia donde se encontraba, tras un sinfín de edificios, la estación de Atocha y reafirmó la decisión tomada. Se acercó a su cuñada y le dio un beso en la mejilla. Acto y seguido, se aproximó a su hermano y lo abrazó con fuerza. Se despidió con un gesto de la mano y echó a correr en dirección a su casa. Mateo y Sofía lo vieron marcharse.

—¿Qué crees que va a hacer? —preguntó la bailarina con la vista fija en su cuñado.

—Creo que va a hacer lo que debe hacer.

—¿Y eso es?

Mateo suspiró y sonrió antes de contestar.

—Luchar por su felicidad.

Luca llegó a Barcelona con su mochila al hombro cargada de ilusiones y esperanzas a pesar de las palabras desalentadoras de su hermano. Tenía muy claro que su forma de actuar con Ariadna no había sido la correcta y en su mano estaba cambiarlo; o eso deseaba. Nada más llegar a la estación de Sants buscó un lugar donde alojarse, pero, a mitad de camino, cambió de opinión. Tampoco tenía claro si iba a pasar más de una noche allí y a él no le importaba dormir en un banco de la misma estación. Su futuro se lo jugaba a una única carta y estaba deseando barajar el mazo de naipes.

Miró su reloj de pulsera y buscó en el móvil los horarios de la última representación; horarios que ya había comprobado un millón de veces. Caminó con parsimonia hasta llegar a la Rambla y allí se detuvo para contemplar la marea de gente que caminaba con la misma tranquilidad que él, pero con otras cuitas. A su cabeza llegaba tal cantidad de información que se sentía aturullado y algo mareado. Recorrió unos cientos de metros y llegó al lugar donde todo podía comenzar o, en el peor de los casos, donde todo terminaría antes ni tan siquiera de empezar. Se sentó en un banco en mitad de la Rambla y se quedó contemplando el vetusto y restaurado edificio donde se encontraba la mujer de sus sueños. Suspiró un par de veces con fuerza y se puso en pie de nuevo. Tomó su mochila y echó un último vistazo al edificio antes de ponerse en marcha para dar un simple paseo que lo alejara de allí y lo ayudara a calmarse. Decidió internarse en el entresijo de callejuelas que parecían

conducir a ninguna parte y allí se confundió con la gente. Atravesó un par de plazas y recorrió decenas de callejas antes de llegar, por avatares del destino a un pequeño oasis en mitad del laberinto donde se alzaba un imponente edificio del que no dejaba de entrar y salir gente. Luca se acercó a un camarero que recogía una mesa en una terraza situada en la misma plazoleta.

—Perdón, ¿qué iglesia es esta?

El joven, bandeja en mano, lo miró como si acabara de preguntar por la mismísima Basílica de San Pedro y chasqueó la lengua antes de contestar.

—Es Santa María del Mar —contestó con suficiencia—. ¿No ha leído la novela?

Luca asintió y se alejó de la terraza para aproximarse al edificio. Había leído la novela de Ildefonso Falcones y conocía la historia de la famosa Basílica, pero nunca la había visto. Al instante sintió una conexión especial con el edificio como si lo viera con los ojos de otra persona y sintiera lo que él mismo nunca había sido capaz de sentir por una iglesia o cualquier otro monumento. Supo que, tras esos muros, había mucho más de lo que podía llegar a imaginar. Atravesó la puerta y se quedó maravillado al contemplar el interior de la Basílica y los altos techos que descansan sobre pilares fuertes y robustos. Se sentó en uno de los bancos y disfrutó de las preciosas vidrieras de vivos colores, la sobriedad de la piedra en cada una de las cúpulas y el silencio que reinaba a pesar de la cantidad de gente que visitaba el edificio. Se sintió en paz consigo mismo y con más energía que nunca. Sin saber muy bien por qué, se puso en pie de un salto y salió de la Basílica con el corazón henchido y el alma renovada. Por primera vez en mucho tiempo volvió a escuchar música dentro de su cabeza. Unas pocas notas se fueron entrelazando en su cabeza hasta formar una melodía que reconoció al instante y que lo guio hasta la Rambla donde volvió a sentarse en el mismo banco donde antes había estado.

Intentó que su corazón recobrar un ritmo normal pero no lo consiguió y mucho menos cuando las puertas del Liceo de Barcelona se abrieron y un sinfín de personas, vestidas con elegancia, comenzaron a abandonar el edificio entre charlas y comentarios dispares. Los minutos fueron pasando y el nerviosismo de Luca fue creciendo hasta límites que ni el mismo conocía. Las

puertas del teatro se cerraron casi una hora después y Luca se puso en pie temeroso de no encontrar a la persona anhelada. Al abrirse una puerta lateral, la sangre se le heló en las venas al sentir sobre él la mirada gélida y provocadora de un cantante de ópera, un tenor francés que lo miraba con desprecio. Tras él, unas cuantas personas que dejaban el Liceo tras representar, una vez más, *Madame Butterfly*. Reconoció a una joven que caminaba del brazo de un hombre de su misma edad que reía en voz alta y que parecía realmente feliz. Luca sonrió al comprender que la felicidad de ese joven tenía mucho que ver con la que compartía con su propia hermana. Óscar, al ver a Luca, detuvo su caminar y comentó algo al oído de la mujer que lo acompañaba. Ana sonrió al verlo allí esperando a Ariadna y le hizo un gesto para que no se moviera de donde se encontraba. La mezzo volvió sobre sus pasos y regresó al exterior con la mujer cuyo corazón había conquistado a Luca. Óscar saludó al recién llegado con un gesto de la mano y comenzó a caminar de nuevo del brazo de Ana. La soprano se quedó parada en la acera, con la vista fija en Luca, pero sin atreverse a dar ni un paso. Él no lo dudó y cruzó la calle para encontrarse con su amada y con una frialdad que no esperaba.

—Ariadna...

—Hola, Luca.

—Yo... he venido a hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar.

La joven soprano giró sobre sus talones y comenzó a recorrer la Rambla en dirección hacia la Plaza de Colón y a pocos metros de los demás integrantes de la compañía que habían decidido regresar caminando al hotel. Habían quedado para cenar todos juntos y sabían que un buen paseo les abriría el apetito. Luca no se lo pensó dos veces y la siguió. Óscar, en la lejanía, no podía evitar echar algún rápido vistazo al lugar donde ellos se encontraban.

—Ariadna, espera.

La soprano se detuvo en seco y se dio la vuelta para encararse con Luca.

—¿Y por qué tengo que esperar? Tú no lo hiciste por mí. Tan solo me dejaste una nota y te marchaste.

Volvió a girarse y continuó su escapada hacia el mar. Luca aceleró el paso y se puso a su lado, pero guardando una distancia prudencial para que ella no se sintiera acosada. Unos minutos después llegaron a la plaza de Colón y Ariadna, sin detenerse en los semáforos en rojo, cruzó cada una de las anchas avenidas seguida muy de cerca por un hombre preocupado que lo creía todo perdido. La noche se había tornado gélida y pocas personas caminaban por la pasarela que conducía al centro comercial Maremagnum. Luca alcanzó a Ariadna en una de esas pasarelas y se situó delante de ella sin mucho convencimiento.

—¿Podemos hablar un momento? Por favor.

La soprano abrió la boca para replicar, pero, de repente y sin motivo aparente, se sintió fatigada como nunca lo había estado. Miró a su alrededor buscando un banco en el que sentarse. Al no hallarlo, se dejó caer en el borde que separaba la pasarela del mar. Con las piernas colgando sobre la superficie aterciopelado del Mediterráneo, suspiró y comenzó a sollozar. Luca se sentó a su lado y esperó a que se tranquilizara.

—¿Ves la luna? —preguntó él al tiempo que señalaba al disco plateado que los saludaba desde el cielo estrellado—. Parece sonreír. ¿No lo crees?

Ariadna elevó la vista hacia donde él señalaba y una leve sonrisa apareció en sus labios al escuchar la dulce voz del hombre que la había enamorado. Necesitaba algo más para perdonarlo. No solo una disculpa. Una prueba de amor, algo que convirtiera aquel momento en un instante mágico que nunca pudiera olvidar. Algo que no sabía si Luca podría entregarle. Él miró de reojo y vio el bello rostro de la mujer que amaba. Tenía un discurso preparado. Sabía lo que iba a decirle y tenía respuestas para todo, pero supo, como por arte de magia, que ella estaba esperando algo más y él estaba dispuesto a entregarle la luna, si fuera preciso. No lo pensó dos veces y, sin importarle las personas que por la pasarela caminaban, se puso en pie junto a Ariadna, respiró hondo y abrió la boca con decisión.

Com'è gentil

la notte a mezzo april!

E azzurro i ciel,

la luna e seeeeeeenza veeeeeeel.

Ariadna se volvió al escuchar la espectacular voz del tenor y las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas bajo el refulgir de la preciosa luna de abril de la que Luca hablaba en el Aria de Don Pasquale que cantaba para ella. Unas cuantas personas comenzaron a arremolinarse a su alrededor, pero a Luca no parecía importarle. Cantaba solo para ella y nada más existía.

Tutt'è languor,

pace, mistero, amor!

Ben mio, percheeeeè

ancor non vien a me?

Ariadna se incorporó y se arrodilló en la pasarela con la vista fija en Luca. Él cantaba sin dejar de contemplarla y su rostro reflejaba el amor que sentía por ella. Cada una de las notas acariciaba los oídos de Ariadna que nunca podría olvidar ese precioso instante. En ese momento se percató de que eso era lo que necesitaba para perdonar a Luca, para decidir pasar el resto de su vida a su lado. Un instante mágico que nunca pudiera olvidar. Una prueba de amor. Su prueba de amor. El aria *Com'e gentil* continuó acariciando sus oídos y, con las últimas notas, penetró hasta lo más hondo de su ser y conquistó su corazón.

*Poi quando sarò morto,
piangerai,
ma richiamarmi in vita
non potraaaaaaai.*

Acompañada por la ovación de los improvisados espectadores, Ariadna se puso en pie con el alma henchida y la felicidad acariciando cada uno de los poros de su piel y se lanzó a por Luca que la esperó con los brazos abiertos. Se besaron con pasión como si para ellos no existiera el futuro y, sobre todo, el pasado; como si la vida hubiera comenzado en aquel mismo instante. La luna fue el testigo mudo del dueto que cantaron, al unísono, sus magullados corazones.

Epílogo

Navidad.

Ariadna, tras seguir al pie de la letra las indicaciones de Mateo, descendió del taxi frente al Círculo de Bellas Artes y miró hacia la estatua de la Cibeles que nunca había visitado. El tráfico en la capital era una locura, pero la decoración navideña contrastaba con el ruido ensordecedor de los vehículos que a aquella hora transportaban a un sinfín de trabajadores que regresaban a sus hogares. La joven soprano bajó la vista y observó el vestido de noche de color champán que se adivinaba bajo un abrigo largo de paño y que la resguardaba de las bajas temperaturas de aquella época del año. Recorrió con parsimonia la corta distancia que la separaba del vetusto edificio y entró en la elegante cafetería de la asociación de arte madrileña donde la esperaba un grupo dispar y, por encima de todo, ruidoso.

—¡Aquí está la reina del baile! —grito Fito sentado junto a Hae-Won y vestido de arriba a abajo como un auténtico rockero recién salido de la época de la movida.

Las grandes solapas de la chaqueta burdeos hacían juego con las chorreras de la camisa y con la corbata americana con una gran águila que adornaba su cuello. La chelista, por el contrario, vestía con la elegancia propia de quien está acostumbrada a codearse con lo más granado de la sociedad. Tanto Mateo como Sofía y Mikel tan solo mostraban una sobriedad

elegante pero discreta como si con ello quisieran dejarle todo el protagonismo de aquella noche a la soprano.

—¿Nerviosa? —preguntó Sofía mucho más empática con los sentimientos femeninos que el resto de integrantes del dispar grupo y sin poder dejar de acariciar la abultada barriga que Mateo no podía dejar de observar con evidente orgullo.

—Un poco. Es un día muy importante para mí.

—También para nosotros —añadió con la vista fija en las dos personas que acababan de entrar por la puerta de la cafetería cogidas de la mano.

La pareja se acercó a la mesa que ellos ocupaban y tomaron dos sillas para sentarse junto a ellos. La joven recién llegada se acercó a Mateo y le dio un beso tierno en la mejilla.

—Hola, hermanito cascarrabias —añadió tras el saludo.

Mateo gruñó y se separó de Sofía de malos modos.

—No soy un cascarrabias lo que pasa es que me da rabia ser el último en enterarme de que te vas a casar.

—Yo también fui la última en enterarme de que ibas a ser padre.

—No es lo mismo.

Óscar se acercó a él y le palmeó el hombro con familiaridad.

—Si te sirve de algo, cuñado, mi familia aún no sabe nada. A mi madre le va a dar algo.

Lucía abrazó al barítono con infinito amor y lo besó con la pasión propia de los primeros meses de relación. Tan solo llevaban algo más de seis meses juntos, pero tenían las ideas muy claras y no querían perder más el tiempo. Se sentían mayores y necesitaban vivir con intensidad. Deseaban con todas sus fuerzas casarse y no querían posponerlo.

—Mateo, queremos comentarte una cosa. Bueno, Óscar quiere comentarte una cosa.

El pianista volvió a refunfuñar, se cruzó de brazos y torció el gesto como si con ello pudiera mostrar su disconformidad con el hecho de haberlo dejado de lado en lo que a la boda refería. A pesar de sus sentimientos contradictorios, se volvió y prestó atención a lo que el barítono tenía que comentarle.

—Verás, quería pedirte una cosa. —Óscar tragó saliva antes de continuar hablando—. Yo... no tengo mucha familia y mi padre murió cuando yo era un crío así que... he pensado... yo... tú...

Lucía le dio un codazo.

—Vamos, díselo de una vez.

—Yo... quería pedirte que fueras el padrino.

Mateo abrió la boca para gastar una broma relacionada con la famosa película de Marlon Brando, pero no pudo ni articular palabra. Comenzó a gimotear y Sofía, que lo conocía muy bien, se abrazó a él y esperó.

—¿Qué le pasa? —inquirió Fito con el ceño fruncido—. Joder, parece un perro abandonado en mitad de la carretera.

—No seas bruto —advirtió Hae-Won con cara de pocos amigos—. Eres un insensible.

—¿Insensible yo? Ya te voy a demostrar lo cariñoso que soy. Ven que te voy a comer los morros.

El rockero atrajo hacia sí a la chelista y la besó bajo la atenta y triste mirada de Mikel. La coreana se dejó hacer y el mimo sufrió un amor no correspondido, aunque, al ver feliz a su amigo del alma, sacó fuerzas de donde creía no tenerlas y sonrió al fin. Pasados un par de minutos de gimoteos, Mateo le hizo un gesto a Óscar para que se inclinara hacia él y lo abrazó.

—¿Esto es un sí?

—Pues claro, cuñado.

Ariadna miraba la escena con la sensación de estar viviendo un sueño que en cualquier momento se podía quebrar. En pocos meses había pasado de ser una mujer solitaria y, lo peor de todo, triste para convertirse en alguien con una familia que no dejaba de crecer y con la que estaba pasando los mejores meses de su vida. A pesar de lo a gusto que allí se sentía, miró su reloj y supo que había llegado el momento de ponerse en marcha. Estaba a punto de vivir uno de los instantes más bonitos de su vida y no se lo quería perder.

—No quiero que parezca que no tengo sentimientos, pero creo que deberíamos irnos.

Todos estuvieron de acuerdo y abandonaron el Círculo de Bellas Artes sin dejar de comentar lo que estaba a punto de suceder y las expectativas creadas en todos ellos.

—Es un día grande.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Va a ser maravilloso.

—Espero que no la cague.

Todos se volvieron hacia Fito, pero el rockero no se dio por aludido. Como solía hacer cada vez que abría la boca, dijo lo que pensaba en ese momento y lo que más de uno pensaba. El miedo al fracaso planeaba sobre ellos, aunque no querían que se elevara hasta dar al traste con la magnífica velada que se presumía. Recorrieron las pocas callejuelas que conducían al lugar donde se levantaba el Teatro de la Zarzuela y, a cada paso que daba, Ariadna sentía cómo los nervios comenzaban a adueñarse de todo su cuerpo. En un momento dado no tuvo más remedio que detenerse y, en cuclillas, apoyarse en un bolardo para tomar aire. Todos se detuvieron al verla de esa guisa, pero fue Mateo el que tomó las riendas de la situación y se acercó a ella.

—Ya sé que estás nerviosa, cuñada, pero saldrá bien. Ya verás.

—No sé. Tanto tiempo esperando...

—Saldrá bien, —Insistió—. Todo lo que se propone mi hermano lo cumple. Recuerda al tenor francés.

Ariadna pensó en los movimientos de ajedrez que el amor de su vida había dado para, con ayuda de Lucía, librarse de las amenazas de Jean Paul y, al cruzar la vista con la del pianista, supo que él tenía razón. No tenía motivos para mostrarse mucho más nerviosa de lo que daba a entender cuando a ella misma le tocaba ser la protagonista de alguna representación. Ariadna se puso en pie y recorrieron los pocos metros que los separaba de la plaza donde el Teatro parecía querer saludarlos con su elegancia.

—Mira, allí están papá y mamá.

Todos se acercaron a Beatriz y Juan y los dos progenitores demostraron que estaban casi tan nerviosos como Ariadna. Casi sin saludar, tomaron las entradas que les tendió Mateo y echaron a correr hacia el Teatro.

—¡Qué prisas! —exclamó el pianista.

—Yo casi que me voy con ellos —añadió Ariadna a la vez que tomaba otra de las entradas y aceleraba el paso para encontrarse con los padres de Luca.

Sofía se volvió hacia su marido y lo sonrió. El pianista se encogió de hombros y correspondió al gesto con otra temblorosa sonrisa con la que demostraba que la procesión la llevaba por dentro. La bailarina empujó la silla de ruedas y siguieron a los demás al interior del Teatro donde no tardaron en subir en el ascensor adaptado en busca de los dos palcos que el propia Luca se había encargado de reservar. En uno de ellos se acomodaron Ariadna, Mateo y Sofía y los padres de los chicos y en el contiguo hicieron lo propio Lucía y Óscar, Fito, Hae-Won y Mikel. El rockero, una vez sentado, se asomó y silbó con fuerza.

—¡Eh, vecinos! ¡Se ve de puta madre desde aquí!

Tanto los que se encontraban en el palco cercano como media platea miraron hacia donde se sentaba Fito y él, ni corto ni perezoso, se puso en pie y saludó con una gran reverencia. Ariadna ni tan siquiera se asomó. Apoyada en la baranda del palco observaba el escenario con la respiración entrecortada y los nervios a flor de piel esperando la subida del telón. Beatriz la miró de reojo y, al escuchar un suspiro, le puso la mano en la espalda e intentó tranquilizarla.

—Lo hará muy bien. Ya verás.

La joven soprano se volvió hacia la madre de Luca.

—Estoy muy nerviosa. Solo quiero que Luca sea feliz y esto es muy importante para él.

—No te engañes, hija. Él ya es feliz a tu lado y esto es la guinda del pastel. Una preciosa guinda, eso sí. No lo olvides nunca. Mi hijo volvió a sonreír a tu lado y eso nunca podremos agradecértelo como mereces.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Ariadna que no dudo en abrazar a la mujer a la que había creído una enemiga en el primer momento, pero que se había tornado en una buena amiga a la que quería y admiraba a partes iguales. Una mujer fuerte y muy cariñosa que siempre la apoyaba. Ambas se volvieron hacia el escenario al escuchar las primeras notas creadas por varios instrumentos de la orquesta. Beatriz, sin dudarlo, tomó la mano de Ariadna que la recibió con infinito cariño. El telón subió y mostró una plazoleta típica del Madrid de finales del siglo XIX con una fuente en el centro y unas cuantas casas alrededor de ella. Varias personas vestidas de época caminaban de aquí para allá y la zarzuela «El último romántico» dio comienzo.

Ariadna volvió a aguantar la respiración hasta el momento en el que Luca, caracterizado en el papel de Enrique, entró en escena rodeado de varios jóvenes anarquistas y se comportó como un auténtico chulo de la época.

—¡Tío bueno!

Muchos chistidos se escucharon en el Teatro ante la entrega mostrada por Fito, pero a Ariadna le dio igual porque sabía que el rockero tenía razón.

Luca se mostraba con un talante magnífico más allá de lo que podía enseñar un verdadero profano. Los años subido en un escenario se notaban a la legua y la prestancia del tenor se veía mucho más en sus formas y en su aplomo que en sus vestiduras. En cuanto habló con voz fuerte y poderosa, los nervios de Ariadna desaparecieron y dejaron espacio para el amor más intenso; amor por el que había sufrido y luchado hasta la saciedad, pero que ahora disfrutaba junto al hombre al que amaba y que había logrado su sueño. Sintió una presencia conocida y, al levantar la vista hacia un palco situado frente a ellos, se encontró con los ojos de un hombre mayor que contemplaba a Luca con orgullo. Albert no había querido perderse el debut de su pupilo y allí estaba en primera fila como ellos, sus verdaderos amigos, su familia.

Luca se movía por el escenario como pez en el agua y, tras varios números musicales, el tenor apareció en escena y se sentó en un banco en un lateral del escenario. En cuanto sonaron las primeras notas de la romanza, Ariadna supo que el amor de su vida estaba a punto de pasar por una verdadera prueba. Luca no lo dudó un instante y, con el corazón latiendo a mil por hora, pero con el deseo de mostrarle a Ariadna el profundo amor que sentía por ella, se puso en pie y comenzó a cantar «Bella enamorada» sin apartar la vista de ella.

Bella enamorada, con tu imagen sueño

y un amor dichoso, busco para mí.

Bella enamorada, eres mi consuelo,

ya sin tu cariño, ya sin tu cariño,

no podré vivir.

Ariadna sintió las lágrimas aparecer en sus mejillas y no tardó en llorar como nunca había hecho. Sin poder apartar la vista de Luca, se deleitó con la voz majestuosa y poderosa del tenor que cantaba para ella sin importarle nada más. Muchas miradas de platea se dirigieron al lugar que observaba Luca y, al

ver a la mujer con las mejillas arreboladas y el rostro húmedo, esperaron con un sinfín de respiraciones contenidas. Luca siguió cantando como si le fuera la vida en ello, pero sin apartar la mirada de Ariadna.

*Dama misteriosa, que en la sombra vives,
dime ya quién eres, y sabraaaaás mi amor,
linda enamorada, bella entre las bellas,
tú eres mi tormento, tú eres mi tormento,
yo tu esclavo soy.*

Luca dio un par de pasos hacia ella y Ariadna, ajena a lo que ocurría a su alrededor, se puso en pie y se llevó la mano al pecho para contener un corazón que intentaba salir de su pecho para volar junto al de Luca. El tenor sonrió de oreja a oreja y una lágrima de felicidad descendió por su mejilla justo en el preciso instante en el que la romanza daba a su fin.

*Noche de amor, noche misteriosa,
ven hacia mí, sombra de mujer,
ilusión perdida, quiero recordar,
de un amor lejanooooo, que ya no volverá.*

Sin importar lo que la canción pudiera significar para ellos dos, Luca terminó de cantar con pasión y entrega y le lanzó un beso a Ariadna que ella recogió e hizo suyo. Una tronadora ovación sonó en el Teatro de la Zarzuela y los vítores hicieron acto de presencia al tiempo que Luca, con el alma volando

hacia uno de los palcos, saludaba al público con una estudiada y leve reverencia y sentía que, tras cinco largos y duros años, su corazón volvía a latir al son del de una mujer amada. Ariadna, la soprano que había cantado junto a él el dueto más bonito que jamás hubiera podido imaginar; el del amor verdadero.

FIN